

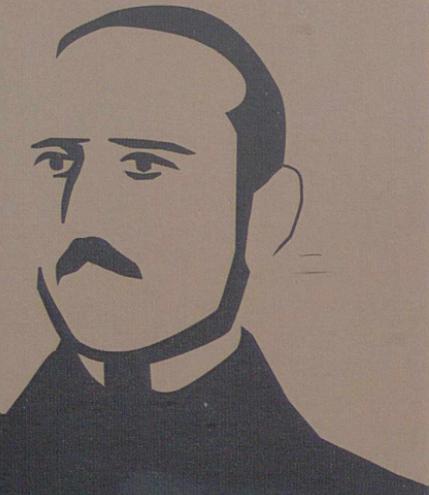
MISCELÁNEA

BIBLIOTECA



GIL Y CARRASCO

Paradiso Gutenberg



ENRIQUE GIL Y CARRASCO

“Tal vez la mano se helará cuando quiera coger de nuevo la pluma”.

[Villafranca del Bierzo, 1815-Berlín, 1846].

Una biografía apasionante oculta tras un carromato de epítetos: romántico, novelista, poeta, diplomático, berciano, soñador, tímido, enfermo, triste, “muchacho de aspecto delicado, rubio, de ojos azules, soñador...”

Una violeta, una gota de rocío, una muerte joven a los treinta años, convienen a su estampa romántica; pero Gil y Carrasco fue un autor brillante, rotundo y vigoroso que en apenas una década de trabajo creó una obra extensa, valiosa y desconocida.

Amigo del revolucionario masón Espronceda, íntimo del sabio humanista Alexander von Humboldt, Enrique Gil no fue el beato timorato que algunos pintan, sino un escritor políticamente incorrecto, laico y contestatario.

Su periodismo incisivo y sus novelas históricas -como la epopeya templaria *El señor de Bembibre*, libro fundacional de las Letras Bercianas-, contienen cargas de profundidad contemporáneas. Es la obra radical y pulcra de un autor universal, heterodoxo y visionario.

DG
Gm

Miscelánea
de Enrique Gil y Carraca



IMPRESION Y DISTRIBUCION EN
MADRID

MISCELÁNEA

Miscelánea, de Enrique Gil y Carrasco



BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO
Volumen V

© *Crítica literaria*, de ENRIQUE GIL Y CARRASCO, Paradiso_Gutenberg, 2014.

© *Nota del editor*, VALENTÍN CARRERA, 2014.

© *Miscelánea*, CÉSAR GAVELA, 2014.

© *Cómo trabajar en prensa y alimentar a la musa*, NOEMÍ SABUGAL, 2014.

© *Ideas estético-filosóficas de Enrique Gil*, JOSÉ LUIS SUÁREZ ROCA, 2014.

1ª edición en BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO II CENTENARIO 1815–2015,
al cuidado de Valentín Carrera.

Portada: Fragmento de *Recuerdo de Mortefontaine*, Jean-Baptiste-Camille Corot, 1864, óleo
sobre lienzo 65x89 cm. Museo del Louvre, París.

Diseño portada y colección: Denis Fernández Cabrera, Coop. Sacautos.

Esta BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO II CENTENARIO es posible gracias a una generosa
beca de la *Fundación Carmen Rosa Carracedo Álvarez* y al mecenazgo de lectores,
amigos y amigas a través de la plataforma www.lanzanos.com. A todos, gracias.

Obra Completa: ISBN 978-84-941762-9-6

Volumen V, *Miscelánea*: ISBN 978-84-941762-6-5

Dep. Legal C 1005-2014

Esta obra no puede ser reproducida total ni parcialmente sin la autorización de los
propietarios del copyright.

Paradiso_Gutenberg



www.bibliotecagilycarrasco.com

MISCELÁNEA

BIBLIOTECA



GIL Y CARRASCO

Nota del editor

Si miscelánea significa según el *Diccionario*, “obra o escrito en que se tratan muchas materias inconexas y mezcladas”, con intención hemos titulado *Miscelánea* este quinto volumen de las obras de Enrique Gil y Carrasco, pues la casi docena de artículos que aquí se reúnen, publicados en prensa entre 1839 y 1844, son de tan variada índole y materia que lo de mezcladas e inconexas queda corto.

Las poesías de Espronceda, los cuentos fantásticos, el romance histórico, lecciones en el Liceo, Washington Irving, la filosofía de Luis Vives, Erasmo, el Descubrimiento de América y la epopeya histórica de Cristóbal Colón, los Comuneros de Castilla, las sagas de la mitología escandinava, los vikingos, los viajeros ilustrados por España. Y en cuanto a los autores: Zorrilla, Hoffmann, Espronceda, Duque de Rivas, Eugène Aaron Vail, Fernández de Navarrete, Carl Christian Rafn, Cook, Borrow... he ahí el por qué de esta *Miscelánea*, cuyo único hilo común es la verdadera pasión de Gil por la literatura.

Estos once extensos artículos –debieran ser doce, pues nos consta que Gil escribió en 1841 por encargo de Espronceda el *Prospecto* de *El Pensamiento*, pero no lo encontró en su día el profesor García Castañeda, y tampoco nosotros; quede apuntado como uno de tantos hilos pendientes de deshilvanar en la madeja giliana–, nos hablan de libros y autores novedosos para el público español. Gil, atento a la vanguardia europea, asume una tarea didáctica y tan pronto divulga ante el lector matritense los entresijos de las sagas vikingas como avanza las últimas tendencias de la literatura americana.

Ediciones anteriores

Como en los demás volúmenes de BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, para cotejar la 1ª edición hemos acudido directamente a la *Hemeroteca digital*, en las publicaciones y fechas siguientes, por orden cronológico:

1. *Poetas de don José Zorrilla, Semanario Pintoresco Español*, 3 de marzo de 1839.
2. *Cuentos de E.T.A. Hoffman, El Correo Nacional*, 6 de abril de 1839.
3. *Cátedra de literatura moderna, El Correo Nacional*, 12 de abril de 1839.

4. *Poésías de Espronceda, Semanario Pintoresco Español*, 12 y 19 de julio de 1840.
5. *Luis Vives, El Pensamiento*, 19 de mayo de 1841 y .
6. *Romances históricos del Duque de Rivas, El Pensamiento*, 1841.
7. *De la literatura y de los literatos en EE UU, El Pensamiento*, 1841.
8. *Colección de los viajes y descubrimientos, El Pensamiento*, 1841.
9. *El movimiento de España, El Pensamiento*, 1841.
10. *Trabajos históricos de la Sociedad de Anticuarios, El Pensamiento*, 1841.
11. *Bosquejos de España, por el capitán Cook, El Laberinto*, 1 y 16 de abril de 1844.

La segunda edición consta en *Obras en prosa de D. Enrique Gil y Carrasco*, coleccionadas por D. Joaquín del Pino y D. Fernando de la Vera é Isla, Madrid, Imprenta de la Viuda é Hijo de D. E. Aguado, 1883, tomo II, pp. 252–318. Incluye diez artículos (falta *Cátedra de literatura moderna*). La tercera edición conocida es la siempre meritoria labor de Jorge Campos, *Obras completas de don Enrique Gil y Carrasco*, Biblioteca de Autores Españoles, tomo LXXIV, Madrid, 1954. Incluye los once artículos.

Nuestra edición

Las dos ediciones anteriores clasifican estos artículos bajo el epígrafe “crítica literaria”, insuficiente desde el concepto actual, pues las revistas literarias nacen en España a partir de 1833, tras la muerte de Fernando VII, con Larra, Mesonero Romanos, Enrique Gil y todo el universo literario en torno al *Semanario Pintoresco*, *El Artista*, *No me olvides* o *El Pensamiento*, de modo que Gil no se ajusta a un género inexistente, más bien contribuye a su invención, muy a su manera.

Hemos revisado los textos documentando libros y autores, incluyendo notas aclaratorias de escritores, pintores, obras o lugares mencionados, de citas y pasajes que Gil reproduce de memoria; hemos corregido algún título, restituyendo el original del periódico o de la obra reseñada, y finalmente se ilumina la lectura con imágenes y grabados de época, con frecuencia a partir de las propias publicaciones originales. Por el tiempo transcurrido desde 1883 y 1954, y por tratarse de ediciones envejecidas y con abundantes erratas, consideramos que esta edición –disponible por primera vez en *ebook*¹– de sus *ensayos misceláneos* será útil para la lectura gozosa y el estudio renovado de Enrique Gil.

¹ En *eBooksBierzo.com*, 2014. URL: <http://bit.ly/1wP5CNF>.

Lecturas

Tres autores cercanos a Gil por distintos motivos guían con sus puntos de vista lúcidos y certeros al lector interesado en profundizar en la obra del *cisne sin lago*.

En primer lugar, la novelista y periodista leonesa Noemí G. Sabugal, devota ella misma de la literatura fantástica, analiza las claves de Gil como crítico literario y reportero *cultureta* en el ensayo *Cómo trabajar en prensa y alimentar a la musa*. Por solidaridad profesional o por empatía con aquel “tímido con mucho éxito”, Sabugal desentraña los resortes del oficio en Gil, sus tribulaciones y rigor cuando tiene que criticar a los amigos, su prevención ante la pandemia de las traducciones francesas, o su entrega a la causa literaria de Hoffmann *versus* Walter Scott.

En segundo lugar, el escritor y profesor de Literatura José Luis Suárez Roca, que lleva décadas estudiando y trabajando calladamente la vida y obra del romántico berciano-berlinés, aporta un ensayo consistente, y creemos que pionero, donde al fin se nos ofrece la panorámica global y contextualizada de las *Ideas estético-filosóficas en la obra periodística de Enrique Gil*. El ensayo se apoya en una minuciosa arquitectura de citas de Gil, espigadas del conjunto de su obra, de la que Suárez Roca posee un profundo dominio, y nos descubre un Gil y Carrasco analítico, pensador, filósofo, esteticista, historiador del arte. Un pensador, sin embargo humilde, que a su llegada a Berlín pudo conversar de tú a tú con el sabio Alexander von Humboldt.

Por último, el novelista ponferradino César Gavela nos hace una *Invitación a la lectura* e introduce con precisión los artículos más complejos de esta *Miscelánea*, cuyas claves no son fáciles al lector contemporáneo. Las cinco puertas que dan paso a los ensayos sobre Luis Vives, Colón y Navarrete, las Comunidades de Castilla, los bosquejos de España y los Anticuarios de Copenhague, invitan a leer los ensayos de Gil en el siglo XXI con perspectiva de rabiosa actualidad, sin perder su dimensión histórica. O viceversa.

VALENTÍN CARRERA
Diciembre de 2014

Invitación a la lectura

CÉSAR GAVELA

Llega el momento de dar la palabra a Enrique Gil, que es quien debe contarse y contar. Siento que he realizado un viaje sencillo y a la vez intenso. Que conozco mucho mejor a aquel gran literato berciano cuya obra ha estado muy sumergida bajo el peso de los lugares comunes y en particular bajo la fama de su gran novela histórica *El Señor de Bembibre*.

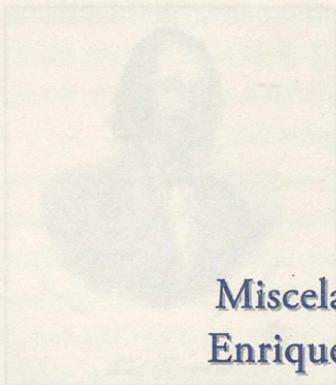
Pero él no solo fue el autor de aquel mundo de ficción, tan armoniosamente narrado. El escritor nacido en Villafranca fue también un gran amante de Castilla y de España. Un poeta, periodista, diplomático y ensayista que ensanchó sus límites y buscó su camino con libertad e inteligencia. Hasta llegar a ser vecino de la remota Prusia y amigo del gran sabio Alexander von Humboldt.

Enrique Gil fue un hombre muy valioso que murió demasiado joven. La vida no le concedió esas dos o tres décadas que lo habrían convertido en uno de los grandes escritores del siglo XIX. Pero nos deja su brevedad trágica, su encanto romántico y sincero, su fuerza soñadora, su patriotismo, su nobleza y su equilibrio.

Nos entristece saber, como bien sospechamos, que no conoció el buen amor al que tenía derecho. Tampoco pudo saborear el éxito de su gran novela porque murió enseguida. Pero todo eso nos lo acerca aún más. Siempre será el berciano que iluminó el idioma español desde las tierras del Noroeste. El que nos dijo, con su obra y su vida, con su dolor y su dulce alegría, que el destino del auténtico creador es abrirse al mundo. Convertir lo local, a través del arte, en universal.

Ω

L. Poetas, de José Zorrilla [1839]



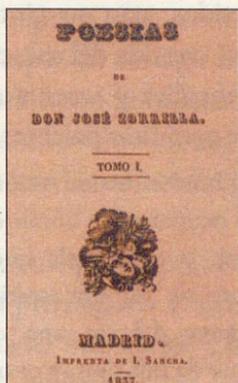
Miscelánea Enrique Gil



bellas artes; y ni el desorden del vuelo poético bastará a wcurarle contra el sano criterio de la lógica, ni la mezquina y fría imitación hará vibrar nunca las cuerdas del sentimiento.

La inspiración más sublime y levantada del genio forzosamente ha de corresponder, para ser sentida y comprendida, al orden de nuestras ideas y sentimientos; y forzosamente también nuestro corazón y nuestra alma, educados y formados en creencias grandes y severas, habían de romper esas trabas ruines que aprisionaban el vucio del espíritu y que, si para

1. *Poesías*, de José Zorrilla [1839]



La huella que las poesías del señor Zorrilla dejan en el campo de nuestra literatura, es harto profunda para merecer solo una mirada indiferente o fugitiva; y si nuestros esfuerzos bastasen a mostrarlas tales como son y a juzgarlas con toda la imparcialidad que merece un talento esclarecido a los ojos de todos, grande había de ser por cierto nuestra satisfacción. De todos modos, si no acometemos la empresa con prendas tan seguras de buen éxito, no será el deseo de hacer justicia y el de acertar el que nos falte por lo menos.

Habiendo de proceder con algún método y concierto en el análisis de esta obra, parécenos lo más acertado examinar el orden de ideas que la sirven de fundamento, o lo que es lo mismo, su escuela. Poco partidarios somos por nuestra parte de esa división de escuelas, que ha convertido durante algún tiempo en campo de Agramante el campo de la literatura; porque en nuestro entender solo hay bueno y malo en las bellas artes; y ni el desorden del vuelo poético bastará a escudarle contra el justo criterio de la lógica, ni la mezquina y fría imitación hará vibrar nunca las cuerdas del sentimiento.

La inspiración más sublime y levantada del genio forzosamente ha de corresponder, para ser sentida y comprendida, al orden de nuestras ideas y sentimientos; y forzosamente también nuestro corazón y nuestra alma, educados y formados en creencias grandes y severas, habían de romper esas trabas ruines que aprisionaban el vuelo del espíritu y que, si para

otras generaciones habían podido ser holgados y espléndidos ropajes, habiéndose convertido para nosotros en estrechas e insoportables ligaduras.

¿Qué significa, en efecto, la Venus de Homero², delicia y fascinación de los sentidos, con su cintura encantada, delante de la Virgen del Apocalipsis, «vestida del sol, calzada de la luna y coronada de estrellas»³?

La melancólica y sentida aparición de Héctor en *La Eneida* ¿podrá compararse con estas palabras del Libro de Job?:

En el horror de una visión nocturna, cuando un profundo sueño suele ocupar a los hombres, un espanto y un temblor se apoderó de mí, y todos mis huesos se estremecieron; y pasando por delante de mí un espíritu, erizáronse los pelos de mi carne. Paróseme delante uno cuyo rostro no conocía, una imagen delante de mis ojos, y oí una voz como de airecillo apacible...⁴.

Cuando las creencias religiosas o sociales se alteran, es imposible que la expresión de estas creencias no mude al mismo tiempo de forma; es imposible que las nuevas ideas no revistan formas nuevas también. Y no se diga que lo que hacemos es consignar hechos nada más, porque estos hechos suceden necesariamente, tienen su explicación en las leyes de nuestra naturaleza y en las condiciones de nuestro modo de ser, y son, por último, irrefragable testimonio de la unidad de la especie humana que obedece siempre a un mismo impulso, cualquiera que sea la zona del globo en que se le imprima.

Clasicismo versus Romanticismo

Así que nosotros aceptamos del clasicismo el criterio de la lógica; no de la lógica de las reglas, insuficiente y mezquina para las necesidades morales de la época, sino la lógica del sentimiento, la verdad de la inspiración; y del romanticismo aceptamos todo el vuelo de esta inspiración, toda la llama y el calor de las pasiones. Aquel vuelo, empero, ha de ser por el espacio infinito que el alma del hombre puede cruzar, y la llama y el calor de las pasiones han de ser reales y

² *Iliada*, canto V, la expresión extraña en Gil: en Homero, Venus es Afrodita.

³ Apocalipsis, 12, 1-3: "Una gran señal apareció en el cielo: una mujer vestida del sol, con la luna bajo sus pies y una corona de doce estrellas sobre su cabeza. Estaba encinta y las angustias del parto le arrancaban gemidos de dolor". En esta cita y en la siguiente, Gil reproduce el texto de la *Vulgata*.

⁴ Libro de Job, 4, 13-17.

espontáneos, y no fosfórico resplandor que luzca vistoso un instante para apagarse apenas le toquen.

Y si variamos de época, añadiremos que aceptamos el clasicismo por entero entre nosotros durante todo el siglo XVIII, como una idea poderosa de orden y de disciplina, única capaz de corregir la anarquía y confusión que se introdujo en la literatura hacia la postrera mitad del siglo XVII; y que aceptamos el romanticismo aun con sus extravíos a principios del siglo presente, como único medio de emancipar el genio de las injustas cadenas de los reglistas.

Por lo demás, la idea de que el talento, cualquiera que sea la bandera en que se aliste, tiene siempre una misión privilegiada y bienhechora en la marcha general de la humanidad, es harto más social y fecunda que esas mezquinas rencillas literarias que bullen en un círculo más mezquino que ellas todavía. ¿Por qué no mirar como hermanos a Sófocles y Shakespeare, a Calderón y a Moliere, a Byron y a Cervantes, cuando Dios puso en la frente de todos la estrella rutilante del genio? Preferir la discordia a la armonía, es idea digna tan solamente del Satanás de Milton en acecho de las delicias del Paraíso.

Sentada nuestra opinión sobre la filosofía de la literatura, nos ceñiremos ahora a las poesías del señor Zorrilla y no saldremos ya de ellas.



Análisis de los poemas

Fácilmente podrán presumir nuestros lectores que un joven de una fantasía poderosa, rica y ardiente se inclinaría desde sus primeros pasos a la escuela que más campo ofreciese a su inspiración y más espacio a los vuelos de su alma; así es que el señor Zorrilla fue desde luego, romántico, para conformarnos con la denominación. Sus primeros versos hicieron alarde de esa brillantez y gala desconocida de Calderón acá, de esos vuelos fantásticos y caprichosos, de esa novedad y atrevimiento de imágenes, y de esa música exquisita de la versificación, ora apagada, dulcísima y melancólica; ora robusta, vigorosa y resonante según los objetos sentidos o descritos, que tanta magia derraman en esta colección poética.

Sin embargo, como el autor apenas salía de la niñez cuando comenzó a caminar por la senda de la reputación y de la poesía, sus primeros pasos hubieron de resentirse precisamente de la incertidumbre que acompaña a todos los viajeros al principio de un camino desconocido. Durante el primer tomo se trasluce, en efecto, ese trabajo ímprobo y puramente interior de un poeta, que busca terreno a propósito para construir el palacio donde han de morar sus ilusiones y su nombre, y que cargado con el peso de su inspiración, no encuentra un lugar de preferencia en que depositarla.

Su poesía, que en todas partes se desliza sonora, fácil y abundante, campea con más vigor en unos trozos que en otros, y deja traslucir que el aliento de la inspiración no en todos es igual. Por ejemplo, en la composición *A Toledo*, en los *Recuerdos de Toledo*, en una de las *Orientales*, en la *Noche de invierno*, brotan los versos espontáneos, sentidos y verdaderos siempre, al paso que en la composición *A una mujer*, en los fragmentos *A Catalina*, en *Ella y Él*, se echa de ver una impresión menos profunda, reflejada de consiguiente con un tanto de palidez.

La composición *A la estatua de Cervantes* es severa, enérgica en su expresión, trascendental en su objeto y bellísimamente versificada; sin embargo, ni es la mejor del señor Zorrilla, ni la mejor del tomo. Esta clase de composiciones filosóficas en su concepto, en su desarrollo y en su tendencia, reclaman un fondo de madurez y de reflexión que rara vez o nunca acierta a ser el patrimonio de los pocos años; y aunque el señor Zorrilla ha ofrecido en esto una prueba bien clara de la precocidad de sus disposiciones, el hecho es que su vuelo no ha sido en esta ocasión tan igual y sostenido como en otras.

En todo el tomo, según hemos indicado, se echa de ver cierta indecisión y falta de unidad en el conjunto, testimonio irrefragable de que el autor no había sondeado detenidamente su alma, ni enderezado un viaje a término fijo. El género descriptivo, no obstante, está manejado, si no con la perfección que en los demás tomos, con extraordinario vigor y lozanía, y parece prometer la justa predilección que el autor le ha concedido después, con tanta ventaja de su buena opinión. Fuera de esto hay varias composiciones que en rigor no pueden llamarse cuadros por la falta de unidad en su plan, y que más bien se

asemejan a una porción de lindísimos arabescos dibujados sobre un fondo brillante y de sumo efecto.



En el segundo tomo ya ha tomado tierra el poeta, y puede adivinarse que sus excursiones al país de la inspiración se harán con más conocimiento del terreno y con la certidumbre de volver a lugar seguro.

El día sin sol es una composición llena de aliento y de calor; un tanto desigual, es verdad, pero rica de descripciones de inmensa gala y lozanía, y tocada en varios trozos con una delicadeza y gracia infinitas. Sin embargo, el cuento de *Para verdades el tiempo y para justicias Dios*, *La sorpresa de Zahara* y *A buen juez, mejor testigo*, son a nuestro entender los pasos más firmes y más fecundos en resultados que el señor Zorrilla ha dado en su carrera literaria.

En todos ellos se ve el poeta nacional inspirado a la vista de los lugares, verdadero, rico como nuestro cielo, desenfadado y noble como nuestros caballeros, dramático en los diálogos y lírico y opulento en las descripciones. Desde entonces ha tomado esta clase de poesía en su pluma el carácter local que reclamaba, y que tanto había de realzarla; el marco con que la ha ceñido el autor, le ha hecho ganar en precisión y en vigor, viniendo a ser de este modo tan clara y tan distinta la impresión que deja al alma completamente satisfecha.

El segundo tomo es el pedestal del poeta, pero en el tercero la estatua ocupa ya su pedestal. Ábrese el volumen con una composición a Roma, en que se trasluce algo del nervio de Horacio, no poco de la severidad y filosofía de Tácito; composición en nuestro dictamen más completa ya y más madura que la que antes citamos del tomo primero a la estatua de Cervantes. Sin embargo, donde más alto aparece el vate es sin duda en los versos *Al último rey moro de Granada*, *Boabdil el Chico*.

Hasta aquí reconocía todo el mundo en el señor Zorrilla un admirable poeta descriptivo; pero nadie juzgaba tan poderoso su corazón como su fantasía: juicio fundado, en verdad, pues que los cuadros que nos había trazado de los vaivenes y misterios del alma, más eran indicaciones y bosquejos, que no obras de filosófica y esmerada composición. Faltaba a sus poesías esa intimidad (permítasenos la expresión) que parte de un corazón para apoderarse de otro, faltábale esa

simpatía inexplicable y profunda, que nos identifica con los ajenos males, pero en *El último rey moro de Granada* el poeta es oriental y magnífico en la descripción de la *perla de Oriente*; es el poeta de la guerra en boca del caballeresco Muza; es, en fin, el poeta del infortunio, el intérprete de los dolores del destierro en aquellos desdichados moros, que iban a esperar en las africanas arenas la vuelta de las golondrinas que tornaban de los campos de la patria. El poeta, por una dichosa combinación, ha sabido atesorar toda la esplendidez de la fantasía y todos los misterios de la desventura en estos versos, que durarán tanto como el gusto de lo bello y de lo verdadero. El mayor elogio que de ello podemos hacer, es insertar una muestra al fin de este artículo.

La composición más notable que encierra el tomo tercero después de las ya mentadas, es la dirigida *A una calavera*. Sin embargo de aceptar, como aceptamos, toda clase de inspiración, porque estamos íntimamente convencidos de que la poesía no es otra cosa que el reflejo del sentimiento, no excita nuestra simpatía este género desconsolado y amargo, que despoja al alma hasta del placer de la melancolía, y anubla a nuestros ojos el porvenir más dulce, el porvenir de la religión. Por lo demás, la composición nos parece tocada con franqueza y valentía y de sumo efecto.

El tomo cuarto nada añade a la fama del señor Zorrilla como poeta lírico porque, si bien *Las hojas secas* ostentan rasgos delicados y de exquisito gusto, se queda muy atrás de los versos al último rey de Granada. Como poeta dramático, no es este ya el lugar de juzgarle por el corto espacio que nos resta, y porque debiendo representarse en breve su comedia *Más vale llegar a tiempo que rondar un año*, nos reservamos para entonces su juicio⁵. Del capricho dramático que está al fin del primer tomo, solo diremos que es un juguete, y que la crítica no debe ensañarse con él.



⁵ El anuncio no se cumplió, pues el estreno se retrasó cinco años, cuando Gil ya estaba en Berlín, por lo que no pudo cumplir este propósito: "*Más vale llegar a tiempo que rondar un año* se estrena en el Teatro de Variedades, en 1845, aunque se había publicado el 39, que fue el año que [Zorrilla] estrenó *Juan Dandolo*". [Francisco de Cossío, *ABC*, 27 de junio de 1944].

Tendencias filosóficas

Hemos acabado el análisis de las obras del joven Zorrilla, tal como lo permitía la estrechez de este artículo; réstanos hablar de sus bellezas y defectos, y de su tendencia filosófica. De las primeras dejamos indicadas no pocas: brillantez de colorido y brillantez de imágenes, armonía exquisita en la versificación y verdad extraordinaria en las tintas locales; tales son las principales dotes que adornan esta colección.

En cuanto a defectos, ha tenido nuestro joven autor algunos en el principio, que el tiempo y la reflexión han ido corrigiendo después. Échase entonces de ver algunas veces imitaciones de Calderón, sin considerar que los conceptos pasaron con la época de sutileza teológica que los engendrara; y hay además ciertas pretensiones de metafísica que no cuadran bien con el carácter desenvuelto y exterior de su poesía. Tiene también el señor Zorrilla el defecto de apenas corregir esos versos que brotan de su pluma con inagotable fecundidad, y que no siempre encierran ideas dignas de su armoniosa cadencia. La crítica juzga de las obras, no por su número, ni menos por el poco tiempo que en ellas se gasta, sino por las bellezas que contienen y por la significación que encierran.

Otras veces le sucede a nuestro vate repetirse a menudo; consecuencia indispensable de la desproporción que ha de existir entre sus pensamientos y numerosos escritos: desproporción irremediable, por otra parte, atendidos sus cortos años y sus larguísimos trabajos. Si la situación de los literatos no fuese excepcional de todo punto en nuestro país, le dirigiríamos un cargo por esa fecundidad excesiva de su musa; pero nos libramos muy bien de echarle en cara una cosa que tal vez deplora él como nosotros.

La tendencia filosófica de estas poesías, incierta y vaga en un principio, ha venido a resumirse en el propósito de levantar y rejuvenecer nuestra nacionalidad poética, de sacar del polvo nuestras tradiciones, y de restituírnos en lo posible ese espíritu caballeresco y elevado, que hemos perdido con las glorias que nos lo aseguraron, pero cuyo germen todavía descansa en nuestro corazón. En este sentido parécenos muy laudable y muy digna la tarea de maestro trovador, pero tampoco quisiéramos que perdiese de vista el porvenir. El águila del genio debe remontarse al cielo antes que despunte el día, para ver primero que el mundo asomarse el sol

por entre las tinieblas de la noche; y uno de los más bellos privilegios de los grandes poetas ha sido, en todas ocasiones, el de abrir y allanar el camino a épocas más cultas y más gloriosas.

Las poesías del señor Zorrilla andan en manos de infinitas gentes, y nosotros, sin embargo, quisiéramos verlas en manos de todos sin excepción, no solo para aumento de la merecida nombradía del autor, sino también para aumento de la gloria de nuestra triste nación, que en medio de sus amarguras no podrá encontrar más lecho de descanso que los laureles de sus hijos.

AL ÚLTIMO REY MORO DE GRANADA

BOABDIL EL CHICO

DE JOSÉ ZORRILLA

I

Una ciudad riquísima, opulenta,
el orgullo y la prez del Mediodía,
con regia pompa y majestad se asienta
en medio la feraz Andalucía.

Y allí vierte su lumbre el sol de
España
en hebras de purísimos colores,
y brotan al calor con que la baña,
en vasta profusión frutos y flores.

Allí el aura sutil expira aromas,
y la estremecen sobre cien jardines
bandadas de dulcísimas palomas
y pintado tropel de colorines.

El Darro y el Genil con turbias olas,
en su verde llanura se derraman,
y a su confín, en playas españolas,
del revoltoso mar las ondas braman.

Mofa son sus alcázares del viento,
fatiga de los fastos sus memorias,
su grandeza y tesoros son sin cuento
y no se encuentra fin a sus historias.

Allí es el cielo azul y transparente,
fresca la brisa, amiga la fortuna,
fértil la tierra, y brilla eternamente
sereno el rojo sol, blanca la luna.

Y afrenta de las tierras más remotas,
vense allí, como en otro Paraíso,
los pomposos laureles del Eurotas
y los húmedos tilos del Pamiso.

Crece allí las palmas del desierto,
de Cartago los frescos arrayanes,
las cañas del Jordán en son incierto,
arullan de Estambul los tulipanes.

Y entre pajizas y preñadas mieses
las vides de Falerno allí seorean,
y los de Jericó mustios cipreses,
con los cedros del Líbano cimbrean.

Y hay allí robustísimos nogales,
lúgubres sauces, altos mirabeles,
y olivos, y granados, y morales,
ceñidos de jacintos y claves.

El zumo de sus vides deliciosas
tal vez la alegre Italia envidiaría;
y por sus anchas y fragantes rosas,
sus rosas las trocará Alejandría.

El jaspé, el oro, el mármol, los
cristales,
se ostentan en su espléndido recinto,
y ansiaran sus recuerdos orientales
los escombros de Atenas y Corinto.

Y no la iguala en lujo y en riqueza
la voluptuosa pompa del Oriente,
que entre flores y lánguida pereza
vive tranquila su atezada gente.

Unos hombres de Oriente la
robaron
para asentar en ella su morada;
los hombres a quien de ella
despojaron,
lloraron siete siglos su Granada.

Y era un tiempo de guerras y de
amores,
en que el compás de berberisca zambra
y el son de los clarines y atambores,
estremecían a la par la Alhambra.

Y era un rey exquisito en sus
placeres,
y un pueblo en su molición
adormecido,

que gozaba en su paz nuestras mujeres,
esclavizando al padre y al marido.

Y era también el término llegado
del brío y del poder de aquella gente,
y al postrimero Rey había tocado
el sitial de las razas del Oriente.

La hora fatal a la morisca luna
los sabios en su horóscopo leyeron,
y tal vez mereció mejor fortuna
de la que sus horóscopos le dieron.

¡Ay, Boabdil! Levántate y despierta,
apresta tu bridón y tu cuchilla,
porque mañana llamará a tu puerta,
con la voz de un ejército, Castilla.

Mañana, de su mengua
avergonzados,
te cercarán los tigres españoles,
y echarán sobre ti, desesperados,
de siete siglos los sangrientos soles.

Semanario Pintoresco Español,

2ª serie, tomo I, entrega 9, 3 de marzo de 1839

2. *Cuentos*, de E. T. A. Hoffmann [1839]



7

FOLLETÍN
CUENTOS DE E. T. A. HOFFMANN.
VERTIDOS AL CASTELLANO POR
D. CAYETANO CORTÉS.
DOS TOMOS EN 8º PROLONGADO⁶

En una rigurosa noche de invierno del año de 1776, nació en una casa de Königsberg una escuálida y débil criatura, que al parecer no estaba destinada a la vida. Sin embargo, el niño vivió: su imaginación poderosa y robusta enseñoreó su temperamento, y a pesar de su situación doméstica que, sin cesar, contrariaba las inclinaciones fogosas y en un todo artísticas de su alma, y a pesar igualmente de los largos y trabajosos estudios que demandaba la carrera del foro, a que hubo de dedicarse,

⁶ «Véndense en las librerías de Escamilla y Cuesta». Traducción y edición de Cayetano Cortés, Imprenta de Yenes, Madrid, 1839. Gil es pionero en reseñar los cuentos de Hoffmann que pronto hacen furor en Madrid: “La fama de dicho autor se puede apreciar en varios momentos de la publicación del *Semanario Pintoresco Español*, especialmente a partir del año 1839, referencias que también aparecen en la prensa periódica del momento. Así el 21 de abril de dicho año, el crítico encargado de la sección «Revista Literaria» señala al respecto que «injusto fuera no hacer la correspondiente mención de los *Cuentos de Hoffman* (sic.), que tan esmerada y correctamente acaba de traducir al castellano D. Cayetano Cortés y cuyo juicio merecería un razonado análisis ajeno por desgracia de los estrechos límites de este artículo. Sin embargo no dejaremos de decir que los cuatro cuentos publicados en dos tomos, a saber «Aventuras de la noche de San Silvestre», «Salvador Rosa», «Maese Martín» y «Mariano Falieri» están llenos de invención, de verdad, de gracia y de misterio y que los amantes de la bella literatura en nuestro país encontrarán en ellos un género de impresiones enteramente nuevo y un campo desconocido de imaginación y de belleza. Recomendamos pues la lectura de tan interesante obra, porque la reputamos como un precioso adorno de nuestra literatura», *Semanario Pintoresco Español, Segunda Serie*, t. I, (21 de abril de 1839), p. 128”. [Rubio Cremades, E., *Los relatos fantásticos de Juan Valera*, URL: <http://bit.ly/1JV0PRy>].

⁷ *Autorretrato* de Ernst Theodor Amadeus Hoffmann, c. 1822.

este hombre sobresalió en la música, en el dibujo y en las bellas letras, a par que en la magistratura.

Los desórdenes que acompañaron a las campañas de Napoleón en Alemania, trastornaron su existencia social hasta el punto de obligarle a ganar un mezquino y precario sustento con las artes que habían sido el amor de su juventud; y alguna vez sucedió que el magistrado sabio y distinguido, no pudiendo vivir con su plaza de director de orquesta en el teatro, tenía que “empeñar su levita vieja” para comer.

Los mejores años de su vida se pasaron entre tales penurias y desdichas; y cuando la paz restituyó sus beneficios a la Alemania, cuando el gobierno atendió a su talento, cuando la fama hacía volar por todo el Norte su nombre y maravillosas obras, la muerte vino a sorprenderle en medio de este campo de prosperidad a los cuarenta y seis años de edad. Este hombre poeta, compositor, dibujante, filósofo y magistrado, se llamaba, E. T. A. Hoffmann.

Poco conocidos entre nosotros el espíritu y formas de la poesía alemana en general, y particularmente las de los cuentos de Hoffmann, difícil ha de ser forzosamente la empresa que acometemos, al encargarnos del examen de sus obras: así que solicitamos la mayor indulgencia de parte de los que hayan de leer este artículo.

El dictamen de Walter Scott

El ilustre Walter Scott nos ha precedido en este trabajo con el delicado gusto que caracteriza todas sus obras; pero sin embargo del acatamiento que su dictamen nos merece, nuestro parecer es distinto del suyo en varios puntos, y no solo por respeto a nuestra conciencia, sino también por el interés de la verdad, no dejaremos de arriesgar nuestro oscuro parecer delante de tan distinguida y calificada opinión⁸.

⁸ Walter Scott publicó en 1827 el ensayo “On the Supernatural in Fictitious Composition; and particularly on the works of Ernest Theodore Hoffmann”, cuya traducción al francés [«Du Merveilleux dans le roman», *Revue de Paris*, 12-IV-1829] tuvo gran resonancia y generó la polémica ‘Scott contra Hoffman’ sobre la naturaleza del relato fantástico [véase al respecto en este volumen el ensayo de Noemí G. Sabugal]. El debate generó también dos bandos en España: Bermúdez de Castro abanderó las tesis de Scott mientras que Enrique Gil defiende en este artículo la posición de Hoffmann. Interesa aquí subrayar de qué modo el siempre atento a la vanguardia Enrique Gil participa de un debate literario de altura, nada menos que

Hoffmann, según el célebre novelista escocés, ha descrito en muchos de sus cuadros escenas bajas y prosaicas, hijas legítimas de la taberna alemana, y en lugar de ennoblecerlas y de levantarlas, ocasiones ha habido en que su pluma ha recargado su desagradable desnudez y verdad. Por otra parte, en ese afán de idealizar la materia, de prestar vida a todos los seres inanimados, y de buscar en la naturaleza invisibles y remotísimas consonancias, se nota casi siempre un desconcierto y una vaguedad, que ni en la naturaleza exterior se notan, ni menos pueden hallarse en el orden y natural encadenamiento de nuestras ideas.

Los objetos aparecen allí confusos y flotantes, sin colores y sin contorno; las aproximaciones y vínculos con que reúne y estrecha los acontecimientos físicos y morales carecen muy a menudo de significación lógica, y las sensaciones que excitan, vagas y discordantes por lo mismo, no pueden enlazarse con ninguna idea general que las armonice y ordene dándoles un impulso convergente y uniforme, que ayude al desarrollo moral e intelectual de la época. Así que las fantasías de Hoffmann, ajenas a las reglas del buen gusto, desnudas de verdad y perplejas y desatadas entre sí, solo pueden excitar la admiración que inspira el poderío de una imaginación privilegiada, aun en medio de sus errores y extravíos.

A esto suelen reducirse los principales defectos que así Walter Scott como otros críticos han notado en las obras del admirable alemán. Nosotros, que miramos la cuestión de distinto punto de vista, la juzgaremos de una manera distinta también.

Scott-Hoffmann, sobre la imaginación y el cuento fantástico, que en el siglo XXI sigue siendo actual y vigoroso. El caso ha sido estudiado minuciosamente por Leonardo Romero Tobar, quien resume así la posición de nuestro autor: «Gil y Carrasco, crítico y poeta previamente convencido de la capacidad sin límites de la imaginación, emprende una justificación del arte fantástico de Hoffmann a partir de dos pruebas complementarias: la correspondencia entre el «pensamiento y la expresión» de los textos del autor alemán y la comprobación de su «armonía con el sentimiento de los lectores». La identidad de creencias entre el escritor y sus receptores la explica el poeta leonés trasladando la tesis del *maravilloso cristiano* al terreno del vago simbolismo idealista en el que se situó un amplio sector de los creadores románticos: «¿Quién no ve en la mayor parte de las fantasías de nuestro escritor una idea trascendental o un misterio de nuestro ser disfrazado con los ropajes vaporosos de sus fábulas?» [Romero Tobar, L., *Sobre la acogida del relato fantástico en la España romántica*, Biblioteca Virtual Cervantes, 2012. URL: <http://bit.ly/10mjRhI>].

Así como la literatura en general y en abstracto es la expresión de la sociedad y de la época, del mismo modo la poesía en especial y en concreto es el reflejo del sentimiento y de la imaginación del individuo: tal es por lo menos la única razón que alcanza a explicar la diversidad infinita que se nota en las formas y fisonomía de la poesía entre los diversos hombres y naciones. La base y fundamento de la crítica es, como todo el mundo sabe, la lógica, y la lógica en todas las obras de imaginación consiste respecto del público en la armonía de su propio sentimiento con el sentimiento y expresión del artista.

Las reglas no son otra cosa que los datos y condiciones más generales de aquella especie de simpatía que lo bello debe ejercer, así en su fondo como en sus formas. Con arreglo a esta suposición, que creemos innegable a los ojos de todo el mundo, vamos a juzgar los cuentos de Hoffmann.

Su imaginación, su organización física, su sensibilidad exquisita, su carácter irritable, sus creencias pueriles y supersticiosas, sus pensamientos ora risueños, ora sombríos, ya elevados y terribles, ya grotescos y ridículos, le convertían en un ser excepcional, presa de mil contrarias sensaciones y vago e indeciso en sus ideas. El medio con que observaba y escudriñaba la naturaleza era prisma de un encanto particular que hacía pasar por delante de sus ojos el mundo físico y moral como variedad infinita de fases y de colores, que todo lo confundía y mezclaba en su cabeza, agrupando los objetos en mil combinaciones caprichosas e inauditas.

El espectáculo que presenciaba era de una especie exótica y sin ejemplo, y sus sensaciones habían de resentirse forzosamente del aparente desorden con que se agolpaban a su imaginación. De aquí esas visiones apacibles, pálidas y medio borradas, al lado de los grupos y conversaciones de la taberna; de aquí esos rasgos luminosos de amor, de sentimiento y de abandono a par de escenas atroces que erizan los cabellos; de aquí también el desorden y la disipación de la vida de artista junto al cuadro lleno de armonía, de suavidad y de dulzura de la vida doméstica; de aquí, por último, esa serie innumerable de contrastes siempre fáciles y sin artificio, rodeados donde quiera de una especie de vapor incierto e inexplicable como las dudas y vaguedad, que en la mente del autor sembraba la lucha continua de tan encontrados afectos y opiniones.

¿Por qué, pues, había de ajustarse Hoffmann en lo cómico al modelo de Moliere, o en lo trágico al tipo de Shakespeare? La sociedad que el primero pintaba uniforme, vigorosa y compacta, repartida en clases, diversas todas, así en su color como en su fisonomía, ¿presentaba por ventura los mismos ridículos que la actual sociedad, cuyo aspecto varía con los acontecimientos y las ideas a cada paso, y cuyas tintas y matices pugnan por confundirse y mezclarse en una tinta general?

¿Los últimos días de barbarie que alcanzó Shakespeare, oscuros, sombríos y crueles, pero determinados y vigorosos, tienen algo que ver con esta época de revoluciones y de trastornos, que abriga el instinto de la prosperidad y de la fuerza, pero que no sabe cuál será el término de su fatigoso viaje?

Si Walter Scott pintara los tiempos actuales en su expresión del momento (y decimos en su expresión del momento, porque a nuestro entender sin duda los pinta en esas miradas que a lo pasado se dirigen, para buscar en él un elemento con que reconstruir lo presente y cimentar el porvenir), si Walter Scott, repetimos, fuera un exacto reflejo de la época actual, ¿brotarían de su pluma esas figuras vigorosas, llenas de resolución y de creencia y siempre consecuentes consigo propias?

El Astrólogo

Hoffmann, que al crepúsculo actual añadía las brumas del misticismo alemán y las nubes de su imaginación y de su temperamento irritable, tenía que aparecer forzosamente como un hombre fantástico y visionario. El camino que siguió es el único que su genio le abría; cualquier otro hubiera estado sembrado para él de dificultades; y tal era su conocimiento en esta parte, que a un amigo que le aconsejaba que dejase su género nebuloso, y al propio tiempo le inclinaba a la lectura del *Astrólogo* llamando su atención sobre las novelas de Walter Scott⁹,

⁹ La novela fantástica *Guy Mannering o el Astrólogo* se publicó anónimamente en 1815; Scott reconoció su autoría en 1829. Se tradujo al castellano en 1838 [E. de O., Madrid, Imprenta de I. Sancha], de modo que es seguro que Gil conocía la obra que Koreff recomienda a Hoffmann. A propósito, maravilla al lector de Gil en 2015, cómo el crítico berciano tutea a las principales figuras de su generación, desde Scott y Hoffmann a Hugo, Dumas o Chateaubriand. Y sorprende más aún que un artículo de este jaez se publique en portada, a cuatro columnas, en el principal periódico de la época, cosa imposible al día de hoy.

que principiaban a publicarse en Alemania con gran boga, le respondió lo siguiente: “Ayer tarde ha venido a verme Koreff¹⁰, y ha tenido la bondad de enviarme *El Astrólogo* que le pedí, y que leeré al instante, porque lo que hago ahora es devorarlo. ¡Es un libro excelente, excelentísimo! ¡Qué sencillez! ¡Qué calma! ¡Qué verdad tan enérgica en la pintura de las costumbres y de la vida! Con todo, mucho disto yo de poseer semejantes dotes y haría muy mal en tratar de fingir esta paz intelectual que el cielo no me ha concedido. Lo que en este momento soy y lo que alcanzo a ser, yo lo pondré de manifiesto *proprio* en el *Gato Murr*, y luego bajo otro punto de vista, Dios mediante, en *Jacobino Schnelppfeff*, que regularmente no saldrá a luz hasta 1822”.

Queda, pues, probado, en nuestro entender, que en Hoffmann están de acuerdo el pensamiento y la expresión, y que sus cuentos y fantasías tienen por lo tanto la primera cualidad que de las obras de imaginación se exige, es decir, la verdad. Réstanos averiguar ahora si la idea o sentimiento que encierran y la forma en que lo desarrolla, están en armonía con el sentimiento de los lectores. La inmensa popularidad de que gozan estos cuentos en Alemania y la lisonjera acogida que donde quiera han encontrado, nos dispensaban al parecer de probar esta segunda parte de nuestro aserto: pero deseosos de aclarar la materia, cuanto esté en nuestra mano, nos detendremos en ella.



10 El médico David Ferdinand Koreff (1783-1851), que investigó los trastornos mentales y la locura, ejerció notable influencia en su amigo Hoffmann, quien le convierte en Doctor K en *La casa despierta*. Véase *Los elixires del diablo* [*El panorama ante nosotros*, URL: <http://bit.ly/1tdNSLj>]. Koreff fue colaborador y amigo de Wilhelm y Alexander von Humboldt; cuando Gil llega a Berlín, cinco años después de escribir este texto, con su vasto caudal de lecturas, ¿cómo no despertar la admiración del venerable Humboldt? Fue, sin duda, el encuentro de dos inteligencias fascinantes.

Todos convienen en la fecundidad y maravilloso, arranque de la imaginación de Hoffmann y en el entretenimiento que de su lectura resulta; pero no falta tampoco quien reduzca su valor a tan mezquinos quilates, y le prive de toda ulterior intención y de todo pensamiento profundo encubierto bajo sus admirables ficciones. Parécenos esto un error que disipan a la vez la reflexión, los conocimientos sólidos y profundos del escritor alemán y la celebridad que ha adquirido en el país de la meditación y de la sabiduría por excelencia.



11

Juzgamos superflua la demostración de los dos extremos últimos, y vamos a ceñirnos por lo tanto a la del primero. El espíritu de análisis y de duda que en todo muestra la época actual y la condición que pone a toda obra de arte de instruir, además de deleitar, hacen casi del todo imposible una reputación firme y sólida que únicamente se fundara en la habilidad de entretener y divertir. El siglo, según la triste expresión vulgar, es positivo y no se paga de ilusiones ni de fantasmas: de modo que si a esto solo se redujeran las obras de Hoffmann, en vez de aplauso universal, le hubiera acogido la universal rechifla. Maravillas y no pocas encierran los *Cuentos Tártaros*¹² y *Las Mil y una noches*, y sin embargo no hay quien gaste su tiempo en leerlas. ¿Quién no ve en la mayor parte de las fantasías de nuestro escritor una idea trascendental o un misterio de nuestro ser disfrazado con los ropajes vaporosos de sus fábulas?

¹¹ *Les Misères et les Malheurs de la Guerre*, grabado de Jacques Callot, artista admirado por Hoffmann.

¹² *Los mil y un cuartos de hora (Cuentos Tártaros)*, de Gueulette, publicados en España en 1789.

El cuento del autómatas que Walter Scott cita como el colmo del desvarío, ¿no es un ejemplo de la locura humana que pretende dejar la tierra para subir a su verdadera patria, que quiere usurpar a la divinidad el fuego de la creación, y que adorna la materia con todas las perfecciones del espíritu? ¿No expresa también la pasión del artista que ama lo bello, no como existente en la naturaleza, sino como un tipo que guarda su imaginación cual si fuera un sello de la divinidad? Tal vez sea toda la ficción de este cuento "creación enferma de seso enfermo", como dice Shakespeare; pero es preciso recordar el carácter de Nataliel, los delirios de su imaginación y tener presente además que una exaltación semejante a la suya, raya fácilmente en la demencia.

El cuento del *Tiesto de oro* tiene también un sentido claro y profundo porque en nuestro dictamen la casa del archivero Lindhorst no es otra cosa que el país de las ilusiones y de la felicidad, patrimonio exclusivo de la sencillez y de la fe.

No cabe género de duda en que los medios que emplea Hoffmann en sus ficciones están en una especie de aparente desorden, que apenas deja ver en ellos otra cosa que los caprichos de una brillante fantasía; pero examinándolos con los ojos de la reflexión, al punto se divisan y desenmarañan ese sin fin de hilos ocultos, que enlazan las diversas creaciones de su fantástico universo. ¿De qué serviría, si así no fuese, ese amor al arte, verdadero culto, verdadera idea fija del autor, que donde quiera pone en primer término un artista al cual se apegan involuntariamente el interés del lector? El sol del sentimiento es el centro de atracción que Hoffmann ha puesto en el sistema moral de sus obras, y esto solo bastaría a demostrar la filosofía de un plan encaminado a realzar la parte noble de nuestro ser, única donde tienen su asiento los pensamientos generosos y las acciones magnánimas.

Si los límites de nuestro artículo lo permitieran, sería una tarea muy agradable para nosotros la de descubrir más y más el genio original y vigoroso de Hoffmann por medio de un cotejo con los autores más notables de su propio país y del nuestro; si bien de este último propósito nos retraería probablemente el ingenioso paralelo del escritor alemán con nuestro inmortal Calderón, que hemos visto en el folletín del *Piloto* del 17 de marzo debido a la elegante pluma del joven poeta don Salvador Bermúdez de Castro. De todos modos ya que solo nos resta el

espacio preciso para hablar de la traducción, nos limitaremos a los cuatro cuentos que comprende, a saber: *Salvador Rosa*, *Las aventuras de la Noche de San Silvestre*, *Maese Martín* y *Marino Faliero*.



Salvador Rosa es un cuento que pudiéramos llamar cómico. El célebre pintor que aparece además como actor y como poeta, las delicadas figuras de Mariana y de Antonio, el grotesco grupo de Pascual Capucci, de Splendiano Accoramboni y del enano Pitichinaccio y la rara habilidad y travesura con que está manejada toda la historia, forman una lectura de lo más sabroso y entretenido que puede concebirse. El ridículo animado y festivo que el autor derrama sobre Capucci, el doctor Pirámide (Accoramboni) y Pitichinaccio es de un efecto admirable.

Las aventuras de la noche de San Silvestre componen un cuento en sumo grado fantástico y vago. El desenlace es extraordinario, o por mejor decir, no hay desenlace; y la historia de Erasmo que ha dejado su reflejo a la mujer que amaba, sirve de tupido y casi impenetrable velo a una idea profunda y misteriosa¹³.

La imagen que ha enajenado Erasmo no es otra cosa en nuestro entender que el alma, que una vez empeñada en un lugar, no puede volver a nosotros con la antigua paz y alegría, aunque la razón triunfe de los errores y de las pasiones. La mujer de Erasmo es la vida real, dulce y apacible, pero prosaica y positiva; al paso que Julieta se presenta como una visión de fuego que convierte en cenizas nuestra tranquilidad, y que solo nos deja recuerdos de amargura y de felicidad perdida.

¹³ «Estaban de pie ante el hermoso espejo colgado en la pared del gabinete a cuyos lados ardían claras velas. Más apasionadamente estrechó a Erasmo contra su pecho mientras le susurraba: “¡Déjame tu reflejo, amado mío; que sea él eternamente mío, para siempre!” “¡Giulietta!”, exclamó Erasmo sorprendido, “¿cómo se te ocurre? ¿Mi reflejo?” Al decir esto miró el espejo que lo reflejaba a él y a Giulietta en amoroso abrazo. “¿Cómo podrías retener mi reflejo”, continuó, “que me acompaña a todas partes y me sale al encuentro desde el agua clara o desde cualquier superficie bruñida?» [Hoffmann, *La historia del reflejo perdido*]. La lectura de este relato sugiere una profunda huella en Gil, que debe ser estudiada en otro momento.

El cuento de Maese Martín y sus oficiales es una serie de cuadros serenos y risueños, y está bañado de calma y abandono doméstico. Rosa es, según la expresión del autor, una virgen de Alberto Durero. El amor pasajero de un gran señor, el amor ardiente del artista, y el amor puro, constante y verdadero del corazón, están pasmosamente personificados en Conrado, en Reinhold y en Federico, y el orgullo y la bondad de la clase del pueblo aparecen encarnados en Maese Martín el Tonelero. Todo el cuento está tocado con suma gracia y delicadeza, y el desenlace es de aquellos que consuelan y alivian el corazón.



14

Marino Faliero es en nuestro entender una de las más débiles obras de Hoffmann, y fuera de la vaguedad y colorido especial que la distingue, excita poco interés así por lo endeble de la acción, como por

¹⁴ MARINO FALIERO (1285-1355) fue Dux de Venecia; tras un episodio de honor y celos con la duquesa y una conspiración fallida, murió decapitado en las escalinatas del Palacio Ducal, escena inmortalizada por Delacroix \uparrow . La duquesa adúltera casada con un octogenario inspiró el personaje de Angiolina a Byron [*Marino Faliero, Doge of Venice*, London, 1828], y el de Elena a Casimir Delavigne [*Marino Faliero*, tragedia, 1829], las dos obras que Gil menciona, así como una ópera de Donizetti [1835]. El cuento de Hoffmann era, pues, motivo literario de rabiosa actualidad en toda Europa: la versión de Delavigne se representó en Madrid en 1835, reseñada por Bretón de los Herreros en *La Abeja*, y en octubre de 1839 “con ocasión del cumpleaños de la reina Isabel II”. [Véase *El Artista*, 1835-1836: II, 130; y Luis Marcelo Martino, *La concepción del drama en La Moda*, Decimonónica, 2010, vol. 7, núm. 2].

lo poco justificadas que están las situaciones. El Dux que tan interesante han sabido hacer Byron y Delavigne, aparece aquí como un hombre vulgar y común, y Anunciata es descolorida y pálida hasta lo sumo, aun delante de la adúltera y arrepentida Elena. La Angiolina de Byron rehúye toda comparación, así con Anunciata como con Elena, porque es un ángel del cielo.

El señor don Cayetano Cortés ha hecho un servicio eminente a las letras en dar a conocer en nuestro idioma unas obras que con grave mengua de nuestra cultura todavía no habían visto la luz en castellano. La traducción está hecha con un esmero y conciencia extremados; el lenguaje es correcto, fluido y castizo por extremo, y el conjunto en general revela un conocimiento profundo del espíritu de Hoffmann. Semejantes trabajos honran a la vez al que los hace, al autor que con tanta fidelidad interpretan, y al país que en su seno los recibe. Por dichosos pudiéramos darnos, si ese torrente de traducciones que inunda nuestras librerías y gabinetes de lectura, mostrara el delicado criterio y perfecta ejecución que manifiestan los cuentos de Hoffmann.

El Correo Nacional, núm. 424, 16 de abril de 1839

3. Cátedra de Literatura Moderna, por Espronceda [1839]



REVISTA DE LOS CURSOS LITERARIOS Y CIENTÍFICOS DEL LICEO LITERARIO Y ARTÍSTICO DE MADRID

15

EL LICEO ARTÍSTICO Y LITERARIO DE MADRID; del que fueron fundadores José Fernández de la Vega, Patricio de la Escosura y José de Espronceda, entre otros, se inauguró el 23 de mayo de 1837. Enrique Gil fue socio desde el primer momento “a pesar de los cien reales de adhesión y de los veinte mensuales” [Picoche, p. 35]. El Liceo creó cinco secciones: Pintura, Escultura, Arquitectura, Música y Literatura, de la que Gil fue secretario.

Es en *los Jueves del Liceo* donde Gil cultiva su círculo íntimo de amistades, determinante de su vida social y su trayectoria literaria: desde la lectura por Espronceda de su primer poema, *Una gota de rocío*, hasta sus publicaciones en la revista *El Liceo*, pasando por actos como la recepción a la Regente doña María Cristina el 30 de enero de 1838, en la que Gil es escogido entre los poetas que dedicaron un poema a la reina (*La niebla*). El 3 de enero de 1839 el Liceo se traslada al Palacio de Villahermosa, fiesta a la que asiste la Reina y Gil cuenta en *El Correo Nacional*¹⁶.



En 1839 se inician las Cátedras del Liceo; corresponde a Espronceda la de Literatura y en aquella primavera dicta sus lecciones: en este artículo Gil reseña minuciosamente la primera lección y anuncia más (“nos proponemos ofrecer un breve resumen de una lección, al menos, de cada uno de los profesores de la sección de literatura”). La convalecencia que pasa en Ponferrada de septiembre de 1839 al verano de 1840 le aparta de su propósito¹⁷.

¹⁵ Escalinatas del Liceo, *El Siglo Pintoresco*, julio de 1846.

¹⁶ Véase *Crítica teatral*, vol. IV de la BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, p. 276.

¹⁷ Sobre el Liceo, véase la tesis de Aránzazu Pérez Sánchez, *El Liceo Artístico y Literario de Madrid (1837-1851)*, Fundación Univ. Española, 2003.



Debemos dar a nuestros lectores noticias de este brillante establecimiento, que después de mil alternativas y vaivenes ha llegado por fin a tomar el carácter fijo, noble y elevado de su instituto. Cada día se engruesan las filas de sus alumnos, cada día se ve ensanchar en él el horizonte de las artes, y cada día se van consolidando más y más la fraternidad y la armonía que deben unir a los que militan bajo una misma bandera. Después del brillante y celebrado concierto con que se inauguró la traslación del instituto al palacio de Villahermosa, y que Su Majestad la Reina gobernadora favoreció con su presencia, el desarrollo de la idea que ha formado esta reunión de artistas ha sido cada vez más fecundo y más rápido. Las sesiones ordinarias y extraordinarias de competencia nos han sabido presentar a un mismo tiempo los encantos de la poesía, las armonías de la música y las magias del pincel, junto con el atractivo de una brillante y escogida sociedad.

Lectura de *El Diablo Mundo*

Mucho tiempo se pasará antes de que se olvide la introducción al poema del *Diablo mundo* del señor Espronceda¹⁸. Los robustos acentos del señor Salas o los delicados y riquísimos de las señoras De Vega y

¹⁸ *El Diablo Mundo* es considerada por la crítica la obra cumbre de Espronceda, inacabada por su muerte prematura. Comenzó a publicarse por entregas en 1841, pero la muerte sorprendió a Espronceda, y desgarró a Gil, el 23 de mayo de 1842.

Bonaplata, y los espléndidos cuadros de Villaamil, o los maravillosos dibujos de la señorita de Weis. Impresiones son estas que duran tanto como el gusto de lo bello y cuyo recuerdo es por sí solo capaz de abrir el campo de la imaginación y del arte a quien quiera que abrigue el germen del sentimiento en el fondo de su corazón. La tierra en que brotaron Cervantes y Calderón, Velázquez y Murillo, Herrera y Alonso Cano todavía recibe el calor y la influencia del hermoso sol de España, y los extremados afanes y prolijos cuidados que se le prodigan hacen esperar una colmada cosecha de gloria y de ventura.

Como quiera, el Liceo hasta el día solo había ofrecido la expresión de las bellas artes, sin indicar su senda; habíase ceñido a mostrar el logro de trabajos perseverantes y severos, sin enseñar los medios y estudios con que a su término se llegara; había, finalmente, reflejado con exactitud la fisonomía actual del arte, pero no preparado su porvenir, tan rico de progreso y de esperanza.

Bajo este punto de vista, el Liceo no correspondía a las condiciones de su instituto, porque seguramente no son estos los tiempos dichosos de la Grecia, en que se buscaba lo bello como una tierra de descanso al término de la peregrinación; en la actualidad lo bello es el camino de lo grande y de lo sublime y el carácter espiritual y pensativo de las artes modernas las obliga a lanzarse desde el *Non plus ultra* de los griegos en busca de mundos y de sensaciones desconocidas. El Liceo hasta el día no había cumplido la misión de enseñanza que le estaba encomendada; en el día la cumple; en el día domina lo presente y señala el porvenir; en el día, finalmente, es la expresión completa del arte, así en la actualidad como en lo futuro.



Ya habrán supuesto nuestros lectores que no hablamos sino de la apertura de las cátedras que ha tenido lugar de poco tiempo a esta parte. La numerosa concurrencia que ha asistido a las lecciones, entre la cual se han visto algunas señoritas artistas, ha justificado la elección que el Liceo ha hecho de sus profesores, jóvenes todos y desconocidos como maestros.

Los nombres de los que se han encargado de la difícil misión de representar al instituto en su carácter moral son los siguientes: don José

de Espronceda explica literatura moderna comparada; don Eugenio Moreno López, crítica; don Antonio Gil y Zárate, historia; don Ventura de la Vega, declamación, y don Patricio de la Escosura, principios de literatura¹⁹.

Convencidos de que hacemos un servicio al público en darle a conocer la importancia que puede tener semejante suceso en la marcha general de las ideas, nos proponemos ofrecerle un breve resumen de una lección, por lo menos, de cada uno de los profesores de la sección de literatura, dejando al celo de los secretarios de las demás secciones el cuidado de dar publicidad a sus respectivos trabajos. Comenzaremos, pues, por la primera lección, que oímos de boca del señor Espronceda.

Materialismo y espiritualismo

Expuso este joven el plan y objeto de su curso, reducido al análisis filosófico y cuadro comparativo de las cinco grandes literaturas modernas, a saber: la italiana, la inglesa, la española, la francesa y la alemana. Dividió en seguida la historia del mundo en dos grandes épocas: materialismo y espiritualismo, ciñendo la primera al período que corre desde Homero a la caída del Imperio romano, y la segunda desde entonces hasta nuestros días. Marcan estas dos épocas el modo con que los antiguos comprendían el amor y las formas de la belleza, diverso en casi todo del sentido que los modernos dan a estas ideas, puesto que en la poesía exterior y sensual de los primeros campea suma elegancia y lujo, y la expresión recogida y profunda de la moderna poesía manifiesta mayor conocimiento del corazón humano y más exquisita ternura y melancolía. De todos modos, como el hombre es un compuesto de espíritu y de materia, y las diversas condiciones morales o religiosas de la sociedad en que vive no pueden alterar su esencia, vese a veces destellar el alma al través del cuerpo en la Edad Antigua, y en la Moderna presenciarnos también el espectáculo de la lucha del ser físico con el moral.

Explicó en seguida el profesor la subdivisión de estas épocas, marcadas por grandes hombres y grandes acontecimientos. Un grande hombre, en su sentir, es la idea general de su siglo más una idea propia y peculiar que ordene y dirija el impulso de la primera, acontecimiento sobrado notable

¹⁹ Nótese quiénes son en 1839 “los jóvenes desconocidos como maestros”: Espronceda, De la Vega, Escosura...

de suyo y que pone de manifiesto la máxima que el autor sentó, de que todo grande hombre es un grande acontecimiento.

El grande hombre, pues, para no perderse en su individualismo tiene que abarcar y comprender la idea general, y para no confundirse entre la muchedumbre le es forzoso abrigar una idea exclusivamente suya. Sin embargo, acontecimientos grandes se verifican que no secunda un grande hombre, y entonces las naciones son al propio tiempo ejércitos y caudillos, idea general e idea especial que la utilice. Para ejemplo de esto citó el autor nuestra guerra inmortal de la Independencia, tan rica en hechos gloriosos y tan pobre de especialidades y de genios.

Misión de la poesía

Pasó a explicar en seguida cómo siendo la poesía un medio de complemento y desarrollo de las ideas generales, distaba infinito de ser un juguete destinado a cantar los goces de los sentidos, insuficientes y menguados por su naturaleza para contentar el alma infinita del hombre, que continuamente tiene que salir de sí mismo para llenar con ideas más nobles el vacío de su corazón. Este desasosiego y ansiedad, esta pasión por lo grande y lo desconocido que estrellaba a la Europa feudal contra el Asia y que lanzaba a Cristóbal Colón en busca del Nuevo Mundo, que, cual otro Dios, había visto salir de las aguas al través de desconocidos mares, levanta al hombre hasta la divinidad, de que es traslado. Así que, según el señor Espronceda, la poesía no es otra cosa que “sentimiento e imaginación”, y Colón, perdido en medio del océano, solo con la grandeza de su corazón y la fe viva del genio, es un poeta de colosal estatura.

Explicó después la poderosa influencia que en la Grecia ejerció la poesía, debido a su íntima cohesión con la religión, que cantaba en sus poemas y representaba en sus dramas, presentando como modelos las divinas alegorías de las cualidades humanas que colocara en el Olimpo. Se ve de consiguiente que la poesía se enlaza con todos los conocimientos humanos y que significa en su verdadero sentido “la expresión del estado moral de la sociedad”. El poeta, pues, y la poesía, dueños del mismo elemento que el guerrero maneja, marcan, lo mismo que él, sus épocas en la Historia, con la diferencia, sin embargo, de que el poeta no ha menester más ejércitos ni compañeros que su inspiración para cumplir su misión sobre la tierra.

La Humanidad, que acaudillan el bardo o el soldado alternativamente, marcha sin descanso hacia su perfectibilidad, aguijada por el deseo de bienestar que la consume. El pueblo de Israel huyendo de la esclavitud de Egipto y cruzando desiertos abrasados en busca de la tierra prometida es una personificación magnífica del humano linaje. Con él, como con los hijos de Jacob, sucede que los guías y adalides se detienen quizá en las islas de verdura del desierto y a su sombra ofrecen sacrificios al becerro de oro, dejando expuesto el pueblo a los ardores del sol y a los tormentos de la sed. Entonces el poeta baja de la montaña con la frente coronada de rayos de justicia, degüella a los 22.000 y puesto a la cabeza de la muchedumbre, la guía y la gobierna. En tal estado el poeta no puede pararse a consolar a los que quedan, porque su lugar es el frente del ejército y hay una voz que desde el porvenir le llama.

Siendo una e indestructible la sociedad en su fondo, por más que sus formas varíen, una habrá de ser también su idea dominante, y por lo mismo tiene que haber numerosos puntos de contacto entre las literaturas de las diferentes naciones.

Ossían

Así es que la poesía de Ossían²⁰, que se viste de las brumas del Norte y canta las tempestades y la melancolía, acompañando su arma con el bramido de los torrentes, no es diferente en su esencia de la poesía oriental, arrebolada con todos los cambiantes de su cielo y rica de esplendidez, de abandono y de risueñas imágenes. Por lo tanto, la nación dominante difunde su literatura y pone su sello en la época, salvo algunas excepciones locales. Esto explica la sucesiva influencia de la literatura italiana, española y francesa en los siglos inmediatos a Dante, en los gloriosos días de Carlos V y de su hijo y en los soberbios tiempos de Luis XIV. La Inglaterra, sin embargo, no ha solido experimentar semejantes mudanzas al abrigo de su posición insular.



²⁰ Espronceda subtitula su poema *Oscar y Malvina* como *Imitación al estilo de Ossían. A Tale of the Times or Old*. Gil y Espronceda participaban del furor osiánico del momento. Véase comentarios al poema osiánico de Gil *La nube blanca* en *Poemas*, vol. I de la BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, 2014, pp. 70-71.

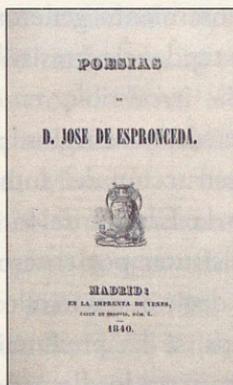
Los grandes poetas modernos son, en el sentir del señor Espronceda: Dante, Shakespeare, Cervantes, Goethe y Byron. El análisis y paralelo de Dante y de Shakespeare quedó aplazado para la siguiente lección, pero el autor vio en Cervantes al hombre que apresura la caída de una sociedad profundamente removida, cual era la sociedad caballeresca, para reemplazarla con otra naciente sociedad; consideró a Goethe como el completador de la lengua y poesía moderna alemana y como el primero que ascendió el yugo de la literatura francesa, y, finalmente, miró en lord Byron la expresión fidelísima y cabal de este deseo vago, de esta ansiedad y de esta duda que trabajan y devoran a la actual sociedad, haciéndole volver los ojos llenos de lágrimas hacia lo pasado, que no ha de tornar; hacia el porvenir, cubierto de nubes todavía.

Tal es el esqueleto de la primera lección que hemos oído de boca del señor Espronceda. Al público toca ahora juzgar si semejante muestra abona la confianza que el Liceo ha depositado en él; por nuestra parte, creemos que cumplidamente.

El Correo Nacional, n.º 420, 12 de abril de 1839²¹

²¹ Al pie de este artículo, *El Correo Nacional* inserta este aviso: “Aunque hemos publicado ya un artículo que daba cuenta de todas las cátedras de este instituto [el Liceo], nuestra imparcialidad sin embargo y otras razones que echarán de ver nuestros lectores en el *remitido* que hoy también en su lugar insertamos, nos mueven a dar cabida al presente en nuestras columnas”. Debió haber “movida”, como ahora se dice, de la que da cuenta Picoche: “El 3 de abril de 1839 se publica en *El Correo Nacional* un artículo anónimo [con el título *Cátedras del Liceo*] que critica de manera muy parcial una conferencia de Espronceda. Pocos días después, Gil replica con un artículo suyo que contradice perentoriamente al crítico anónimo. Esto es una prueba de la amistad de Gil con Espronceda y de su influencia sobre el director del diario, Andrés Borrego” [Picoche, p. 41].

4. *Poesías*, de José de Espronceda [1840]



22

Cualquiera que observe el desarrollo y crecimiento de las artes en España de pocos años a esta parte, no dejará de tenerlo por un fenómeno curioso, digno de atento examen. Música, escultura y arquitectura se han rebullido súbitamente comenzando a dar inesperadas muestras de vida; pintura y poesía se han remontado como de un salto a tal altura que su repentino progreso tiene sus puntas de maravilloso. ¿Cuál es la mano que ha comunicado semejante impulso? ¿Qué causa ha podido producir tan extraña mudanza?

En vano nos lo preguntaríamos, porque nada en lo exterior sería capaz de satisfacernos. Ni la nación ha subido al alto grado de esplendor en que un día la vio y envidió el mundo, y desde el cual reflejaba rayos de gloria sobre el genio de sus hijos, ni la sociedad o el gobierno dan a los talentos aquella clase de fomento real y positivo que tanto contribuye a fecundarlos y vivificarlos. Sonrojados y orgullosos a un tiempo, podemos decir que las artes en España viven de sí propias y de sus recuerdos y que de su seno han brotado esas chispas de luz que sin

²² Un tomo en 8º prolongado. Véndese en la librería de Escamilla, calle de Carretas. [Nota de Gil]. Según Picoche, “Gil fue el responsable de la edición original de las obras de Espronceda. En el prólogo a la segunda edición (1846) se lee esta frase: «El autor de la obra, el autor del prólogo y el que dirigió la edición hecha en 1840, ESPRONCEDA, VILLALTA y ENRIQUE GIL... se hallan ya reunidos en el seno de la eternidad». [Picoche, p. 272]. Gullón considera este “el mejor trabajo de crítica literaria de Gil”.

duda prenderán en muchos ingenios, y levantarán en lo futuro alta y resplandeciente llama. Lo único que hasta el día las ha desarrollado y las mantiene es el principio de vida que a todas partes lleva consigo cualquier pensamiento generoso y fecundo, la marcha incontrastable de las ideas y la tendencia irresistible de la época.

Tendencia irresistible en verdad, y que por todas partes deja profundas señales y vestigios. ¡Raro suceso! Este siglo que ha recogido el legado de destrucción del anterior, que ha encontrado rota y destrozada por el suelo la fábrica de lo que se llamaban abusos, que ha debido alcanzar y disfrutar por entero lo que entonces se reputaba y tenía por felicidad, es decir el desarrollo de los intereses y medios materiales; este siglo, decimos, se ha presentado animado de tendencias espiritualistas, ha dado en rostro a los llamados filósofos con la vanidad de su universal panacea, les ha pedido cuenta de las instituciones antiguas que destruyeron sin reformarlas, del porvenir que le ofrecieron que no han sabido darle, y por último, de la paz y contento del presente, que se le ha huido de entre las manos.

Del espíritu de indefinido análisis introducido en todas las cuestiones, del movimiento y complicación incesante de los intereses, de la pugna y colisión continua de las ideas, solo una certidumbre hemos venido a sacar hasta el día, a saber: que el corazón humano estaba necesitado de consuelos y de luz, que el alma tenía sed de creencias, y que todos los esfuerzos de la razón orgullosa y fría, no habían sido poderosos para descifrar la primera página del libro de la dicha.

Entonces, por una reacción natural, nos hemos refugiado en los dogmas y rudimentos más sencillos de la conciencia, hemos buscado la fuente de la esperanza con el anhelo de los sedientos, y nos hemos sentado a la sombra del árbol del sentimiento, para pedir al murmullo de sus hojas inspiraciones con que llenar el vacío del corazón y templar la sequedad y aridez del espíritu.

Sin embargo, como era dificultosa tarea la de reconstituir el santuario de nuestros afectos en un terreno de continuo removido y socavado por la discusión, estas circunstancias han dado margen a infinitas dudas, desconfianzas y tristezas que han llegado a empañar el espejo del alma, produciendo al propio tiempo violentas luchas y vaivenes interiores.

De aquí dimana el carácter vago, indeciso y hasta cierto punto contradictorio que han tomado las artes de imaginación, según que esperaban en lo venidero, lamentaban lo pasado o se quejaban y maldecían de lo presente; pero aun en este desdichado camino faltos de guía y de luz, al querer llegar a los santos vuelos y religiosa tristeza de Milton y de [fray Luis de] León, hemos tropezado en el escepticismo desconsolado de Chile Harold y en la exaltación insaciable y apasionada de René. Goethe, Byron, Chateaubriand, Manzoni, y hasta el mismo Béranger, poeta el más festivo y amable de nuestra época, han participado de esta tinta melancólica y opaca en que está empapada la fantasía de la edad presente, que forma por decirlo así, su tipo, y le presta su carácter especial y distintivo. Si la literatura ha de ser el reflejo y expresión de su siglo para corresponder a su misión, forzoso es que la nuestra retrate las penas, los temores, las esperanzas y disgustos que sin cesar nos trabajan. De otro modo no la comprenderíamos.

El Pelayo

No sin propósito hemos extendido semejantes preliminares porque con arreglo a ellos examinaremos el libro cuyo título va por cabeza de este juicio, ya que el nombre harto conocido del autor, y las cualidades que manifiesta, contribuyen a su crédito y realce, así por el fondo de sus creaciones como por las formas con que las viste; no solo por su variedad, sino también por su unidad.

Abren esta colección diversos fragmentos de un poema épico titulado *El Pelayo*, fruto de los primeros trabajos poéticos del autor y parte más bien de su entusiasmo juvenil, que no de la madurez de su ingenio, pues los años en que lo escribió, por ser los de la adolescencia, antes descubren las flores de la poesía que no sus frutos sazonados y maduros. En tal edad más se presiente y adivina que en realidad se siente, y de aquí proviene el predominio de la imaginación sobre los movimientos más hondos y serios del corazón.

Falta la experiencia en las pasiones, y sobra la fuerza y pujanza en la fantasía, fuerza tanto mayor cuanto que la lógica del sentimiento no viene a templarla ni a dirigirla. Estos fenómenos psicológicos, sobrado fáciles de demostrar, todavía se confirman con los fragmentos del *Pelayo*. Si se les piden pasiones enérgicas, individuales y profundas; si se

buscan rasgos de aquellos que de una sola plumada dibujan un carácter, no acertaríamos tal vez a encontrarlos en ellos. Mas, si lo que se desea son raptos de entusiasmo juvenil, ímpetus hidalgos y caballerescos, pasiones y caracteres, ya que no lógicos y cabales, llenos de luz y de efusión, y finalmente la riqueza, gala y armonía de una versificación al propio tiempo castigada y correcta, todo esto y aún más podemos señalar en este ensayo épico.

Y hemos dicho que más que esto podíamos aún mostrar, porque el cuadro del hambre, el del sueño del rey, son trozos de una robustez y vigor poco comunes en verdad, dado que la imaginación abulte algunos de sus pormenores. Fuera de esto, la descripción del serrallo, la procesión, las quejas del anciano Teudis y la salida nocturna de Sevilla dejan poco que desear.

En suma, la crítica severa y fría no dejará quizá de echar de menos en esta obra filosofía, madurez y profundidad; pero de seguro hará justicia a las bellas y poéticas formas del decir, a la corrección y castidad que le sirven de base, a los ricos destellos de imaginación que por donde quiera campean, y a la entonación pura y bien sostenida que en toda ella se nota. De sentir es que con el principio que llevaba o con otro más digno de su autor y más adecuado a tamaña empresa, no haya llegado este poema a granazón y cumplido término, porque a nuestro modo de ver no se encontrará en la moderna historia ningún asunto más digno de la trompa épica, que la invasión y conquista de España por los árabes; si ya no es que en el estado presente de las ideas y de la sociedad la epopeya es género de difícil cultivo y poco acomodado a la filosofía del sentimiento, opinión de que no distamos, pues que en nuestro entender la única epopeya compatible con el individualismo de las naciones modernas es la novela, tal como la han entendido Walter Scott, Manzoni y algún otro.

Las poesías líricas

Dejando, pues, el ensayo épico, y pasando a las poesías líricas, diremos que nos pesa de encontrar con el romance *A la noche*, porque a excepción de cierta tinta apagada y melancólica que resalta en todo él, lo encontramos escaso de estro, número y hasta de natural y vigoroso enlace, de modo que solo podemos aceptarlo como punto de partida

para conocer el camino que ha andado después el autor, en cuyo caso no vacilamos en aprobar su inserción.

Esta composición debe de ser uno de sus primeros pasos por el campo de la poesía, y las siguientes confirman esta opinión, pues nos recompensan con usura de la flojedad de la presente, y aunque desiguales en mérito, todas están a gran distancia de ella. Limpia, fácil, tierna y llena de gracia y de frescura nos ha parecido la *Serenata*; maliciosa, ligera y de buena tonada la trova del paje Jimeno que ya habíamos leído en *El castellano de Cuéllar*²³, y apasionada y sombría, dado que no tan bien sostenida como las anteriores, la canción de *La cautiva*.

En el bello poemita de *Óscar y Malvina* no solo imita el autor con feliz éxito el fondo de vaguedad melancólica y apasionada de Óscar, sino que también sus versos están en completa armonía con aquellas imágenes descoloridas y suaves como los rayos de la luna, y con aquellos acentos «lánguidos y dulces»

como el recuerdo del amante triste,
a su amada en la tumba.

Acaso no faltará quien tache de desaliñado y flojo alguno que otro verso de este trozo, pero en nuestro entender por ventura pasará plaza de bello lo que a otros parecerá incorrección y desmayo, porque si hemos de tener en algo la armonía imitativa, y si en poesía la gracia y la hermosura resultan de la perfecta concordancia del pensamiento con la expresión, no será gran defecto una cadencia lenta y apagada, donde el sentimiento que revela descubre a tiro de ballesta las mismas cualidades.

Tras de los sencillos y delicados tonos del bardo escocés viene el *Himno al sol*, cual si con su inspiración arrebatada y atrevido vuelo quisiera el autor contrastar las quejas sentidas de la musa de Morven, y mostrar de este modo la riqueza de su diapason poético. Esta excursión por el terreno de Píndaro parecenos bien concebida, sus imágenes elevadas, su versificación tendida, robusta y armoniosa, la entonación grave y sostenida, y su conjunto proporcionado, regular y lleno de adornos. Sin embargo, no escogeríamos para modelo esta poesía entre

²³ *Sancho Saldaña o El castellano de Cuéllar*, novela histórica, 1834.

las de nuestro joven²⁴, pues sin negar las prendas que la abonan, opinamos que bien pudiera haber dado al cuadro una ligera veladura de sentimiento que templase la viveza de los colores, y lo acercase más al mismo tiempo a aquella desnudez y candor de expresión que en todos los grandes poetas acompaña las creaciones más altas y peregrinas.

Asuntos de este género, y todavía más tremendos y magníficos, se encuentran en diversos lugares de la Biblia y sobre todo en el Apocalipsis, sin que por cierto la sencillez y cándido aliño de la frase altere ni menoscabe su efecto; y el autor mismo en su comenzado poema titulado *El Diablo Mundo*, leído en el Liceo de Madrid, ofrece pasajes de imágenes más fuertes y de pensamientos harto más sombríos que los del *Himno al Sol*, tratados sin embargo de tal manera que el corazón y la fantasía se interesan a la par. No debemos echar en olvido que la poesía toma de día en día un carácter más general y profundo, y que cuanto más se acerque en sus formas a la verdadera naturaleza del sentimiento, de suyo fácil y modesto en sus atavíos, tanto más derechamente se encamina al término de su viaje.

Al concluir el análisis de la primera subdivisión de las poesías líricas de este tomo, nos sentimos descargados del peso más grave de la crítica, que sin duda lo es la necesidad de poner tachas y encontrar defectos; y esto lo decimos porque el crecimiento que desde aquí adelante se nota, a pocas enmiendas da lugar.

El pirata y otras canciones

No son nuevas fuera de España las canciones populares, así como dentro de ella los romances del mismo género forman una de las más ricas minas de su literatura. Sin embargo, nadie negará al poeta Béranger²⁵ la gloria de haber levantado y ennoblecido en la nación cercana este linaje de poesía, que gracias a su genio vibra en el día con todos los tonos del sentimiento y presenta sus más fugaces y delicados matices.

²⁴ El hijo adopta al padre: Espronceda era siete años mayor que Gil.

²⁵ PIERRE-JEAN DE BÉRANGER [1780-1857], autor de "canciones revolucionarias" muy populares en la época, admirado por Goethe, Chateaubriand y también por Gil. Véase su reseña a *El abuelo, Crítica literaria*, v. IV de BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, p. 223.

La revolución que de este modo ha logrado introducir en el arte es inmensa a nuestro juicio, pues lo ha convertido en instrumento de cultura, de moralidad y de enseñanza. ¡Rara transformación! La poesía que en los últimos tiempos había llegado a ser el patrimonio de las clases instruidas y acomodadas, ha bajado con la musa de Béranger, semejante a un nuevo evangelio, a la oscura vivienda del pobre, y ha tomado a su cargo con generoso empeño el enjugar lágrimas desconocidas, y curar llagas ocultas y acaso despreciadas. El día que tal hizo acertó a labrarse un porvenir de gloria, reconquistó sus perdidos fueros y pudo con razón prometerse que cualesquiera que fuesen los yerros y trastornos de la humanidad, su influjo nunca dejaría de guiarla a manera de estrella benéfica.

Esta musa que se acercaba a la multitud desdichada y menesterosa ya para consolarla, ya para alegrarse, ya para quejarse con ella, hubo de crearse una lengua que sus protegidos entendiesen. Semejante necesidad trajo consigo indispensables mudanzas en cuanto al tono y expresión de la poesía, y su lenguaje se ha hecho sencillito, noble y severo, no bastardo, chocarrero, ni villanesco. De esta suerte ha ganado en gracia, naturalidad y vigor, al paso que su influencia y su carácter se han extendido y elevado.

A este género pertenecen las canciones del señor Espronceda, que tenemos por una preciosa adquisición para nuestro Parnaso. El desenfado, fluidez, casta dicción y variada armonía del *Pirata*, junto con la filosofía y verdad de su fondo, la convierten en una lindísima tonada popular, bien acomodada al carácter ardiente y aventurero de nuestra nación. Gran conocimiento y maestría de la lengua suponen las extrañas rimas que usa, y que tan agradable movimiento imprimen al tono de la composición. Esta es una de las prendas más aventajadas de esta colección, porque la armonía imitativa y la lengua castellana han ganado mucho en elasticidad con las difíciles combinaciones métricas que el autor ha introducido, no solo en *El Pirata*, sino también y más particularmente en *El Verdugo* y en *El Estudiante de Salamanca*, sin tropezar siquiera en tan escabroso camino.

La canción del *Mendigo* se separa de todo punto de la de Béranger, pues lejos de rebotar como ella encono y amargura, lejos de poner crudamente el dedo sobre esta hedionda llaga de nuestra sociedad, se

reduce a bosquejar la mendiguez descuidada, holgazana, indiferente y en cierto modo satisfecha con su vagamunda libertad y sus poco envidiables goces. Por lo demás, aunque en nuestro entender sus contornos no sean tan puros como los del *Pirata*, manifiestan la misma mano y origen.

Las tres restantes encubren cierta intención profunda y un carácter social más evidente. *El Verdugo* y *El Reo de Muerte* pertenecen a la escuela amarga, sardónica y desconsolada de Byron, y son hijas de aquella escena doliente y solitaria, que menospreciaba los consuelos y se cebaba en sus propios dolores. El mismo giro hostil y sombrío, la misma tendencia rencorosa y desengañada del poeta inglés resaltan en la tremenda poesía del *Verdugo*. ¡Qué situación tan bien imaginada! ¡Qué fondo de hiel y de despecho! ¡Qué orden y enlace tan lógico de pensamientos! ¡Qué metro tan acerado y feroz! ¿Dónde encontraremos una invectiva más mordaz contra la pena de muerte? ¿Dónde descubriremos más a las claras esa disonancia tan de bulto que manifiestan nuestras leyes y nuestros sentimientos, nuestras costumbres y la civilización de que hacemos alarde, como en estas palabras del *Verdugo*?:

Al que a muerte condena le ensalzan...

¿Quién al hombre del hombre hizo juez?

¿Que no es hombre ni siente el verdugo

imaginan los hombres tal vez?

¡Y ellos no ven

que yo soy de la imagen divina

copia también!

Y cual dañina

fiera a que arrojan un triste animal

que ya entre sus dientes se siente crujiir,

así a mí, instrumento del genio del mal,

me arrojan el hombre que traen a morir.

Y ellos son justos,

yo soy maldito;

yo sin delito

soy criminal:

mirad al hombre

que me paga una muerte; el dinero

me echa al suelo con rostro altanero,

¡a mí, su igual!

¡Qué sentimiento y que versos! ¿Para qué mayor anatema contra esa práctica que, por más que con la necesidad se cohoneste y encubra, no por eso deja de ser un sarcasmo del progreso de las luces? ¿Qué podrán añadir a esto la poderosa razón y las sabias investigaciones de los filósofos? Poco en nuestro entender; poco cuando menos que más arrastre, convezza y cautive. Y después de aquella emponzoñada y sangrienta diatriba de un hombre que arrojado de la comunión de los demás, ha podido muy bien perder los sentimientos de tal, ¿quién sino un verdadero poeta nos le presentaría interesante, descubriéndole a nuestros ojos por el lado de la paternidad?

¡Oh! ¿por qué te ha engendrado el verdugo,
tú, hijo mío, tan puro y gentil?
En tu boca la gracia de un ángel
presta gracia a tu risa infantil.

A esto pudiéramos llamar jugar con el corazón de los lectores, porque tránsito tan repentino y al mismo tiempo tan lógico de la desesperación a la ternura, y de una versificación nerviosa, constante y descarnada a otra llena de unción, de amor y de suavidad, no es fácil de concebirse, cuanto más de ejecutarse.

La canción *El reo de muerte* pudiera considerarse como un apéndice de la anterior, porque en realidad el drama no varía, dado que varíen los personajes. Como quiera que en el asunto algo se asemeje, el giro de los versos y la situación son bien distintos, y aunque no esté templada por un tono tan rudo, de todas maneras aparece sombría, variada y empapada en desventura.

La última canción que nos queda por examinar es *El canto del cosaco*, canto lleno de nervio y de vigor salvaje, filosófico en sus pensamientos, profundo en sus tendencias y valiente cuanto correcto en su versificación. Como la amarga censura de la política europea que envuelven los rudos acentos del cosaco tal vez cuadraría mal en un periódico como el *Semanario*²⁶, por más poseído que se halle el que esto

²⁶ Obsérvese la carga de profundidad con la que Gil denuncia la censura de prensa. La prohibición de todos los periódicos ordenada por Fernando VII en 1824 extendió su halo hasta la Constitución de 1845. El R. D. de 7 de enero de 1834, vigente en tiempos de Gil, comenzaba así: "No pudiendo existir la absoluta e ilimitada libertad de

escribe de las mismas ideas, nos dispensaremos de presentarlo por este lado; pero no sin recomendar a nuestros lectores su atento examen.

Del mismo asunto ha tratado Béranger con igual objeto, carácter y tendencia, y, para gloria de nuestro autor y nuestra, debemos decir que ha sobrepujado a tan insigne poeta, no solo en lo áspero y oscuro de las tintas, sino también en el estro y fuerza de verdad. Tal es por lo menos nuestra opinión, que gustosos sujetamos a la más aventajada de los hombres de letras.

Poemas históricos

Vienen detrás las poesías que el señor Espronceda ha llamado históricas, título que en nuestro entender algo mejor les cuadra que no el de políticas, porque si bien van todas enlazadas con nuestros sucesos y desdichas políticas, el autor ha tenido la suficiente discreción para ceñirse a la idea general y luminosa de la emancipación común, sin descender nunca a las miserias de los partidos y a la ruindad de los intereses individuales. Por esta conducta merece el parabién de cuantos tengan en algo la dignidad del arte, pues si como hombre puede seguir el camino que le plazca, como poeta pertenece a la humanidad y al porvenir. Por lo demás el sentimiento que respiran estas poesías es entero, alentado y robusto; la entonación igual y sostenida, y los versos de un temple recio, sonoro y acerado.

El soneto *A la muerte de Torrijos y sus compañeros*, la composición que tiene por título *¡Guerra!* y la dedicada *A la muerte de don Joaquín de Pablo (Chapalangarra)* por todos sus pliegues y resquicios dejan asomar la llama del rencor y del ardimiento que nuestras desastradas disensiones han encendido en tantos pechos. Dos exceptuaremos sin embargo entre ellas que se apartan de las demás: la *Despedida del patriota griego de la hija del apóstata* y la elegía *A la Patria*. La primera nos parece inferior a las anteriores; mas no así la segunda, en que el autor con tanta delicadeza y maestría ha remedado los tonos del más triste de los profetas, engalanándolos con todos los atavíos de nuestra poética lengua. Júzguenlos nuestros lectores por la siguiente muestra:

imprensa, publicación y circulación de libros y papeles, sin ofensa de la pureza de nuestra religión católica..." [*Gaceta de Madrid*, núm. 4, 1834].

¿Qué se hicieron tus muros torreados,
oh mi patria querida?
¿Dónde fueron tus héroes esforzados,
tu espada no vencida?
¡Ay! de tus hijos en la humilde frente
está el rubor grabado:
a sus ojos, caídos tristemente,
el llanto está agolpado.

Y díganos después de haberla leído si no se les ha figurado oír un suspiro del viento entre las arpas de Israel colgadas de los sauces de Babilonia. Toda la tristeza de la emigración, todo el amor y la hermosura de la patria ausente están pintadas en esta tierna elegía.

Entre las poesías que después vienen, llama muy particularmente nuestra atención el *Soneto* a la rosa, porque no conocemos en la lengua castellana ninguno más terso, lleno, fluido y acabado. Nos persuadimos de que nuestro juicio en el particular será el del público, y de todas maneras lo emitimos francamente, deseosos de enmienda por si erramos. Creemos asimismo que nadie leerá los blandos y sentidos versos *A una estrella* sin ceder a aquel impulso de tristeza que siempre inspira el espectáculo de las creencias juveniles deshojadas y marchitas.

A Jarifa

La composición *A Jarifa en una orgía* será la última en que nos detengamos, con tanto mayor motivo cuanto que la tenemos por la expresión más cabal que se encuentra en este tomo de esa poesía escéptica, tenebrosa, falta de fe, desnuda de esperanza y rica de desengaño y de dolores, que más bien desgarrar el corazón que lo conmueve. Condición bien triste es la de una época que dicta tan desusados acentos, y condición por desgracia forzosa en la nuestra, en que el hombre divisa el porvenir cubierto de nieblas, y solo ve lo pasado al través de la inquietud y desasosiego presente.

Este disgusto y ansiedad de que si ya no siempre, en muchas ocasiones adolecen todas las almas vigorosas, es un hecho que mal pudiéramos negar, y la poesía que lo traslade de seguro estará llena de verdad y cautivará la simpatía de muchos. Necesario es pues aceptarla a despecho de su desabrimiento, y aun cuando se hayan abierto sendas más luminosas y enderezadas a mejor término en el campo de la

literatura; mas no por eso dejaremos de decir que cerrar al hombre las puertas de la esperanza equivale a falsear su índole y contrariar sus más naturales impulsos.

Semejante filosofía ni perfecciona ni enseña a la humanidad: hija del orgullo y del desengaño, llega a formar de cada hombre un ser aparte, y rota la asociación de los afectos más dulces del corazón, solo conduce al individualismo y a la anarquía en moral. Y cuenta con que no es esto lo que necesita un siglo de suyo egoísta y frío: consuelos y no sarcasmos ha menester el corazón de los más; esperanzas y no desencantos es lo que nos deben ofrecer, porque la desesperación y la duda son impotentes para todo menos para el mal. Fuera de esto, la poesía de Jarifa, de carácter elevado y ardiente, poblada de armonías muy bellas, está dotada de formas y proporciones regulares, y llena de gala y soltura en su dicción poética.

El Estudiante de Salamanca

Llegamos por fin al *Estudiante de Salamanca*, corona de este tomo, y obra en que a nuestro sentir ha reconcentrado el autor todo el poder de su ingenio, de su corazón y fantasía. Su variedad extraordinaria, su raro y maravilloso asunto, su trabazón ordenada y lógica, su temeroso desenlace, la verdad y originalidad de sus caracteres, aquel baño de sencillez, de naturalidad y efusión que en todas partes lo realza, y por último, el sinnúmero de tonos porque está templado y de ricas armonías que desenvuelve, levantan este cuento a una altura tal, que sin duda tardará ningún otro en elevarse a ella.

Las octavas de la primera parte en que el autor pinta y bosqueja a Elvira manifiestan gracia y dulzura inefables; en las quintillas de la segunda parte salta el estro y el sentimiento; melancolía, ternura y pureza angélica revela la carta de la infeliz, y, finalmente, pincel maestro y figuras atrevidas y vigorosas se echan de ver en el cuadro dramático, que tan bella contraposición ofrece con la vaguedad fantástica y medrosa, y con el trágico remate de la parte última. No señalaremos pasajes de este poema, pues ni sabríamos por donde comenzar ni en donde dejarlo, pero los arriba indicados nos parecen bastantes para mostrar y convencer que la musa castellana puede envanecerse de tan cumplida obra.

La aparición de este libro es harto notable, y hará época en la historia literaria, de nuestro país, porque sin apartar la poesía de la gloriosa senda por donde la llevaron los Herreras y Leones, sin despojarla de sus elegantes giros, de su casta y numerosa dicción, de su música apacible, majestuosa y sonora, y sin desnaturalizar ni su origen ni su carácter, el señor Espronceda la ha subido a la altura de la época, ha logrado darle el colorido y trascendencia propia de las ideas, y la ha convertido en expresión fiel y genuina de nuestros sentimientos.

De todo se encontrarán muestras en este volumen, porque todos los tonos del sentimiento están ensayados y recorridos en él, desde los raptos de la fantasía, hasta los acentos más hondos del corazón. Su autor, de consiguiente, ha merecido bien de las letras y del país donde ha nacido; pero la estimación que le profesamos y nuestra habitual franqueza nos autorizan para decirle que más pudiera haber hecho por su nombradía, y por el lustre de su nación, que tiene puestas en él muchas y muy hermosas esperanzas. La reputación que antes había adquirido y que ahora confirman sus poesías no debe servirle para dormir sobre su deliciosa almohada, sino para llevar adelante los nobles empeños que tiene contraídos con el porvenir todo hombre que posee sus privilegiadas disposiciones.

Deseamos que estas palabras, que tantos motivos tiene para creer sinceras, le sirvan de estímulo para dar cima con brevedad a su poema *El Diablo Mundo*, que en el sentir de muchos le afianzarán en lo venidero un nombre por más de una razón envidiable.

Semanario Pintoresco Español, 2ª serie, tomo II,
entregas 28 y 29, 12 y 19 de julio de 1840²⁷

²⁷ Dada su extensión, este ensayo se partió en dos entregas por razones periodísticas; la primera parte acaba con los versos de *El Verdugo* y, siete días después, la segunda comienza con la frase “¡Qué sentimiento y qué versos!”, que fuera de contexto carece de sentido, por lo que suprimimos el corte, devolviendo al texto la unidad que quiso su autor, sin riesgo de perder una elipsis inexistente: *La del alba sería...*

5. Luis Vives [1841]



Luis Vives, *rara avis* de la historia de la cultura española

CÉSAR GAVELA

En 1841, cuando Enrique Gil publica este artículo en *El Pensamiento*, de Madrid, ya dispone de un modo de vida digno pues, gracias a sus méritos e influencias, está empleado en la Biblioteca Nacional. Percibe un sueldo fijo y tiene una tarea muy adecuada para quien había decidido dedicar su vida al periodismo y la literatura. En la Biblioteca, además, pudo conocer a personas cultas que le sugirieron lecturas y estudios.

Luis Vives nació en Valencia en 1492, en una familia judía que sería víctima cruel del fanatismo de la Inquisición. Su padre fue quemado vivo y su madre, muerta antes de la sentencia, fue desenterrada y luego quemada. Luis Vives, aconsejado por su padre, había puesto tierra por medio en los albores del terrible pleito y vivió el resto de su vida en el extranjero. Doctorado por la Sorbona, en 1512 se instaló en Brujas, la ciudad donde moriría en 1540, con solo 48 años. Pero no solo vivió en la actual Bélgica, pues también pasó varios años en Inglaterra, regresando a Brujas en 1526. En su periodo británico fue profesor en Oxford y alcanzó el honor de ser el canciller del rey Enrique VIII. Sin embargo, él prefirió volver a Flandes, donde se sentía más feliz y mejor integrado en su ambiente cultural y universitario.

Enrique Gil comenta los libros que escribió el gran valenciano, a quien define como “hombre de raras cualidades que por la extensión de sus estudios, por su infatigable constancia, por sus pensamientos atrevidos, por su sano y agudo criterio, por la pureza de sus costumbres y la elevación de su carácter llegó a ser como el oráculo de sus contemporáneos y el archivo animado de los conocimientos de su siglo”.

El leonés admira a Luis Vives y casi podríamos arriesgar que lo tiene por modelo: el de un escritor español que vive en el extranjero, en un entorno más elevado y libre, en la vanguardia del pensamiento. Enrique Gil resalta el empeño del humanista por devolver al latín su esplendor después de tantos

siglos de desidia y abandono; un maltrato que entorpece gravemente la creación intelectual. Gil también elogiará el empeño de Vives por restituir la pureza a los textos de los filósofos griegos, que habían sufrido un gran deterioro en la Edad Media bajo un escolasticismo estéril y adocenado. “Solo por medio de un examen imparcial y severo, y con la ayuda de un juicio desapasionado y frío podía limpiarse el campo de la razón de las infinitas malezas que lo cubrían”.

El periodista recoge la preocupación pedagógica de Luis Vives por ofrecer la mejor educación posible a los jóvenes, siempre desde la honestidad intelectual y la defensa de la verdad y la belleza. A lo que Gil añade otro ingrediente: el importantísimo papel del sentimiento. Inesperada y reveladora incursión del ensayista berciano, para quien “cualesquiera que sean las modificaciones que sufran las ideas con las fluctuaciones o revueltas de los tiempos, siempre merecerán más respeto los sentimientos que los sistemas, y siempre tendremos en más los principios y los vuelos del corazón que los intereses y los cálculos fríos del entendimiento”.

Ahora bien, no todo lo que dejó escrito Vives convence a Gil, quien siempre se caracterizó por ser fiel a su juicio, y por no hacer excepciones nunca, ni siquiera cuando valoraba la obra de sus mejores amigos. El leonés solo sirve a su libre opinión y por ello criticará severamente el contenido de algunos libros del valenciano. En concreto, *De la instrucción de la mujer cristiana* y *Del Oficio del marido*, dos textos que justifican el poder omnímodo del esposo en el seno del matrimonio, y que además reducen la vida amorosa a la pulsión física. Algo que ya debería estar plenamente periclitado en el siglo XVI, como bien prueba la pasión de Dante y Beatriz o de Romeo y Julieta, tal y como recuerda el propio Gil.

El berciano también se detiene en una de las grandes novedades del pensamiento de Vives: sus ideas sobre la ética en el trabajo, sobre la justa distribución de sus beneficios y, muy en particular, su defensa de la educación de los muchachos pobres, para restituirlos a la sociedad en plenitud, a lo que tienen pleno derecho.

Luis Vives es una *rara avis* de la historia de la cultura española. Un pedagogo, un filólogo, un hombre cívico, universalista y sabio. Una persona que se empeñó en muy diversos avatares intelectuales, todos ellos tendentes al mejoramiento de la vida de las personas. Y podríamos añadir, por último, que el trabajo de Gil sobre Luis Vives tiene algo de premonitorio porque su autor, andando el tiempo, también viajaría por la tierra adoptiva de Vives en su fecundo y demorado camino hacia Berlín, donde moriría tan dolorosa y prematuramente.

I

Con razón nos echan en cara los extranjeros la indiferencia y descuido con que miramos nuestras glorias, y aun por ello mereceríamos inculpaciones más severas, si las poco favorables circunstancias en que se ha encontrado España a contar desde la mitad del siglo XVII, no nos sirviesen en cierto modo de disculpa. En cierto modo decimos, sin embargo, porque si bien la decadencia de la nación regida un tiempo por Carlos y Felipe II es harto notoria, todavía nos debe causar rubor pensar que en tal cual pacífico y lucido intervalo, que desde entonces acá ha disfrutado el país, no solo haya quedado por soldar la cadena de la civilización con que en mejores días íbamos ciñendo la redondez de la tierra, sino también que hayamos dejado carcomerse de orín sus resplandecientes eslabones.

¡Lástima grande por cierto que las ideas más nobles y benéficas, que por su propia fecundidad y vigor parecían escudadas de los ataques del tiempo y del embate de las vicisitudes públicas, se amortigüen por circunstancias, cuyo alcance no debiera llegar a tan elevadas regiones! ¡Lástima en verdad que nombres por tintos títulos ilustres puestos por la mano de Dios como otras tantas piedras miliarias en el camino de las generaciones, vengán abajo con miserable estrago, arrastrando en su caída la influencia y hasta el recuerdo quizá de una época ennoblecida con grandes hechos y descubrimientos! La humanidad está destinada tal vez a perfeccionarse tanto por sus adelantos como por sus retrocesos, así por sus esperanzas como por sus desengaños, y en esto sin duda se cifra el secreto injusto a que se ven condenadas voces en otro tiempo poderosas, obras gigantescas que abarcaban el conjunto de su siglo y fijaban la época de una transición completa en las ideas, emancipándose de lo pasado y lanzándose con ánimo resuelto a los caminos del porvenir.

Tales fueron las obras y trabajos de Luis Vives, hombre de raras cualidades, que por la extensión de sus estudios, por su infatigable constancia, por sus pensamientos atrevidos, por su sano y agudo criterio, por la pureza de sus costumbres y la elevación de su carácter, llegó a ser como el oráculo de sus contemporáneos y el archivo animado de los conocimientos de su siglo. Temple maravilloso se necesitaba para

atropellar por tantos obstáculos como embarazaban los caminos del saber y de la razón, para removerlos sin más auxilio que el de una voluntad enérgica y firme, para convertirse en el intérprete de tantas esperanzas como abriga la humanidad en todas las épocas de transición, y conservar al mismo tiempo aquella prudencia y tino exquisito que templan la vehemencia de los deseos, organizan las tendencias, dirigen los esfuerzos hacia un término útil y noble a la vez, y caminan a la conquista de lo futuro sin romper con las tradiciones y con la historia, aprovechando cuantos elementos de progreso deja sembrados el transcurso de los tiempos.

Cuando Juan Luis Vives vino al mundo (1492), el principio de la civilización cristiana acababa de quedar triunfante en España con la toma de Granada, el poder real se consolidaba en las hábiles manos de los Reyes Católicos y de su ministro el cardenal Jiménez de Cisneros; la imprenta iluminaba el mundo con sus primeros resplandores; la caída del imperio griego y la pérdida de Constantinopla traían a Europa las teorías de los antiguos griegos; sus obras originales despertaban en Italia el genio de las bellas artes; desenvolvíase prodigiosamente el comercio con la emancipación de sus ciudades, y al paso que el descubrimiento del Nuevo Mundo extendía las ideas y comunicaba un vigoroso impulso a los espíritus, por donde quiera se traslucía la necesidad de las reformas filosóficas y aun religiosas. A vista de tan extraordinario concurso de circunstancias tan felices como inesperadas, parecía que la serpiente simbólica de los antiguos, que representaba el círculo eterno de las edades, se desnudaba de su piel áspera y oscura para trocarla por otra arrebolada de hermosos y apacibles colores.

Sin embargo, estos hechos eran demasiado recientes y carecían por lo mismo de aquella autoridad que les comunica a la vez el transcurso del tiempo, el ensayo de sus ventajas y la luz de la razón; semejantes al espíritu de Dios cuando era llevado sobre las aguas, solo muy poco a poco iban deshaciendo las nieblas que cubrían el campo de las ciencias. La filosofía escolástica, embestida ya por diversas partes, defendía a palmos su terreno, escudada con la larga costumbre de su predominio, apoyada en sus métodos *a priori*, que tan bien se avenían con la unidad sintética y robusta del catolicismo, y fiada por último en el desbarajuste y confusión del lenguaje y en el intrincado laberinto de sus distinciones

sutiles y de su extraña terminología. Ni era solo moral la preponderancia que ejercía, pues no contenta con todas estas ventajas, estaba además apoderada de todas las escuelas y colegios desde la primera enseñanza hasta la más adelantada y seria, de modo que si bien luchaba contra la corriente de la época, todavía presentaba una falange numerosa y bien atrincherada.

Los años de formación

Luis Vives asistió en Valencia al curso de latinidad de Jerónimo Amiguetto y de Daniel Sisó, de cuyas explicaciones no es de esperar que sacase gran fruto, porque la lengua de Cicerón y de Virgilio andaba tan desconocida y por el suelo, que los Reyes Católicos tuvieron que ordenar expresamente su enseñanza a cuantos seguían la carrera eclesiástica y aun a las religiosas. El famoso Antonio de Nebrija había enriquecido la España por entonces con el inmenso caudal de su erudición, y procuraba resucitar en ella el estudio de los hermosos modelos de la antigüedad y restituir a las ciencias el instrumento de un lenguaje culto y preciso. Háblele acogido con bondad suma y aun con sincera gratitud el cardenal Jiménez de Cisneros, y los pocos sabios que entonces en España había, pero no en todas partes le miraban con los mismos ojos; de tal manera que Jerónimo Amiguetto alentó a nuestro Vives para que escribiese contra él una especie de invectiva, cosa a que no le repugnó prestarse, engañado por la natural efervescencia de los pocos años, y estimulado de las sugerencias de su maestro.

¡Triste principio de una carrera gloriosa el atacar de esta suerte la reputación de un hombre con cuyos esfuerzos y pensamientos había de estar más tarde en tan cabal armonía! Desagravióle entonces cumplidamente, pero este suceso que el erudito don Gregorio Mayans pone en duda, aunque nada tiene de extraño ni de perjudicial a la opinión de Luis Vives, es una prueba más de los tropiezos que encontraban entonces por el camino los que se dirigían al santuario de las ciencias. Es probable que, además de la lengua latina, se dedicó igualmente a la griega, que enseñaba entonces un Bernardo Navarro, y aun al estudio del derecho civil, bajo la dirección de su abuelo materno Enrique March, que explicaba las instituciones de Justiniano.

De todos modos, este alimento era sobrado escaso para un alma tan elevada y codiciosa de saber, y aunque París no presentaba mucho mejor aspecto, era sin embargo el centro de las luces de la época, y allí acudían de todas partes jóvenes estudiantes a cebarse en las interminables disputas de la escuela, y a sacar por único patrimonio del entendimiento la ciencia de las palabras y un buen repuesto de sutiles distinciones y de especies inaplicables al adelanto de las luces y a la ciencia de la vida. Luis Vives, siguiendo el ejemplo de sus contemporáneos, se dirigió a París, donde le tocaron por maestros Gaspar Lax, natural de Sariñena, en Aragón, y Juan Dullard.

Era una especie de aforismo continuo en boca del último esta máxima extraña: “Cuanto mejor gramático fueres, peor dialéctico serás”, sentimiento de que el vulgo científico de la época participaba en tal manera que había llegado a ser una especie de axioma. Mirábanse como incompatibles las argumentaciones y disputas escolásticas con el habla castiza y depurada de griegos y latinos, como si las formas de que usaban en ellas hubiesen venido de otra parte que no fuese la Grecia o Roma, fenómeno extraordinario, y que en nuestro entender requiere explicación.

La recepción de los griegos

Cuando los diversos sistemas filosóficos de Grecia trasladados a Roma vinieron a perderse en un epicureísmo²⁸ grosero y bastardo durante la época de su decadencia, ya por la corrupción de las costumbres, ya por la incertidumbre y continuo recelo que a todos aquejaba con la presencia de las tempestades que se amontonaban en el porvenir, Alejandría fue el lugar donde se refugiaron los pocos pensamientos profundos y dignos de la razón humana que flotaban sobre el cenagal de Roma.

Las teorías de Pitágoras, Platón, Aristóteles y Zenón habían hallado ya de antemano benigna acogida bajo el reinado de los Tolomeos, y un lugar distinguido en su escogidísima biblioteca y entre los sabios reunidos y agasajados por la munificencia de estos príncipes ilustres. Era además Alejandría la plaza comercial de más importancia y escala

²⁸ En *El Pensamiento* y en las ediciones de 1883 y 1954, “epicurismo”.

universal de todas las comunicaciones con el Oriente, de modo que estas circunstancias reunidas a otras muchas de segundo orden, hicieron de ella una especie de centro adonde se encaminaban todas las tendencias filosóficas que sobrevivían a época tan desastrada. Mas el entusiasmo que habían excitado las antiguas doctrinas, amortiguado y tibio con la relajación de casi todos los resortes morales, había cedido el puesto a un eclecticismo vago y exaltado, favorecido por la necesidad de creencia y de consuelo, entonces más sensible que nunca, y sobre todo desarrollado por el sentimiento nuevo y ardiente de la fe cristiana que mezclaba ya frutos sazonados a sus hermosas flores. La sociedad se renovaba entonces, y mal podían convenir a su infancia lecciones y sistemas hijos de una sociedad que había llegado al término de la madurez por el sendero de la experiencia; razón por la cual de todos los dogmas filosóficos, solo fueron apreciados y cultivados los que favorecían el instinto contemplativo y místico de aquella época.

Pitágoras y Platón encontraron por donde quiera discípulos y comentadores; Aristóteles mismo, a pesar de su método analítico, halló gracia a sus ojos por la vaguedad de algunos trozos de su *Metafísica*, pero todos ellos sufrieron mutilaciones y alteraciones de cuenta para haber de acomodarse a un orden de ideas tan distinto del suyo. De este modo, enturbiando su claro manantial, se abrió camino hasta llegar a la corte los Califas, que por entonces regían un pueblo lleno de aliento y ansioso de toda suerte de glorias; pero allí les cupo la misma suerte que en Alejandría, pues precisados los filósofos árabes a conciliar sus doctrinas con el Corán, y seducidos además casi siempre por su imaginación exaltada, las adulteraron en tales términos, que los trabajos de Al-Kendi, Al-Farabi, Avicena, Abubeker y Averroes, bien que preciosos para la historia de la filosofía, no hicieron otra cosa que desviarlas más y más de su origen y natural destino.

Mientras esto sucedía en Oriente, los bárbaros habían acabado con la antigua civilización romana, y cuando el genio maravilloso de Carlomagno quiso iluminar el imperio de Occidente con los resplandores de la sabiduría, durante una serie de tres o cuatro siglos apenas se advierten sino esfuerzos infructuosos, atajados por lo azaroso de las circunstancias y por la falta de guías competentes en la difícil carrera que emprendían los ingenios. Limitábase entonces la enseñanza

a algunos libros de Aristóteles, y a tal cual fragmento de Platón, no solo incompletos y mancos de por sí, sino también desfigurados por infieles comentadores cuales eran Porfirio, Boecio, Dionisio Areopagita y San Agustín, marcados todos con el sello de la escuela de Alejandría.

La escolástica

A fines del siglo XI y principios del XII, Rousselin y Abelardo intentaron sacudir el yugo del escolasticismo, suscitando la famosa cuestión de los *universales*, y abriendo una serie de ideas y pensamientos, que si bien por prematuros no produjeron los frutos que era de esperar, fueron de subido precio para la ciencia, así por la independencia preciosa que introdujeron en ella, como por los nuevos caminos que abrieron a las reformas posteriores.

En el siglo XIV empezó a ser conocido Aristóteles de una manera más completa, con la comunicación de los árabes de España; y Alberto, llamado el Grande, se constituyó en intérprete suyo, cautivando para los dos la admiración y aplauso universal; pero por desgracia sus doctrinas, falseadas ya por los árabes, lo fueron más por traducciones defectuosas de un texto hebreo, y el filósofo griego tuvo que vestir por último el traje de la escuela, y acomodarse a nuestra teología, y aun a los usos de nuestros doctores.

Consecuencia natural de tan errado sistema era el apartarse más cada día de la verdadera filosofía, pero es preciso convenir en que los escolásticos procedían con lógica y concierto, ajustándose en un todo a las premisas que sentaban y que aun extraviados por su falso criterio, hicieron descubrimientos de importancia.

Vino por fin el siglo XV, y los originales antiguos traídos por los griegos fugitivos de Constantinopla difundieron su luz por todas partes, y pusieron de manifiesto las capitales diferencias, que existían entre los peripatéticos de Aristóteles y los de la escuela. Por donde quiera comenzaron a cultivarse con ardor las lenguas sabias; a un mismo tiempo resucitaron todos los sistemas de la antigüedad, y el escolasticismo embarazado con sus fórmulas y aprisionado en las cadenas de sus métodos, ni fue poderoso a contrarrestar la influencia de las nuevas doctrinas, ni a acallar el espíritu de duda y de examen que por natural reacción se despertaba en todas partes.

Esta revolución importantísima produjo en un principio, como era natural, más eruditos que filósofos, porque el transcurso de los tiempos y la influencia de la costumbre habían robustecido de tal suerte las antiguas cadenas que no era fácil romperlas a la primera sacudida. La filosofía moderna había adolecido desde su nacimiento de un vicio radical que despojándola de todo carácter original y espontáneo, la despojaba al mismo tiempo de toda fecundidad. Consistía este vicio en haber encontrado el arte del raciocinio y las formas de la ciencia antes de formar su razón y de encarnar en la ciencia; hecho que de por sí solo trastorna todo el concierto y subordinación de las ideas.

Los escolásticos, pertrechados de toda clase de distinciones, nomenclaturas y argumentos, carecían de hechos positivos y de verdades adquiridas por medio de la observación, de modo que si bien manejaban algunos instrumentos, fabricaban en el aire, y ni aun a costa de los más ímprobos trabajos podían dar a los resultados un valor que no estaba en los elementos. Lo único que podían alcanzar era multiplicar las combinaciones abstractas y las disputas de palabras, y disertar eternamente. Abelardo y los nominales subieron al origen de esta situación y procuraron cambiarla; pero no había llegado aún la época de las reformas, y era menester continuar por la huella de la antigüedad durante mucho tiempo.

La emigración de los griegos del bajo imperio y el recobro de sus antiguas hipótesis no fue bastante para acelerar esta transición, a pesar de su inmensa utilidad, porque el ansia misma y el entusiasmo con que las acogió la filosofía extenuada por sus propias sutilezas y falta de alimentos sólidos, alejaban todo espíritu de crítica, y solo daban lugar a la admiración, de suyo ciega y confiada. El único consejero de la prudencia y de la sabiduría era la erudición, con lo que de nuevo se volvió a trastornar el orden de las ideas, porque se tuvieron por resultados definitivos unos sistemas que no debían ser más que una serie de experiencias destinadas a dirigir el espíritu humano en su nuevo camino. Las teorías en que brillaba alguna originalidad e invención se quedaban muy atrás de las griegas, por ser efecto de producciones sobrado espontáneas, que no estaban fundadas en la experiencia, antes bien estribaban principalmente en los instintos de la época.

Tal era la situación filosófica de la Europa cuando Luis Vives vino al mundo. Por un lado el escolasticismo atrincherado en las escuelas todavía, y apoderado de la enseñanza, sin querer cejar en su propósito; por otro, los sabios de la época vueltos los ojos a lo pasado, ocupados en la restauración de sus sistemas, pero ajenos en sus tareas de todo plan y unidad, y acordes únicamente en hacer cruda guerra a los escolásticos.

El juicio claro y recto de nuestro compatriota abarcó de una sola ojeada el estado de las cosas, y se trazó un camino que siguió después con infatigable constancia. Disgustado de los estudios de París y convencido de su inutilidad, se retiró a Brujas cuyo buen gobierno, cultura y suaves costumbres se avenían perfectamente con su índole apacible y su carácter recogido. En la soledad de su retiro, entregado a serias meditaciones y penosos estudios, concibió la importante idea de manifestar los errores que abrigaban las ciencias y artes, así en su esencia como en sus fórmulas, tarea para la cual parecía nacido por el vigoroso temple de su criterio, prenda en que a todos sus contemporáneos adelantaba.

Primeros libros

Esta necesidad era la de más bulto en una época en que, descubierta a los ojos de todos los hombres pensadores la impotencia de los métodos y la esterilidad de las ideas, solo por medio de un examen imparcial y severo, y con la ayuda de un juicio desapasionado y frío podía limpiarse el campo de la razón de las infinitas malezas que lo cubrían. Sin derrocar los sistemas escolásticos, era de todo punto imposible abrir las zanjias del edificio majestuoso que todos los talentos privilegiados columbraban entre las nieblas del porvenir. Preciso era para esto restituir a la lengua latina su exactitud y pureza, trazar un cuadro histórico de la filosofía desde su origen hasta el estado en que entonces se hallaba, analizar sus tendencias durante estas diversas épocas y deducir finalmente de esta comparación los trastornos y modificaciones que hubiese sufrido: plan verdaderamente gigantesco, para el cual se necesitaban no solo dotes extraordinarias, sino también la fe de aquellos tiempos en que la ciencia era una verdadera religión para los que lograban penetrar sus arcanos.

Luis Vives ensayó sus fuerzas con el tratado titulado *De initiis, sectis et laudibus philosophiae* [Del origen, sectas y alabanzas de la filosofía, Lovaina, 1518]²⁹, y con el *Liber in Pseudo Dialecticos* [Contra los malos dialécticos, Lovaina, 1519], obras ambas que le granjearon universal aplauso, y que eran como el crepúsculo que prometía la brillante luz de los libros *Sobre la corrupción de las artes*, *Sobre la enseñanza de las ciencias* y los *Comentarios a La Ciudad de Dios, de San Agustín*³⁰. En la primera, con arreglo a su título, trazaba un cuadro reducido a la verdad, y no completo, del nacimiento y vicisitudes de la filosofía; pero lo que le faltaba en extensión, suplían ventajosamente el método ordenado, la sana y atinada crítica y las tendencias generales y profundas que resaltaban en él. Era el primer trabajo de este género que se llevaba a cabo; el buen gusto en la ejecución realzaba la importancia intrínseca del pensamiento: la filosofía recobraba su carácter elevado, y en cierto modo se desquitaba de su frivolidad recordando sus tiempos gloriosos o esperando los no menos gloriosos que a más andar se acercaban.

El segundo libro (*In Pseudo Dialécticos*), sátira amarga, si bien merecida, del método que se seguía en las universidades, nutrida y bien fundada, armada de una ironía punzante y chistosa y ataviada además con las galas de una elocución suelta, elegante y castiza, se ajustaba mejor a las necesidades de la época, aportillaba impetuosamente la vieja muralla escolástica y ponía de manifiesto la pobreza de sus recursos; así es que, al paso que fue la piedra de escándalo en las escuelas, cautivó la simpatía y elogio de los verdaderos sabios.

ق

Estas obras, que atendida la capacidad de su autor, no pasaban de meros ensayos así por su fondo como por sus dimensiones, acrecentaron su reputación de tal modo que a los veintisiete años de su edad desempeñaba una cátedra en la Universidad de Lovaina y merecía la amistad de los hombres más instruidos de su tiempo, y en particular de

²⁹ En *El Pensamiento* y en las ediciones de 1883 y 1954 se lee 'Philosophorum' en vez de 'Philosophiae'; para este y los demás títulos de las obras seguimos la referencia del *Diccionario* de Ferrater Mora.

³⁰ Los dos primeros libros forman parte del tratado *De disciplinis* [Brujas, 1531], sobre el que Gil se detiene más adelante.

Erasmus de Rotterdam y de Tomás Moro, célebre canciller de Inglaterra.

Ocupábase por entonces el primero de estos en restituir a la luz del día las obras de los Santos Padres purgadas y limpias del moho, no solo de los comentadores, sino también de los copiantes; y para ayudarle en esta importante tarea eligió a Luis Vives, que de muchos años atrás había empleado no poco trabajo en las obras de San Agustín, y le encomendó los comentarios y enmiendas que fuesen necesarios en ellas. Trabajo era este en que la curiosidad competía con la importancia, porque se trataba de determinar una de las series filosóficas más notables de la antigüedad, y de averiguar la índole de la escuela de Alejandría, qué había heredado toda la ciencia del moribundo Imperio Romano, y calentado al propio tiempo en su seno los instintos del cristianismo naciente.

San Agustín, el más célebre de sus santos y doctores, se había alistado bajo las banderas de Platón, cuidando de acomodarle a los principios de la doctrina cristiana, cosa en verdad poco difícil a un talento como el suyo, pues le ayudaba en gran manera para ello el colorido de entusiasmo que se nota en todas las obras de aquél filósofo, y su apego exclusivo a los métodos *a priori*. Luis Vives acometió la empresa con crecido número de datos, con una vasta erudición e infatigable constancia, y la historia filosófica recibió un desarrollo y carácter, que aun en el día nos agrada y sorprende. En especial las vicisitudes de la filosofía de Aristóteles entre los latinos y los árabes aparecieron con toda distinción y claridad en estos *Comentarios*, primera muestra de un análisis detenido y fundado, en los tiempos modernos. Nosotros, que abundamos en obras de la antigüedad perfectamente ordenadas, y que gozamos del beneficio de la imprenta hace cuatro siglos, no podemos calcular a primera vista el esfuerzo y penalidad que llevaban consigo unas tareas en que era necesario muchas veces restaurar el original antes de juzgarlo, y caminar a tientas en busca de su verdadero sentido.

Los comentarios a los libros de *La Ciudad de Dios* fueron recibidos con desiguales afectos y más generalmente con desabrimiento marcado. Andaban los ánimos azorados e inquietos con los movimientos religiosos de Alemania, y no faltaba quien tildase a Erasmo de Rotterdam de parcial y amigo de las doctrinas luteranas. Esta fue la causa verdadera del desvío con que fue acogida esta obra, que no sus

tendencias, punto que Luis Vives miró siempre con el mayor escrúpulo, como lo manifiesta, no solo su correspondencia con Erasmo, sino también la firme y decorosa conducta que observó más tarde en Inglaterra, cuando el célebre proceso de divorcio entre Enrique VIII y Catalina de Aragón. Sin embargo de todo, la obra fue en algunas partes prohibida.

La corrupción de las artes

Como quiera, ni estas contrariedades ni los sinsabores que acibararon su existencia en Inglaterra fueron bastantes para apartar a nuestro Vives de sus propósitos científicos, antes bien parecía encontrar en ellos alivio eficaz contra sus pesadumbres y pobreza. De vuelta de aquel país se ocupó con su acostumbrada diligencia en dar la última mano a su obra *De las causas de la corrupción de las artes*, obra que miraba como la corona de sus trabajos y de su reputación. Ni era de extrañar que en tanto la tuviese, cuando en ella estaban representadas no solo las necesidades de la época, sino también el fruto de una vida empleada en el estudio y en profundas meditaciones. Para analizarla como es debido, para comprender lo vasto de su plan, la solidez de su doctrina, la penetración de su análisis, y el prodigioso caudal de conocimientos que contiene, no bastan las páginas de un periódico como este: volúmenes se necesitarían si se hubiese de presentar bajo todos sus aspectos y relaciones.

La misión de Luis Vives era *crítica* en todo el rigor de la expresión, porque si algo podía aprovechar en medio del caos filosófico de aquel siglo, era la luz de la razón y del examen; así es que en ninguna de sus obras aparece tan elevado y tan dueño de la situación como en ésta.

No se propone en ella fundar un sistema, ni crear una nueva secta, sino pedir a las existentes los títulos de su legitimidad, abrir un sendero nuevo, pues la naturaleza que produjo aquellos hombres célebres ni está agotada ni estancada; llevar en todo por guía a la experiencia, y así como esos mismos ingenios observaron, combatieron y enmendaron lo que disentía de sus principios, del mismo modo mostrar sus errores y enderezar su marcha sin desviarse de su ejemplo. Acaso, si hay quien tome después a su cargo la corrección de sus yerros, se llegará a una serie nueva de conocimientos que encierre a la vez principios fijos y métodos perfectos.

Estas son las principales razones de las varias, que en términos sencillos y nobles dirige a sus discípulos en el prólogo de su obra, y que desde luego, revelan su objeto y fundamental idea.

Divídese en siete libros, puestos por el orden siguiente: Primero, *De las causas generales de la corrupción de las artes*. Segundo, *De la corrupción de la Gramática*. Tercero, *De la corrupción de la Dialéctica*. Cuarto, *De la corrupción de la Retórica*. Quinto, *De la corrupción de la Filosofía natural, de las Matemáticas y Medicina*. Sexto, *De la corrupción de la Filosofía moral*. Séptimo, *De la corrupción del Derecho civil*.

Por esta clasificación se vendrá fácilmente en conocimiento de que Luis Vives no solo abarcaba el conjunto de la ciencia en su tiempo, convirtiendo su obra en una verdadera enciclopedia, sino también de que la encadenación de sus ideas no podía ser más lógica y rigurosa. Asentado por fundamento de todo la Gramática, como el único medio de dar al pensamiento aquella precisión y claridad en que se funda la comunicación de las nociones de todas clases, Luis Vives resucitaba a un mismo tiempo el buen gusto, y abría camino a una dialéctica cuerda y juiciosa, sobre la cual estribaban a su vez cuantas ciencias eran entonces el patrimonio del ingenio humano.

ق

El libro segundo contiene un análisis erudito por demás y razonado de las diversas causas que habían traído a tan lastimoso estado el habla latina, que entonces era la lengua general de los sabios; y después de probar cumplidamente el triste influjo que había ejercido esta corrupción en todos los ramos del saber humano, concluye con una severa censura de los libros de caballería, en que su espíritu razonador y positivo no veía más que fábulas insípidas, desnudas de todo fundamento y verdad, y propias solo para entretenimiento de gentes ignorantes y desocupadas. Vives combatía con la razón estas creaciones del entusiasmo y de la imaginación que el ingenio de Cervantes iba a reducir a pavesas dentro de poco.

En el libro segundo penetra el autor en los senos de la antigüedad; desarrolla la doctrina de Aristóteles con exactitud pasmosa, pone en claro las alteraciones que sufrió con las traducciones a la lengua latina, incapaz de reflejar todos los matices y delicadezas de la griega por su

genio austero y grave; señala en seguida con el dedo su degeneración cada vez mayor, y haciendo minuciosa anatomía de las formas silogísticas de la escuela, descubre su futilidad y ningún valor. En los siguientes libros manifiesta el mismo temple de criterio, y sobre todo en el tercero, donde patentiza los muchos errores de Averroes, tenido entonces en gran veneración.

Esta obra fijó las ideas y llamó la atención en tales términos, que todos los filósofos de nota que por entonces se sucedieron fueron a beber en su fuente cristalina. Pedro de la Ramée, que después atacó a Aristóteles con menos respeto y veneración de la que merecía tan ilustre maestro, fue acusado de plagiarlo por sus contemporáneos y no sin fundamento, porque en realidad sacaba del arsenal de Vives todas sus armas, si bien no imitaba ni su circunspección ni su cordura. Gasendi, que tanta gloria dio a la Francia, confiesa ingenuamente que las lecturas de Luis Vives y Charrón fueron las que más le alentaron a sacudir el yugo escolástico; y si preciso fuera amontonar citas y ejemplos de esta clase, nos sobrarían autoridades respetables de que echar mano.

غ

Contra la falsa filosofía

Luis Vives, que parecía destinado exclusivamente a derribar el informe edificio de la falsa filosofía, pensó también en levantar uno nuevo, empresa que carecía de sazón y que de consiguiente no pudo llevar a cabo. Sus libros *Del método de la enseñanza* [*De tradendis disciplinis*, 1531], *De instrumento probabilitatis*, y *De prima philosophia, sive, de intimo naturae opificio*, aunque abundantes en ideas sanas y llenos de revelaciones importantes, carecen de aquella unidad y armonía que vivifican los sistemas y anuncian los grandes descubrimientos. Ni podía menos de ser así en una época en que la gran fermentación de los espíritus y la fluctuación de las opiniones solo daban lugar al combate y a las artes de la guerra, pero de ningún modo a las teorías que nacen en el seno de la paz, cuando abonanza el mar de las disputas y deja ver por entre sus olas sosegadas las riquezas que guarda en su fondo.

Otro hombre estaba destinado a recoger los frutos de los trabajos de Luis Vives y a oscurecer su brillo en tales términos que apenas merece

un lugar subalterno su memoria entre los historiadores de la filosofía así extranjeros como nacionales. Este hombre fue Bacón, luz y corona de Inglaterra, que dotado de un talento creador, supo reunir todos los elementos dispersos de la ciencia, organizarlos con raro acierto y componer un sistema general profundamente combinado, según el cual “las ciencias se asemejaban a otras tantas pirámides cuya base era la experiencia y cuya cúspide ocupaban los axiomas”. Pensamiento atrevido que abría el paso a un orden nuevo de cosas en el imperio de la inteligencia, pero que hubiera sido imposible no ya de realizarse, mas ni siquiera de concebirse, a no haber encontrado desembarazado el camino y señalado el rumbo en las doctrinas de Luis Vives y de los filósofos contemporáneos.

Sus esfuerzos dieron con la fábrica de los errores en el suelo, su perseverancia limpió y allanó el terreno, su diligencia allegó los materiales para el nuevo edificio, y aun dejó trazadas sus dimensiones: ¿qué faltaba ya sino que el arquitecto se mostrase y el templo de la ciencia se levantase bello, majestuoso y bien proporcionado? Aun así, la gloria de Bacón será eterna, y nosotros los primeros la reconocemos y acatamos; pero a fuer de españoles y amigos de la justicia, nos hemos creído obligados a volver por la fama de un compatriota que con tan calificados títulos la alcanzó. En la carrera de la civilización no es menos útil el que acaba con los males que el que acierta a plantear los bienes, y el genio en cualquier tiempo y lugar es el delegado de Dios en la tierra.

II

Depurando los textos clásicos

Como los trabajos e influencia de Luis Vives se emplearon con preferencia muy particular en restituir a la filosofía su verdadera índole y carácter, presentando la generación y formación de las ideas bajo un aspecto racional y analítico, por eso nos dedicamos en nuestro primer artículo a apuntar, más bien que a desenvolver, sus miras y sistema. Dijimos entonces, y ahora lo repetimos, que algo más que un artículo de periódico era menester para trazar con el debido detenimiento un bosquejo fiel de tareas tan fecundas en resultados como llenas de

importancia y valor intrínseco; pero aun cuando sea ligeramente y como de pasada, hablaremos de otras obras de Luis Vives, que mal pudieran dejarse en el olvido, habiendo de dar a conocer sus vastas miras y profundos pensamientos.

Sabido es cuánto se esforzó desde el principio de su vida en devolver a la lengua latina su antigua nitidez y elegancia, y en derrocar la armazón informe de la jerga que entonces se estilaba en las escuelas, órgano acomodado a la bastarda filosofía que a la sazón dominaba en ellas. Necesitaba semejante abuso un remedio pronto y eficaz, no solo porque al abrigo de semejante confusión se eternizaban las estériles disputas escolásticas que en ella encontraban salidas para toda clase de apuros, sino también porque bajo tan errada dirección se falseaba y viciaba la tierna inteligencia de la niñez, y en vez de adquirir instrucción y gusto sólido, solo encontraba estímulo para lanzarse desde luego en la vaguedad de las argumentaciones y en el mar revuelto de las disputas.

No podían ocultarse a la vista perspicaz de nuestro Vives inconvenientes de tanto bulto, pero como todas sus obras llevaban el sello de una utilidad tan palpable como eminente, lejos de contentarse con meras especulaciones filológicas, se propuso restaurar al mismo tiempo la lengua de Virgilio y sentar las ideas más sanas de educación y de moral en sus bellos diálogos que publicó con el modesto título de *Ejercicios de la lengua latina*.

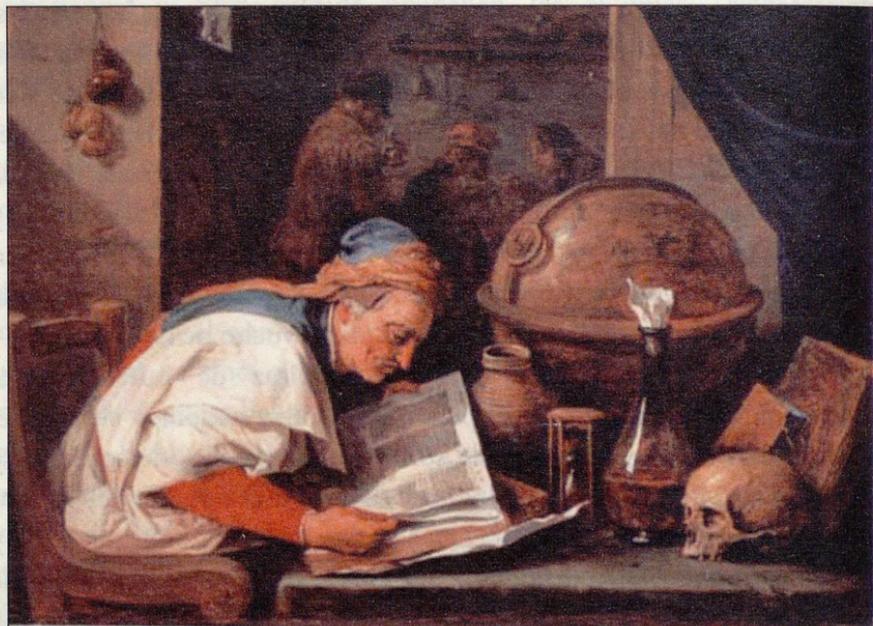
Ω



Erasmus de Rotterdam, insigne amigo de nuestro autor, había resucitado con gran suceso³¹ este género de literatura en que el genio de los antiguos había campeado con toda su gala y originalidad, y que habían inmortalizado por dos caminos bien distintos a la verdad Platón y Luciano. Erasmo mojó su pluma en la punzante e ingeniosa ironía del segundo, y embistiendo con sus temibles armas al escolasticismo, le forzó a bajar de su cátedra orgullosa, haciéndole el objeto del ludibrio de todos. Conocedor profundo así de su época como

³¹ Las ediciones de 1883 y 1954 cambian 'suceso' por 'éxito'.

del corazón humano, y bien convencido de que los tiros de una sátira fundada y justa son de reparo muy difícil, ridiculizó con agudeza sus desmedidas pretensiones y su escaso valer, y contribuyó a volcar el ídolo de un modo eficaz y poderoso; pero sus diálogos más eran para gustados y saboreados por entendimientos maduros, que no enseñanza de los pocos años.



32

Luis Vives, siguiendo un rumbo opuesto, pero que conducía al mismo término, escribió todos los suyos para alimento de la niñez, y aunque sin aspirar a un sistema cabal y perfecto, dejó un tratado de educación en que la gracia del estilo, la pureza de la dicción y la sal ática del diálogo corren parejas con la sanidad de la lógica y la elevación de los principios morales. Ni los realzan y distinguen estas solas cualidades, pues la mayor parte de ellos tienen marcado carácter dramático, y son estudios de costumbres tan verdaderos y naturales, que parecen una representación viva, si no completa, de los incomparables cuadros de David Teniers. La frescura de las imágenes y la suavidad del colorido guardan tan arreglada proporción con la comprensión infantil y tienen

³² *El alquimista*, de Teniers (c. 1651)

tal sabor de candidez y facilidad, que ellos solos bastarían a pintar como en un espejo el alma sencilla, benévola y pura de Luis Vives.

En nuestro humilde entender, esta clase de lectura es harto más adecuada a la enseñanza de los niños que las fábulas y apólogos con que se suele desenvolver su razón y ejercitar su memoria, porque a la ventaja de tratar de cosas más próximas a los sucesos ordinarios de la vida, reúne la de carecer de aquellos velos que muchas veces detienen la imaginación en las formas y exterioridades sin dejarle penetrar en el sentido de la lección. Más fácil nos parece por otra parte llegar a formar el corazón del hombre con la comunicación de sus semejantes y con la simpatía natural que excita el sentimiento, que no por medio de símbolos y representaciones, no siempre claras, ni siempre acertadas y juiciosas.

Los *Diálogos* de Luis Vives no son, lo repetimos aquí, un tratado completo y cabal de educación; pero ¡cuánto no los elevan sobre otros muchos escritos con mayores pretensiones la gracia, la facilidad y rectitud moral que en ellos se descubre! Si se descontase al *Emilio* de Rousseau la originalidad de los pensamientos, la energía de la expresión, la vehemencia de la imaginación y la fuerza pasmosa del colorido ¿podría sostener un paralelo con las enseñanzas de nuestro filósofo? ¿Podrían igualarse sus teorías, hijas de un alma herida y exaltada, descontenta de lo existente y codiciosa de novedades, con unas lecciones sabias, templadas y benignas, fruto a la vez de la creencia religiosa, de la convicción del entendimiento y de la experiencia de la vida? ¿Sobrepujarán nunca en aroma y en dulzura frutas maduras en el invernáculo del cerebro a las que sazona y perfuma el sol del corazón y el rocío del amor y de la caridad? Creemos que no. Para nosotros, cualesquiera que sean las modificaciones que sufran las ideas con las fluctuaciones y revueltas de los tiempos, siempre merecerán más respeto los sentimientos que los sistemas, y siempre tendremos en más los principios y los vuelos del corazón que los intereses y los cálculos fríos del entendimiento. Tres siglos han pasado desde que Luis Vives daba a luz sus *Diálogos*, y hoy es el día en que casi todas sus lecciones son aplicables y de fácil ejecución: nuestros padres han alcanzado a Juan Jacobo, y si se habla todavía de su libro es para alabar sus formas y estilo, tal cual destello de su alma apasionada y sublime, y aquel sello inmortal en fin que imprime el genio en todas sus creaciones; pero a

nadie le viene a la imaginación poner en planta sus preceptos. Semejante divergencia de opiniones entre dos tan distinguidos talentos era sin embargo necesaria, y efecto más bien de las diferentes épocas, que no de la diferencia de sus sentimientos.

π

Los derechos de la mujer

Luis Vives vivió en un tiempo, que si bien llevaba en su seno el germen de las mayores revoluciones y mudanzas, todavía conservaba ilesos todos los principios religiosos y sociales, y de consiguiente los afectos, deberes y convicciones que de ellos dimanaban. El siglo de Rousseau, por el contrario, mostraba minadas en sus cimientos las instituciones políticas y religiosas, las creencias y las costumbres; y alteradas por consiguiente todas las relaciones morales: forzoso era atender a las nuevas necesidades de algún modo, y ensayar nuevos caminos para llegar a la época de todos presentida, pero que nadie podía fijar.

La sociedad de Luis Vives, morigerada y espiritualista, ni apagaba ni torcía los instintos generosos del alma; la de Rousseau, corrompida y materialista, viciaba el entendimiento y corrompía el corazón. ¿Qué mucho, pues, que el uno dejase medrar en ella la planta de la juventud, ni que el otro la trasplantase inmediatamente a un desierto lejos de dañosas influencias? Y he aquí la razón del influjo extraordinario y en alto grado moral que ejerció, aunque momentáneamente, el *Emilio*, que en medio de sus combinaciones artificiales y facticias mostraba allá en su fondo un resplandor misterioso de virtud y desprendimiento, clara muestra de la distancia que mediaba entre los naturales sentimientos de su autor y las exageradas teorías a que le llevaban sus persecuciones y amarguras.

Como quiera, y volviendo a nuestro Vives, no fueron sus *Diálogos* su obra de educación más importante, antes bien, al lado de los libros *De la instrucción de la mujer cristiana* y *Del oficio del marido*, aparece incompleta y manca.

Problema difícil ha sido en todos tiempos el del matrimonio desde la más remota antigüedad hasta nuestros días, y aun deberemos decir que cada vez se ha complicado más y que su solución es por extremo

espinosa. Los antiguos, con esclavizar la mujer, no desataban sino cortaban la dificultad, porque solo ejercían un acto de fuerza, contra el cual la razón protestaba sin cesar tácitamente. El amor para ello no solía traspasar los términos del apetito, y este afecto noble y puro que en las naciones modernas ha sido fuente de tantas acciones generosas, era de ellos más bien sentido que comprendido, en términos que si alguna vez lograba levantarse en alas de aquellos instintos inmortales que la humanidad siente en todos tiempos, bien pronto volvía al suelo vencido del peso de la sensualidad pagana. Cuando por fin Jesucristo trajo la libertad al mundo llamando a sí los débiles y desvalidos y publicando la ley de caridad, la mujer recobró sus derechos a la voz del que perdonaba a la adúltera y a la ramera arrepentidas; pero como la misión de los apóstoles era predicar por el mundo la palabra divina y vencer la incredulidad de las gentes, no podían declarar los derechos de la mujer, ni zanjar estas cuestiones verdaderamente secundarias, y aún quizá imposibles donde quiera que domine el espíritu evangélico.

Así es que en todas sus epístolas se recomienda a la mujer la obediencia pasiva como a vaso de fragilidad, y se la pone bajo la mano y gobierno del marido en un todo. Militaba además de tal suerte por esta práctica el imperio de la costumbre, que naturalmente se dejaban llevar de ella los hombres, y solo por amor de la nueva creencia miraban a sus mujeres como compañeras y no como esclavas.

Vino después la irrupción de los bárbaros, y el cristianismo posesionado de estos pueblos jóvenes y vigorosos produjo el espíritu de caballería, institución sublime que, fundada en los afectos más puros y desinteresados, servía de valladar saludable a las invasiones y desafueros de la fuerza brutal. Las mujeres, sin embargo, adoradas y reverenciadas en público, premiadoras del valor y alentadoras del ánimo, estaban reducidas en el hogar, su verdadero trono, a una condición enteramente pasiva, y tal vez miraban como pura concesión lo que podían tener por indisputable derecho de su sexo y de su individualidad; achaque común a todas las épocas guerreras desconocer la fortaleza en la debilidad y regirlo todo por medios naturales.

Tal era el estado de las ideas, cuando Luis Vives dedicó su libro *De institutione feminae christianae* [Brujas, 1523] a Catalina de Aragón, Reina de Inglaterra y esposa de Enrique VIII, y fue a ensayar su virtud

con la educación de la princesa María, hija y heredera de entrambos. Quizá se pudiera esperar del talento penetrante del filósofo valenciano alguna idea nueva y luminosa que diese margen a reformas y modificaciones en la vital cuestión del matrimonio, resuelta entonces por la sola fuerza de la autoridad; pero si se consideran la solidez y trabazón íntima de las formas sociales de aquel siglo, fácil será adivinar que toda tentativa se reduciría cuando más al amago, y se quedaría en los límites de una utopía imposible. Cuestiones de esta especie solo se agitan cuando el espíritu de discusión lo socava todo, y la duda y el análisis llevan a los hombres a reconocer los cimientos del edificio social, aun a riesgo de enflaquecerlos y dejarlos como en el aire.

Luis Vives, por lo tanto, siguió las pisadas de la antigüedad no solo cristiana, sino también pagana, y se acomodó en un todo al espíritu de su tiempo, ensanchando las prerrogativas casi omnímodas del marido y limitando los derechos de la mujer a la obediencia y al silencio. A todo esto se junta un espíritu religioso austero y ceñudo en demasía, y un estilo en general vehemente y apasionado, que sin duda empleaba con el objeto de imprimir más fuertemente sus máximas en el ánimo tierno de una virgen. Luis Vives desconfiaba con razón de la fragilidad femenil, pero llevaba sus recelos al extremo, y más parecía cuidar de las trabas y estorbos materiales que no de la educación moral y de las naturales defensas de la virtud. De aquí nace el retraimiento absoluto a que sujeta no solo a las doncellas sino a las casadas y viudas, y de aquí el desasosiego y vivos temores que le inspiran todos los impulsos de la naturaleza, movimientos en su entender de la carne corrompida, que no aspiraciones del alma inmortal a su patria verdadera.

Con tan errado sistema, Luis Vives desconocía a la par la naturaleza humana, cuyos instintos, como revelaciones que son de Dios, más tienen de malos por las circunstancias que suelen acompañar su desarrollo, que no por sí propios; y desconocía también la perfectibilidad de la especie, fundada en la Ley de Dios, rápida y visible entonces más que nunca. Las cartas y consejos de los apóstoles y santos padres relativas al gobierno doméstico y a las relaciones de familia estaban en perfecta concordancia con el estado de aquella sociedad apenas despertada por la voz del cristianismo del letargo de los vicios y de la sensualidad; y mostraban además tino y prudencia suma cuando

ordenaban una obediencia ciega a mujeres criadas en medio de ejemplos perniciosos y faltas de todo desarrollo moral. ¿Cómo aplicar, pues, no ya su espíritu, sino también todas sus reglas y pormenores a una sociedad tan distinta de la suya y que había alcanzado tan eminente perfección relativa?

π



33

Quando Vives habla del amor, funda su juicio excesivamente severo y desabrido en el dictamen de los filósofos gentiles para quienes en general, como dejamos apuntado, nunca traspasaba los términos del apetito, y como si su opinión fuese para nosotros cosa puesta fuera de toda duda, lo desnaturaliza y califica de inclinación bastarda e incapaz de levantar el ánimo a cosas grandes. ¡Extraño sentir por cierto en hombre tan eminente! ¿De bastarda y abatida calificaba él la pasión de Dante y Beatriz, de Romeo y Julieta? ¿De innoble tachaba el sentimiento que durante las tinieblas de la Edad Media esclareció la historia con las proezas de la caballería? Repetimos que nos maravilla semejante juicio y semejante filosofía, si filosofía puede llamarse la que de esta suerte desconoce los más evidentes fenómenos de nuestra naturaleza.

³³ *La recepción de una bruja*, David Teniers el Joven (1647).

¡Cuánta distancia no separa tan adusta doctrina de la delicadeza y ternura de Fenelón, y de la filosofía profunda y consoladora de Aime Martín! Si el género humano está destinado a caminar a la perfección rompiendo poco a poco sus cadenas y abrazando la idea de una emancipación progresiva, fecunda y evangélica, como más de un intento lo ha acreditado en este siglo, fuerza será mirar a las mujeres desde el punto de vista de una igualdad casi perfecta, reconocer sus derechos y sustituir a las relaciones de fuerza y predominio las de armonía y protección. Y tan patente se muestra semejante tendencia y tan alteradas están las costumbres, que las formas de la educación que Luis Vives propone son de todo punto inaplicables al presente orden de cosas; no porque el fondo de sus doctrinas desdiga un punto de una pureza y virtud sin igual, sino porque la austeridad severa y rígida de sus ideas concuerda mal con la suavidad y cultura de los tiempos actuales, que si bien no carecen de vicio y defectos gravísimos, todavía fecundan en su seno las semillas de una época más venturosa.

Fuera de esto, la cordura, candor y santidad que encierra su obra, merecen alabanza extraordinaria: sus miras y pensamientos son casi siempre profundos y verdaderos, y el estilo lleno de gracia y de sencillez en que refiere cosas pertenecientes a su familia, la vida ejemplar y virtuosa de su madre, el heroísmo de su suegra, cautivan y dejan ver como por un resquicio la bondad de su carácter y la apacibilidad de sus sentimientos.

Aun su ascetismo y rigor para con las mujeres quedó en gran manera templado y dulcificado con su libro *De officio mariti* [Brujas, 1528?] dedicado a Juan Borgia, duque de Gandía, en que campean las máximas más elevadas y benignas, y los preceptos más apostólicos y llenos de indulgencia que imaginarse pueden. Este libro, que por un raro contraste aventaja al primero en unción y abandono, es una guía segura y fija para gobierno de los padres de familia, y un código de prudencia, caridad y virtud con que disciplinar desde luego a los hombres en el santuario del hogar doméstico. No se notan en él la prolijidad de pormenores ni la precisión del método que convierte el anterior en una obra regular y concluida, pero los consejos y pensamientos generales que comprende son de la mayor utilidad y trascendencia.

Sobre la pobreza y la justicia

Con trabajos y empresas de tamaña importancia, dejaba asegurada su fama Luis Vives, pero el mismo espíritu indagador y profundo que le llevaba a desenmarañar las más espinosas cuestiones sociales, le movió a acometer de frente y con su acostumbrado aplomo una de las más arduas de todas. Como quiera que la mendicidad sea una verdadera lepra de la sociedad, aun durante estos tiempos que han visto plantearse tantos establecimientos para su remedio, en los de nuestro autor era tanto más de lamentar cuanto que el desarrollo industrial de las naciones estaba todavía en su infancia, y que una caridad indiscreta, si bien laudable en el fondo, alimentaba este manantial de corrupción e inmoralidad. Por otra parte, la miseria y sufrimientos de las clases menesterosas eran tales que en el año de 1522 solo en Sevilla murieron de hambre quinientos pobres. Tan encancerada llaga procuró cicatrizar nuestro Vives con su tratado *Del socorro de los pobres [De subventione pauperum]*, Brujas, 1526], que dividió en dos libros, dedicándolo a la municipalidad de Brujas, pueblo de su adopción, y que con razón podía contarle en el número de sus ciudadanos.

En el libro primero funda la obligación de la caridad y el alivio del prójimo así en las creencias religiosas, como en los principios morales que cada hombre tiene esculpidos en su corazón; pero en el segundo, presentando la cuestión de la indigencia como un problema puramente social, y examinándola bajo todos sus aspectos, desenvuelve con claridad la teoría del trabajo, y sienta principios económicos de rara elevación en aquella época, que todavía alcanzaba en mantillas a esta ciencia. Sus ideas sobre la moralidad del trabajo, sobre su distribución, sobre el reparto de sus productos, sobre el adelanto y educación de los muchachos pobres, son superiores a todo elogio, porque lejos de ceñirse a una mera especulación industrial dirigida por el interés de la ganancia, todos sus conatos se encaminan a la perfección moral del individuo y a restituir a la sociedad sanos y ágiles estos miembros enfermos y podridos que podían agangrenar su cuerpo. No es el suyo un cálculo frío y mezquino en el cual entre el avasallamiento del menesteroso: la caridad y el progreso de la especie humana animan como un soplo divino sus escritos, y el embrión de su sistema social y la benevolencia inteligente que en él descuella, nos obligan a mirarle como el Owen de su siglo.

La portentosa variedad de los escritos de Luis Vives solo nos ha permitido dar a conocer (aunque con menos criterio y madurez de lo que merecían) los más trascendentales y graves, así por lo mucho que influyeron entonces en la marcha de las ideas, como por su intrínseco valor. Tampoco cuadraba a nuestro propósito un bosquejo de su vida trabajada de enfermedades, privaciones y amarguras de todas clases; pero justo será decir que todas ellas sirvieron de crisol a su conducta y que nada en el mundo le hizo olvidarse un punto de lo que a su cuna y a su conciencia debía. Pobre, jamás se abatió a un término vergonzoso; caballero, fue idólatra de la lealtad, y en defensa de Catalina de Aragón, su bienhechora, arrojó la saña tremenda de Enrique VIII y sus prisiones; sabio, convirtió la ciencia en una religión, y a sí propio en sacerdote de ella; y ciudadano en fin y hombre privado, su proceder le granjeó el aprecio sincero de todas las almas elevadas de su siglo.

Tal fue Luis Vives. Si su apego por ventura excesivo a las doctrinas y ejemplos de la antigüedad ocultó alguna vez a sus ojos la tendencia de las sociedades modernas, y le forzó a prescindir de la historia, no es culpa suya, sino de la época en que vivió; época como todas las de transición guiada más bien de los instintos que de la razón, y que cansada de lo pasado y ansiosa de lo futuro, alguna vez se apartaba de los términos de la justicia. Por lo demás, ¿quién puede presentar títulos más valederos que los suyos a la gratitud de sus compatriotas y del mundo entero? ¿Quién más fiel intérprete de aquel siglo extraordinario, siglo verdaderamente de gigantes y que hubiera abrumado con su peso a cualquiera inteligencia que no estuviese sostenida por la mano de Dios? La losa del olvido nunca debió cubrir tan maravillosas obras, y en obsequio de nuestro país deseamos que fuerzas más poderosas que las nuestras se empleen en removerla, y que otras plumas más delgadas llenen los vacíos de esta clase que se notan en nuestra historia literaria³⁴.

El Pensamiento, tomo 1, 1ª y 2ª entregas, 1841

³⁴ Entre las ediciones de Luis Vives, merecen particular atención la de Basilea, hecha por el distinguido impresor Episcopio, y sobre todo la de Valencia en 1782, ordenada por el erudito don Gregorio Mayans, costada por el señor Fabián y Fuero, arzobispo de esta ciudad, e impresa con suma corrección y buen gusto por Benito Monfort. Si en este artículo nos hemos abstenido de notas y citas de toda clase, es porque pensábamos remitir a ella al curioso lector, que nada tendrá que desear en punto a datos y noticias por prolijos que los busque. [Nota de Gil].

6. *Romances históricos*, del Duque de Rivas [1841]



ÁNGEL SAAVEDRA, DUQUE DE RIVAS (1791-1865), político liberal que conoció el exilio, acusado de haber participado en el pronunciamiento de Riego. Autor de obra amplia y piedra angular del Romanticismo español, es conocido por *Don Álvaro o la fuerza del sino* y por estos *Romances históricos* que reseña Gil³⁵.

Aunque la mayor parte de los periódicos, así literarios como políticos, han tomado a su cargo la crítica de la nueva obra con que hace poco ha enriquecido la literatura española el señor Duque de Rivas, no creemos que esté de sobra nuestro humilde parecer acerca de los *Romances históricos*, siquiera no saquemos de ello más provecho que rendir público homenaje al talento, y contribuir al crédito de un libro que por muchas razones lo merece grande. Fuerza será decir también, en obsequio de la verdad, que las consideraciones a que ha dado lugar su publicación han sido más limitadas de lo que reclama el asunto, ya por falta de espacio, ya por ceñirse a una escala demasíadamente reducida.

³⁵ Véase también la crítica de Gil a su obra *Solaces de un prisionero*, en BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, vol. IV, *Crítica teatral*, p. 272.

Deseosos nosotros de suplir esta falta, y cumpliendo con la obligación que tenemos contraída con el público, procuraremos dar a conocer si no con inteligencia, con lealtad por lo menos, los trabajos del señor Saavedra, y asegurarles el lugar a que hace tiempo los están llamando las prendas poco comunes que los adornan. No son de ahora sus méritos literarios y los eminentes servicios prestados a la causa de las letras en España; hace tiempo que su huella ha quedado profundamente grabada en el campo de nuestra regeneración poética, cuyo primer adalid es, y por esto tampoco es nuestro ánimo circunscribirnos a su última producción; antes bien queremos llamar la atención del público tanto sobre la primera muestra que dio de su ingenio al soltar los grillos y ataduras que tanto tiempo tuvieron comprimida su imaginación como sobre la que por ahora cierra la serie de sus poesías.

Claro está que hablamos de *El Moro Expósito*, o sea, *Córdoba y Burgos en el siglo décimo*, impreso y publicado en París en 1834; pero aun para apreciar debidamente sus quilates se hace preciso que demos una idea del estado en que nuestra literatura se encontraba, cuando el autor comenzó a escribir este bello poema (1827)³⁶. De esta manera pondremos más de bulto no solo su índole, sino también su influencia, y lograremos eslabonar dos épocas diversas, ayudando a su calificación, calificación que procuraremos cimentar no tanto en sus formas, como en sus tendencias, bien convencidos de que esta es la única fecunda.



³⁶ *El Moro expósito* (1834), escrita por Saavedra en el exilio, entre Malta y París, con prólogo de Alcalá Galiano —entre masones anda el juego—, es considerada por la crítica como el primer manifiesto romántico español en la estela del romanticismo inglés.

Los críticos franceses del siglo XVII y XVIII aclimatados y puestos en boga entre nosotros por Luzán y sus secuaces, despojaron a nuestra literatura (fuerza es decirlo) de toda espontaneidad, y acabaron con su originalidad y carácter propio. A tal punto habían venido las musas castellanas en el desastroso reinado de Carlos II, que sin duda era preciso un remedio poderoso a regenerarlas y rejuvenecerlas; y aun para disciplinar las tendencias anárquicas de la época convendremos en que la restauración de los códigos del buen gusto clásico era medida de la mayor eficacia; pero lo que como contraveneno y socolor de medicina se introdujo, dieronlo aun después de combatida la enfermedad por alimento de uso cotidiano, y esto bastó para alterar y viciar el temperamento poético (si es lícito decirlo así) de nuestra nación.

Si la literatura es el reflejo de la sociedad, como lo demuestra la historia de todos los pueblos a quien desapasionadamente la recorra, sin duda se equivocaban los que sin tener en cuenta más que el espíritu de obediencia y de imitación, trasladaban a nuestro país las formas del sentimiento de otro, en cuyas circunstancias se advertía escasa analogía con las nuestras. Persuasión y empeño tales tenían honda raíz en el ánimo de los innovadores, pues mirando a la literatura como un instrumento de recreación y agrado, y negándole todo carácter filosófico y social, fácilmente se convencían de que allí se aclimataría donde ostentase regularidad de formas y proporciones concertadas y armoniosas; no de otra suerte que si nuestras facultades morales no recibiesen las modificaciones de tiempo y lugar, y los afectos del corazón y los vuelos de la fantasía se vaciaran en un molde idéntico en todas épocas.

Ahora que un análisis profundo y detenido ha minado los ídolos de semejante creencia, fundando la teoría del sentimiento en los fenómenos psicológicos de la naturaleza humana, con razón nos maravilla una filosofía tan estrecha y estéril; pero cuando la fe suplía cuanto había que suplir en ella, sin que el espíritu de disensión la atajase en sus desmedidas pretensiones, no era mucho que estimulase a sus adeptos hasta hacerlos atropellar por toda clase de consideraciones. Por muchas atropellaban en efecto, y no era la menor de todas la nacionalidad que en nada o en muy poco tenían, cual si el paladar del pueblo fuese harto grosero para saborear los frutos de la imaginación, o

cual si la luz divina de la poesía se desdeñase de alumbrar el corazón de todos los hombres, y de inflamar la fantasía de los humildes e ignorantes.

Desentendiéndose de las tradiciones históricas, desechando los atavíos nacionales, persiguiendo no pocas veces con las armas del ridículo los objetos de la pública veneración y entusiasmo, mal podía semejante literatura conquistar la popularidad, fianza la más sólida de la verdadera belleza poética, talismán misterioso que abre el templo de la fama.

Por una rara contradicción de aquellas en que tan frecuentemente incurre el espíritu humano, los imitadores de Homero, de Sófocles, de Teócrito y de Anacreonte no comprendían que el secreto de su duración y de su hermosura consistía en su espontaneidad y verdad, y que la cualidad de indígenas que caracterizaba sus creaciones, era la prenda más segura de fortaleza y de vigor.

Los personajes, rudos tal vez, pero siempre poéticos, de nuestros romances, las damas y caballeros de nuestro antiguo teatro, espejo del pundonor y dechado de la galantería, vinieron a parar en las palomas y pastoras poco significativos de Meléndez y en las figuras magistralmente dibujadas y llenas de verdad, pero frías y prosaicas a veces, de Moratín. De esta manera empeñada la literatura en una senda convencional y que cada vez se desviaba más de la que antiguamente siguieron nuestros ingenios más esclarecidos, llegó a ser patrimonio de los sabios, y vino a renunciar por último su más noble y hermoso papel, el de representante de nuestra nacionalidad³⁷.

De este modo la musa castellana, desnuda de sus naturales galas y privada de su alimento acostumbrado, más que vivido ha sobrevivido a sí propia, oprimida bajo el yugo de reglas arbitrarias y enfrenadas muchas veces por la mano torpe y grosera de la censura. Buena prueba de lo primero, si no de lo último, son las poesías del señor Saavedra publicadas en 1820, en que, si se exceptúa la pureza del habla y tal cual rotundidad y armonía en la versificación, apenas se descubre ninguna de

³⁷ No estará acaso de más advertir aquí que sólo queremos indicar con estas observaciones la situación y tendencia general de la época, pues ni desconocemos ni negamos el merecido aprecio a los romances históricos y moriscos de Moratín el padre, a algunos del mismo Meléndez y a otras excepciones honrosas de esta triste regla. [Nota de Gil].

las brillantes dotes que después han campeado en sus obras. La distancia que las separa del *Moro Expósito*, es inmensa; la que las separa de los *Romances históricos*, mayor todavía.

Dos cosas contribuyeron a hacer notable el primero de estos dos poemas; su índole y carácter peculiar y las circunstancias de su aparición. La revolución literaria que, como todas, sorda y ocultamente fermentaba, se vio formulada y alzó la bandera con el *Moro Expósito*, y acaso más terminante y explícitamente con el elocuente y maduro prólogo que le precede. Tal sanidad en las doctrinas, tal agudeza en el criterio, tal templanza en las tendencias y tan profunda y trascendental filosofía puede decirse que era la vez primera que se veían empleadas en lengua castellana.

El autor resuelve con tanta elevación como conocimiento de causa las cuestiones literarias pendientes a la sazón, más que en Europa, entre nosotros; y distante igualmente de todos los sistemas exclusivos, partidario solo de la naturaleza y de la verdad, desenvuelve la teoría de una cuerda y razonable libertad literaria, hija de la marcha de las ideas y de las exigencias del siglo. Con copia de argumentos fortísimos vuelve por la nacionalidad de nuestra literatura, abre la senda que deben seguir los ingenios en la nueva regeneración, y explica cumplidamente la índole de la poesía histórica, dando a conocer el objeto de la obra a que sirve de introducción.

El asunto de este poema es la lastimosa tragedia de *Los Siete Infantes de Lara*, que tan bellos y expresivos romances inspiró a Sepúlveda, y que durante algunos siglos ha debido ser una de las tradiciones más populares de España. Razón tiene el autor para decir en el prólogo “que ha indicado una senda hasta el día no hollada por sus compatriotas”, pues no solo los asuntos de los siglos medios estaban abandonados con alguna pequeña excepción en el teatro, donde por cierto no aparecían con su natural fisonomía, sino que tampoco se había determinado nadie a componer un poema de índole y tendencia desconocidas hasta entonces e imposible de alistar en ninguna de las clasificaciones que la crítica señalaba.

Si algún modelo tuvo el autor delante, tal vez fue a buscarlo entre las preciosas obras que Walter Scott llama novelas poéticas; pues en la literatura patria, ninguno de los asuntos tratados en los romances

presenta el conjunto y la intención que desde luego se echan de ver en *El Moro Expósito*. Sin embargo, forzoso es confesar que dista bastante de la regular estructura, bellas proporciones y caracteres profundos y bien trazados que tanto resaltan en *Marmion*, *La Dama del Lago*, *Rokeby* y *El Lord de las Islas*.

La acción en el poema del señor Saavedra peca de escasa y aparece un tanto desleída: las narraciones están empleadas con profusión y en cierto modo estorban y detienen su curso, y finalmente, a un no sé qué de confuso más que de enredoso en el plan, se añade cierta monotonía y falta de individualidad en los caracteres principales, que si se exceptúan Gustioz de Lara y Ruy Velázquez, se acercan más de lo que debieran a un perfil común. Tampoco el desenlace nos parece bien preparado y traído, ni cuadra con la entonación y colorido poético de toda la obra. De estas faltas que con franqueza acusamos, no tanto echamos la culpa al corazón ni al entendimiento del autor, cuanto a las impresiones que le dominaban cuando puso manos a la composición de esta obra, que tan honrosa senda debía abrirle en el campo de la literatura.

Tal vez los grillos que con tanto valor se arrojaba a quebrantar le sujetaban más de lo que él mismo creía, y la costumbre y los recuerdos de tantos años influían poderosamente y sin saberlo él en su ánimo; pues a no ser así no acertamos a explicarnos por qué razón no dio más tiempo a la acción, poniéndonos a la vista hechos que contados por vía de exposición se amortiguan y descoloran; ni menos cómo en el dibujo de las figuras y en la combinación del plan no mostró la misma libertad, destreza y valentía que tanto nos cautivan y agradan en el *Don Álvaro* y en casi todos los romances. El señor Saavedra daba entonces principio a la segunda época literaria de su vida, y sería injusto y poco cuerdo pedir al árbol nuevo la sombra y frutos que solo el tiempo alcanza a prestar y a madurar.

En cambio de esto, cuándo el autor despliega sin reparo las alas de su fantasía, ya en los trozos descriptivos, ya en el bosquejo de los incidentes y caracteres episódicos, difícil sería pedir más fuerza, más precisión y agudeza. Allí donde su originalidad campea, se pueden medir sus raras cualidades con compás cierto y seguro, y no es exagerado decir que ninguno de nuestros modernos escritores se le aventaja. El cuadro de la cocina del arcipreste de Salas es de lo más vivo, cómico y animado que

puede imaginarse, y las escenas todas del convento tienen tal verdad, tal aplomo y relieve, que no parece sino que en realidad pasan a nuestros ojos, y con nuestras propias manos las tocamos. Vasco Pérez, el abad, los otros monjes, Rodrigo, el Zurdo, son personajes copiados de un cuadro de Zurbarán o de Velázquez; y el salón lúgubre y medroso de Ruy Velázquez nos recuerda las sublimes composiciones de Rembrandt.

Pues ¿qué diremos del admirable colorido local, de los bellos paisajes, del conocimiento de los trajes, usos y costumbres? Poco que sirva de encarecimiento después de haberlos saboreado. Tan cumplidamente está desenvuelto y demostrado el espíritu rudo y caballeresco de aquella edad que *El Moro Expósito* es en verdad una página histórica llena de elocuencia. Lunares hay sin duda en esta bella obra, pero pertenecen casi exclusivamente al plan; pues considerados sus pormenores y partes diversas una por una, más dan lugar a la alabanza y al encomio que no a la disciplina de la crítica. No somos de los que se creen autorizados para pedir cuentas de los medios con tal que no desdigan de la naturaleza del asunto, y de consiguiente, no nos atreveremos a censurar en *El Moro Expósito* el empleo de un metro que por más nacional que el autor nos lo pinte a causa de su analogía con el romance octosilábico vulgar, le cede sin embargo mucho en rapidez, concisión y energía; pero no estará de sobra dejar apuntada aquí esta observación que tanto puede servir para formar juicio sobre la última publicación del señor Saavedra, objeto principal de este artículo. Excusado es decir que hablamos de los *Romances Históricos*.



Los Romances Históricos

Después del prólogo erudito cuanto razonado y enérgico que los precede, poco podemos añadir que no sea repetir las mismas razones con estilo menos elegante y vigoroso; sin embargo, preciso será, en obsequio de aquellos de nuestros lectores que no los tengan a mano, dar alguna idea de las muy acertadas que el autor expone.

Sabido es que la cuna de nuestra verdadera poesía nacional son los romances, que por su giro sencillo, rudo y lleno de nervio tan bien se acomodaban a la capacidad de un pueblo que entonces recorría el círculo de su juventud. La cultura creciente y el esplendor literario de España en

los siglos XVI y XVII engalanaron y dieron extraordinario ensanche a este género de poesía, que sin embargo, perdió en robustez y vigor, cuanto en lujo, adornos y soltura ganaba.

El ingenio colosal de Quevedo que tan popular lo hizo, llegó a producir un inconveniente de gran monta, cual fue el dejarlo al alcance de los copleros y versificadores de oficio, que bien pronto lo degradaron y envilecieron. Resultado natural de esto fue que la gente entendida comenzase a desdeñar el romance como propio del vulgo exclusivamente, sin tener en cuenta su noble origen ni el manantial de alta poesía histórica que encerraba en su seno. En vano Luzán y Meléndez en el siglo pasado demostraron, el uno con copia de razones y el otro con el ejemplo y la práctica, la bondad y aptitud del romance a todos los tonos de la poesía, porque la dirección errada de los espíritus no permitía su restauración.

En nuestros días y en una obra elemental que de real orden anda en manos de la juventud, *El Arte de hablar en prosa y verso*, del señor Gómez Hermosilla, se dice del romance que “aunque venga a escribirlo



el mismo Apolo, no le puede quitar ni la medida, ni el corte, ni el ritmo, ni el aire, ni el sonsonete de jácara”. Tan gratuita suposición destruye el Duque de Rivas con citas oportunas y con argumentos de gran peso en su prólogo, que en verdad es un elocuentísimo alegato en favor de la principal rama del árbol de nuestra literatura, tratada con tanto menosprecio como injusticia por el crítico citado; pero la prueba más valedera de todas es la misma colección que forma el volumen de que tratamos.

“Volver el romance a su primer objeto y a su primitivo vigor y enérgica sencillez, sin olvidar los adelantos del lenguaje, del gusto y de la filosofía y aprovechándose de todos los atavíos con que nuestros buenos ingenios lo han engalanado”, es el deseo y el intento del autor. Veamos hasta qué punto lo ha logrado.

Ya era conocida del público ilustrado la maestría y facilidad con que sabía manejar este género de poesía, porque los romances de *La vuelta deseada*, *El Sombrero*, *El Conde de Villamediana*, *Don Álvaro de Luna* y *El Alcázar de Sevilla*, que se imprimieron a continuación del *Moro Expósito*, junto con otras bellas poesías en que descuellan las que llevan por título *Al Faro de Malta* y *A mi hijo Gonzalo*, manifiestan la profundidad y rectitud con que el autor sentía y comprendía la poesía histórica de su país.

La precisión, la fuerza y la verdad que descuellan en los que comprenden las tragedias del maestro don Fadrique y del Conde de Villamediana, tan bien concertados en su plan y tan dramáticos en su estructura, probaban que el señor Saavedra alcanzaría distinguido renombre, tratando esta clase de asuntos a que desde *El Paso Honroso* parecía inclinarle una vocación irresistible.

La colección que últimamente ha dado a luz ha demostrado cuán fundada era esta esperanza, y que en el momento en que sus obras fuesen hijas de su inspiración únicamente, llevarían tal sello de individualidad y de vigor que se distinguirían de un modo innegable de todas las demás contemporáneas. Argumentos hábilmente conducidos, caracteres marcados, figuras animadas, vivas y ricas descripciones, afectos verdaderos, y vehementes, rasgos atrevidos y grandes, entonación poética, locución castiza y exquisitos conocimientos históricos adornan y enriquecen estos romances.

Hermanos carnales de los lienzos sublimes de Velázquez y Zurbarán, atentos a la impresión general antes que a detalles embarazosos, si no inútiles, los *Romances Históricos* no por eso dejan de recorrer los diversos tonos del sentimiento con pinceladas llenas de atrevimiento y con hermosos golpes de claro oscuro. Donde el asunto lo permite, se advierte al punto aquel relieve, vida y movimiento propios del drama, que encadenan los sucesos con gradación sintética y rigurosa, y mantienen viva la atención y el interés, hasta llegar a un desenlace de sumo efecto.

El solemne desengaño, *El cuento de un veterano*, *Amor, honor y valor*, son buena prueba de lo que acabamos de decir. Donde quiera que la acción, o por general, o por larga, o por escasa, carece de las mismas proporciones, lo suple ventajosamente ya la regularidad del plan, ya la

oportunidad de los incidentes episódicos, o ya, en fin, la efusión de los afectos, y siempre la verdad del colorido, como lo manifiestan *La victoria de Pavía*, los *Recuerdos del un grande hombre*, *La vuelta deseada*.

Hay en estos romances tantas cosas que lisonjean nuestro orgullo, que halagan nuestra memoria, y que despiertan nuestra nacionalidad, que su impresión no puede dejar de ser altamente noble y patriótica. La inspiración sola, aun desnuda de los primores y atavíos del arte, debe encontrar un eco fuerte y sonoro en el corazón de los españoles: pero el arte mismo que la engalana, ni la rebaja, ni la afemina, antes la alienta y vivifica. Para corroboración de cuanto dejamos dicho, insertaremos, aun a riesgo de hacer más pesado este artículo, algunos trozos no precisamente escogidos, sino de los primeros que se nos ocurran³⁸.

Men Rodríguez de Sanabria va a avisar al rey don Pedro, encerrado en el castillo de Montiel, que Beltrán Claquín ha hecho la seña convenida. He aquí un cuadro y una escena dignos de Rembrandt y de Shakespeare:



³⁸ El crítico juega amablemente con el lector: el fragmento digno de Rembrandt está muy y muy bien escogido [*El Fratricidio*, romance III, *El dormido*]. En los versos finales, “por vengarme doy mi vida, por un corcel mi diadema”, Gil anota al pie: «*My Kingdom for a horse*, Shakespeare». [Láminas: *Romances históricos*, edición de 1854].

Del hogar la estancia toda
falsa luz recibe apenas
por las azuladas llamas
de una lumbré casi muerta.

Y los altos pilarones,
y las sombras que proyectan
en pavimento y paredes,
y el humo leve que vuela

por la bóveda, y los lazos
y los mascarones de ella,
y las armas y estandartes
que pendientes la rodean,

todo parece movable,
todo de formas siniestras,
a los trémulos respiros
de la ahogada chimenea.

Men Rodríguez de Sanabria
al entrar en tal escena,
se siente desfallecido,
y sus duros miembros tiemblan.

Advirtiéndole que don Pedro
no en su lecho, sino en tierra
yace tendido y convulso,
pues se mueve y se revuelca,

con el estoque empuñado,
medio de la vaina fuera,
con las ropas desgarradas,
y que solloza y se queja,

quiere ir a darle socorro,
mas ¡ay!... ¡en vano lo intenta!
en un mármol convertido
quedóse clavado en tierra,

oyendo al rey balbuciente
so la infernal influencia
de ahogadora pesadilla,
prorrumpir de esta manera.

—Doña Leonor... ¡vil madrastra!!
Quita, quita... que me aprietas
el corazón con tus manos
de hierro encendido... espera.

—Don Fadrique, no me ahogues...
No me mires que me quemas,
¡Tello!... ¡Coronel!... ¡Osorio!...
¿Qué queréis?... ¡traidores, ea!

Mil vidas os arrancara,
¿no tembláis?... dejadme... afuera:
¿También tú, Blanca? ¡Y aún tienes
mi corona en tu cabeza!...

¿Osas maldecirme? ¡¡¡Inicua!!!
Hasta Bermejo se acerca...
¡Moro infame!... temblad todos,
mas ¿qué turba me rodea?...

Zorro, a ellos; sus, Juan Diente.
¿Aún todos viven?... pues mueran.
Ved que soy el rey don Pedro,
dueño de vuestras cabezas.

¡Ay que estoy nadando en sangre!
¿Qué espadas, decid, son esas?...

¿Qué dogales?... ¿Qué venenos?...
¿Qué huesos?... ¿Qué calaveras?

Roncas trompetas escucho...
un ejército me cerca,

¿y yo a pie?... denme un caballo
y una lanza... vengan, vengan.

Un caballo y una lanza,
¿qué es el mundo en mi presencia?
Por vengarme doy mi vida,
por un corcel mi diadema.

¿No hay quien a su rey socorra?
A tal conjuro se esfuerza
Sanabria, su pasmo vence
y exclama: "Conmigo cuenta".

La descripción del Guadalquivir, cuando el inmortal Hernán Cortes va a embarcarse en busca de la corona de Moctezuma, servirá de muestra de la imaginación rica y ardiente del autor:

El sol entre nubes de oro,
de un cadáver comitiva,
a la tumba del ocaso
con majestad descendía,

cuando la pieza de leva
dio el trueno de la partida,
del Guadalquivir soberbio
retumbando en las orillas.

¡Magnífica era la escena!
Soberbia la perspectiva,
espectáculo grandioso
el que deslumbró su vista.

Cubierto el río de naves
de mil naciones amigas
con flámulas, gallardetes,
banderolas y divisas,

donde espléndidos colores
con el sol poniente brillan,
donde se mecen las auras,
donde retozan las brisas.

Ambas márgenes cubiertas
de cuanto la Europa cría,
de cuanto el arte produce,
de cuanto ansía la codicia,

de armas, víveres, aprestos,
fardos, cajones y pipas,
de extraordinarias riquezas,
de varias mercaderías.

Y en las naves y las barcas,
en los muelles y marismas,
y en arenal, alameda,
muro, almacenes, garitas,

en enjambre de vivientes
de todos reinos y climas,
de todos sexos y clases,
de todas fisonomías.

Del grande español imperio
hombres de todas provincias,
y de todas las naciones
que la Europa sabia habitan.

Moros, moriscos y griegos,
egipcios, israelitas,
negros, blancos, viejos, mozos,
hablando lenguas distintas.

Mercaderes, marineros,
soldados, guardias, espías,
alguaciles, galeotes,
canónigos y sopistas.

Caballeros, capitanes,
frailes legos y de misa,
charlatanes, valentones,
rateros, mozas perdidas,
mendigos, músicos, bravos,
quincalleros y cambistas,
galanes, ilustres damas,
gitanas, rufianes, tías:

Todo bullicio tan grande,
tan extraña algarabía,
tal confusión de colores,
tal movimiento y tal vida,
ofreciendo bajo un cielo
como el cielo de Sevilla,
que era un pasmo de la mente,
un cuadro de hechicería.

[Fragmento de *La buenaventura*, romance III, *El embarco*]

Como trozo de melancólica poesía, llena de meditaciones vagas, dulces y descoloridas, poco tiene que envidiar el siguiente donde tan al vivo se pintan los desvaríos que con su desventurada pasión sufría el marqués de Lombay.

¡Cuántas veces los jardines
que riega el Tesin y el Mincio,
los mismos nombres oyeron
que el Tajo oyó sorprendido!

¡Cuántas veces las canciones
de Garcilaso, que hoy mismo
nos admiran y enternecen,
vencedoras de tres siglos,

tiernas lágrimas sacaron
de los ojos encendidos
y del corazón doliente
del marqués contemplativo,

en las selvas do arrancaron
no menos hondos suspiros,
de otros destrozados pechos
los acentos de Virgilio!

¡Cuántas vares, ¡ay!,
seguían del marqués los ojos fijos
de la plateada luna

el lento y mudo camino,

y al verla hacia el occidente
rodar con pausado giro,
algún encargo le daba
para el Tajo cristalino,

con sus miradas queriendo
como estampar en el disco
caracteres que otros ojos
por un prodigioso instinto

leyeran, cuando argentada
derramara el claro brillo
sobre el regio balconaje
de algún alcázar dormido!

[Fragmento de *El solemne desengaño*, romance II, *La ausencia*]

Concluiremos estas citas con los siguientes versos del romance titulado *Una noche de Madrid en 1578*, dechado en nuestro entender de interés dramático, de franco y vigoroso estilo. Hablando de la bellísima princesa de Éboli dice lo siguiente:

Tres distintos personajes
a diversas horas iban
a rendirle obsequio o culto
a conquistar su sonrisa,
ardiendo sus corazones,
aunque en edades distintas,
en el delirante fuego,
que una beldad rara inspira.

Melancólico era el uno,
de edad cascada y marchita,
macilento, enjuto, grave,
rostro como de ictericia;

ojos siniestros, que a veces
de una hiena parecían,
otras vagos, indecisos,
y de apagadas pupilas.

Hondas arrugas, señales
de meditación continua,
huella de ardientes pasiones,
mostraba en frente y mejillas.

Y escaso y rojo cabello,
y barba pobre y mezquina
le daban a su semblante
expresión rara y ambigua.

Era negro su vestido
de pulcritud hasta nimia,
y en su pecho deslumbraban
varias órdenes e insignias.

پس

El otro era recio, bajo,
de edad mediana, teñían
sus facciones de la audacia
las desagradables tintas.

Moreno, vivaces ojos,
negros bigote y perilla
aladares y copete,
boca grande, falsa risa,

formando todo un conjunto
de inteligencia y malicia,
con una expresión de aquellas,
que inquietan y mortifican.

Lujoso era su atavío
mas negligente, y tenían
no sé qué sus ademanes
de una finura postiza.

پس

El último era el más joven,
de noble fisonomía,
pálido, azules los ojos
con languidez expresiva;

castaño claro el cabello,
alto, delgado, muy finos
modales, y petimetre
sin dijes ni fruslerías:

Ser un caballero ilustre,
de educación escogida,
cortés, moderado, afable,
mostraba a primera vista.

پس

Y la gallarda princesa,
la discreta, noble y linda,
¿por quién de ellos?...Por ninguno.
Cual la estrella matutina
era su alma pura, como
el sol su conciencia limpia.
...mas lo que pasa en el pecho
sólo Dios lo sabe y mira.

Cuando la princesa estaba
en la presencia aflictiva
del primero, miedo helado
por sus venas discurría.

En la del segundo, grave
se mostraba y aun altiva,
pero inquieta y recelosa
midiendo sus frases mismas.

Y con el tercero estaba,
aunque silenciosa, fina,
y sin temor ni recelo,
pero triste y discursiva.

پس

El rey Felipe segundo,
a quien España se humilla,
es el galán misterioso
de las nocturnas visitas.

El segundo, Antonio Pérez,
secretario que tenía
del rey estrecha privanza,
cual brazo de sus intrigas.

Juan de Escobado el tercero,
amigo en quien deposita
el insigne don Juan de Austria
sus secretos y su estima.



Semejantes revelaciones son punto menos que inútiles, y en especial la primera. El Felipe II que nos ha dejado el pasmoso pincel de Pantoja³⁹, parece que ha saltado del lienzo cobrando cuerpo y vida en todo este romance y apareciendo con toda su lúgubre y temerosa grandeza tan parecida a las del príncipe de las tinieblas de Milton. El delicado rasgo con que el señor Duque fija la situación, indicando apenas la misteriosa simpatía de la princesa, es uno de aquellos que solo es dado concebir al verdadero genio.

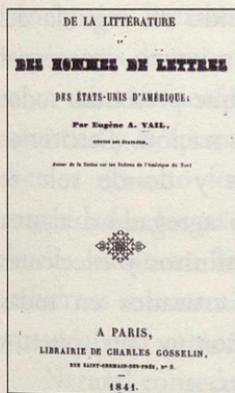
No todos los romances atesoran las mismas cualidades, ni se elevan a la misma altura, cierto es; pero ni todos los asuntos tienen el mismo corte y giro, ni es este género tan limitado y preciso que haya de ceñirse a límites determinados, antes bien, ninguno admite tanta latitud y libertad.

El señor Duque de Rivas ha coronado con un éxito feliz una de las más importantes empresas literarias que se han acometido en España de mucho tiempo a esta parte. Pocos escritores pueden gloriarse de haber proporcionado servicios tan eminentes a las letras españolas. Cuando rayó la aurora de nuestra regeneración poética, salió *El Moro Expósito* a servir de blanco a los tiros de la crítica; poco después *Don Álvaro* arrojó en el teatro los peligros de una innovación repentina y de una transición violenta, abriendo una senda más filosófica y fecunda, y con la publicación de los *Romances Históricos* ha anudado el hilo de oro de nuestra literatura nacional, desenmarañando no poco su revuelta madeja. Por nuestra parte creemos que sus trabajos merecen bien del país y de los amantes de las letras, y aprovechamos con gusto esta ocasión de consignar nuestro dictamen sincero si no autorizado.

El Pensamiento, tomo 1, 3ª entrega, 1841

³⁹ Sin duda, Gil vio el cuadro que menciona en El Escorial, donde se conserva.

7. De la literatura y de los literatos en EE UU, de Vail [1841]

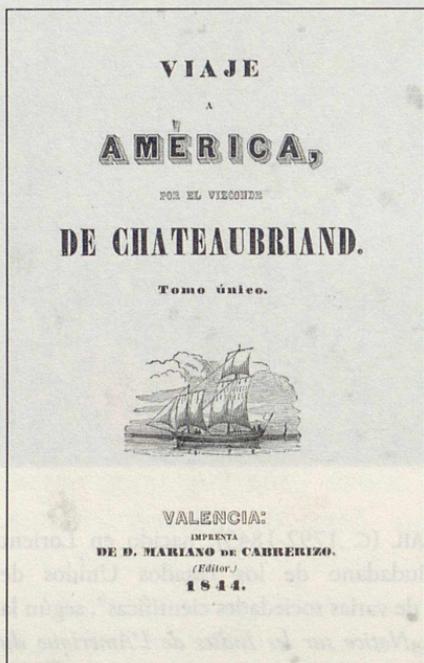


EUGÈNE AARON VAIL (c. 1792-1843), nacido en Lorient (Francia), pero “ciudadano de los Estados Unidos de América y miembro de varias sociedades científicas”, según la portada de su obra *Notice sur les Indes de l'Amérique du Nord* [París, 1840]. Pintor y miniaturista, autor de la novedad recién llegada de París, *De la littérature et des hommes de lettres des États-Unis d'Amérique* [Librairie de Charles Gosselin, 1841], 620 págs. en francés, que Gil reseña con entusiasmo en las páginas que siguen.

Ω

Tal es el papel que en el teatro del mundo culto representan ya los Estados Unidos de América, tal su importancia probable en la marcha futura de la civilización, tal la influencia que sus instituciones han ejercido en la revolución de nuestros antiguos dominios y tantos y tan estrechos finalmente los vínculos que los unen con nuestras colonias, que no deberá tenerse por ajeno de nuestras tareas periodísticas el que procuremos dar idea al público de su literatura. Ciertamente es digno de fijar la atención de todo hombre reflexivo cuanto pertenezca a una

nación que no hace un siglo todavía peleaba por su independencia, y ya en el día se ha elevado en poder y riqueza al nivel de las antiguas naciones europeas y con el desmesurado desarrollo de sus vastos recursos no está quizá muy lejos de conquistar una iniciativa, industrial por lo menos, superior y no poco a la del mundo antiguo.



Desde 1790 hasta 1826 (épocas cuyo cuadro comparativo trazado por mano del ilustre Chateaubriand tenemos a la vista⁴⁰), ha sido verdaderamente milagroso el engrandecimiento de esta naciente república. Caminos, canales, barcos de vapor, fábricas de todas clases ayudadas de este poderoso agente se han multiplicado como por encanto, y todos los primores del lujo, todos los goces de la más adelantada cultura, han venido en seguida del inmenso movimiento comercial agrícola y fabril que presentan todos los ámbitos de la nación. Territorios entonces salvajes y donde solo se

podía llegar con seguridad acompañado de guías o agregado a alguna tribu de indios, se hallan surcados en el día por infinitos y excelentes caminos, sus inmensos lagos y extensos canales cruzados en todas direcciones por barcos de todas clases y tamaños, y sus puertos concurridos y llenos de animación y vida.

⁴⁰ Una vez más, Enrique Gil sigue la estela del vizconde de Chateaubriand, quien en 1791 vivió durante algunos meses en Estados Unidos, donde conoció a George Washington, encuentro que relata en sus memorias. En 1827 publicó un libro extraordinario, *Viaje a América* [1ª ed. en castellano, Valencia, 1844]. Gil maneja la edición francesa, cuyo *Prólogo* —una cumplida historia de los viajes y descubrimientos en la que el autor francés cita los estudios de Navarrete sobre Colón, etc.— le sirve de vademécum en varios artículos de esta *Miscelánea*. Los datos de esta reseña proceden del capítulo final de *Viaje a América*, *Conclusión*.

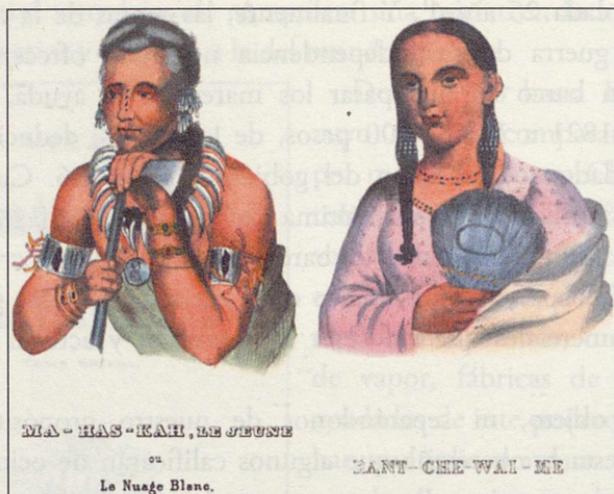
En 1790 solo había 75 estafetas en todos los Estados de la Unión: en 1826 llegaban a 6.000. En 1790 la población estaba reducida a 3.909.326 habitantes: en 1830 había ascendido a 12.000.000, doblándose cada 25 años⁴¹. Y finalmente, las rentas de la nación que durante la guerra de su independencia no pudo ofrecer al ilustre Lafayette un barco en que pasar los mares en su ayuda, se habían elevado en 1821 a 12.264.000 pesos, de los cuales, deducidos gastos habían quedado a disposición del gobierno 3.334.826. Cuanto haya sido su desarrollo desde esta última fecha hasta el día, mejor que nosotros lo dirán la infinidad de barcos de vapor que se cruzan entre América y Europa y el incremento cada vez mayor de las gigantescas empresas comerciales que sin cesar se organizan y activan en ambos mundos.

No sin objeto, ni separándonos de nuestro propósito, hemos presentado esta breve reseña que algunos calificarán de ociosa y ajena del asunto que nos ocupa. Por nuestra parte hemos querido dar una idea fundamental, si bien concisa, de una nación cuyas principales tendencias literarias hemos tomado a nuestro cargo señalar, porque según más de una vez hemos manifestado, juzgamos imposible elevarnos a un criterio filosófico y trascendental en literatura, sin conocer antes la sociedad y la época que en ella se pinta y retrata. Así que no sin motivo hemos descrito los resultados principales de los usos, costumbres y necesidades físicas y morales de este país, pues de ella se deducía un hecho luminoso capaz por sí solo de fijar la cuestión: a saber, que sus esfuerzos se encaminaban casi exclusivamente a la conquista del mundo material y al aumento indefinido de la producción.

Natural consecuencia es esta de su historia, de su situación geográfica y de la índole de sus habitantes primitivos. Cuando huyendo de las persecuciones religiosas de Inglaterra, aportaron los primeros colonos [en 1622] a las playas americanas, su primero y único cuidado hubo de ser el de su conservación y defensa; y sus fuerzas físicas y morales, ni

⁴¹ "Si la población continuase doblándose cada veinticinco años, en 1855 tendrían los Estados-Unidos una población de veinticinco millones setecientas cincuenta mil almas; y veinticinco años mas adelante; esto es, en 1880, esta población pasaría de cincuenta millones", Chateaubriand, *o. c.*, p. 283.

tuvieron ni pudieron tener otro empleo que el desmontar bosques, levantar poblaciones y rechazar los ataques de las bestias feroces y de los no menos feroces indios.



Por otra parte, si aún en el día, según la bella expresión de Chateaubriand, “la América habita todavía la soledad”, natural y aun preciso era que en su soledad inmensa y solemne los primeros pobladores buscasen todo el ensanche de comodidades y bienestar, que solo una laboriosidad infatigable podía proporcionarles. Y finalmente, el carácter adusto, triste y severo de aquellos puritanos que miraban como culpable frivolidad los placeres de la imaginación, forzosamente había de convertir a un centro común de utilidad inmediata todos los instintos de la época.

Causas tan arraigadas y que bajo ciertos aspectos todavía deben echar no menos hondas raíces en la situación presente de aquella sociedad, mal pueden desaparecer o neutralizarse en el corto período de vida que hasta ahora cuenta. Pero ¿qué puede resultar para la literatura del juicio y criterio de un país en donde la conciencia pública condena como una perjudicial anomalía el ocio material indispensable para la vida contemplativa y para las especulaciones intelectuales, fuentes de los pensamientos más grandes y humanitarios, y de los sentimientos más hondos y generales que mueven el mundo? Resultará de seguro un

⁴² Ilustración de Vail en su obra *Noticia de los Indios de América del Norte*.

cultivo cuidadoso y esmerado de las ciencias y estudios que se encaminen a la razón fría y severa y lleven en sí gérmenes de utilidad palpable; como también de los conocimientos que comprenden las relaciones exteriores del mundo material y guían a su dominación y conquista. Esto vendrá a resultar en el orden de las ideas, porque si se atiende a las costumbres, la austera honradez y la acrisolada probidad no bastarán a prestar al pueblo aquel colorido poético y animado que no menos busca el filósofo que el entusiasta, y que tan eficazmente se une al instinto de la nacionalidad para asegurarlo y robustecerlo.

En resumen, la literatura vulgarmente llamada amena, hija del sentimiento o de la imaginación principalmente, se puede asegurar que en los Estados Unidos es cuestión más de pasatiempo que de conciencia, y más de agrado que no de ocupación. Por el siguiente resumen de las obras publicadas en 1834, se verá cuán fundada va nuestra opinión. Están divididas y clasificadas de esta suerte:

Educación: 73	Historia y Biografía: 19	Bellas Artes: 8
Religión: 37	Jurisprudencia: 20	Asuntos diversos: 49
Cuentos y novelas: 19	Poesía: 8	

Por manera que de 251 obras, 216 confirman la tendencia general de los espíritus hacia las cosas útiles y serias⁴³. Otro hecho no menos notable queremos apuntar que es el periodismo. En 1700 solo se publicaban cuatro periódicos en todas las colonias; pero en el día han llegado a mil quinientos que sin cesar dan a luz cien millones de ejemplares.

Este síntoma de ilustración y cultura que tanto honor hace a los anglo-americanos, descubre a las claras la preponderancia exclusiva del trabajo en sus opiniones y costumbres, pues no pudiendo dar empleo a la actividad de su espíritu en obras altas y profundas, tienen que acudir a esta especie de cifra y abreviatura más o menos cabal y exacta del movimiento social. Semejante inundación de escritos no solo sirve de órgano a los intereses comerciales y políticos, sino también a los estudios y trabajos de todos géneros que sin cesar le prestan grande y sustancioso alimento. Pero esto que proporciona la inapreciable ventaja de ofrecer a

⁴³ Gil excluye de lo «útil y serio» los cuentos, la poesía y las bellas artes.

toda clase de tareas pronta y fácil salida, no por eso deja de tener sus inconvenientes en el orden trascendental de las ideas, pues demasiado se sabe que la prensa periódica suele llevar en su mayor parte la bandera de la especulación mercantil, y que, en general, desecha todos aquellos trabajos que no están en armonía con el espíritu de los lectores por frívolo o mezquino que sea⁴⁴.

Cuanto daña semejante espíritu a las obras de verdadera inspiración y conciencia, ello mismo lo está diciendo, pues sujetar el genio a una determinada medida y acompasado movimiento, es lo mismo que señalar al Océano los días de tempestad y de calma. En las grandes cuestiones literarias y científicas la prensa periódica en general y sobre todo la diaria nos parece muy semejante a la litografía en las artes del dibujo, pues si una y otra contribuyen a vulgarizar y difundir las creaciones que honran a su época, ambas les desquitan en verdad y fondo lo que les dan a ganar en generalidad y superficie.

Examinemos ahora la cuestión por otro lado. ¿Es posible una literatura común, nacional e indígena en un pueblo en que la más absoluta independencia individual precedió ya a la época de su existencia política, en que la población se deriva de diferentes orígenes y abriga distintas creencias religiosas, en que los diversos intereses mercantiles están ya en una inmensa complicación, y que finalmente ni tiene pasado, ni las tradiciones que de él fluyen y manan? ¿Será posible, decimos, a la América del Norte producir ni ahora, ni en mucho tiempo una obra que sea la expresión concreta y cabal de sus deseos, tendencias, esperanzas y temores; una obra semejante a la *Divina Comedia*, a nuestro teatro antiguo o al teatro de Shakespeare, al *Quijote* de Cervantes o a las tareas de Voltaire? Creemos que no.

Para esto era preciso que su organización fuese más compacta y homogénea y que la clave de su asociación no estribase principalmente en la severidad de las costumbres y en la comunicación de los intereses, sino en la identidad de creencias, en la mancomunidad de sentimientos y en la analogía de origen. Era preciso que el espíritu guiase a la materia y no que la materia sujetase al espíritu; era preciso que los ecos de lo

⁴⁴ Sorprende el duro juicio de Gil sobre la prensa, que acoge estas *misceláneas*, poco sospechosas de estar en armonía con algún lector de espíritu «frívolo o mezquino».

pasado se uniesen a los presentimientos de lo venidero, y finalmente era preciso que los Estados Unidos no pudiesen compararse con razón a la estatua convertida en mujer a ruegos del artista⁴⁵, que sin reminiscencias de la infancia y de las dulzuras del hogar doméstico, se parecía a un fruto madurado en estufa, pálido en sus matices y poco sabroso al paladar.

Si todas estas deducciones no fuesen lógicas y naturales la obra de Eugenio A. Vail que dejamos mencionada, las confirmaría y daría el vigor que les faltase, pues en ella vienen confesados todos los cargos que se le hacen, si cargos pueden llamarse los que no son sino necesarias consecuencias de tiempo y de lugar; circunstancia de que la crítica no puede desentenderse sin faltar a su índole y destino.

El libro en cuestión no nos parece por cierto una obra maestra de madurez y detenido examen, ni en él encontramos aquel espíritu investigador y profundo propio de este siglo analítico; pero encierra con buen plan y acertadas proporciones una noticia amena de todas las publicaciones más notables que han visto la luz en los Estados Unidos, a contar desde sus primeros pobladores hasta nuestros días, con un breve resumen de sus principales dotes, y muestras además de su estilo. Si no se le puede calificar de estudio severo de crítica, es por lo menos una excelente revista bibliográfica; y de todas maneras arroja bastante luz sobre el carácter general de la literatura americana.

Dejamos dicho que las obras que se encaminaban a ilustrar y robustecer la razón, eran las que mayor prosperidad y cultivo debían alcanzar en un país donde se procura reducir a la práctica cuanto comprenden los límites de la teórica. Por eso los estudios históricos que tantas lecciones útiles encierran, y que con acciones y ejemplos vivos influyen sobre lo presente y preparan lo venidero, merecen en la América del Norte tan distinguido lugar. Pocos pueblos podrán presentar en tan corto espacio una lista tan larga de historiadores llenos de mérito: ninguno quizá ha manifestado desde el principio en sus trabajos tan laudable elevación moral, tanta imparcialidad y justicia.

Libres de los odios que han dividido a las naciones europeas, ajenos a los intereses y rivalidades que tanto han envenenado sus antipatías, los

⁴⁵ Véase *El último banquete de los Girondinos* de Carlos Nodier. [Nota de Gil].

historiadores angloamericanos, no solo han recorrido con fruto el terreno de la historia patria, sino que han pasado también a la historia extranjera con grandes frutos y esperanzas de otros más abundantes y maduros. Al lado de Jefferson, John Adams, Sparks, Pickin, Cooper y otros varios, que por su espíritu liberal cuanto grave y trascendente han sabido ilustrar los anales de su país, se encuentran Prescott y Washington Irving, historiador el primero tan exacto y desapasionado de los Reyes Católicos, como hábil colorista el segundo de la gran empresa de Colón⁴⁶.

El espíritu de discusión y libre examen que reina en los Estados Unidos favorece en gran manera este linaje de estudios, cuyo elemento es la verdad en su mayor pureza; y como por otra parte no les alcanzan los motivos de discusión de las naciones extrañas, ni en el curso de su vida propia tienen injusticias que ocultar, en ninguna parte debe resplandecer más la verdad histórica que entre ellos.

Sin embargo, mucho distan todavía en nuestro entender de los historiadores europeos. ¿Dónde está la pasmosa erudición de los alemanes, la profundidad de los ingleses; la brillantéz de los franceses y la sagacidad de los italianos? ¿Qué hombres pueden poner al nivel de Nieburh, de Gibbon, de Voltaire, Thiers, Guizot y Maquiavelo?

Pues si de las regiones de la historia pasamos a las de la política y ciencia gubernativa, ciencia que entre ellos absorbe la primera y principal atención, hallaremos no menos notables diferencias. Verdad es que los complicados resortes de su gobierno tienen su más segura fianza y salvaguardia en la severidad y pureza de costumbres, que suplen la innecesaria insuficiencia de las leyes en determinados casos.

⁴⁶ La expresión de colorista está empleada aquí de intento, pues cualquiera que lea la *Colección de Viajes* del señor Fernández de Navarrete, se convencerá de que en la relación de Washington Irving nada hay que le pertenezca sino el colorido de su bello estilo. [Nota de Gil].

WASHINGTON IRVING [1783-1859], conocido por *Cuentos de la Alhambra*, escribió *Crónica de la Conquista de Granada* (1829) que Picoche considera la principal fuente de documentación de Gil para *El Lago de Carucedo* [Picoche, tesis doctoral, pp. 536 y 539-540]. En 1828, Irving publicó *Historia de la vida y viajes de Cristóbal Colón* (1ª ed. en castellano, traducida por Villalta, Madrid, 1833), elogiada por Navarrete, opinión que Gil no comparte, pues le despacha displicentemente (véase pp. 109 y 115). Sin embargo, la notable influencia de Irving en Gil es un hilo conductor que aflora esta *miscelánea*, pendiente de estudio.

Es cosa cierta también que acordes en cuanto a la esencia de su principio político y social, y partidarios a todo trance de la regularidad y del orden, todas sus tareas y proyectos descubren juicio sólido y prudencia consumada: pero en cambio no lo es menos que sus teorías de gobierno giran en una órbita muy reducida, y que su tendencia estéril en cuanto a las futuras vicisitudes de la humanidad, llegaría a ser perjudicial, si no tuviera por escudo la moral pública.

Tampoco cabe duda en que la extraordinaria colisión de principios y sistemas que trabajan a la Europa, en medio de la zozobra y dudas que amontona sobre lo presente, abre camino para lo porvenir, y que nunca es perdido cualquier esfuerzo que se dirija a acercarnos a aquellos sentimientos y verdades eternas, únicos que pueden guiar al hombre y hacerle mejor y más perfecto en todas las fases de su vida. Los trabajos de Jefferson, de Morris, de John Quincy Adams, y los demás que cita Vail en su obra, no admiten sino un desventajoso paralelo con las teorías constitucionales de Benjamín Constant, de Rossi, del malogrado Carrel, de Bonald y otros muchos; y en cuanto a tendencias más trascendentales y humanitarias, cuando en Europa han aparecido casi simultáneamente Saint Simón, Carlos Fourier y Roberto Owen, ni una chispa que sepamos ha prendido en América de estos nobles y ardientes principios. Bien al contrario, el establecimiento de New-Harmony [en la imagen], que el último de estos filósofos fundó en ella, excitó en el país más curiosidad que entusiasmo.



Cuanto dejamos dicho acerca de la política, pudiéramos decir igualmente de la economía política, porque una ley análoga parece regular sus movimientos. Si hemos de juzgar por la incompleta noticia que nos da Vail de la obra de Tomás Cooper sobre esta ciencia que apareció en 1826, eran desconocidos, y cuando no, menos estimados de lo justo, los luminosos descubrimientos hechos en estas materias por las escuelas socialistas acerca del espíritu de asociación aplicado al trabajo y a todos los medios de la producción. Adelantos hay sin duda en la obra de Cooper sobre las teorías de Adam Smith, de Say y de los enciclopedistas, como no puede menos de haberlos cuando el vapor va trastornando casi todas las antiguas relaciones físicas: pero todavía se nos figura muy distante de los admirables sistemas de Fourier y de Owen.

Un cuadro comparativo de la literatura americana con la europea no puede entrar en los límites de nuestro artículo. Si nos hemos extendido un poco al hablar de la historia y de la política, hemos llevado por objeto corroborar la aserción arriba sentada de que los estudios serios tenían allí una marcada preponderancia. Fuera de esto, ni la ciencia del derecho con su complicadísima legislación ni las ciencias naturales, ni la religión, pueden caminar al mismo paso que los adelantos europeos. Nada diremos de la filosofía especulativa y trascendente, porque su inferioridad es harto palpable en este punto.



Género elemental o educativo

Un ramo hay, sin embargo, que solo entre esta clase de conocimientos se puede poner, y que nos parece superiormente entendido y manejado, cual es el género elemental. Las obras de educación han merecido en los Estados Unidos una predilección tan particular, que el solo hecho de su exportación a Inglaterra bastaría para demostrar su importancia y valor real. Las buenas costumbres naturalmente tienen que cimentarse en la solidez de la primera enseñanza, y por una feliz coincidencia, la delicadeza femenil ha derramado sobre esta parte de la vida flores que no se debían esperar de la sequedad de su política y movimiento mercantil.

Los escritos de Mrs. Sigourney y Mss. Hannah Adams tienen un blando perfume de benevolencia y de dulzura, que no puede menos de

embalsamar el corazón de la niñez con sentimientos puros y apacibles. En este importantísimo punto creemos que los anglo-americanos están cuando menos al nivel de las más ilustradas naciones de Europa.

Pasemos ya a lo que generalmente se conoce con el nombre de amena literatura, por serio y profundo que a veces sea su carácter. La de los Estados Unidos hasta ahora no puede tener más sello que el individualismo, pues ni hay ni puede haber un símbolo común de sentimiento que represente todas sus simpatías y creencias; pero dejando aparte esta grave falta que en la actualidad alcanza a la mayor parte de las literaturas, preciso es confesar que ya en el día cuentan algunas joyas de precio, y que su porvenir las promete más brillantes todavía. No hablaremos de su teatro, que descolorido en su fisonomía e incierto hasta ahora en su marcha, parece que no ha acertado aún con su verdadero camino.

El género descriptivo que tan en armonía está con las grandes escenas de la naturaleza en aquellos países y con las navegaciones, viajes y género de vida de sus habitantes, es el que aparece dotado de más energía y vitalidad. Realzado por el sentimiento moral y por la dirección que la religión cristiana imprime a los espíritus hacia lo infinito, en todas las novelas, relaciones de viajes, impresiones y bosquejos de cualquier género encuentra la imaginación campos en que espaciarse.

Washington Irving es bastante conocido para que hablemos de él despacio; pero las escenas y aventuras de la vida marítima han recibido de la pluma de Fenimore Cooper tan vario y extremado color y tan original fisonomía que con razón se le puede tener por el inventor y padre de este género literario. *El pirata*, *El Corsario encarnado*, *El Piloto* y la mayor parte de sus obras son un título de gloria y orgullo para su país, y por su verdad, sencillez y buen gusto se citarán siempre como modelos de buena narración y vivo interés. En los términos del Océano no encontramos ningún escritor que le iguale. No menos talento y galas descriptivas ha desplegado en las escenas de sus *Plantadores*, donde tan al vivo pinta los bosques del Nuevo Mundo, sus habitantes indígenas, y el sublime espectáculo de su solitaria y agreste naturaleza. Nada tiene de extraño esta fácil transición, porque la fuente del sentimiento es una, y cualquiera que sea la tierra que riegue la llenará de flores.



Las escritoras

Los nombres de Brown, Bird, Fay, de Miss Francis, Miss Sedgwick, y Mrs. Harrison Smith, han ilustrado la novela americana. No es este el lugar propio para el análisis de sus obras, pero no queremos pasar adelante sin llamar la atención del público sobre el carácter que distingue las creaciones de las escritoras de los Estados Unidos. En todas partes es don de la mujer una sensibilidad más delicada y una exquisita ternura; pero en este país donde son las únicas depositarias de los suaves afectos del hogar doméstico, estas disposiciones parecen crecer y aumentarse en proporción del fondo adusto y severo de las costumbres exteriores.

El cuadro que M. Vail copia en su libro de una de las novelas de Miss Francis sobre la muerte de una desdichada joven, herida en lo más profundo de sus afectos, tiene un colorido tal de melancolía y de pasión, que es imposible cerrar el corazón a las tristísimas emociones que despierta. Seguramente las mujeres están destinadas a influir poderosamente en los destinos futuros de América, pues la educación ya ha recibido de ellas considerables mejoras y el sentimiento que tan propio es de su organización y afectos, irá ganando terreno a medida que los intereses materiales vayan reduciéndose a sus justos y naturales límites.

Cuanto dejamos apuntado acerca de la índole filosófica de la novela, puede igualmente aplicarse a su poesía, que también descuella por el lado descriptivo. Sin embargo, nos abstendremos de emitir sobre ella ningún juicio razonado, porque no podemos analizar debidamente su forma⁴⁷.

Las cualidades que más distinguen todas estas obras de imaginación, son un estilo severo y correcto en general, una dicción clásica y pura, y gran elevación en los principios morales. Con todo, riquezas son estas escasas, si se han de comparar con los tesoros que en este género han legado los siglos a la Europa, y que en nuestros días se han renovado y crecido. Como novelistas, solo Cooper es el que puede admitir paralelo con Walter Scott en su género respectivo; como pintor de sentimiento, ninguno llega a las brillantes dotes de Chateaubriand; y como poetas,

⁴⁷ Los poetas dramáticos que gozan de más nombradía son: Willis, Barker, Hillouse y Bird. Los líricos, mucho más numerosos, son: Smith, Susana Rogers, Briant, Halleck, Pervail, Lidia Sigourney, Legget y otros varios. [Nota de Gil].

Byron y Tomás Moore, Béranger y Manzoni eclipsarían a todos los vates americanos.

En resumen, el árbol de la literatura no se ha aclimatado aún lo bastante en los países americanos para vivir con vida propia y brindar dulces y sazonados frutos. Por ahora ningún literato ni filósofo puede ser su representante: su representante verdadero es Fulton, que encontró el modo de aplicar el vapor a la navegación, y fue el primero que dio impulso a la extraordinaria revolución comercial que agita casi todas las naciones del mundo.

La iniciativa que sin contrariar la índole de sus costumbres y la pronunciada dirección de los espíritus debe procurarse por ahora, no es la intelectual sino la industrial y mercantil. La América se compone de naciones nuevas que de consiguiente pertenecen por entero a lo futuro: imposible es saber la misión que les reserva la Providencia, pero a juzgar por la sucesión constante de las leyes que rigen la humanidad, su obra debe ser de libertad y de justicia.

En tan grande empresa, los Estados Unidos sin duda están destinados a enarbolar la bandera, y en esta noble esperanza, en este generoso presentimiento, deberán encontrar compensación abundante a las ventajas que en otros ramos del genio les llevan naciones más antiguas que ellos en la carrera de la vida, pero que tal vez no tienen derecho a esperar su brillante porvenir.

El Pensamiento, 1ª serie, tomo I, entrega 12, 1841.

8. *Colección de Viajes*, de Fernández de Navarrete [1841]



48

Colección de los Viajes y Descubrimientos

CÉSAR GAVELA



MARTÍN FERNÁNDEZ DE NAVARRETE (1765–1844), nació en la Rioja en 1765 y fue marino de guerra e historiador; en el curso de sus investigaciones encontró en Portugal legajos sobre los viajes de Colón y los diarios del primer y tercer viaje.

Hombre honorable y meritorio que amaba España, la defendió en batallas marinas y también en la difícil guerra contra el olvido y la falacia. Navarrete, que fue presidente de la Academia de Historia, redactó una extensa obra de título muy largo e ilustrativo: *Colección de los viajes y descubrimientos que*

⁴⁸ *Ascelino ante Gengis Khan*, Aubert, 1462.

hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV: con varios documentos inéditos concernientes á la historia de la marina castellana y de los establecimientos españoles en Indias, en adelante Colección de Viajes, publicada entre 1825 y 1837 en cinco tomos, los cuales Gil reseña con amplitud en este ensayo de 1841.

Pese a su gran tamaño y ambición, no sería esta la única obra que escribió Navarrete, tampoco la más conocida. Sus libros más celebrados fueron otros y más breves: una biografía de Miguel de Cervantes, la segunda dedicada al gran novelista, y los *Viajes de Américo Vespucio*, un libro clásico que ha sido reeditado en este tercer milenio.

Enrique Gil y Carrasco era un gran amante de la verdad y un patriota lúcido. Con esas cualidades abordó la recensión de las muchas páginas de Navarrete que analizan la obra de los españoles en América. El riojano combate la leyenda negra, esgrime la ejemplar figura de fray Bartolomé de las Casas y de otros seguidores suyos y, en todo caso, no niega los excesos de los conquistadores. En buena parte debidos, según el autor, a las enormes dificultades y peligros que arrostraron. Navarrete también recuerda algo inapelable: que así como en diversas colonias de otros imperios europeos desaparecieron prácticamente los indígenas, no sucedió lo mismo en las posesiones españolas.

Este ensayo está escrito de un modo disperso, no muy bien aquilatado en lo formal, pero su contenido es interesante. La obra de Fernández de Navarrete incorpora, además, algunos descubrimientos suyos no como marino, sino como historiador. Entre estos hallazgos hay uno fundamental: dos diarios de Cristóbal Colón relativos a su primer y segundo viaje así como otros documentos relacionados con tales singladuras.

Cristóbal Colón, naturalmente, es el corazón de este ensayo: su vida, su tesón, su valor, su intuición, su capacidad de sufrimiento y su inteligencia. Pero también tiene un bien justificado protagonismo el portugués Magallanes, el gran hombre que inició la primera vuelta al mundo encontrando en la Tierra de Fuego el paso del Atlántico hacia el Pacífico.

Enrique Gil no era un historiador pero amaba la historia, pasión que reflejan siempre sus escritos. Tanto los de ficción como los ensayísticos. Y en este texto establece una reflexión capital, que anticipa su gran novela histórica: "El señor Navarrete muestra temores, no infundados en verdad, de que la novela histórica desfigure, como ya lo ha hecho en otros países, la tendencia de las épocas y el carácter de los sucesos; pero por nuestra parte creemos que a no desentenderse de la conciencia y severidad que reclama ese género de literatura, la historia recibe con él esplendor y relieve, sin decaer un punto de su dignidad

y nobleza. Las creaciones de Walter Scott son buena prueba de esta opinión, y de que la imparcialidad, la buena fe y la elevación de los principios abonan y engrandecen las obras de imaginación tanto como el espíritu de sistema y la frivolidad las humillan y degradan”.

El propio Gil, antes aún de haberse puesto a escribir *El Señor de Bembibre*, ya sabía muy bien los presupuestos literarios del libro que estaba buscando.

[Tomos I y II] Dijimos en el prospecto de *El Pensamiento*⁴⁹ que una de nuestras principales tareas sería la de sacar a la luz pública el tesoro tan rico como poco estimado de nuestra literatura y poner sus riquezas al alcance de todo el mundo, en cuanto pudiera nuestro buen deseo, ya que no nuestras fuerzas. Hoy cumplimos con tan grato empeño hablando de una obra que sin duda nos honra en gran manera, pero que por una de aquellas raras y tristes contradicciones, demasiado frecuentes por desgracia en este país, más aplausos ha merecido a los extranjeros que a los naturales, y harto más y más rápidamente se ha difundido en el resto de la Europa, que en España, su patria y cuna.



Apenas si en la biblioteca de un reducido número de personas instruidas y de gusto se encuentra la *Colección de Viajes* del señor Fernández de Navarrete; y al paso que en Inglaterra se multiplican sus ediciones, que en Francia se ve traducida con esmero, y que personas de tanta ciencia y autoridad como el célebre barón de Humboldt⁵⁰ se complacen en tributarle el homenaje de su respeto y alabanza; para nosotros está casi

⁴⁹ Gil fue el alma periodística de *El Pensamiento*: participó en su fundación y redactó de su puño y letra el llamado «prospecto», donde se fijaba la línea editorial, cuyo texto no hemos podido hallar. Véase Carrera, *El periodista Enrique Gil*, en *Ensayos sobre Enrique Gil*, BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, volumen IX, 2014.

⁵⁰ De nuevo admira la preparación de Enrique Gil: *Examen critique de l'histoire de la géographie du nouveau continent, et des progrès de l'astronomie nautique aux quinzième et seizième siècles* se publicó en francés entre 1836 y 1839. Gil escribe su artículo en 1841 y es evidente que conoce y maneja la obra del sabio alemán que apenas tres años después será su valedor e íntimo amigo en Berlín. Completa esta crítica con tres reseñas extranjeras que se incluyen al final como anexos.

ciega esta fuente limpia y abundosa, este venero riquísimo e inagotable de nuestra historia en su período más alto y memorable.

Tristes pensamientos y amargas reflexiones sugiere el ver que en una época que se dice destinada a abrirnos en el porvenir caminos tan anchos y gloriosos como los que en otro tiempo se ofrecían a nuestros pasos, anden tan olvidadas esta clase de obras que pueden servir a todos de ejemplo y de dechado, y calentar el corazón más frío con el fuego del amor de su país, resucitando y elevando al más subido punto los nobles impulsos del entusiasmo nacional, vida y alma de los pueblos. Nosotros, que a los ojos de muchos hemos venido a ser “la piedra reprobada por los edificadores”⁵¹, que por tanto tiempo hemos servido de blanco a los tiros de una filosofía ciega y sistemática, extraña igualmente al conocimiento del espíritu de la historia que a la índole de la naturaleza humana, no debiéramos hallar expresiones bastante eficaces para manifestar nuestra gratitud a quien, entregado después de tantos años a ímprobos trabajos e indagaciones, ha vuelto por la causa de nuestra nacionalidad armado de argumentos y pruebas invencibles y ha restaurado su brillo y dignidad a los ojos de toda persona juiciosa y desapasionada. Por nuestra parte, de tal modo reconocemos la deuda que aunque sea en la mala moneda de nuestra ignorancia procuraremos pagarla. Tal vez de esta manera se excitará el celo de personas más competentes para tratar esta clase de materias, y si así es, nada importa que los trabajos de un individuo aislado merezcan severa censura para ser olvidados en seguida.

ض

Guiados por la Providencia

La historia de nuestra navegación y comercio, los rápidos progresos de nuestra civilización, las expediciones y hechos de armas inauditos de los españoles en el siglo XV y XVI, aunque tratados por historiadores imparciales, graves y veraces, no lo habían sido todavía con aquel espíritu de análisis, de observación y de crítica que se ha desenvuelto en este siglo.

⁵¹ Hechos, 4:11, cita bíblica que debe entenderse con falsa modestia, pues la cita completa añade que la piedra desechada ha venido a ser piedra angular.

Los documentos más importantes en que por su autenticidad debía encontrarse la solución más decisiva y terminante de todas las cuestiones históricas, andaban esparcidos y sin orden por los archivos públicos y privados, y de esta manera se ofrecían dificultades gravísimas para autorizar debidamente, en un tiempo de desconfianza y de duda, cualquiera clase de reflexiones y sucesos. Ni era solo de ignorancia el daño que nos ocasionaba semejante estado de cosas, porque en medio de los disturbios que tanto nos han trabajado, corrían inminente peligro de perderse originales preciosos⁵² que eran garantía fortísima de verdad y de ciencia. El señor Navarrete, a quien su honrosa carrera y educación predisponían de la manera más ventajosa para semejante empresa, la acometió en 1788, y hoy es el día en que, a pesar de su celo y laboriosidad verdaderamente extraordinarios, no ha podido darle cima. Este es el mayor encarecimiento que encontramos para dar a conocer su importancia y dificultades.

No es de extrañar ciertamente que una obra imaginada con un plan tan vasto como bien concertado, y en que el autor no da un solo paso sin ayuda de una autoridad mayor de toda excepción, y sin la antorcha de una crítica ilustrada y juiciosa, reclame tan asidua perseverancia y esmero.

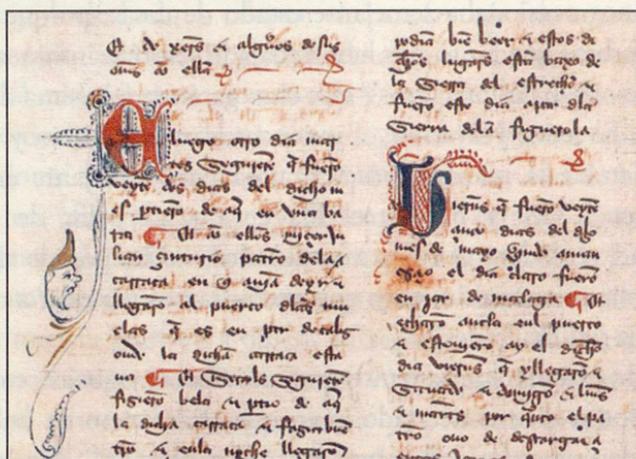
INTRODUCCION.

1. **E**mprendemos de orden superior la publicación de los viages y descubrimientos que hicieron por mar los Castellanos desde fines del siglo xv, comenzando por los del célebre Cristóbal Colon, y acompañándolos de muchos documentos que ilustran los sucesos de su vida, y los de los primeros establecimientos de los Españoles en el Nuevo-Mundo. Pero como el origen de semejantes em-

La *Introducción* que va a la cabeza del primer tomo basta por sí sola para ocupar buena porción de tiempo, aun sin contar los singulares

⁵² Dígalo el escandaloso saqueo que sufrió el archivo de Simancas, de donde el comisionado francés, Mr. Guiter, sacó multitud de papeles preciosos, y en especial la correspondencia diplomática de la corte de Francia, que a pesar de las muchas reclamaciones del Gobierno español, todavía está por allá. Véase también la ilustración VII, pág. CXXXI, tomo 1º de la *Colección de Viajes*, etc. [Nota de Gil, quien se refiere a este saqueo en el *El castillo de Simancas*, publicado en el *Semanario Pintoresco Español* en 1838. Véase en BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, vol. VI, *Viajes y costumbres*, p. 160].

méritos que el autor contrae por la claridad, orden y sencillez que resaltan en este cuadro, pequeño en realidad para tamaño asunto, pero en que su talento metódico ha sabido reunir cuantos datos y noticias son menester para llevar el hilo de los adelantos que en las ciencias de la navegación, geografía y comercio se hicieron desde tiempos muy remotos hasta llegar al siglo XVI.



Sus ideas sobre los viajes de los antiguos, los adelantos hechos por los árabes en esta clase de conocimientos, el trabajo constante y celoso de nuestros reyes, sobre todo desde Fernando III, para aumentar la marina y adquirir las comodidades y ventajas que el comercio trae en pos de sí, las atrevidas expediciones de Paiva y Covillan, la embajada del rey Enrique III de Castilla al Gran Tamorlán⁵³, los descubrimientos de la costa de Guinea por los portugueses y la gran empresa de Vasco de Gama están tocadas con un tino y precisión dignos de gran elogio; y el espíritu de análisis y de inducción que une y encadena todos estos sucesos, prueba un criterio excelente y una conciencia severa y escrupulosa.

⁵³ Tamorlán, Tamerlán, Tamurbec o también el Gran Tam-borlan de Persia, por corrupción de Timur i lang [Timur *el Cojo*]. Enrique III envió una embajada de catorce miembros que partió del puerto de Santa María el 23 de mayo de 1403. Tras un largo viaje por el Mediterráneo, la expedición llegó a Samarcanda el 8 de septiembre de 1404, al mando de Ruy González de Clavijo, autor de *Embajada al Gran Tamerlán*, 1412 [Miraguano, 1984, y en Cervantes Virtual, URL: <http://bit.ly/1lubKj7>]. En la imagen, manuscrito de Clavijo.

Ni se limitan a esto los trabajos del autor; porque, sin salirse un punto de los límites prefijados, apunta con oportunidad todos los inventos y progresos⁵⁴ con que los hombres célebres en que tanto abundaba entonces nuestro país, daban claro testimonio de su gran desarrollo y crecimiento. Una cosa echamos de menos, sin embargo, en esta *Introducción*, y es la falta de pensamientos y consideraciones sobre el interesantísimo período de las Cruzadas. No hacemos un cargo de ello al señor Fernández de Navarrete, siéndonos conocida su preciosa *Memoria histórica*⁵⁵ sobre este asunto; pero esto mismo nos hace desear que sus eruditas indagaciones ocupasen el lugar que les corresponde en esta *Introducción*, que sin duda recibiría con eso gran esclarecimiento, y pondría a la vista uno de los caracteres más marcados y fecundos de la civilización europea.

Sabido es que las necesidades de los pueblos, los gozes y riquezas hijos del comercio, la ambición o la política de los gobiernos y el impulso constante que mueve a la humanidad en busca de una perfección indefinida, han fomentado el espíritu de comunicación, ya por medio de los viajes y empresas mercantiles, ya por el de las guerras y conquistas. Buena prueba de ello nos suministran el extenso tráfico marítimo de los fenicios, las atrevidas navegaciones de Hannón, las guerras y conquistas de los romanos y de Mitrídates y las emigraciones sucesivas de los pueblos del Norte. Estos son fenómenos propios de la naturaleza humana, que en todo tiempo y lugar encuentran fácil explicación. Sin embargo, el movimiento impreso a la Europa con las Cruzadas es de un género tan distinto que bien merece una atención más profunda y detenida.

En nuestra opinión, para entender la historia forzoso es acudir a la idea de la Providencia, pues solo así acertamos a explicar los caminos extraños por donde aquellas expediciones tan grandes en sus intentos como en sus desastres, habían de venir a ser una de las crisis más notables en la historia de la humanidad, y a abrir las puertas a toda clase

⁵⁴ Véanse las preciosas noticias sobre el vapor y otros descubrimientos que contiene la Ilustración VI, pág. CXXVI, Tomo I. [Nota de Gil].

⁵⁵ *Memorias* de la Academia de la Historia, Tomo V. [Nota de Gil].

de desarrollo y de emancipación así material como moral. Voltaire, que no sabía o no quería elevarse al principio de una inteligencia suprema, y que para calificar las Cruzadas contaba los hombres que en ella se perdían y los dineros que se gastaban, ni conoció su índole ni pudo apreciar sus consecuencias.

No hablaremos de los gérmenes de las ciencias que volvieron a Europa con los cruzados; no hablaremos del golpe mortal que sufrió el feudalismo, y con el cual cayó por el suelo la barrera que más fuertemente se oponía a la cultura y mejora de los pueblos; tampoco haremos mérito del ensanche y vigor que adquirió la potestad real, tutelar entonces y benéfica, y nos contentaremos con advertir que al entusiasmo religioso que inspiró aquella época, ayudado por los adelantos de las ciencias y del comercio, se deben las tendencias más elevadas y grandes que han ennoblecido al género humano.

Los primeros viajeros

De entonces data el desasosiego continuo y el deseo de extenderse hacia las ricas regiones del Oriente, que sin cesar ha agitado a la Europa⁵⁶; de entonces datan esos sueños de grandeza que han producido tan heroicas acciones; de entonces, en fin, data ese trabajo incesante de la civilización de Occidente que con la ayuda de toda clase de medios procura alcanzar con su influjo a los países más remotos; que no hace mucho dirigía las armas moscovitas hacia Khiva y que en el día despliega los pendones de la Gran Bretaña en los archipiélagos de la China. No parece sino que los descendientes de Godofredo y de Ricardo Corazón de León conservan el recuerdo de sus hazañas en demanda del sepulcro de Jesucristo, pues que desde aquel tiempo los ojos de Europa no se han apartado de las milagrosas riberas del Asia. Bien sabemos que no es tal en la actualidad el móvil de las naciones ni de los gobiernos, pero fuerza es confesar que el impulso, por grandes que sean las modificaciones que ha sufrido, viene de aquellos tiempos gloriosos.

Solo el espiritualismo de la religión cristiana, y el sentimiento de lo

⁵⁶ Este pensamiento, que apenas indicamos aquí, ha sido tratado con tanta filosofía como elegancia por M. Chevalier. Nuestros lectores ganarán mucho con consultar *El Correo Nacional* del mes de agosto de 1840; donde se tradujo con el título de *Europa y China*. [Nota de Gil].

infinito que tan poderosamente se desarrolla en las naciones y en los individuos, pueden estimular de una manera permanente a buscar una perfectibilidad cada vez mayor, y a mostrar nuevos campos en que ejercitarse a la necesidad de acción exterior que tan de bulto se manifiesta en el seno de las modernas sociedades.

¿Qué importa que los intereses se hayan adelantado a las ideas, y que en el día la ilustración y la cultura marchen en los cargamentos de los barcos de vapor o sobre las cureñas de los cañones? No por eso es menos cierto que sin el calor del entusiasmo religioso la geografía y la náutica hubieran caminado con imperceptible paso, y que entonces el floreciente estado de la Europa sería un sueño del deseo y nada más.

Los viajes primeros que dieron a conocer las islas y continentes más remotos del Asia fueron los de dos religiosos italianos de San Francisco⁵⁷ uno de ellos llamado Juan de Plan Karpin, que fue el príncipe Batón Kan, residente en Kaptchak, en 1246; y el otro, conocido por Ascelino, que en 1254 tomó otro rumbo y atravesó el Asia hasta Caschgar.



58

⁵⁷ Tomo I, *Introducción*, pág. X. [Nota de Gil].

⁵⁸ En la imagen, Ascelino de Lombardía [Navarrete y Gil transcriben 'Arcelino'], enviado a Mongolia por el papa Inocencio IV.

Por el mismo tiempo despachó San Luis al franciscano Guillermo Rubruquis, natural de Brabante, a visitar al Gran Khan Mangau. Al siguiente año Oderico Pordenone⁵⁹, de la misma orden, emprendió un viaje a Persia y a Ormuz, por Constantinopla; llegó hasta la India, donde se embarcó para la China, visitando las islas del Gran Archipiélago Indio, y pasó tres años en Pekín, corte a la sazón del Gran Khan.

Los descubrimientos de la costa de Guinea, fomentados y proseguídos a tanta costa por el infante don Enrique de Portugal, y las mismas expediciones de Colón, estaban dictados no solo por el interés, no solo por el afán de grandes empresas que distinguía a la época, pero también por la gloria y aumento del nombre cristiano.

Este carácter religioso que acompañó nuestras conquistas en las Indias Occidentales (amén de los celos y rivalidad que naturalmente debía de causar a los extranjeros el acrecentamiento del poder español) es lo que nos ha valido tan destemplados como inmerecidos ataques de sus escritores, y sobre de los filósofos del siglo pasado, que con extraña satisfacción se han complacido en convertir nuestro imperio en una dominación sangrienta y feroz, sin más sistema que la devastación y el exterminio.

Harto se sabe que no son la imparcialidad y el conocimiento de causa las prendas que han solido adornar a los extraños cuando han tratado de nuestras cosas; pero en la historia de nuestras posesiones de Ultramar se han apartado en tales términos de toda verdad y justicia, guiados por el espíritu de secta y de rivalidad, que cada día se hacía más urgente salir a la defensa de nuestra causa, fijando la cuestión, publicando los documentos auténticos más respetables, calificando las autoridades de donde los injuriadores de España tomaban sus armas, y poniendo al alcance de todo el mundo las piezas justificativas de este ruidoso proceso.

Esto es lo que el señor Navarrete ha sabido hacer de una manera igualmente satisfactoria que honrosa para su país, juzgando con tanta mesura como acierto las obras y escritos del virtuoso, pero exagerado fray Bartolomé de Las Casas, que a un celo digno de los primeros apóstoles,

⁵⁹ Odorico de Pordenone, «el apóstol de los chinos», también enviado por Inocencio IV, viajó por casi toda Asia, como detalla Gil, de 1318 a 1330.

reunía por desgracia una exaltación inoportuna y excesiva, y un sistema de gobierno de todo punto impracticable; pero que a pesar de todo ha servido a los extranjeros de texto para comentarlo con la lógica del espíritu de partido, y en daño y mengua de la España. Del mismo modo, examina las relaciones e historias de Gonzalo de Oviedo, Pedro Mártir de Angleria, don Fernando Colón, y [Andrés] Bernáldez, fuentes únicas y puras de aquel período maravilloso. Pero lo que sobre todo sirve al señor Navarrete para demostrar el poco o ningún fundamento de nuestros injuriadores, son las oportunas citas de las órdenes e instrucciones terminantes de nuestros monarcas, monumentos de gobierno suave y paternal, y testimonios elocuentes de sus sentimientos personales.

Ω

Contra la *leyenda negra*

La *Colección Diplomática* que ocupa todo el tomo segundo y contiene originales todos los documentos citados en la *Introducción* y otros muchos, es un tesoro inapreciable así por la gran luz que derrama sobre esta interesante época como por el exquisito tino que se trasluce en la elección y buen orden de estos materiales. De este modo se llega al cabo de las cuestiones más revueltas y espinosas, y al paso que se da ejemplo de indagaciones serias y graves, y de amor acendrado a la verdad, se allana el camino a los historiadores y literatos que, encontrando vencidas las dificultades gravísimas que de ordinario ofrecen, ora el desorden de los archivos públicos y privados, ora la escasa crítica de aquellos tiempos menos ilustrados, pueden desde luego entregarse a consideraciones de orden superior, y señalar con mayor seguridad y aciertos los pasos que han dado los pueblos en su progreso intelectual. Ninguna especie aventurada se encuentra en esta introducción ni en el resto de la obra, ni menos se sienta un solo hecho, aunque sea de importancia secundaria, que no vaya comprobado de la manera más completa y formal.

Colocado en tan ventajoso terreno, fácil es al señor Navarrete reducir a sus quilates verdaderos las declamaciones desnudas en general de apoyo, con que los émulos de España han querido deslucir y menoscabar sus glorias. Delante de las declaraciones del mismo Colón, delante de los tratados con él ajustados, delante de las piadosas, nobles y

discretas cartas de la Reina Católica, y delante, en fin, de la sabia y benéfica legislación de Indias, ¿qué consistencia pueden tener esas acusaciones destempladas, esas amargas invectivas con que se pinta la supuesta ingratitud del gobierno español y el egoísmo pretendido y la feroz y sórdida avaricia de los primeros conquistadores? ¿Qué especie de filosofía es esta que de tal manera se desentiende de la historia y que, fijos únicamente sus ojos en las faltas de los individuos, prescinde igualmente de sus buenos procederes y de la grande obra de la civilización, tan rápida y maravillosamente conducida a un noble término? ¿Tantos son los ejemplos de mansedumbre y moderación que debe la humanidad a los demás pueblos europeos, cuando la suerte de las armas ponía a su merced naciones enteras de salvajes? ¿Eran por ventura ordinarias y fáciles de remediar de antemano las circunstancias en que se encontraban los españoles en el Nuevo Mundo, para pedirles con razón que no se apañasen un punto del carril derecho y ajustado de la moral severa y de la caridad cristiana? Y si tan fieros y devastadores nos los pintan, ¿cómo es, según observa muy bien el señor Navarrete, que solo en nuestras colonias se conserva la raza indígena que ha desaparecido de las demás?

Afortunadamente la diatriba ha cedido el puesto al análisis desapasionado e imparcial de la filosofía moderna, y en la actualidad son menos necesarios estos descargos y justificaciones de una nación por tanto tiempo grande y temida. Ya Robertson, en ocasión menos favorable que la presente para la discusión razonada y fría, hizo ver que en la legislación castellana de Indias no se hallaban rastros de la dureza y crueldad con que se le daba en rostro; y el testimonio de Vancouver y del generoso quanto desgraciado Laperouse, arrancado a vista de los saludables resultados de nuestras misiones en la California, acaban de convencer de la poca justicia con que se han recriminado en nuestros padres faltas y yerros que, más bien que de su codicia y ferocidad, eran hijos de la fragilidad humana y de la época en que se cometieron.

Los *Diarios* de Colón

Por este breve e incorrecto resumen se podrá formar idea de la *Colección de Viajes*, del espíritu a la par científico y patriótico que la anima en todas sus partes, y de los preciosos materiales que suministra para la historia de la náutica y geografía, y de todas las ciencias que influyen de una manera tan eficaz en la rápida comunicación de las ideas y hacen que los pueblos, estrechando cada día los lazos que los unen, se acerquen más y más a una época de fraternidad y de concordia, que si en el día es el sueño de los corazones nobles, tal vez está menos lejos de lo que juzgan las almas egoístas y frías.

Para esto, sin duda ha sido un feliz atisbo en el autor publicar originales las relaciones de los cuatro viajes del Almirante, ya porque de esta manera se acallaban toda clase de escrúpulos y desconfianzas, ya porque el candor, la sencillez y la gracia que sobrepujan en ellos a la rudeza y desaliño de que pudieran ofenderse oídos nimiamente delicados, dan en nuestro entender más exacto y cabal conocimiento de aquellas empresas que otras narraciones más ataviadas y pulidas, pero desnudas de fisonomía propia y faltas de colorido local.

En mucho tenemos la obra del ilustre Washington Irving destinada a inmortalizar los hechos del Almirante y su vida gloriosa; pero por extraña que nuestra opinión parezca⁶⁰, deberemos decir que a pesar de las bellezas artísticas de su estilo, con harta mayor complacencia leemos el diario y las cartas del grande hombre y la ingenua relación de Diego de Méndez. La mezcla de esperanzas y temores, las fatigas del viaje, la descripción de *aquella mar llana como el río de Sevilla*⁶¹, aquellos aires apacibles, los pájaros que venían a las naves como la paloma que volvía al arca de Noé, aquella candidez homérica junta con la fe ardiente del cristianismo que a veces se eleva al más alto tono bíblico; aquel entusiasmo grave, reflexivo, imperturbable, aquella constancia más que humana son un manantial de sensaciones dulcísimas o profundas, y embargan la atención de una manera sorprendente. El señor Navarrete ha dicho que no se proponía escribir una historia de Cristóbal Colón,

⁶⁰ Véase nota p. 106.

⁶¹ "Toda aquella mar dice que le parece que debe ser siempre mansa como el río de Sevilla, y el agua aparejada para criar perlas", Navarrete, t. II, p. 43.

pero si no ha descendido a los pormenores del biógrafo, no por eso deja de bosquejar el carácter de este hombre memorable con tales rasgos y colores, citándonos sus escritos y los de sus contemporáneos, que a nadie es posible desconocerle.

ش

Sabido es que Colón no se proponía en los viajes otra cosa, sino buscar por la vía de Occidente un nuevo paso a la India Oriental; y de tal modo estaba persuadido de que el Nuevo Continente era una prolongación o continuación del Asia, que a la misma Isla de Cuba la tenía por parte del reino de Catay, perteneciente a los dominios del Gran Khan. ¿Quién sabe los proyectos que agolparía en su mente el fervor religioso que era la base principal de sus pensamientos y deseos, creyéndose en los ricos dominios de Oriente, donde estaba el paraíso y donde Dios derramó su sangre para la redención del mundo? Lo cierto es que hablando de los compañeros que la necesidad le obligaba a dejar en tierra en su primer viaje, dice:

Que espera en Dios que a la vuelta que él entendía hacer de Castilla, había de hallar un tonel de oro que habrían rescatado los que había de dejar, y que habrían hallado la mina del oro y la especería, y aquello en tanta cantidad, que los reyes antes de tres años emprendiesen y aderezasen para ir a conquistar la Casa Santa; que así —dice él—, protesté a vuestras Altezas que toda la ganancia de esta mi empresa se gastase en la conquista de Jerusalén, y vuestras Altezas se rieron y dijeron que les placía y que sin esto tenían aquella gana⁶².

Más adelante, a la vuelta de su cuarto, último y penosísimo viaje, todavía hallaba consuelo su alma sublime en estas ideas, a despecho de la horrible situación a que se veía reducido en la Jamaica:

Jerusalén y el Monte Sión —escribía a los Reyes Católicos—, han de ser reedificados por mano de cristianos: quién ha de ser, Dios por boca del profeta en el decimocuarto salmo lo dice. El abad Joaquín dijo que esto había de salir de España... El Emperador

⁶² Tomo I, página 117. El diario de este viaje está extractado del de Colón por fray Bartolomé de las Casas. El señor Navarrete lo encontró en el archivo del señor Duque del Infantado. [Nota de Gil].

del Catayo ha días que mandó venir sabios que le enseñen en la fe de Cristo. ¿Quién será el que se ofrezca a esto? Si nuestro Señor me lleva a España, yo me obligo a llevarle, con el nombre de Dios, a salvo⁶³.

Estos rasgos revelan un carácter más que una disertación cualquiera, por larga y minuciosa que sea. En la misma situación desesperada, cuando solo de Dios podía aguardar remedio, naufrago y miserable, decía a los reyes: “El mundo es poco...”⁶⁴ y se entregaba a reflexiones científicas. ¿Qué diría el gran Colón si viera esos barcos de vapor que en el día cruzan aquellos mares con la velocidad de los pájaros marinos y que han llegado a trastornar las ideas de tiempo y de distancia, colocando ambos mundos uno a la puerta del otro? ¿Qué diría si presenciase el incesante y maravilloso movimiento comercial, que verdaderamente encuentra el mundo estrecho a su actividad y grandeza?

Para manifestar finalmente hasta qué punto son útiles y dignas de estimación estas relaciones originales que tan al descubierto muestran la índole de la época, como también la de los individuos, copiaremos el trozo de la carta ya citada del Almirante cuando refiere los apuros y extremidades en que se vio puesto en el río de Veragua, donde dice:

Cansado me adormecí gimiendo, una voz muy piadosa oí diciendo: «Oh, estulto y tardo a creer a tu Dios, Dios de todos, ¿qué hizo él más por Moisés o por David su siervo? Desde que naciste siempre él tuvo de ti muy grande cargo. Cuando te vio en edad de que él fue contento, maravillosamente hizo sonar tu nombre en la tierra. Las Indias que son parte del mundo, tan ricas te las dio por tuyas; tú las repartiste a donde te plugo y te dio poder para ello. De los atamientos de la mar oceána que estaban cerrados con cadenas tan fuertes, te dio las llaves; y fuiste obedecido en tantas tierras, y de los cristianos cobraste tan honrada fama. ¿Qué hizo por el más alto pueblo de Israel cuando le sacó de Egipto? ¿Ni por David, que de pastor hizo rey en Judea? Tórnate a él y conoce ya tu yerro: su misericordia es infinita; tu vejez no impedirá a toda cosa grande, muchas heredades tiene él grandísimas.

⁶³ Tomo I, página 300. [Nota de Gil].

⁶⁴ Tomo I, página 299. [Nota de Gil].

Abraham pasaba de cien años cuando engendró a Isaac, ¿ni Sara era moza? Tú llamas por socorro incierto; responde: ¿quién te ha afligido tanto y tantas veces, Dios o el mundo? Los privilegios y promesas que da Dios no las quebranta, ni dice después de haber recibido el servicio que su intención no era esta y que se entiende de otra manera, ni da martirios por dar color a la fuerza: él va al pie de la letra; todo lo que él promete cumple con acrecentamiento: ¿esto es uso? Dicho tengo lo que tu Criador ha hecho por ti y hace con todos. Ahora medio muestra el galardón de estos afanes y peligros que has pasado sirviendo a otros».

Yo, así amortecido oí todo; mas no tuve yo respuesta a palabras tan ciertas, salvo llorar por mis yerros. Acabó él de hablar, quienquiera que fuese, diciendo: «No temas, confía: todas estas tribulaciones están escritas en piedra mármol, y no sin causa»⁶⁵.

No sabemos qué impresión causará a los lectores esta y otras muestras del carácter de Colón; por lo que a nosotros hace, confesamos que nos han conmovido profundamente, dándonos al mismo tiempo una clara idea del espíritu de estos viajes y empresas. Por otra parte, las descripciones que el Almirante y sus cronistas hacen de aquellas tierras y de sus habitantes, de las tormentas, privaciones y peligros que pasaron y sus observaciones científicas tan superiores a la época, son a nuestros ojos difíciles si no imposible de reemplazar. Si a esto se añade el esmero con que el señor Navarrete rectifica toda clase de equivocaciones y apunta los atisbos felices de entonces; la exactitud de las cartas de marear que marcan los derroteros de aquellas expediciones; la erudición sobria, oportuna y amenísima con que se ilustran todos los hechos; la delicadeza y acierto de la crítica, la regularidad de un plan tan complicado y vasto, la feliz elección de los documentos que forman el *Cuerpo Diplomático* contenido en el segundo tomo; y finalmente el buen gusto general, el habla castiza y pura, y la severidad y conciencia de los estudios, veremos que no son sino muy merecidas las alabanzas con que la Europa culta ha acogido este monumento de una época grande y de una ilustre nación.

○

⁶⁵ La cita pertenece a la *Carta de Colón sobre el cuarto viaje*, escrita por Colón desde Jamaica a los Reyes Católicos el 7 de julio de 1503.

La aclaración de estos sucesos históricos y el exacto conocimiento que proporcionan de la política del gobierno español en aquellos tiempos, no podrá menos de influir eficazmente en nuestras relaciones con los españoles de Ultramar; no porque piense nadie en España que la publicación de estos documentos pueda anular o servir de protesta siquiera a unos hechos consumados y que la razón y la política se han apresurado a sancionar, sino porque la identidad del origen y de los recuerdos, y la mancomunidad de intereses, estrecharán unos lazos que nunca debieron verse rotos. La verdad siempre santa y benéfica, lo es doblemente cuando contribuye a borrar odios y rencores y destruye las barreras que separan a los pueblos.

Antes de acabar este primer artículo en que hemos procurado llamar la atención sobre el tomo I y II de la *Colección de Viajes*, debemos manifestar un deseo en que nos acompañarán sin duda todos los amantes de las glorias nacionales. Esta obra merece la mayor publicidad posible y tanto el gobierno como los particulares están obligados a dársela, ya sea haciendo ediciones más cómodas y baratas, ya rebajando el precio de la que por cuenta del Estado se ha hecho en la imprenta nacional. El país no puede desentenderse de semejantes deberes, cuando la solicitud y el agasajo de la Europa le están echando en cara su indiferencia para con un trabajo histórico tan importante. Por lo que a nosotros toca no queremos merecer semejante inculpación, ni dejar pasar sin aprovecharla esta ocasión de rendir al mérito y a la laboriosidad el homenaje de respeto y estimación que se le debe.

Ω

COLECCION

DE LOS VIAGES Y DESCUBRIMIENTOS,

QUE HICIERON POR MAR LOS ESPAÑOLES

DESDE FINES DEL SIGLO XV,

CON VARIOS DOCUMENTOS INEDITOS CONCERNIENTES A LA HISTORIA DE LA
MARINA CASTELLANA Y DE LOS ESTABLECIMIENTOS ESPAÑOLES
EN INDIAS,

COORDINADA É ILUSTRADA

POR D. MARTIN FERNANDEZ DE NAVARRETE,
CABALLERO DE LA ÓRDEN DE S. JUAN, GRAN CRUZ DE LA REAL
ÓRDEN DE ISABEL LA CATÓLICA, DEL CONSEJO DE S. M. Y SU
SECRETARIO, DIRECTOR DEL DEPÓSITO HIDROGRÁFICO Y DE LA
ACADEMIA DE LA HISTORIA, DEL NÚMERO DE LA ESPAÑOLA, CON-
SILIARIO DE LA DE S. FERNANDO, CORRESPONDIENTE DE LA SO-
CIEDAD DE GEOGRAFÍA DE PARÍS, DE LA FILOSÓFICA DE FILA-
DELFA, DE LA DE ANTICUARIOS DE NORMANDÍA Y DE LOS DEL
NORTE DE COPENHAQUE, Y DE LA ACADEMIA REAL DE CIENCIAS
DE BERLIN.

TOMO IV.

**EXPEDICIONES AL MALUCO. = VIAGE DE MAGALLANES
Y DE ELCANO,**

A la desconfianza que inspiró el primer viaje del Almirante, coronado con tan prósperos y felices resultados, sucedió por una natural reacción, una efervescencia y entusiasmo sin límites. Infinidad de gentes se aprestaban en el litoral del Mediodía de España a seguir el mismo glorioso camino, alentados por el gobierno, y aguijoneados además de la codicia que de día en día crecía a vista del rápido engrandecimiento que trajo a Portugal la expedición de Vasco Gama.

Amortiguada no poco la tendencia guerrera de la época con la pacificación completa de la Península, forzosamente se había de notar en los ánimos cierto desnivel y desasosiego, propios de la violenta y repentina transición que había experimentado el estado de la república.

El descubrimiento del Nuevo Mundo fue un suceso entonces tan oportuno y venturoso, como grande en sus consecuencias, pues en las infinitas esperanzas con que a todos halagaba, se empleaba dignamente aquel sobrante de actividad y de energía que dejaba tras de sí una época tan belicosa y emprendedora.

Las noticias que de haberse hallado la tierra firme en la costa de Paria [actual Venezuela] llegaron en 1498, levantaron el entusiasmo y el ardimiento al más subido punto, y un sin número de navegantes se dispusieron por cuenta propia a surcar aquellos mares hasta entonces desconocidos, que ceñían regiones de tan encarecida hermosura y riqueza. Gran parte de estos navegantes habían acompañado a Colón en sus expediciones, y entre ellos los había pilotos entendidos, y hombres de mar duros y acostumbrados a toda clase de fatigas, que no encontraban obstáculo poderoso a detenerlos.

Ya en 1499, Alonso de Ojeda, salió con el diestro Juan de la Cosa en busca de las nuevas tierras, y a poco le siguieron Per Alonso Niño, Cristóbal Guerra, Vicente Yáñez Pinzón, Rodrigo de Bastidas, Juan de Agramonte, Esteban Gómez, Juan Díaz de Solís, y algunos otros que siguiendo rumbos distintos, bien pronto reconocieron las costas orientales del Nuevo Mundo desde los Estados Unidos hasta el río de la Plata. Sostenía a tan intrépidos aventureros en estas arriesgadas empresas la esperanza de hallar algún estrecho que guiase en derechura al comercio de la especería con que entonces Portugal crecía y se encumbraba de un modo maravilloso; y en esta esperanza, sin duda, les confirmaba más y más la idea en que vivió y murió el Almirante, de que la tierra descubierta era parte de la India Oriental. Con semejante propósito, se encaminaron al Sur y al Norte, y sus viajes ilustraron y ensancharon prodigiosamente la esfera de la hidrografía y de la náutica. Sin embargo, a no ser por la diligencia del señor Fernández de Navarrete, hubieran tardado infinito en salir del olvido, y las ciencias de la navegación y de la historia carecerían de tan preciosos datos.

ضر



66

Como la mayor parte de estas expediciones las emprendieron y llevaron a cabo particulares, más o menos ayudados del gobierno español, apenas se conservan sus diarios, y solamente reuniendo en los archivos toda clase de documentos, y confrontándolos prolijamente con las historias contemporáneas, se llega a tomar el hilo de tan importantes sucesos y a llenar esta laguna que oscurecía un brillante período de nuestros fastos. Para esto era menester no solo el esmero y laboriosidad, sino también el buen orden y excelente método con que el señor Navarrete ha sabido reunir y presentar en la lección primera del tomo III de su *Colección* los hechos que con harta razón llama *viajes menores*, ya por hacerse de cuenta de particulares, ya porque dado que fuesen utilísimos y de saludables resultados, es indudable que no estaban dictados por el genio, como los de Colón o Magallanes, ni subordinados a un pensamiento igualmente grande y civilizador.

Sin embargo, a la simpatía que siempre inspira todo rasgo atrevido y valeroso, se une en el presente caso la animación y composición bien imaginada de este cuadro, donde tan al vivo se retrata el gran movimiento social que siguió a los primeros descubrimientos. Todos

⁶⁶ Indios natchez pintados por Delacroix.

estos rasgos y esfuerzos individuales ayudan en gran manera a formar una cabal idea de la sociedad en que se presentaban, y de todos modos, la índole profunda y filosófica de la historia tiene mucho que ganar en trabajos animados por una crítica grave y detenida, descifrados con exquisitos conocimientos cronológicos, y calificados imparcialmente.

Los documentos insertos manifiestan la misma acertada elección que se nota en los tomos anteriores, y la excelente biografía de Alonso de Ojeda, junto con la ilustración erudita acerca de las supuestas expediciones de los vascongados a los mares de Terranova, derraman una luz clara y viva sobre esta serie, que a no ser por los esfuerzos del señor Navarrete estaría vedada a la mayor parte de los españoles. La reunión de tantos datos y antecedentes solo probaría laboriosidad y constancia; pero el buen plan y la limpia y agradable narración de estos hechos, revueltos hasta ahora y confusos en demasía para caber ordenadamente en tan estrecho marco, dan a conocer una facilidad y criterio poco comunes para los estudios históricos. Otra ventaja no menor puede resultar de estos trabajos, cual es la de abrir fuentes cristalinas a nuestra literatura nacional, pues ningunas proezas halagan la imaginación y la inflaman con tanta fuerza como la de nuestros padres en el Nuevo Mundo.

El señor Navarrete muestra temores, no infundados en verdad, de que la novela histórica desfigure, como ya lo ha hecho en otros países, la tendencia de las épocas y el carácter de los sucesos; pero por nuestra parte creemos que a no desentenderse de la conciencia y severidad que reclama ese género de literatura, la historia recibe con él esplendor y relieve, sin decaer un punto de tal dignidad y nobleza. Las creaciones de Walter Scott son buena prueba de esta opinión, y de que la imparcialidad, la buena fe y la elevación de los principios abonan y engrandecen las obras de imaginación tanto como el espíritu de sistema y la frivolidad las humillan y degradan⁶⁷.



⁶⁷ Como subraya César Gavela un su invitación a la lectura, la defensa de la novela histórica y el breve homenaje de Gil a Walter Scott no son casuales: cuando escribe estas líneas, Gil está trabajando ya en la redacción de *El Señor de Bembibre*, a la que se consagrará por entero a partir de octubre de 1841, cuando deja de publicarse *El Pensamiento* [véase Picoche, p. 46].

Falsedades históricas

La sección segunda del tomo III contiene la cuestión a un tiempo histórica y crítica de más interés que han suscitado los descubrimientos del Nuevo Mundo. Sabidas son las pretensiones de Américo Vespucci al inmortal blasón de descubridor y civilizador del continente que contra toda razón y justicia, por un uso extraño, contra el cual el gobierno español ha protestado sin cesar, comenzó a tomar el nombre del afortunado florentín, si fortuna puede llamarse la de ataviarse con galas usurpadas, de que puede despojar la mano de la verdad al menor esfuerzo de la razón.

El odio a la España, y la rivalidad que le han suscitado de parte de la Europa su preponderancia y vigor pasados, han armado la pluma de algunos escritores extranjeros, y sobre todo de los italianos Canovai y Baudini, para despojar al gran Colón de sus laureles, y adornar con ellos a Vespucci. Fácil era de descubrir, a poca atención que en ello se pusiera, la inconsistencia de semejante propósito, considerando que ninguno de los imparcialísimos y graves historiadores de aquel tiempo conceden a Vespucci una parte tan grande como la que le atribuyen sus compatriotas, y teniendo asimismo en cuenta que la relación de sus supuestos viajes comenzó a parecer oculta y subrepticamente en Europa, evitando siempre las miradas de españoles y portugueses, que a fuer de testigos de vista, pudieran deshacer con solo intentarlo el tejido de sus inexactitudes y falsedades. Pero ellos, llevados de un patriotismo mal entendido, y pertrechados de razones especiosas y sutiles a más no poder, no titubearon en comprometer la dignidad del historiador, adhiriéndose sin examen a un relato sospechoso, y que desatado de toda autoridad y apoyo en los autores contemporáneos, presentaba ya una anomalía de harto bulto para ser adoptado con la fe que pudieran merecer una historia fortalecida con el apoyo de la razón y de la crítica.

Como quiera que salten a los ojos estas razones, era urgente la rectificación de semejantes yerros, pues ni el culto debido a la verdad, ni el amor al país, consentían por más tiempo la propagación de tales inexactitudes, que recibidas sin reflexión, deslustraban y oscurecían uno de los acontecimientos más trascendentales que han presenciado los siglos. Además de sus exquisitas indagaciones bibliográficas, y del gran número de testimonios auténticos que ha acopiado, el señor Navarrete

se dirigió al Excmo. Señor Vizconde de Santarém, archivero mayor del reino de Portugal, consultándole sus dudas; [quien] en una carta extensa, llena de erudición y bien fundada, le contestó satisfaciendo cuantas pudiera tener, y derramando una claridad grandísima sobre la influencia de Vespucci en los sucesos del siglo XV y XVI, y sobre sus pretendidas relaciones con el rey don Manuel de Portugal. A esto ha agregado el autor una porción de noticias exactas de América, que fijan la cuestión en términos tan preciosos y evidentes, que nada dejan que desear.

ض

La sección 3^a de este tomo contiene el establecimiento de los españoles en el Darién. Conforme se iban descubriendo las costas orientales del Nuevo Mundo, procuraron los reyes de Castilla fundar colonias y poblaciones desde donde extender de día en día la esfera de su actividad y el influjo de su gobierno, protegiendo sus nuevos dominios y siguiendo la marcha de Colón y de Ojeda, que ya habían edificado sus poblaciones en Veragua y en el golfo de Urabá.

Fuerza era defender de la codicia o de la enemistad extranjera el litoral dominado, ya grande entonces, pero que el descubrimiento del mar del Sur por Vasco Núñez de Balboa ensanchó más y más. Este fue el objeto de la expedición de Pedro Arias Dávila, y este también el tenor de las instrucciones que recibió de los Reyes Católicos, que originales inserta el señor Navarrete, y son una prueba más de las miras altamente benéficas de aquellos ilustres soberanos sobre la cultura y gobierno de sus nuevos vasallos.

Las cartas de Vasco Núñez de Balboa y la relación sencilla e imparcial que el licenciado Pascual de Andagoya hace de los establecimientos en el Darién y de varias conquistas sucesivas, son materiales de gran precio para la historia por la idea exacta, si no profunda, que dan de las acciones de los conquistadores, del estado del país, y en especial del floreciente imperio del Perú, verdaderamente maravilloso por el raro concierto de su administración y el adelanto de sus artes que como estrellas en la noche brillaban en medio de la ignorancia y rudeza común.



Los apéndices que sirven al tomo de remate y en que el señor Navarrete continúa sus pesquisas acerca de Colón con su acostumbrada constancia y agudeza, extractando las probanzas que se hicieron en el pleito entre el fiscal del Rey y los hijos del Almirante, son también de un interés muy vivo por lo auténtico de las declaraciones y más que nada por las ocho observaciones críticas con que adelgaza hasta un punto muy elevado cuestiones de gran utilidad, y fija hechos de importancia concernientes a las primeras navegaciones. En resumen, este tomo es digna continuación de los primeros y acomodado exordio a la gran empresa que contienen los siguientes.

ق

La gesta de Magallanes

Según dejamos dicho en este artículo y en el anterior, el objeto de las expediciones de Colón fue encontrar por la vía de Occidente un camino por donde hacer el comercio de la especería, fuente abundante entonces de prosperidad y riquezas para Portugal. Descubierta ya el Nuevo Mundo y reconocida gran porción de sus costas, los ánimos naturalmente se volvieron a la esperanza de encontrar un estrecho que les abriese paso a tráfico tan anhelado. Grandes esfuerzos se hicieron para dar con él en distintas direcciones. Juan de Agramonte y Esteban Gómez se encaminaron a buscarle por los mares del Norte; el gran Colón también le buscó sin fruto; Vicente Yáñez Pinzón atravesó la equinocial en su busca, recorrió más de 600 leguas de la costa de Paria y descubrió el imperio del Brasil y el gran río Marañón; finalmente Juan Díaz de Solís, célebre piloto que sin duda seguía para encontrarlo el rumbo más acertado, fue bárbaramente asesinado en el río de la Plata.

El mal resultado de esas tentativas descorazonó a muchos, y aun llegó a persuadirles de que semejante comunicación no existía, pero como si la providencia se empeñase en abrir caminos a la prosperidad de España, su buena fortuna le deparó un extranjero tan ilustre como valeroso, que con un plan bien concertado y maduro le franqueó el paso a las regiones asiáticas ensanchando los términos del mundo, abriendo nuevos mares al comercio, nuevas sendas a la civilización y campos más vastos a la hidrografía. Este ilustre extranjero fue Fernando de Magallanes, portugués de nación, que después de haber servido con honra a su país

en la India, agraviado de su rey, se desnaturalizó de Portugal por actos públicos y solemnes, y se pasó al servicio del emperador. A este hombre profundo en las ciencias de la navegación, dotado de un valor y energía extremados, pundonoroso y sufrido como ninguno, estaba reservado descubrir el estrecho que con harta razón tomó su nombre y dar al plan de Colón su último complemento y desarrollo.

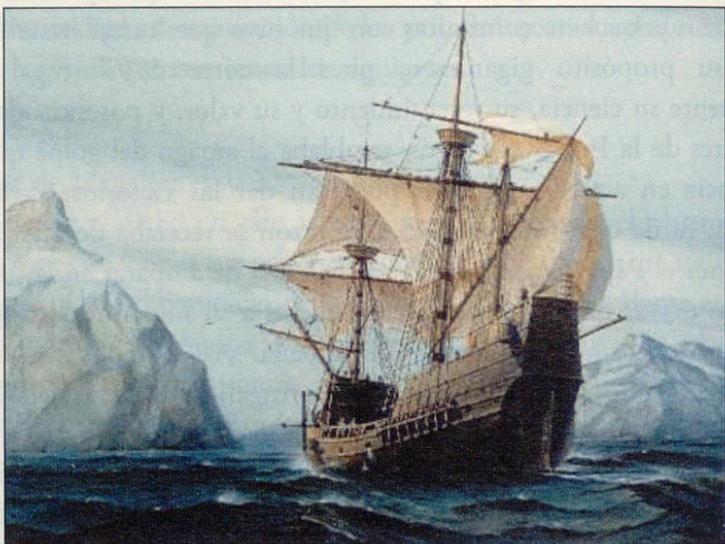
La excelente biografía con que el señor Navarrete comienza la historia de su memorable expedición, da cuenta exacta y cabal de los embarazos y asechanzas infinitas con que tuvo que luchar hasta llevar a cabo su propósito gigantesco, pues la corte de Portugal temía igualmente su ciencia, su resentimiento y su valor; y posesionada ya de los mares de la India, con razón temblaba al amago del golpe que a su influencia en aquellas regiones pudieran dar las victoriosas armas de Castilla. Si de cierto no lo sabía, con razón se recelaba de que la línea tirada por el Papa Alejandro VI⁶⁸ no le había de amparar en la posesión de unas tierras que ya se imaginaba sujetas a su imperio, pero que sin duda pertenecían a la corona de España. Así que los tropiezos y dificultades que suscitó [la corte de Portugal] al viaje de Magallanes fueron tantos y tan grandes, como profundo el rencor con que muchos de sus historiadores procuraron mancillar su memoria. Su memoria, sin embargo, como todas las de los hombres célebres, vivirá mientras dure en el mundo la afición y respeto a los caracteres elevados y a las inteligencias sublimes; y el haber abandonado el servicio y la bandera de un Rey que le miraba con rostro torcido en recompensa de sus grandes servicios, cuando públicamente se desnaturalizaba de su país, no será nunca banda de bastardía en el escudo de sus armas.

Su viaje al Maluco, que el señor Navarrete ha extractado de los documentos existentes en el archivo de Sevilla, además del orden y regularidad que en todas sus obras se advierte, tiene el sello de precisión

⁶⁸ Por no alargar demasiado este artículo, no insertamos íntegra la observación primera del señor Navarrete al viaje de Magallanes, en que da cuenta así de esta bula expedida en 4 de mayo de 1493, como de los convenios posteriores entre los reyes de España y Portugal. Nuestros lectores ganarán mucho en consultarla, así como la observación tercera, página 107, tomo IV. También les recomendamos la lectura del prólogo del mismo tomo, donde se encuentran noticias sumamente curiosas acerca de los proyectos de comunicación de ambos mares por el istmo del Panamá. [Nota de Gil].

y exactitud que las ciencias de la navegación han alcanzado en los últimos tiempos. Sus conocimientos en ellas han logrado digno empleo en la relación de estas empresas milagrosas, que aun ahora serían elocuente testimonio de la superioridad de la inteligencia humana; pero que entonces nos asombran por la grandeza de los sacrificios y por la resolución y arrojo extraordinarios que suponen.

○



Los viajes de Magallanes y Colón, sujetos a una gran idea y dictados por un genio inventivo y profundo, llevan consigo un carácter de generalidad y trascendencia que parece ser el reflejo de la época y de la sociedad, en cuyo seno se engendraron y llegaron a término cumplido. Los intereses solos no imponen obligaciones tan estrechas y penosas, ni en tiempos puramente mercantiles y fríos se acometen con medios tan escasos aventuras tan llenas de peligros, ni menos el cebo de la ganancia puede inspirar aquellos sentimientos de dignidad personal que tanto ilustran estas expediciones. Por esto, la constancia heroica y [el] pundonoroso empeño de Magallanes, su rara energía, su muerte misma desdichada, y aun pudiéramos decir oscura, acaecida en una demanda de interés lejano y dudoso, nos sirven de asombro y nos interesan vivamente. ¿Pues qué diremos de los restantes sucesos de la expedición que con éxito tan feliz la coronaron, de la acertada conducta con que

aquellos navegantes sabían proporcionarse en los soberanos de las Molucas protección con que ayudarse y socorrerse en su aislamiento, y finalmente de la pasmosa jornada de 14.000 leguas que hizo la nao *Victoria* al mando del famoso Juan Sebastián de Elcano, al través de tantas penalidades, riesgos, enfermedades y escaseces? Para poner en su debido punto semejantes hazañas y proezas es necesario tener en cuenta, como advierte muy bien el señor Navarrete, el estado de la ciencia y los escasísimos recursos con que contaban aquellos intrépidos navegantes.

Prescindiendo –dice– de la construcción de los buques de aquel tiempo, el conocimiento del punto del globo en que se hallaba la nave, se deducía del rumbo que había seguido, y de la latitud observada; pero el rumbo era de la aguja, sin conocer la cantidad de su variación, pues aunque el *Diario de Albo*⁶⁹, dice en los días 4 y 25 de marzo de 1522 que la aguja noresteaba, y algunas veces contasen con la variación, como parece la verificación el 4, 5, 6, 25 y 31 de marzo, el 12 y 14 de abril, el 6, 13 y 23 de junio, el 25 y 28 de agosto y el 1° de septiembre de 1522, su cantidad debía ser imaginaria, porque no expresa cómo la averiguaban para emplearla en esos únicos trece días de todo el viaje.

La latitud se observaba con el astrolabio o con un cuadrante de madera, resultando correspondiente a los defectos de la construcción de estos instrumentos error de observación e inexactitud de las tablas de declinaciones de aquella época. Aun así era el punto determinado con estos datos en la mar el más exacto, pues el que se señalaba con rumbo y distancia, o con distancia y latitud, quedaba más dudoso, porque la corredera no se usó hasta el siglo siguiente, y el camino se estimaba a ojo. Se puede juzgar de los demás elementos con que se manejaban aquellos navegantes, por haber corrido al Occidente hasta volver al meridiano de la salida, e ignorar que a bordo debían contar un día menos que en aquel paraje. ¡Con tan escasas luces y recursos, y en aquel estado tenebroso de la hidrografía, se dio vuelta al globo por la primera vez en la nao *Victoria*, arrojando todos los trabajos y peligros de tan dilatado viaje de descubrimientos, practicado por extensas regiones ardientes y frías!⁷⁰

⁶⁹ Derrotero de Francisco Albo, piloto de la nao *Trinidad*.

⁷⁰ *Colección de Viajes*, tomo IV, pág. 97. [Nota de Gil].

No es mucho, pues, que Juan Bautista Ramusio⁷¹ encomie tanto semejante viaje, ni que nuestro Oviedo diga de Juan Sebastián de Elcano “que él y los que vinieron con él le parece que son de más eterna memoria dignos que aquellos argonautas que con Jasón navegaron a la isla de Coleos en demanda del vellocino de oro; cosa, añade, en verdad, que no se sabe, ni está escripta, ni vista otra su semejante ni tan famosa en el mundo”⁷².

Con la vuelta de este insigne marino y de sus escasos compañeros, se vio resuelto cumplidamente el problema que tanto preocupaba los espíritus, quedando desde entonces rotas las cadenas que en el sentir de muchos cerraban el camino a la especería por el mundo de Occidente. El emperador recibió a Elcano y a los suyos con grandes muestras de honra y estimación, y mandó disponer inmediatamente la flota que con don frey García Jofre de Loaisa, comendador del Orden de San Juan, salió el día 24 de julio de 1525 de La Coruña en demanda del Maluco, siguiendo la misma dirección del inmortal Magallanes. Este viaje tan desastrado como glorioso, y el que más tarde emprendió desde los puertos de Nueva España Álvaro Saavedra, por disposición de Hernán Cortés, forman el tomo V de la colección.

Todo es grande y todo excede de los términos comunes en estas atrevidas navegaciones; pero las privaciones horribles del viaje de Loaisa, la subordinación, constancia y sufrimiento de los españoles, su lucha desigual y desesperada con los portugueses en las Molucas, su comportamiento heroico son tales, que no hay expresiones con que alabarlas dignamente. Baste decir que de más de cuatrocientos individuos que salieron de España con el comendador, no llega a una docena los que volvieron, y que sin embargo, ni una sola humillación puso en duda por un momento el lustre y el valor de la nación española ni los derechos de su soberano.

Desgraciadamente, estas mismas Molucas tan codiciadas, objeto de tantas fatigas y proezas, se perdieron para España en 1529, época en que el emperador las vendió al rey de Portugal; pues como dice Sandoval, “los gastos que el emperador había hecho en las guerras pasadas y los

⁷¹ Véase el prólogo del tomo IV. [Nota de Gil].

⁷² Véase el prólogo del tomo IV. [Nota de Gil].

que eran necesarios y forzosos para las que se esperaban, y su jornada imperial en Italia a la coronación eran tales y tan grandes, que las rentas reales y servicios que se le habían hecho no bastaban y se hallaba muy alcanzado; y así hubo de empeñar la especería de las Molucas por 350.000 ducados que le dio el rey de Portugal”, quien —añade el señor Navarrete— “supo aprovechar bien la ocasión de ver a su rival en tal apuro, sin embargo de que, como dice muy bien Antonio de Herrera, “ni uno ni otro entendieron lo que daban ni tomaban”⁷³.

Σ

Estos tomos que por ahora cierran la colección de los viajes y descubrimientos de los españoles en el siglo XV y XVI, nos parecen completos bajo todos aspectos y relaciones, ya se considere su parte facultativa, ya su parte histórica. La diplomacia española debe tenerlos en tanta estima como la hidrografía y la náutica, pues si los tratados con Portugal y las contiendas sobre el Maluco ilustran en sumo grado los derechos históricos de nuestra nación, el *Diario de Albo*, la relación de Maximiliano Transilvano, y las juntas y debates de Badajoz son páginas de gran interés en la historia de la navegación y de las ciencias pertenecientes a ella. De más de trescientos documentos que contienen, no hay uno que no tenga un carácter profundamente marcado de utilidad e importancia. Arriba dejamos dicho que estos viajes están referidos con todo el rigor y precisión de la ciencia; ahora nos toca añadir que la ciencia ha ganado mucho con la amenidad, tersura y elegancia que le presta la pluma del señor Navarrete. En cuanto a método y coordinación nos excusamos con harto fundamento de decir nada, porque sería repetir lo que ya hemos apuntado y lo que todo el mundo sabe.

Al concluir la lectura de estos volúmenes por tantos títulos preciosos, un pensamiento de amargura se mezcla involuntariamente a tan gloriosos recuerdos. ¿Qué hemos venido a ser después de tanto esplendor y poderío? «Sombras y lejos», para servirnos de la expresión de Calderón⁷⁴, es lo que queda de nuestra grandeza.

⁷³ Véase el prólogo del tomo IV. [Nota de Gil].

⁷⁴ Calderón emplea la expresión «sombras y lejos» que procede del lenguaje pictórico en varios autos sacramentales; así, al inicio de *El gran teatro del mundo*: “Hermosa

¿Qué se hizo la aureola resplandeciente que coronaba las torres de la opulenta Lisboa y de la imperial Toledo? ¿Qué se hizo de aquel imperio que el sol alumbraba con amor y con orgullo en toda la extensión de su inmortal carrera? ¿Qué se hicieron los días de San Quintín y de Pavía, el águila de Carlos V y la lanza de Hernán Cortés? Hace tiempo que la Península es el cedro del Líbano caído por el suelo, y según el lamento doloroso del poeta:

En su ruina y tronco cuantas fueron
las aves y las fieras se pusieron⁷⁵.

No dudamos del porvenir, porque creemos en Dios; pero es cosa triste ver caído del cielo el astro hermoso de la España, y pensar que nuestros ojos se cerrarán probablemente sin verle brillar de nuevo en el horizonte.

Ω

compostura / de esta varia inferior arquitectura, / que entre sombras y lejos / a este Celeste usurpas los reflejos” (vv. 1-4). “El Antiguo Testamento está lleno de *sombras y lejos* misteriosos (símbolos, imágenes) que admiten interpretaciones con respecto al Nuevo Testamento. Así, Isaac es símbolo de Cristo, etc.” *El indulto general*, edición de Arellano y Escudero, 1996, p. 106.

⁷⁵ *Canción I*, de Fernando de Herrera.

APÉNDICES

I. Humboldt

“Antes de salir para la costa de Parí, primer punto del continente del Nuevo Mundo descubierta por Colón, había tenido la fortuna de disfrutar en Madrid de los consejos del sabio historiógrafo don Juan Bautista Muñoz, y de admirar los preciosos materiales que de orden del rey Carlos IV había reunido de los archivos de Simancas, Sevilla y Torre do Tombo. Estos documentos justificativos debían publicarse al fin de la *Historia del Nuevo Mundo*, de la cual por desgracia solo ha salido a luz el primer tomo, que apenas da sino una muy imperfecta idea del vasto plan de esta empresa histórica.

Como quiera, desde el año de 1825 el mundo sabio se ha visto superabundantemente indemnizado de esta pérdida con la publicación de los tres primeros volúmenes de la *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV*. Esta obra de don Martín Fernández de Navarrete, imaginada en una vasta escala, y desempeñada en todas sus partes con un espíritu de crítica ilustrada, es uno de los monumentos históricos más importantes de los tiempos modernos. Solamente el *Cuerpo Diplomático* contiene cerca de cuatrocientos documentos relativos al notable período de 1487 a 1515, algunos de los cuales ya estaban dados a conocer en el *Códice Columbo Americano* publicado en 1823 a expensas de los Decuriones de Génova. Comparados entre sí y con las primeras relaciones de los conquistadores, y estudiados por personas que tengan un conocimiento local de los parajes del Nuevo Mundo y estén penetradas del espíritu del siglo de Cristóbal Colón y León X, estos materiales históricos podrán guiar progresiva y largamente a resultados preciosos sobre la serie de los descubrimientos de América y sobre su estado primitivo”.

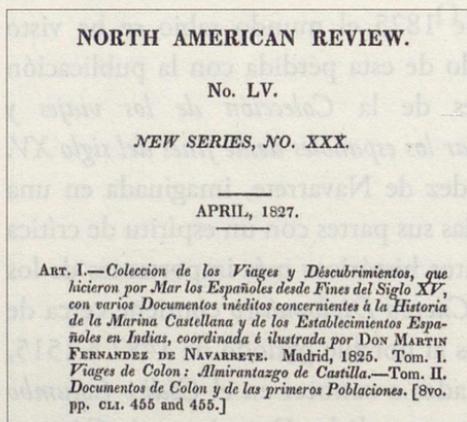
Histoire de la Geographie du Nouveau Continent, 1839

II. Academia de Geografía de París

El título de socio correspondiente de la Academia de Geografía de París, la distinguidísima mención que en la traducción de los señores Chalumeau de Verneuil y La Roquette se hace del señor Navarrete, las notas de Balbi, Cuvier, Walckenaer y de otros nombres no menos ilustres, prueban la honorífica acogida que ha merecido esta *Colección* en Francia. Puede verse todo más largamente en el prólogo de la citada traducción, tomo I.

III. *North American Review*

La sensación que ha causado en América esta obra puede deducirse de lo que en 1827 escribía el *North American Review*, periódico de Boston⁷⁶:



Todo cuanto pueda tener relación con la historia de los primeros descubrimientos en el Nuevo Mundo debe ser cada día más interesante, no solo para la Europa, sino para nosotros mismos. Ya hemos informado al público de América, de que hace unos cuantos meses empezó a publicarse en Madrid una

colección de piezas y documentos que ilustran mucho la vida, aventuras y descubrimientos de Colón. Estos documentos se hallan contenidos en los volúmenes que tenemos a la vista, y nos parecen mucho más apreciables de lo que decíamos, pues ofrecen

⁷⁶ Gil traduce libremente esta extensa cita del artículo *New Documents concerning Columbus* del *North American Review* de Boston (núm. LV, abril 1827, pp. 265-295), cuyo original puede consultarse en la Cornell University Library [URL: <http://bit.ly/1HStcfj>]. ¿Cómo tenía Gil en 1841 sobre su mesa de trabajo en la Biblioteca Nacional, precisamente este periódico de Boston? Quizás se lo facilitó el propio Navarrete, a quien está dedicada la reseña; pero en todo caso, el hilo común es de nuevo Washington Irving [véase nota en p. 106], colaborador del *North American Review* y posible autor del artículo, que aparece sin firma.

materiales auténticos para la historia. El señor Navarrete, autor de dicha colección, se propone publicar una obra extensa, compuesta principalmente de documentos inéditos, recogidos de los archivos antiguos y bibliotecas de España, que pueden ser útiles para escribir la historia de los descubrimientos hechos por los españoles en distintas partes del mundo, desde fines del siglo XV. Los dos tomos hasta ahora publicados son los primeros de la obra y tratan exclusivamente de Colón.

Después de recapitular breve y juiciosamente el plan y contenido de estos volúmenes, añade:

Baste por ahora a los nuestros lo que decimos sobre estos curiosos volúmenes; en adelante hablaremos de su contenido con mayor extensión. Es de esperar que los vea el público traducidos a nuestro idioma, pues es un tributo que todo americano (sea cual fuere la lengua que hable) debe al gran nombre de Colón, para contribuir al aumento de su gloria y de la gratitud y veneración que se le debe; que siempre será muy débil recompensa de la magnanimidad con que arrojó toda especie de peligros y obstáculos para fundar nuevos imperios. Si hemos de juzgar de lo grandioso de una empresa por sus consecuencias extraordinarias, y por los virtuosos medios empleados para obtenerla, siempre resonará el nombre de Colón sobre todos los que preconice la fama. No había más que un Nuevo Mundo que descubrir, y su descubrimiento estaba reservado a Colón. Alejandro, César y Bonaparte, parecerán tal vez pequeños si se les compara a aquel héroe, atravesando un mar desconocido, en busca de un mundo cuya existencia le presentaba su mente sublime y trascendental después de haber superado las adversidades de la fortuna, los celos de rivales poderosos y la indolencia de los gobiernos para acometer su prodigiosa empresa. Aun atendiendo a los resultados, ninguno de ninguna especie, por grande que parezca, podrá igualar a los que han producido y producirán en adelante los descubrimientos de Colón.

La traducción, pues, y publicación de esta obra en América será tan útil como conveniente. Se ha dicho que nuestro ilustre compatriota Washington Irving se hallaba en Madrid ocupado en esta tarea; pero estamos autorizados para desmentir esta voz, creyendo solo que si tal intención fue uno de los motivos de su

viaje a España, la abandonó después, por ser un trabajo poco compatible con sus estudios, y hallarse ocupado de un modo más conveniente a su ingenio y al lustre de su nombre. No faltarán personas que se dediquen a la traducción de la obra del señor Navarrete, mas para continuar el *Sketch Book*⁷⁷, ¿a quién podríamos acudir sino a su mismo autor? Esperemos pues que se traduzcan en nuestra patria aquellos preciosos documentos, considerando que es empresa fácil para el gobierno y aun para cualquier particular. Su asunto es tan interesante para nosotros, como para la España; y sin embargo se han impreso en Madrid, no solo con la aprobación del rey, sino en su imprenta real y a sus expensas.

Mucho sentimos haber de decir sin rebozo alguno que como nación hacemos menos por la literatura y por nuestra propia historia que el gobierno español, cuya liberalidad y protección hacia las letras no tenemos costumbre de celebrar. No obstante en este caso obraríamos con prudencia y generosidad, siguiendo el ejemplo de Fernando.

El Pensamiento, 1ª serie, tomo I, 4ª entrega, y 6ª entrega, 1841

⁷⁷ *The Sketch Book of Geoffrey Crayon, Gent.*, de W. Irving, escrito entre 1819-1820, fue, con los cuentos de Fenimore Cooper, la primera obra que dio a conocer la literatura de Norte América en Europa. La obra se conoce como *The Sketch Book*: conviene anotar que 'sketch' significa 'bosquejo', como en el título de Cook, *Sketches in Spain* (véase la reseña de Gil en este volumen), o en el *Bosquejo de un viaje a una provincia del interior*.

9. El movimiento de España [De motu Hispaniae]



78

EL MOVIMIENTO DE ESPAÑA,

O SEA

Historia de la revolución conocida con el nombre

DE LAS

COMUNIDADES DE CASTILLA.

escrita en latín por el presbítero

DON JUAN MALDONADO,

traducida al castellano e ilustrada con algunas notas y documentos

por **D. José Quevedo.**

JUAN MALDONADO [1485–1554], historiador y humanista, discípulo de Nebrija, introductor en España de las ideas de Erasmo, preceptor de doña Mencía de Mendoza, mecenas del también erasmista Luis Vives. Autor de *Comoedia Hispaniola*, *Eremitae* y *De motu Hispaniae* [1524], testimonio de los levantamientos comuneros [1520–21], traducida por José Quevedo en 1840, de la que Gil nos da noticia. La simpatía erasmista de Enrique Gil es el hilo común entre este artículo y el dedicado a Luis Vives.

⁷⁸ Ilustración: *Los Comuneros, Padilla, Bravo y Maldonado en el Patíbulo*, de Antonio Gisbert, 1860. Recuperamos el título original del artículo tal y como figura en *El Pensamiento* [véase viñeta] y en la edición de 1883: *El movimiento de España o sea, Historia de la Revolución conocida con el nombre de «Las Comunidades de Castilla»*, escrita en latín por el presbítero don Juan Maldonado, traducida al castellano e ilustrada con algunas notas y documentos por don José Quevedo. En O. C. aparece como *Las Comunidades de Castilla*, p. 534 y ss.

Historia de las Comunidades de Castilla es un libro escrito en latín por Juan Maldonado y traducido al español por José Quevedo⁷⁹. La historia de los comuneros es conocida, pero no tanto como debiera, adelanta el escritor berciano quien una vez más aprovecha una colaboración en la prensa para expresar su tristeza por la falta de trabajos científicos solventes que ahonden en la historia de España. Lo que contrastaba con lo sucedido en otros países de Europa, en los que el cuidado y el esfuerzo de sus historiadores ofrecían infinidad de textos imprescindibles para explicar el devenir de sus respectivas patrias.

Gil y Carrasco, que era un hombre apasionado, siempre nos sorprende con el contrapeso del equilibrio y la medida. En su recensión del libro de Maldonado concreta las principales características de aquel movimiento revolucionario y separa sus aspectos positivos de los negativos. No se deja llevar por la efervescencia patrioterica y analiza cabalmente los elementos que concurrieron en aquellas guerras que asolaron Castilla en el primer tramo del siglo XVI, con motivo de la llegada del joven emperador Carlos I.

Como es sabido, el monarca vino acompañado de muchos nobles y burgueses procedentes de Flandes que actuaban con gran altanería y que se apoderaron de muchos resortes económicos, muy en particular de aquellos negocios cercanos al emperador. Tales excesos, acompañados de sobornos, estafas, violencias, venta de cargos y otros abusos, provocaron la lógica indignación de los castellanos, quienes no fueron atendidos en sus legítimas quejas, por lo que de ahí se pasó a la violencia. La sangre tiñó las tierras de Castilla y se echó mucho a faltar, dice Enrique Gil, “un hombre dotado de capacidad y genio para dominar una situación tan difícil y subordinar tantos elementos heterogéneos a un fin común, creando un centro donde fuesen a parar todos los esfuerzos individuales”.

Esa carencia fue determinante para la derrota comunera. Y eso que sus reivindicaciones, como apunta el leonés, eran muy sensatas pues no pretendían

⁷⁹ Ediciones recientes: *La revolución comunera* (Ediciones del Centro, 1975), *Levantamiento de España* (Centro de Estudios Constitucionales, 1991) y ed. facsímil, Editorial Maxtor, 2002. Sobre Juan Maldonado, véase *Historia de la literatura en Castilla-La Mancha* [URL: <http://bit.ly/1rUzjyK>].

otra cosa que el mantenimiento de las viejas normas, costumbres y fueros. No estaban en tela de juicio asuntos más importantes como los dogmas religiosos o la legitimidad del emperador. La causa de la insurgencia castellana estaba más vinculada con la justicia tributaria, con el poder local y con el acaparamiento flamenco de los mejores cargos de la administración.

Enrique Gil evoca los infortunios de las milicias castellanas: la traición que protagonizó Pedro Girón al frente de las tropas o los errores tácticos de Padilla en Torrelobatón. Errores que terminaron por equilibrar las fuerzas y sabido es que, una vez producido ese empate, siempre suelen imponerse los ejércitos organizados a las milicias. Y las milicias eran los comuneros.

Tal vez lo más original de la visión de Enrique Gil sobre este movimiento armado que solo resistiría dos años, es su crítica al anacronismo subyacente en su propuesta. Acreditando una vez más su independencia de criterio, el leonés contrapone los valores de quienes serían vencidos en Villalar –valores medievales, podríamos decir, vinculados a la tierra y a una ineficaz dispersión del poder a la necesidad que poseían las nuevas naciones de buscar la mayor homogeneidad posible en todos los órdenes, para competir mejor en la que sería denominada como Edad Moderna.

Enrique Gil también critica la pueblerina pretensión comunera de que el monarca no se ausentara del suelo patrio, algo que hubiera significado mutilar a España de su gran protagonismo en la política europea del siglo XVI, en la que contaba con nuevas posesiones en Flandes, Milán, Luxemburgo, etc. que impulsaban esa dimensión exterior. Y lo que hubiera sido más grave: habría debilitado a todo Occidente ante sus decisivos enfrentamientos contra el poder turco.

No por ello Enrique Gil deja de honrar la memoria de los comuneros, su heroísmo y abnegación, consignando una severa crítica moral al César Carlos, a quien reprocha su falta de grandeza y su inclemencia. El monarca fue muy cruel con sus enemigos.

پڻ

El movimiento de España [De motu Hispaniae]

Si algún estudio anda en España abatido y menospreciado, es sin duda el de la historia patria, que por un raro contraste con los innumerables incentivos que ofrece su pasmosa variedad, sus extraños episodios y su índole en fin tan diversa de la de las demás naciones europeas, solo de tarde en tarde muestra algún hombre capaz de cultivarla con fruto y de desenterrar sus tesoros. Mengua es por cierto semejante incuria, pero tantos y tan graves motivos han contribuido a ella, y tan estrecho ha sido su eslabonamiento, que no está en la mano de una ni aun de dos generaciones el acabar con ellos.

Hasta hace poco tiempo un poder inquieto y receloso⁸⁰ se ha opuesto al gran desarrollo que el espíritu de análisis y la libertad del pensamiento han dado en otras partes a los trabajos históricos; en nuestros días las frecuentes vicisitudes políticas y la inestabilidad⁸¹ casi irremediable de la situación, han apartado los ánimos de esta clase de tareas, que por la mucha madurez y ahínco que requieren, necesitan cierto sosiego y reposo interior, incompatible con el asiento vacilante de los negocios públicos, o bien premios y honores distinguidos que hasta ahora no han logrado entre nosotros. Lástima grande en verdad y digna de ser remediada por cuantos se sientan con fuerzas para acometer empresa tan loable, pues si para ilustrar las cuestiones de gobierno y comprender las necesidades del país se han de tener en cuenta sus usos, leyes, inclinaciones y costumbres, pocas indagaciones estarán tan íntimamente ligadas con la prosperidad común, como las históricas.

Si algún sentido hay en la palabra nacionalidad, si algo significa el imperio de los hechos, la sucesión de los tiempos y las lecciones de la experiencia, fuerza es confesar que un pueblo en que el estudio de sus males no merece un lugar muy preferente, dista mucho del camino de la perfección, que en esto como en moral se cifra muy especialmente en el conocimiento de sí propio. Supuesto que de pueblo libre blasonamos, y que, a fuer de tales, necesitamos un gobierno que marche a la cabeza de la ilustración y lleve la iniciativa social, atendiendo próvidamente a

⁸⁰ La Inquisición.

⁸¹ Gil escribe 'inestabilidad', sinónimo de 'inestabilidad', como corrige Campos.

todas nuestras necesidades morales, no estará de más el que cultivemos este ramo de literatura y alentemos por todos los caminos sus progresos, honrándole como merece por su importancia y trascendencia.

Estas reflexiones nos ha sugerido la lectura de la *Historia de las Comunidades de Castilla*, escrita en latín por el presbítero Juan Maldonado, y traducida por don José Quevedo, que ilustra grandemente este interesante período del gran siglo XVI, teatro de tan maravillosos y extraordinarios sucesos, y testigo de una de las mayores crisis que ha experimentado la humanidad en su larga y trabajosa carrera.

La situación en Europa

Extraños movimientos agitaron entonces la Europa. España trabajada por las comunidades y germanías, Alemania por la revolución religiosa, Francia por la liga, Inglaterra por los disturbios a un mismo tiempo religiosos y civiles, apenas dejaban entrever el gran movimiento intelectual y comercial de sus pueblos, el desarrollo mágico de las artes, la conquista del Nuevo Mundo, la consolidación del poder monárquico entonces tutelar, y tantas otras semillas finalmente de engrandecimiento y adelanto que la providencia sembraba con mano pródiga. ¡Siglo en verdad maravilloso, cuyo estandarte inmortal confió la providencia a las robustas manos de España, cuando despedazada por sus luchas intestinas parecía harto cuidadosa y ocupada por sus propios males para cumplir tan empeñado cargo!

Época tan ilustre y famosa, no ha sido conocida como debiera en nuestros días. El ardor de las reformas políticas y el espíritu de partido, han contribuido de un modo eficaz a desfigurarla y a vestirle ropas que por ningún título podían cuadrarle. Durante esta tercera era de nuestra regeneración, el nombre de Padilla ha sido invocado con menos frecuencia y repetido con hartos menor entusiasmo que en las otras dos precedentes. ¿Será que su carácter generoso y su muerte heroica hayan dejado de inflamar los corazones españoles? Creemos que no, pues cuantas almas hayan nacido templadas para sentir la elevación del ánimo y la grandeza de la abnegación propia, acatarán una memoria digna de estimación y profundo respeto; pero la tendencia investigadora y analítica de la época ha puesto sin duda de manifiesto la distinta

índole de los movimientos presentes y pasados, y lejos de tomar a estos por espejo y dechado, se limita a considerar su importancia puramente histórica, única que en el día nos puede conducir a resultados dignos de atención.

ش

Disputas dinásticas

La revolución de las Comunidades (si tal nombre merece un movimiento que solo afectaba las formas más exteriores del gobierno) fue como todas suelen serlo en su principio y espíritu, justa. Las disensiones y alteraciones de España traían el rastro de las diferencias acaecidas entre el Rey Católico y su yerno con motivo de la sucesión a la corona de Castilla, pues muchos de los nobles y grandes teniendo por no menos extranjeros al aragonés Fernando que al austríaco Felipe⁸², fácilmente volvieron las espaldas al sol que se ponía para mirar al que comenzaba a nacer. No faltó sin embargo quien permaneciese al lado del anciano monarca o movido de gratitud y de hidalgos sentimientos, o aguijado por rencores y motivos de disgustos en el opuesto bando.

Atentos los primeros a sus particulares intereses, llevaban mal el ensanche del poder real, y alimentaban esperanzas vagas quizá, pero no por eso menores, de medrar con la inexperiencia de los nuevos monarcas y renovar en cuanto les fuese dado los turbulentos y aciagos días de Enrique IV, en los cuales se engrandecieron a costa de la corona. En los segundos la lealtad o el sentimiento de otras altas consideraciones sociales, obraban con harta mayor eficacia que los deseos de su crecimiento y bienestar⁸³.

⁸² En el original, "el asturiano Felipe", pero si era el yerno de Fernando, esposo de Juana *La Loca*, no es otro que Felipe de Habsburgo, o Felipe *El Hermoso*, que introduce en España la Casa de Austria, contra la que también se alzan los comuneros.

⁸³ Los partidarios de Fernando el Católico, a quienes no era sin duda desconocida la debilidad mental de la reina doña Juana, apoyaban sus intentos en esta cláusula del testamento de la Reina Católica: «Ordeno y mando que cada y cuando que la dicha princesa mi hija no estuviere en estos mis reinos, o estando en ellos no quisiere o no pudiere entender en la gobernación de ellos, el Rey mi Señor los rija y administre y gobierne por la susodicha mi hija, hasta tanto que el infante don Carlos mi nieto, fijo primogénito, heredero de los dichos príncipes, sea de edad legítima a lo menos veinte

Fácilmente preveían que el cuello de Castilla había de ser demasíadamente indócil para sufrir con paciencia el yugo extranjero, y que de su ingerimiento forzado en el tronco de la república, habían de venir al árbol grandes daños y quebrantos. Esto que de los buenos y cuerdos con razón era temido, no tardó mucho en suceder cuando el joven Carlos I vino a tomar posesión de la rica herencia de sus abuelos, entregada su voluntad y su afición en manos de los flamencos que le acompañaban, extraño a los negocios y desnudo totalmente de experiencia, como era natural en sus cortos años.

Comenzaron entonces concusiones, sobornos y estafas de toda clase; añadíase a esto violencias y desacatos cometidos en las personas, y toda la humillación y vejamen consiguientes a un sistema de explotación tan descaradamente manifiesto como el de Xebres y los suyos⁸⁴. Vendíanse públicamente los oficios y cargos de mayor honra, y no había cosa que no sirviese de cebo a la codicia extranjera⁸⁵. ¿Para venir a tanta desdicha y vilipendio, habían los españoles arrojado de la península a los moros, y comprado a costa de su sangre los inmarcesibles laureles de ambos mundos? ¿La altivez castellana había de doblegarse ante la vara de un miserable mercader extraño?

En las naciones como en los individuos, hay un principio de dignidad y de honor que constituye su fuerza y que es indispensable conservar a toda costa, porque renunciar a él equivale a renunciar a la vida. Cerrados entonces los caminos del trono a las justas reclamaciones de los vasallos, y despojados estos de la justicia y amparo que estaban acostumbrados a encontrar en él, forzosamente hubieron de buscar por sí el remedio a tamaños males. De aquí nace el general aplauso y el

años cumplidos, etcétera» (*Historia de España*, por Mariana, tomo IX, edición de Valencia, impresa por Monfort). [Nota de Gil].

⁸⁴ William de Croÿ, Lord de Chièvres, conocido en España como Monsiur de Xebres o Xevres, fue tutor de Carlos I; su nepotismo y avaricia desencadenaron de algún modo la revuelta comunera.

⁸⁵ Tan barrido dejó el reino de moneda Xevres, que a vista de alguna moneda de oro se cantaba públicamente por las calles:

Doblón de a dos, norabuena estedes,
pues con vos no topó Xevres.

Sandoval habla largamente de estos desafueros y depredaciones en el libro V de su *Historia del Emperador*. [Nota de Gil].

ímpetu verdaderamente popular y casi unánime que acompañaron a los primeros movimientos de Toledo, Burgos y Segovia, y el eco estrepitoso que en todas partes encontraron⁸⁶.

El viaje del rey a Alemania en demanda del imperio, el servicio concedido por las cortes de La Coruña diametralmente opuesto a las instrucciones que llevaban casi todos los procuradores de sus comitentes, el mal tratamiento de los comisionados de Toledo, y más que todo, las débiles manos en que quedó depositado el gobierno, agravaron la crisis tremenda en que se encontraba el Estado, y una vez desprendida la piedra de la cumbre, no hubo fuerzas humanas que la impidiesen llegar al valle, hecha pedazos.

Tal era sin embargo el triste destino de estos intentos generosos. En el gobierno no había fuerzas para sujetar y comprimir tan revueltos elementos, ni menos, habilidad para dirigirlos. Notábase en la alta nobleza, por una parte, deseo de ver reducido al cardenal Adriano y a los suyos, a extremos y apuros que hiciesen su ayuda indispensable; y por otra, temor y recelo del elemento democrático, que ya amenazaba desatarse en daño suyo, y dejar atrás los límites de su conveniencia y prerrogativas. Y en el pueblo finalmente, que como era de esperar de sus violentas pasiones, tiñó con sangre sus primeros pasos y a cada punto amagaba con los desafueros de la fuerza brutal, no se advertía un hombre dotado de la capacidad y genio que se necesitan para dominar una situación tan difícil y subordinar tantos elementos heterogéneos a un fin común, creando un centro donde fuesen a parar todos los esfuerzos individuales.

Los principios que pregonaban los comuneros para el alzamiento, no eran tampoco de aquellos que lanzan a la sociedad en un campo de esperanzas y sueños dorados por su trascendencia, y que aspiran a un cambio completo que mejore la condición común y lleve consigo un germen más claro y fecundo de perfección indefinida. No se alteraba ningún dogma religioso ni moral; no se ponía en tela de juicio la

⁸⁶ Tan popular fue el levantamiento, que en los púlpitos como en las plazas se predicaba y alababa. Es muy digna de leerse la carta anónima de un religioso que trae Sandoval en el citado libro, y el párrafo de las instrucciones del Emperador a sus virreyes, relativo a los predicadores que encendían los ánimos y alborotaban la plebe. [Nota de Gil].

legalidad de las autoridades de hecho existentes; no se proclamaban más principios de derecho que los derivados de las costumbres, leyes y fueros; y finalmente, ninguna reforma se intentaba que se encaminase a un fin social, político o humanitario. Todos los capítulos de agravio estribaban únicamente en medidas administrativas, en quejas de servicios comunales, en la repartición y poca medida de los tributos, en la extracción de la moneda, en la investidura de los extranjeros para los cargos públicos, y finalmente en la salida del rey que ellos calificaban de abandono.

Lo único en que se mostraban un tanto audaces, era en pedir que en los procesos y juicios de la Inquisición se guardase cierto orden y trámites. Fuera de esto, todas eran protestas de mejor servir al rey y de adhesión a los derechos establecidos.

ق

La frágil alianza pueblo-nobleza

Este círculo en que los comuneros se encerraban, tenía sin duda mucho de legal y no poco de estrictamente justo, pero era estrecho, como suele serlo el de los intereses materiales, y no se ensanchaba con ninguna teoría ni esperanza ulterior. Ni podía ser de otra manera, si se atiende a que en la organización social, compacta y vigorosa de España, no cabían tendencias excéntricas, y mucho menos la indicación de un rumbo nuevo por donde las creencias pudiesen caminar. De esta manera las ciudades disponían de sus fuerzas habituales y la nobleza de las suyas, quedando por decirlo así equilibradas las de ambas clases, pues si la una aventajaba a la otra en número y ardimiento, sobrepujábala esta en disciplina y concierto. El poder real era el único que hacía lamentable papel, confiado a la debilidad y escaso ingenio del cardenal Adriana y a los coléricos arrebatos del arzobispo de Granada.

Pueblo y nobleza sin embargo no solo guardaban treguas, sino que también estaban ligados por ciertos lazos secretos, cuales eran los de la nacionalidad herida por la preponderancia de los extranjeros; pero el elemento democrático, que entonces crecía y se derramaba a manera de hinchado río, no tardó mucho en embestir las prerrogativas y derechos de la nobleza. Los populares de Burgos, cansados de los manejos equívocos del condestable don Íñigo Velasco, le arrojaron de su ciudad;

y los de Nájera, acordándose de que en las revueltas del reinado de Enrique IV habían sido desmembrados violentamente de la corona a que pertenecían, se alzaron contra su señor don Antonio Manrique y echaron fuera su guarnición. Ambas medidas eran justas, pero extemporáneas, porque desde aquel momento los nobles se agruparon en torno del trono, y se rompieron las hostilidades.

No se crea que bastó esto solo para causar la ruina del partido popular; sobrábanle fuerzas y recursos, y si hubiese encontrado jefes diestros para las primeras, como los encontró pundonorosos y valientes; y para los segundos, varones de gobierno y de experiencia, hubiera podido, cuando menos, capitular con honra, sin sujetarse a la dura ley de los vencidos. Pero la *santa junta* cometió la enorme falta de confiar a don Pedro Girón, hijo heredero del conde de Ureña, la dirección y mando de sus tropas, sin tener en cuenta que solo un resentimiento pasajero le traía a unas filas, de las cuales natural y constantemente debían alejarle su alcurnia, sus hábitos e intereses. Su fea traición⁸⁷, indigna del nombre que llevaba, abrió la primera brecha en la causa de las Comunidades, y la inacción de Padilla en Torrelobatón, cuando tan temible se presentó desde luego a sus contrarios, contribuyó a resfriar el ardor de los populares, que a toda costa debió haberse empleado prontamente en quitarle su vigor moral, y a engrosar el ejército contrario. Una vez equilibradas las fuerzas, claro es que todas las probabilidades de la victoria estaban de parte de la disciplina y del buen orden; sin embargo, la nobleza hubiera comprado algo más caro el triste laurel de Villalar, sin la traición que vino a dar el último golpe a la ya moribunda causa de las Comunidades.

ش

La traición de la nobleza

La historia de esta lastimosa tragedia, que nos dejó escrita en latín Juan Maldonado, y que ha traducido don José Quevedo, bibliotecario de El Escorial, es digna de atención por ser obra de un testigo ocular de la mayor parte de aquellos disturbios, y por el espíritu que encierra aunque de manera sumamente disimulada y aguda. Escribiendo bajo el peso de

⁸⁷ Véanse las notas 11 y 13 del señor Quevedo. [Nota de Gil].

las persecuciones que siguieron al triunfo de los imperiales, mal podía dar suelta el autor a ciertos ímpetus que al cabo, a fuer de español, no podía dejar de sentir, y mucho menos en un libro que dedicaba al príncipe de España, hijo del César; pero a falta de tan necesaria libertad, introduce una especie de diálogo semejante a los de Luis Vives (si bien menos ingenioso que los de este insigne escritor) entre un italiano, un francés, un alemán, un toledano y él, en que haciendo de narrador, deja emitir a los demás juicios diversos de que, como es fácil conocer, es él responsable. Así, las respuestas de los interlocutores templan a veces el tono de severidad y acrimonia que dictaban las circunstancias al hablar de los comuneros. Cuando por ejemplo, a propósito de don Antonio de Acuña, obispo de Zamora, pondera su carácter inflexible y tenaz y sus virtudes bélicas, pone en boca del italiano estas palabras:

—¡Buen Dios, qué obispo acabas de pintar! Convenía que un hombre de tanto valor hubiese nacido en Roma. Me parece ver copiada en él aquella heroica virtud de los antiguos romanos...

Mas el toledano pronuncia una sangrienta diatriba contra la nobleza y personas que después de extraviar al pueblo y despeñarle por precipicios horribles, lo dejaron en manos del verdugo; y en la tibieza con que el historiador satisface a este terrible cargo, se trasluce que participaba no poco de semejante opinión. La suya se encuentra quizá más bien en la de los otros que en lo que da de sí su propio relato. Poco de nuevo añade a la relación del M. Sandoval⁸⁸ y está muy escaso además en punto a documentos y datos cronológicos, innecesarios entonces sin duda por tratarse de cosa reciente, pero en el día absolutamente precisos después de tantos años transcurridos. El señor Quevedo ha suplido con exquisito tino esta falta, y sus notas y apéndice completan la obra que en su original parece manca a nuestros ojos.

El estilo, como advierte muy bien el traductor en su prólogo, se resiente de un poco de pesadez, hija del gusto a la sazón dominante, y hasta en la misma versión se echa de ver un poco esta falta, si bien es

⁸⁸ Se refiere a la *Historia de la vida y hechos del Emperador Carlos V*, del maestro fray PRUDENCIO DE SANDOVAL [1552-1620], historiador cuyas obras sobre los Reyes de Castilla y León y sobre las fundaciones monásticas de San Benito sigue Gil con frecuencia, como ha documentado Picoche, una vez más, minuciosamente.

cierto que proponiéndose seguir al original tan de cerca, era inevitable incurrir en ella. Con todo, la traducción es trabajo muy maduro y correcto, y merece honrosa acogida, así por su fidelidad, como por el buen criterio que descubre.

ق

Perseverantes en nuestro propósito de dar publicidad principalmente a las cosas pertenecientes a nuestra literatura nacional, recomendamos a la consideración del público esta obra que ilustra una época tan digna de ser estudiada como someramente conocida.

En ella cayó por el suelo para no volver a levantarse la libertad municipal de Castilla, no la política, como muchos han creído. No es fácil señalar el rumbo que hubieran tomado los asuntos públicos si las Comunidades hubieran triunfado; pero habiendo llegado la hora en que la mayor parte de las naciones se iban convirtiendo en un cuerpo homogéneo y compacto bajo la mano de la autoridad monárquica, harto trabajoso les hubiera sido conservarse en la especie de independencia que hasta entonces habían disfrutado.

Los Reyes Católicos habían cedido a su nieto un trono fuerte ya, y asentado en sólidos cimientos, y el alto genio militar y político del emperador hubiera acabado por subyugar más tarde o más temprano estas individualidades, que no dejaban de embarazar la marcha de sus gigantescos planes. Por otra parte, si el rey hubiera cedido a uno de los más ardientes deseos de las ciudades y nobleza, cual era el que no se ausentase del reino ni aún con el poderoso motivo de alcanzar la corona imperial, ¡cuán distinta no hubiera sido quizá la suerte de España, de aquella España que por toda la Europa llevó sus armas, su lengua, su cultura y sus costumbres; que por dos veces hizo frente a Solimán el Magnífico, y que en la conquista de Túnez, echaba los cimientos de la victoria de Lepanto!

Como quiera que el triunfo de los fueros de Castilla no estuviese escrito en el libro de la providencia, todavía hay en su mismo vencimiento tanto heroísmo, abnegación y desinterés, que es imposible pensar en él sin sentir emociones nobles y profundas. La sangre de los comuneros lavó las manchas que la fragilidad humana pudiera haber echado sobre aquel alzamiento tan generoso en su origen como

desastroso en su fin; y la historia no presenta un monumento más alto de hidalgúía y de virtud, que las dos cartas de Juan de Padilla. La religión del infortunio añade esplendor a su sacrificio, y las víctimas consiguen harto más respeto y veneración que sus verdugos. El emperador se olvidó entonces de que la clemencia es la primera de las virtudes reales, y de que la verdadera grandeza consiste en vencerse a sí propio y enfrenar los ímpetus de la ira. Prueba amarga, pero cierta, de que no siempre a la elevación del genio acompaña la bondad y la pureza del corazón⁸⁹.

Afortunadamente, en la historia tanto enseñan y amaestran los crímenes como las virtudes, y los pueblos deben y suelen olvidar muy tarde las lecciones que se escriben con su sangre.

El Pensamiento, tomo I, entrega 8, 1841



DINAMARCA, cuna de los vikingos, es uno de los países más antiguos de Europa, cuya monarquía se remonta al año 980. Llegó a dominar Escandinavia, las islas Feroe y en plena época XVI aún mantuvo la posesión de la castaña Groenlandia. Copenhague, destruida durante las guerras napoleónicas, en 1826 un foro cultural europeo de primer orden, donde habita la DEL GOBIERNO DE DANESIA GRUPO DE INVESTIGACIONES ANTICARIAS DEL NOROCCIDENTE, fundada en 1827.

⁸⁹ La amnistía que a su venida a España promulgó el emperador, solo se empleó en los que era imposible castigar sin dejar convertida la nación en un cementerio. La lista de las personas exceptuadas comprende cuanto hubo de ilustre y distinguido por su talento, valor y riqueza en las filas de las Comunidades. Los que no pagaron con su cabeza en el cadalso, murieron en el destierro. Imposible fue en todos tiempos alcanzar el perdón de la heroica doña María Pacheco, viuda de Padilla. Al ver tales ejemplos, fuerza es convenir con Robertson que en Carlos V hacía raro contraste la elevación del entendimiento con la frialdad del corazón. [Nota de Gil].

10. Trabajos históricos de la Sociedad de Anticuarios [1841]



90

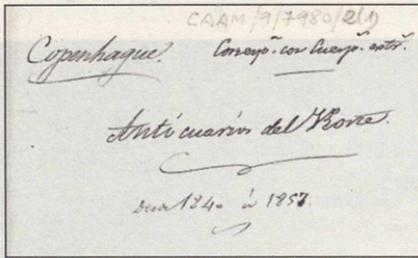


DINAMARCA, cuna de los vikingos, es uno de los países más antiguos de Europa, cuya monarquía se remonta al año 980. Llegó a dominar Escandinavia, las islas Feroe y en pleno siglo XXI aún mantiene la posesión de la extensa Groenlandia. Copenhague, destruida durante las guerras napoleónicas, era hacia 1820 un foco cultural europeo de primer orden, donde florece la DET KONGELIGE NORDISKE OLDSKRIFTSELKAB o SOCIEDAD DE ANTICUARIOS DEL NORTE, fundada en 1825,

habiendo sido su primer presidente el rey Frederik VI y secretario el humanista Carl C. Rafn, quien publica las sagas islandesas y escandinavas objeto de este artículo.

CÉSAR GAVELA sugiere a continuación una lectura casi borgiana de este texto erudito y singular, que nos habla del talante enciclopédico del crítico Enrique Gil y de su inmensa curiosidad intelectual.

⁹⁰ *Bahía de Copenhague hacia 1840*, óleo de Johan Christian Dahl.



Este texto tiene un título que despista. Porque la SOCIEDAD DE ANTICUARIOS DEL NORTE no es, como podría parecer, la denominación de un grupo de empresarios daneses dedicados a comerciar con antigüedades, sino una asociación de sabios que abordaron importantes empeños históricos, muy especialmente el cuidado y publicación de las sagas altomedievales de Escandinavia. Tanto de Noruega como de Dinamarca o las Islas Feroe. Y muy particularmente de Islandia, esa tierra literaria y misteriosa, que siempre nos recuerda a Borges, gran amante de las sagas nórdicas y estudiante, ya siendo octogenario, del misterioso idioma anglosajón antiguo.

Para escribir este artículo de temática tan insospechada, Gil y Carrasco contó de nuevo con la ayuda del historiador Fernández de Navarrete. El viejo marino riojano, que moriría en 1844, conocía esos trabajos escandinavos y tenía ejemplares de las sagas. Cuyos nombres, de nuevo nos remiten a determinados textos de Borges dedicados a esta épica fundacional y arcaica: *Fornmanna Sagur*, *Olnordiske Sagaer*, *Fornaldar Sogur Nordlanda*, *Islandiga Sagur...* O *Scripta histórica Islandorum*, que es una compilación de sagas islandesas. De igual modo las *Nordiske Fortids Sagaer*, obras mitológicas y novelescas de los hechos antiguos vinculados a la ocupación de Islandia en el siglo IX. Por su parte *Epicedium Ragnaris Lodbroci* es el canto de los méritos y de la muerte de Ragnar Lodbrok, rey de Dinamarca.

Otros afanes de aquella ilustre asociación danesa están relacionadas con los monumentos históricos de Groenlandia, lo que no deja de ser también un tema muy cercano a la literatura fantástica porque es difícil imaginar que en la gigantesca, despoblada y gélida isla pudiera haber monumentos. Ahora bien, el protagonismo groenlandés nos lleva a otro asunto relacionado con aquella tierra inhóspita situada entre Europa y América del Norte. Y ello porque los sabios daneses estudiaron el primer descubrimiento de América por parte de los escandinavos, en sus viajes realizados entre el siglo X y el XIV. Expediciones que alcanzaron la hoy canadiense Terranova.

Entre los diversos trabajos de los que se hace eco Enrique Gil, destaca la edición de un libro por parte de la sociedad de anticuarios denominado *Tratado sobre las relaciones amistosas de los antiguos escandinavos con la península Ibérica*, de un tal señor E. C. Werlauff. Libro cuyo título provoca una dulce melancolía literaria, un seductor e inesperado vínculo entre los vikingos y los antiguos españoles.

Gil habla de pasada de otras obras editadas por aquellos ilustrados nórdicos, en particular las sagas de los reyes de la lejana Noruega. Por último reproduce los títulos de los capítulos de uno de los libros más imponentes, una especie de Biblia escandinava titulada *Antiquitates Americanae sive Scriptores Septentrionales Rerum Ante Colombianarum in América* que, como fácilmente cabe deducir, se refiere a los escritores nórdicos anteriores a la conquista de América por Cristóbal Colón. La simple lectura de la relación de capítulos es más que cautivadora, y ahí aparece el formidable islandés Snorri Sturluson, o la saga de Erick El Rojo, amén de la navegación de Aro Marson a la remota Hvítamannaland. También otros personajes míticos como Biorn Asbrandson, llamado Breidoikingakappe ilustran este gran libro que también habla de los vestigios antiguos escandinavos hallados en la costa este de Estados Unidos, concretamente en Massachussets o Rhode Island.

Llegados a ese punto el lector de Gil ya no sabe si se ha perdido gozosamente en un relato de Borges. Lo que no deja de ser prodigioso porque el gran escritor bonaerense nacería medio siglo después de la muerte del berciano.

Trabajos históricos de la Sociedad de Anticuarios



Como el conocimiento que generalmente tenemos en España del movimiento literario de Europa se reduce a las no muy abundantes noticias que nos llegan por medio de nuestros vecinos transpirenaicos, creemos hacer un servicio a nuestros lectores dándoles cuenta de las tareas de los sabios dinamarqueses que componen la Sociedad de Anticuarios del Norte, objeto de la constante solicitud de aquel ilustrado monarca [Frederick VI, en la imagen] y foco de vivísimos resplandores en la esfera de las ciencias.

Después de la irrupción de los septentrionales sobre el imperio romano, todos los pueblos que lo componían, por necesidad hubieron de sufrir modificaciones de harto bulto, y hasta cambios radicales en las condiciones de su vida política y social imposibles de explicar y aun de concebir, a no remontarse al origen de estos fenómenos, estudiando la índole y costumbres de los conquistadores. Para levantar sobre una base segura el edificio de su historia, casi todas las naciones europeas tienen que subir a un manantial primitivo de donde naturalmente deriven cuantos cambios y diferencias se noten en la marcha progresiva de su civilización y cultura. Con razón dice el acta de la sesión celebrada por dicha Sociedad en 1838, “que el estudio completo de la historia de alguno de estos países necesita tanto beber en la fuente de los archivos del Norte, como necesitaba la historia de Roma recurrir a la Grecia y al Asia para conocer a fondo su origen”.

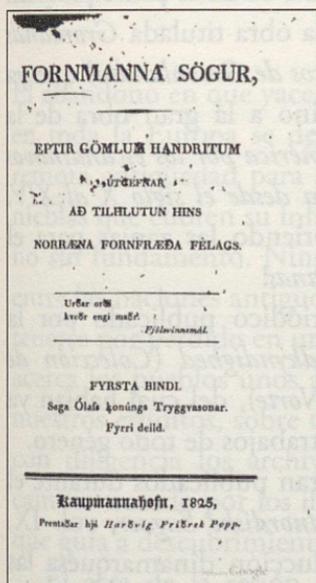
Afortunadamente, y gracias al celo del muy respetable presidente de nuestra Academia de la Historia, el señor Fernández Navarrete⁹¹, tenemos a mano las actas de las sesiones correspondientes a los años de 1834, 35, 36, 37, 38 y 39, y podemos dar a nuestros lectores una idea aunque breve, segura de los principales adelantos que las ciencias de la historia deben a esta ilustre Corporación. Esta clase de descubrimientos y trabajos, por otra parte, no son de aquellos que por su carácter ligero y fugitivo no pueden tener más destino ni empleo que llenar las columnas no menos fugaces y pasajeras de un diario: el carácter de gravedad y solidez que los distinguen, son de aquellos que aseguran el respeto y la

⁹¹ El descubrimiento de América y los viajes de Colón estaban entonces de actualidad; tres meses antes, Gil acababa de leer la *Colección de viajes y descubrimientos* que reseña en los números 4 y 6 de *El Pensamiento*. Aquel mismo año, su amigo Martínez de la Rosa pronuncia un discurso ante el 7º congreso del Instituto Histórico de Francia, donde reivindica la figura de Colón, como no podía ser menos, en la misma línea patriótica de Gil, y se hace eco, desde París, de los trabajos de la REAL SOCIEDAD DE ANTICUARIOS DEL NORTE: “Como tengo el honor de ser miembro de dicha sociedad, su secretario me ha enviado hace poco una recopilación de sus trabajos, y entre ellos se encuentran algunos detalles sobre esta obra, cuyo autor es el mismo secretario, Mr. Rafn. (...) Un hecho fuera de duda es que los escandinavos hicieron algunas excursiones en el litoral de la América del Norte (...) pero no se encuentra el lazo con los grandes descubrimientos de Cristóbal Colón” [*Revista andaluza*, t. III, Sevilla, 1841, p. 288 y ss., publicado también en *El Correo Nacional*].

alabanza de todos los amigos del saber, y abren camino por la enmarañada selva de la historia antigua.

π

Durante los años de 1832 y 1833, la Sociedad publicó las obras siguientes: *Fornmanna Sögur*, vol. I, VIII y XI; *Oldnordiske Sagaer*, vol. I, VIII y XI; *Scripta histórica islandorum*, vol. I, V; o sean sagas⁹² históricas de los sucesos acaecidos fuera de Islandia, publicados en la lengua original con traducciones dinamarquesas y latinas. Estas obras comprenden el período que corre desde mediados del siglo X hasta principios del XIV, y contiene la historia de los reyes de Dinamarca y Noruega correspondientes a esta época.



Islendinga Sogur, vol. I, II, o sagas históricas de los sucesos de Islandia publicadas en la lengua original, entre las cuales se encuentra *Landnamabok*, que trae la descripción de los primeros establecimientos en Islandia.

Faereyinga Saga, o historia de los habitantes de las islas Feroe, publicada en idioma islandés, con una traducción en la lengua usada en las islas y otra en lengua dinamarquesa, acompañada del mapa de las islas.

Fornaldar Sogur Nordrlanda, vol. I, III y *Nordiske Fortids Sagaer*, vol. I, II, o sagas mitológicas, históricas o novelescas de los acontecimientos del Norte antes de la ocupación de la Islandia en el siglo IX, principio de la era propiamente histórica, publicadas en lengua islandesa, con una traducción dinamarquesa.

Krakas Maal, Epicedium Ragnaris Lodbroci, o *Canto de las proezas y muerte heroica de Ragnar Lodbrok*, rey de Dinamarca, que murió en

⁹² Saga en su verdadero sentido es la musa histórica del Norte; pero se llaman también saga todas las crónicas o relaciones que comprenden una serie determinada de sucesos. [Nota de Gil].

Inglaterra. Este canto está publicado en cuatro lenguas, a saber: la original, francesa, dinamarquesa y latina.

Nos ha parecido justo dar cuenta circunstanciada de estos monumentos literarios, cuya importancia histórica salta a los ojos; pero por no alargar este artículo demasiado, no nos detendremos a hablar de los notables descubrimientos arqueológicos hechos en Groenlandia, tanto por los misioneros como por los empleados del gobierno, ni del viaje del capitán Graah, emprendido por orden del mismo con objeto de averiguar la situación de la antigua colonia europea, conocida con el nombre de *Eistribygd* y de la diócesis de *Gardar*, que durante muchos siglos permaneció en estado floreciente; ni de otras muchas investigaciones y trabajos a que por todas partes se daba principio. Sin embargo, nos parece justo hacer mención de la obra titulada *Gronlands Historiske Mindesmaerker* (*Monumentos históricos de Groenlandia*) que ya estaba en prensa en 1834, y que abría camino a la gran obra de la Sociedad: *Sobre el primer descubrimiento de América por los escandinavos y de los viajes que con este objeto emprendieron desde el siglo X al XIV*. ¡Con tanto pulso y detenimiento se iban abriendo las zanjias para el majestuoso edificio de las *Antigüedades Americanas*!

Tampoco se debe dejar en olvido el periódico publicado por la Sociedad con el título de *Tidsskrift for Oldkyndighed* (*Colección de memorias sobre los objetos de antigüedades del Norte*), del cual habían ya salido dos tomos llenos de interesantes y raros trabajos de todo género.

En el acta de la sesión anual de 1835 constan publicados durante el año anterior: *Fornmanna Sögur*, vol. IX; *Oldnordiske Sagaer*, vol. IX, obras que contienen en texto islandés y traducción dinamarquesa las sagas de los reyes de Noruega desde 1284 hasta 1340. Igualmente constan una porción considerable de resultados conseguidos en las excavaciones hechas en Groenlandia. La impresión de la obra sobre los monumentos históricos de este país y sobre el descubrimiento de América por los antiguos escandinavos, se continuaba con calor.

En la sesión anual de enero de 1836, el presidente M. Schlegel da cuenta de haber salido a luz las siguientes obras: *Fornmanna Sögur*, vol. X; *Oldnordiske Sagaer*, vol. X; *Scripta histórica Islandorum*, vol. VI. Los dos primeros volúmenes contienen el período de 1240 a 1274, que termina la serie de las sagas de los reyes de Noruega comenzada en esta

obra. El volumen tercero comprende las sagas de los mismos desde 1035 hasta 1093.

Entre las memorias y disertaciones con que la Sociedad ha ilustrado el año de 1835 la antigua historia del Norte, ha llamado muy particularmente nuestra atención el *Tratado sobre las relaciones amistosas de los antiguos escandinavos con la península Ibérica*, del señor E. C. Werlauff. Esto, según observa muy acertadamente el señor Navarrete en el discurso pronunciado en la Academia de la Historia en noviembre de 1840, “confirma la noticia de que posteriormente, en el siglo XIV, según los documentos insertos en la Historia de Rusia de Karamsin, ya los atrevidos navegantes de Vizcaya y Guipúzcoa penetraban hasta los últimos senos del Mar Negro”.

ض

El abandono en que yacen entre nosotros los estudios históricos, cuando en toda la Europa se desentierran con ansia los escombros de la más remota antigüedad para reconstruir la verdadera historia y deshacer las nieblas que cubren su infancia, es un cargo grave que se nos puede hacer no sin fundamento. Ningún esfuerzo que tienda a poner de manifiesto entre las naciones antiguos vínculos de amistad o de común origen debe tenerse por perdido en una época en que la natural dirección de las ideas acerca los pueblos unos a otros. Sería muy de alabar por lo mismo que nuestros eruditos, sobre todo los de las provincias del Norte, registrasen con diligencia los archivos públicos y particulares a fin de seguir el camino trazado por los ilustres miembros de la Sociedad de Anticuarios que guía a descubrimientos tan nobles como útiles.

El acta de la sesión anual de 1837 manifiesta haberse publicado: *Fornmanna Sögur*, vol. XII; *Oldnordiske Sagaer*, vol. XII; *Scripta histórica Islandorum*, volumen VIII. Con los dos primeros volúmenes concluye el texto islandés y la traducción dinamarquesa de la primera serie de las sagas históricas que contienen los sucesos ocurridos fuera de Islandia, con estudios cronológicos y geográficos, con un registro analítico, una redacción en prosa de los poemas o cantos esparcidos por todas las sagas y un vocabulario de las palabras más desusadas. El último volumen contiene la historia de los reyes de Noruega en latín desde 1093 hasta 1184.

También da cuenta esta acta de la eficaz cooperación que ha prestado a los trabajos arqueológicos relativos a la obra sobre el descubrimiento de América por los escandinavos, la comisión nombrada por la Sociedad histórica de Rhode Island, en los Estados Unidos, prueba incontestable cuanto consoladora de la fraternidad y franca correspondencia que existen entre las corporaciones literarias y científicas y que tan risueño porvenir asegura a la causa de la civilización y de las luces.

Ni merecen menos alabanza las pesquisas y diligencias arqueológicas que en el mismo año llevaron a cabo en Groenlandia los misioneros y empleados del gobierno, y que la sociedad tenía en mucho para los monumentos históricos de este país. Por fin estas dos obras tan deseadas en el mundo literario, particularmente la primera, aparecieron en 1837 según lo atestigua el acta del siguiente año.

La primera titulada *Antiquitates Americanae sive Scriptores Septentrionales Rerum Ante Columbianarum in America*, que es una colección de antiguos manuscritos escandinavos que contienen la fuente de la historia de América antes de Colón, ha sido publicada por el caballero Rafn enriquecida con gran copia de introducciones, citas confrontadas, noticias críticas, filológicas e históricas y averiguaciones arqueológicas y geográficas. De sus trabajos y observaciones se deduce que Biarne Heriulfson descubrió las playas americanas en 986, y que después a principios del siglo XI las visitaron en diversas ocasiones Leif y Thorvaldo, hijos de Erick el Rojo, y Thorfinn Karlsefne y otros que probablemente fundaron establecimientos en ellas.



CARL CHRISTIAN RAFN (1795–1864), defensor del descubrimiento de América por los vikingos siglos antes que Colón, y verdadero artífice de la creación literaria de las sagas nórdicas, mencionado por Enrique Gil y por Martínez de la Rosa, publicó numerosas obras de las que *El Laberinto* reseña las principales: *Fornmanna Sögur* (12 vol., 1825–1837); *Antiquitates Americanae* (1837); *Grønlands historiske Mindesmærker* (1838–1854), etc.

Como es muy posible que en toda España no se encuentre más ejemplar de esta obra que el que recientemente ha llegado a la Academia de la Historia, creemos conveniente insertar a continuación sus

capítulos, porque de esta manera se vendrá en conocimiento de su plan y dimensiones.

- I. Introducción con una disertación adjunta sobre la fecha y la autenticidad de los antiguos manuscritos que tratan de la historia de América anterior a Colón.
- II. Saga de Erick el Rojo, o relación histórica de Erick el Rojo y de los groenlandeses.
- III. Saga de Thorfinn Karlsefne y de Snorre Thorbranson, con algunas adiciones sacadas de la saga titulada *Landnamabok*, de las sagas de los reyes de Noruega, escritas por Snorre Sturlason y de las de Olao Triggvason y de Eyrbyggja.
- IV. Del primer descubrimiento de Islandia y de los cenobitas llamados *Papais* que habían vivido en ella.
- V. De los primeros establecimientos de Groenlandia y de la ocupación anterior de este país por los esquimales.
- VI. De la navegación de Aro Marson a Hvitramannaland o a Irland it mikla y de su residencia en el país.
- VII. De Biorn Asbrandson, llamado Breidoikingakappe.
- VIII. De Gudleit Gudlaugson.
- IX. Extractos de los anales islandeses, a saber: del viaje hecho a Vinland (tierra de viñedo) en el año de 1112 por Erick, obispo de Groenlandia; del viaje de los hermanos Adalbrando y Thorvaldo, hijos de Helge, y sacerdotes de Islandia, el año de 1285, y de un viaje a Markland en 1347.
- X. De la residencia de los groenlandeses en los países boreales, llamados Greipar y Kroksfiardarheidi.
- XI. Extractos de las antiguas obras geográficas islandesas: a) compendio de la geografía del siglo XII y XIII en que están indicados los principales países de Asia, África, Europa y aun América, con un facsímil completo; b) fragmentos de una geografía más circunstanciada; c) *Gripla*, colección geográfica; d) *Chorografía* antigua de Groenlandia; e) descripción de Groenlandia por Ivar Fardson.
- XII. Un poema en lengua de las Islas de Feroe en que se trata del Vinland.
- XIII. Mención del Vinland hecha por Adán de Brema, escritor del siglo XI, documento copiado de un códice en pergamino, perteneciente a

la biblioteca de la Corte de Viena.

XIV. Descripción de varios monumentos antiguos de Groenlandia.

XV. Descripción de monumentos antiguos hallados en el Massachusetts y Rhode Island, según los datos y relaciones suministrados por el doctor Webb en Providence, con los diseños de mano del señor Jhon R. Barlett, de New York.

XVI. Indagaciones geográficas: a) observaciones sobre la Islandia y Groenlandia, sobre la costa oriental y occidental, y sobre los *Nordsetur* del último país; b) sobre las descubrimientos del litoral oriental de América, señalado con los nombres de Helluland, de Markland y de Vinland; d) sobre el descubrimiento de los países meridionales; e) sobre la situación del país descubierto por Adalbrando y Thorvaldo; f) sobre las relaciones seguidas con los países americanos durante los siglos inmediatos al primer descubrimiento.

Concluye la obra con un resumen cronológico, un registro de nombres, otro geográfico, una lista de materias, y varios árboles genealógicos de los primeros descubridores de América.

ق

Pasando ahora a su parte material, debemos decir que aun el más descontentadizo quedaría sin duda satisfecho a vista del hermoso papel, del claro carácter de letra, de los grabados, de un acabado precioso de los mapas, y por último de los facsímiles en que se ve el polvo y el color de los manuscritos. Los *Monumentos Históricas de Groenlandia* están redactados con la misma erudición, pero su interés no es de tanta trascendencia y generalidad como el de las *Antigüedades Americanas*.

Cuánto haya sido el entusiasmo que excitaron estas en la Europa culta, y sobre todo en los Estados Unidos, nos lo da a entender el acta de la sesión anual de 1839. Por ella sabemos que en Massachusetts, en Providence y en New York se habían formado cursos de esta obra y que las alabanzas de la prensa periódica habían sido tan numerosas como unánimes. Además de esto, la disertación del caballero Rafn sobre el descubrimiento de América por los escandinavos, se vio traducida en muy corto espacio de tiempo en inglés, francés, alemán, holandés y polaco, señal evidente del sumo aprecio con que los sabios de todos los países acogían esta clase de publicaciones.

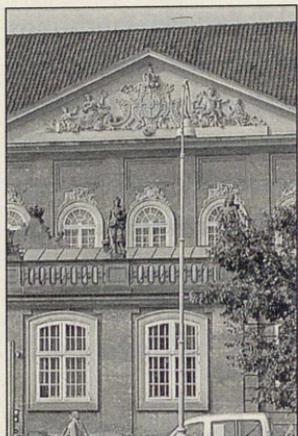
En 1839, la Sociedad de Anticuarios continuaba sus interesantísimos trabajos con la gran serie de *Islendinga Sogur* o sagas que tratan especialmente de Islandia, y para ello había nombrado una *Comisión para la antigua geografía de Islandia*, compuesta de personas de conocido saber. Su conducta desinteresada y generosa, la viva solicitud con que por todas partes procura anudar vínculos de estrecha correspondencia con todos los cuerpos literarios y científicos extranjeros, y la protección especial de su soberano y de otros potentados del Norte, la ponen en proporción de ensanchar cada día más los dominios de la historia y de la crítica.

En medio de la política embozada y tortuosa de los gobiernos, sirve de consuelo no pequeño el ver la franca comunicación de las corporaciones sabias entre sí, que allanando el camino a la marcha de las ideas, preparan sin duda para el porvenir gérmenes desconocidos de paz y de ventura. Por nuestra parte, nos complacemos en ver la buena armonía que la Academia de la Historia mantiene con los ilustres anticuarios del Norte, armonía de que son buena prueba las atentísimas cartas que su digno presidente ha tenido la bondad de enseñarnos.

Ġ

Por no extender demasiado los límites de este artículo, no hemos dado cuenta de las importantes memorias y disertaciones que la Sociedad ha publicado en sus anales y colecciones, y que abrazan infinitos puntos, así de arqueología como de historia, dignos de la atención de toda persona ilustrada; pero solo daríamos una idea muy imperfecta de la protección que merecen allí estos estudios, si no hablásemos del enriquecimiento progresivo del Museo de Antigüedades del Norte, y del aumento de fondos de la Sociedad. El primero ha adquirido desde 1831 hasta 1838, 2.857 números u objetos diferentes; y los segundos, de 12.500 risdales que componen la cotización de 1833, habían subido en 1839 a 26.000 risdales⁹³.

⁹³ El risdal de plata era moneda antigua de Dinamarca, Sajonia y otros países, equivalente a 19 reales en 1763 (según las equivalencias de Andrés Arnús, *Colección completa de reducciones de monedas, pesos y medidas*, 1836). También existía el medio risdal o florín.



La protección especial que el rey de Dinamarca dispensa a esta corporación hace infinito honor a su corazón y a su talento. Los viajes y expediciones que de su orden se emprenden, prueban a las claras el vivo interés que se toma en los adelantos e instrucción de su pueblo, y en el cultivo de la planta de su nacionalidad. ¡Quiera Dios que nuestro gobierno se vea pronto en el caso de atender a estas urgentes necesidades y que entonces no se le entibie la voluntad! Pero ya que los apuros del erario le aten las manos para enviar al extranjero alguna persona de luces y aplicación que traiga a su país todas las ideas y descubrimientos útiles, por lo menos adquiera para la Biblioteca Nacional, para la desamparada y manca Biblioteca Nacional, las obras que como las *Antigüedades Americanas* en cuanto ven la luz absorben la atención de la Europa culta, y de las cuales sin embargo, solo por casualidad o de un modo harto indirecto, tenemos aquí noticia. Este es un gasto insignificante y mezquino, y de todas maneras inferior a las ventajas que proporciona, sin las cuales eternamente permaneceremos rezagados del movimiento intelectual del mundo.

El Pensamiento, tomo I, entrega 11, pp. 251–255, ¿1 de octubre?, 1841

11. *Bosquejos de España*, de S. E. Cook [1844]



SAMUEL EDWARD COOK WIDDRINGTON (1787–1856), capitán de navío de la Royal Navy –no confundir con el capitán James Cook, descubridor de Australia–, fue un marino y escritor inglés que recorrió España entre 1829 y 1832, escribiendo dos libros de viajes de mucho éxito en su época: *Sketches in Spain* (1834) y *Spain and the Spaniards in 1843*.

Bosquejos de España

CÉSAR GAVELA



Enrique Gil tenía alma viajera. Pese al poco tiempo que estuvo en la vida y pese a las dificultades económicas o a las derivadas de su salud, tan pronto quebrantada, procuró siempre que pudo conocer lugares nuevos. En el último tramo de su vida recorrió la costa mediterránea española y buena parte de Francia, con estancias en París y Ruán, también en el actual Benelux y finalmente Berlín. Un viaje este, el más importante de su vida, también el de su muerte, que el escritor leonés dilató durante varios meses para observar mejor esos países. Sus adelantos, su pulso cotidiano y muchos otros aspectos políticos, sociales, jurídicos o culturales.

En el preámbulo de este ensayo sobre el libro *Bosquejos de España*, obra del capitán Samuel Edward Cook, de la Marina Real Inglesa, Enrique Gil critica al viajero que visita un país con ideas preconcebidas, muchas veces tomadas de la lectura de otras personas que le antecedieron. Planteamiento que está abocado a echar a perder los frutos del recorrido. Lo que propone Gil es viajar con la mayor inocencia posible y “juzgar las cosas en su valor intrínseco, desnudas de las convenciones sociales y sin referirlas sino a aquellas ideas

eternas, fijas e invariables en que se funda la esencia de lo bueno, lo bello y lo verdadero”.

El leonés comenta el desprecio que muchos extranjeros, particularmente franceses, mostraron en sus libros de rutas por España. No sucediendo lo mismo con los británicos. Y como prueba de ello esgrime el gran volumen de George Borrow, *La Biblia en España*, con toda probabilidad el más hermoso libro de viajes por tierras ibéricas que se escribió en el siglo XIX; y eso que la centuria fue muy pródiga en títulos de esa temática. España era un paraíso para los viajeros procedentes de los estados más ricos y desarrollados de Europa porque nuestra nación aún poseía un tipismo muy peculiar.

España era un territorio grande y no muy poblado, con comunicaciones muy deficientes, en buena medida debido a las dificultades orográficas. Era también un país de fondas sucias y espartanas y de ciudades descuidadas donde vivía una sociedad poco alfabetizada. Una situación que luego iría modificándose, a gran velocidad. Tanto es así que la España de Clarín o de Galdós ya es muy diferente de la propia de Gil y Carrasco. En menos de medio siglo la nación progresó enormemente. Se tendieron muchas líneas ferroviarias, se intensificó la industrialización, se aprobaron leyes modernizadoras y se produjo un desarrollo económico y social más que notable. Algo que no sucedía aún cuando el capitán Cook se adentró en España, en los años 1829-1831, decidido a recorrer el país en diversos viajes radiales, con centro en Madrid. Rutas que anotó con rigor y que, para Enrique Gil, fueron narradas siempre con un “estilo modesto y desnudo de pretensiones” y también, con “benevolencia y nobleza”.

A partir de ahí el berciano irá comentando, un poco a vuelapluma, las andanzas de S. E. Cook. En un punto de ese recuento interviene para opinar que la España de su tiempo era un lugar con “gran número de contradicciones, de anomalías y paradojas; mezcla de inteligencia por parte del pueblo y de estupidez por la de los gobernantes; de libertad y esclavitud; de rudeza que casi toca en la vida salvaje y de la más alta civilización”.

Concluyendo así: “el discordante resultado de semejantes causas y combinaciones da a este país aquel interés que sienten la mayor parte de las gentes”. Nuestro atractivo era hijo de nuestro casticismo y de la existencia de muchas Españas, no tanto por razones geográficas y culturales, que también, cuanto por los diferentes modos de vida que tenían la clase alta y el pueblo, los alfabetos y los iletrados, las personas urbanas y las que vivían en entornos rurales.

A partir de ahí Gil irá comentando en su artículo los recorridos de Cook. Sus viajes por Granada o Murcia, también uno a Torreveja, villa que entonces acababa de sufrir un cruel terremoto. Naturalmente no podemos citar ahora todas las impresiones que Gil espiga de la obra del británico, pero sí consignar un criterio general, que nos deja bien parados a los españoles. S. E. Cook resalta la amabilidad de los que manejaban las incómodas diligencias y la hospitalidad y modales exquisitos de muchas personas con las que tuvo trato. Pondera la belleza y gracia de las mujeres españolas y la sencillez y talento de los hombres de ciencia. También resalta Cook “la agudeza y disposición para la conversación”, considerando que ningún pueblo aventaja en tal punto a los españoles.

El capitán se detiene además en aspectos muy curiosos y diversos, desde la fiesta de los toros a las diferentes tipologías de los ladrones. Dedicando por último largos capítulos a hablar de cuestiones artísticas, económicas, geológicas o botánicas que prueban la gran pasión que el capitán Cook sintió por nuestro país. Convirtiéndose en un animoso antecesor de la imprescindible y fructífera nómina de hispanistas británicos.

Bosquejos de España (Sketches in Spain), de S. E. Cook

Aunque la importancia de los viajes está fuera de toda duda, pues sabido es que pocas cosas, tal vez ninguna, maduran más el entendimiento y fortifican el juicio, para nadie deben tener más precio que para los países mismos, que son objeto de esta clase de investigaciones. Las preocupaciones de la educación, el ascendiente irresistible de la costumbre, los recuerdos más dulces de la vida, y por último el amor a la patria, que suele ser, si no la más ardiente, por lo menos la más duradera de las pasiones, contribuyen a cegar nuestros ojos y forman en derredor de nosotros una atmósfera moral, si así puede llamarse, que no por invisible deja de influir poderosamente en nuestras ideas. Por eso es tan instructiva la comparación entre nuestras impresiones y las de otras personas cuyo criterio no ha sufrido las mismas modificaciones desde luego; por eso semejantes análisis y observaciones suelen ser camino derecho de la verdad y fianza segura del progreso; y por eso, finalmente, una de las esperanzas más firmes que puede abrigar nuestro corazón, es la de que la comunicación continua entre las diversas familias del linaje humano acabará por establecer, si no las relaciones de amor del

Evangelio, por lo menos aquella tolerancia y benevolencia que tanto adelantan la causa de la civilización universal.

Era máxima del célebre Bacon de Verulamio, que el saber somero solía ser causa de irreligión, mientras el profundo nos llevaba a Dios, su manantial inagotable y puro. Una cosa bastante parecida se puede decir de los viajes. El que visita un país con un sistema de antemano formado, en posta o por las huellas de otros viajeros no menos presurosos y superficiales, sobre todo cuando este país está marcado con el sello de una individualidad profunda y coloreado con un sin fin de matices, eso no solo contribuirá poco a rectificar sus ideas y dar solidez a su juicio, sino que sus observaciones serán un funesto presente a quien las leyere y causa suficiente de conservar vivas y chorreando sangre las antipatías y pretensiones, no siempre fundadas, de las naciones entre sí.

Por el contrario, el viajero que al recorrer una comarca hace abstracción de sus recuerdos y discursos anteriores, que juzga las cosas en su valor intrínseco, desnudas de las convenciones sociales, y sin referirlas sino a aquellas ideas eternas, fijas e invariables en que se funda la esencia de lo bueno, lo verdadero y lo bello; el que lleve, en suma, por guía en sus indagaciones la imparcialidad del filósofo y la benevolencia que por lo común suele servir de fondo a la verdadera ilustración, ese será eficacísimo obrero en la tarea de la reconciliación universal y campeón esforzado en la gran batalla del error y la verdad.

Por desgracia de nuestra hermosa España (y no es por cierto la menor de las suyas) rarísima vez le acontece abrigar en su seno a quien no se complazca en abrir en él heridas más o menos profundas, y no se empeñe en hacerle expiar, ya con el aguijón del sarcasmo, ya con las venenosas armas de la calumnia, lo poco que le queda de su grandeza pasada. ¡Tarea tan triste como indigna, y a la cual para desdicha nuestra y mengua y baldón del siglo en que vivimos han contribuido nombres de los más ilustres!

El coronel Napier y los lores Londonderry y Aberdeen se han empeñado en deslucir nuestra gloriosa guerra de la Independencia, no de otra suerte que si la ignominia de la nación española fuese digno pedestal a la grandeza del duque de Wellington, su ídolo y patrono. Chateaubriand, como para descontar superabundantemente los interesados elogios que en *El Último Abencerraje* hacía del carácter

español con una intención puramente política, y mientras duraban los heroicos esfuerzos contra Napoleón, ha acumulado los errores más torpes y groseros sobre nuestra índole y costumbres en *El Congreso de Verona*. Jorge Sand ha dicho del pueblo balear que serían capaces de comerse unos a otros; y por último, Théophile Gautier ha venido el postrero a regalar a la prensa francesa y a la Europa culta esa sarta de disparates y sandeces, que tantas veces han hecho asomar la sonrisa de la compasión y del desprecio a los labios de las pocas personas que del lado de acá de los Pirineos se han tomado el trabajo de leerlos.

De los más, tenemos razón para quejarnos; pero nuestros vecinos transpirenaicos de tal manera han traspasado más de una vez la raya de la racionalidad y verosimilitud, que sus mismas exageraciones han servido de correctivo y contraveneno a la desventajosa opinión que de nosotros pudiera formarse, si la gente pensadora de otros países hubiera de atenerse a sus peregrinas invenciones.

Conocida es la conciencia de sus opiniones, la modestia de su carácter, la sencillez de su estilo, las penalidades a que se sujetan solo por amor a la verdad, y por último, su indiferencia hacia el efecto que puedan producir, para que sus aseveraciones tengan siquiera el peso de la probidad. Con sentimiento lo decimos, pero hasta ahora no ha llegado a nuestras manos obra alguna francesa, sobre todo de los últimos tiempos, en que no se rinda un homenaje de ruin lisonja a las preocupaciones que aquel pueblo ilustrado y culto, por una extraña contradicción, abriga contra nosotros.

Por desgracia, las observaciones de los demás viajeros europeos que más de una vez nos hacen justicia, rara vez llegan a indemnizarnos de las imputaciones y desvaríos de los franceses, pues sabido es qué lastimosa ignorancia reina generalmente entre nosotros sobre las demás lenguas. Estrella nuestra debe de ser sin duda, que la relación y estrecha alianza con Francia, reclamada por la buena política, haya de fallarnos más de una vez, y que su literatura, sus artes, y aun su moral, distantes como el cielo de la tierra de nuestro carácter, de nuestros hábitos, de nuestros antecedentes, de rondón se nos entren por las puertas. Con cualquier otro de los pueblos europeos nos unen simpatías y concordancias más marcadas: Walter Scott y Manzoni se asemejan infinitamente más en la novela a Cervantes que Víctor Hugo, Dumas, Soulié y demás escritores

franceses de este género. Nuestro teatro indígena se parece harto más al de Shakespeare que al clásico de Luis XV y al desbarajustado de nuestros días; nuestro Espronceda tenía más analogías con Lord Byron y Tomás Moore, que con ninguno de los poetas vecinos, y en prueba de lo bien que nos comprenden, los alemanes traducen palabra a palabra y verso a verso las obras de nuestro Calderón, y su entusiasmo aventaja al nuestro propio.

¿Por qué fatalidad, pues, ya que el árbol de nuestra grandeza literaria y artística ha perdido gran parte de aquella savia que antes le hacía lozano y frondoso entre todos, nos empeñamos en injertarle con un vástago tan exótico y desdeñamos los retoños de la misma familia?

ض

La lectura de los *Bosquejos de España* del capitán Cook; *La Biblia en España*, de Borrow, y las *Escenas de la vida en Méjico*, de la señora de Calderón de la Barca, obras todas inglesas, nos han sugerido estas reflexiones y consolidado una opinión que comenzó a formarse en nuestro entendimiento no bien saltó los límites de la literatura francesa, presente por desgracia a sus ojos antes que las demás de Europa, y aun que la patria misma. Supuesta la mayor analogía de carácter entre la gravedad española, la seriedad inglesa y la meditabunda tendencia del pueblo alemán, bien podía deducirse que sus monumentos literarios y artísticos, genuina expresión de su sentimiento íntimo, habían de estar ligados con los españoles por vínculos de parentesco próximo; pero como suele suceder con las teorías que la razón calienta en su seno, la práctica y el detallado cotejo no han hecho más sino poner a nuestros ojos de manifiesto la exactitud de la presente.

Buena prueba de ello es el libro de que nos hemos propuesto hablar en este artículo, recomendable no ya por la solidez de juicio que descubre, no ya por su estilo modesto y desnudo de pretensiones, sino por la benevolencia y nobleza que en cada página transpira y que tan vivo contraste forma con el espíritu acre y ciegamente mordaz, alma de una gran porción de escritos de este género.

La prodigiosa cantidad de noticias que contiene, y que apenas podía figurarse nadie que cupiesen en tan breve espacio, prueban además la diligencia suma del autor, y la manera con que aprovechó su residencia

de cerca de tres años en España. Largo es el camino que hemos andado desde 1829, 30 y 31, época a que se refieren las observaciones del capitán Cook; numerosas las transformaciones políticas y sociales desde entonces experimentadas; graves sin duda alguna las alteraciones en las costumbres, y sin embargo nadie dejará de conocer en estos apuntes, no solo la España que pasó, sino la España misma de nuestros días, por trocada que aparezca. Sus principales rasgos están señalados tan profunda y hábilmente que no pueden ocultarse a nuestros ojos y son buena muestra de la sagacidad y detenido examen del autor.

En este libro —dice en el prólogo—, se hallará un análisis de la manera de gobernar muy poco conocida fuera de España, y de la rara amalgama de los diversos brazos del gobierno; de las ramas militares y civiles de la administración; del clero, los monjes y los establecimientos eclesiásticos y sus rentas; de los usos y modales del pueblo; de los ladrones y el sistema adoptado por esta ralea de gentes; del comercio y las rentas, con una relación de algunos curiosos modos de cobrar las contribuciones sumamente parecidos a los usados en el Oriente. También se hallará una noticia de los mármoles, vinos, caballos y minas considerados desde el punto de vista económico. Se encuentra además un bosquejo descriptivo del nacimiento, progresos, decadencia y restauración de la arquitectura con noticias de los mejores arquitectos. La escultura está también ordenada, y se da otra noticia histórica de sus progresos desde su época más temprana hasta la presente, con relación de los sitios donde se encuentran las obras más eminentes de cada autor. Iguales datos y con el mismo plan se proporcionan acerca de los pintores con un bosquejo completo de todas las escuelas en ambos ramos, en que apenas se echa de menos un miembro precioso.

La última división de la obra trata de historia natural:

En ella se encontrará relación de los bosques de España, incluso los Pirineos, y una noticia de la natural vegetación del arbolado por todo el país, con sus zonas o grados de elevación, y algunas especies nuevas o poco conocidas.

Va asimismo un breve sumario de la ornitología, y una noticia de las especies que pudo observar el autor y que no son conocidas. La conclusión contiene una idea general de la

estructura geológica de la mayor parte de España, gran porción de la cual es nueva o se conoce imperfectamente. Los capítulos sobre bosques y geología tienen planos aclaratorios para facilitar su explicación.

Ni es esto solo lo que el autor abraza, pues en el capítulo de las relaciones con Francia, último del tomo primero, anda muy político y atinado, si bien no acierta a desprenderse enteramente en ocasiones de su tendencia puramente inglesa. Todos estos puntos están tocados con raro juicio, generalmente hablando, en dos solos volúmenes de regular extensión; cosa que parecería increíble a no advertirnos el autor "que empleó el más exquisito cuidado en condensar y concentrar; pues de lo contrario, claro está que la obra se hubiera extendido mucho, cosa que procuró evitar".

Tan al pie de la letra se encuentra cumplida esta promesa, que habiendo de acompañarle nosotros en ocasiones, preferiremos extractarle, bien convencidos de que nuestro resumen nunca acertaría a ser tan compendioso y nutrido como el suyo. De esta suerte lograremos dar a conocer al mismo tiempo el estilo y razonamiento del capitán Cook a los lectores, que de otra suerte se verían privados de ellos, o por no comprender el original o por no poseerlo; y con tanta mayor razón nos determinamos a este partido, cuanto que el candor y buena fe que revelan los siguientes párrafos, y no se desmiente en toda la obra, da lugar a poquísimas rectificaciones por nuestra parte, y de esas ninguna fundamental:

El autor se ha guiado en sus averiguaciones solo por autoridades nativas, ya en documentos escritos, ya en informes de viva voz, que en grande abundancia están al alcance de quien se tome tiempo para vivir con el pueblo y adquirir su lenguaje, pues es el más tratable y despejado del mundo cuando llega a entendersele, y el más dispuesto a secundar las miras de los que procuren enterarse e instruirse entre todas las naciones de Europa que ha observado el autor sucesivamente.

Los favores recibidos sobre este particular y durante un trato de la mayor afabilidad con que el pueblo más humano y culto puede recompensar a un extranjero, sin más mérito a sus ojos que el de juzgar imparcialmente acerca de los asuntos pertenecientes al país, son más de lo que él por su parte puede pagar, y reclamarán

siempre su más vivo agradecimiento.

Excusado es advertir que las inexactitudes de las especies que circulan sobre este país son muy grandes. Los libros más entretenidos y mejor escritos publicados últimamente pululan en errores en cuanto a los hechos, por más agradable que sea su estilo. Los franceses y nosotros somos igualmente dignos de censura en el particular, cosa tanto más lastimosa cuanto que entrambas naciones han tenido extenso trato con España.

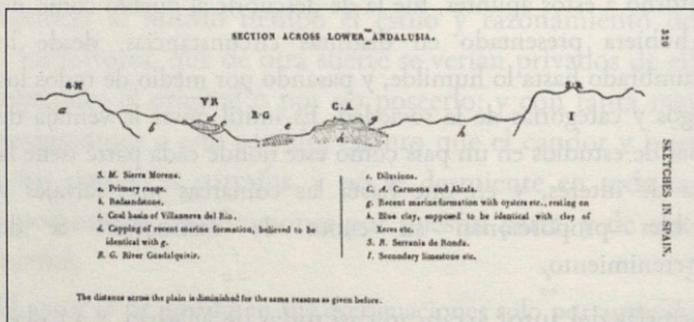
Al examinar los pormenores de la sociedad y del gobierno, debe tener presente el lector que hay gran número de contradicciones, de anomalías y paradojas; mezcla de inteligencia por parte del pueblo, y de estupidez por la de los gobernantes; de libertad y esclavitud; de rudeza que casi toca en la vida salvaje y de la más alta civilización. El discordante resultado de semejantes causas y combinaciones, da a este país aquel interés que sienten la mayor parte de las gentes, pero que nadie puede apreciar con exactitud a menos de haberlo presenciado.

La inestimable ventaja de las variadas tareas que sirven de contorno a estos apuntes, fue la de descubrir al pueblo como no se hubiera presentado en distintas circunstancias, desde lo encumbrado hasta lo humilde, y pasando por medio de todos los rangos y categorías de la sociedad. Es inútil notar la ventaja de variar de estudios en un país como este donde cada parte tiene la suya de interés, y en que hasta las comarcas más salvajes y terribles proporcionan su cuota de instrucción o de entretenimiento.

Las correrías del autor arrancan casi todas de Madrid, y a todas partes alcanzan, si se exceptúa Galicia y la parte más occidental de Castilla la Vieja. Lástima es esta excepción sin duda, pues en aquellos distritos hubiera encontrado abundantemente con qué satisfacer su afición a las ciencias naturales, y en especial a la geología y mineralogía, y otros datos curiosos, y que en vano buscaríamos en los pocos escritores que cuenta nuestro país en la materia.

Como quiera no nos es posible seguirle en todas sus excursiones, a menos de copiar su obra por entero, pero le acompañaremos en algunas ocasiones. Su primer viaje desde la capital, fue, según puede presumirse, a Andalucía, Córdoba, Granada y Málaga. Veamos la impresión que hizo en su ánimo la segunda de estas ciudades.

Atravesamos a Santa Fe, donde el ejército de los Reyes Católicos (nombre que se da a Isabel y Fernando) asentó sus reales durante el asedio. Ahora es un pueblo miserable con una suntuosa iglesia moderna. La vista de Granada por el lado de la vega, que es por donde yo me acercaba, es la mejor en conjunto, pues abarca todo el espacio de un lugar que en punto a magnificencia exterior no burlará seguramente las más alegres esperanzas. La extensión de la ciudad con sus numerosas torres y cúpulas desde el arrabal del otro lado de la puerta de Elvira al naciente, hasta la margen del Genil que la circunda por el poniente, coronada con las torres encarnadas de la Alhambra; con los numerosos jardines y viñas sembradas por en medio, la empinada y áspera cordillera que guía la vista a la perenne nieve del mediodía, forman un conjunto (*ensemble*), que apenas necesita para realce la ayuda de lo novelesco que acompaña su historia. Hacia el lado del poniente desemboca el Genil de una hermosa hondonada que puede seguirse con la vista durante un rato por entre viñedos, olivares y morales.



El Monachil, arroyo de caudal casi igual, que da su nombre a una aldea situada en un lugar ameno y apartado, rara vez visitado aun por los naturales de la ciudad, o lo recibe de ella, mezcla sus aguas a las del Genil más arriba de los paseos que son uno de los hechizos de Granada. Encima de Monachil está el camino más corto para Sierra Nevada, y una silvestre y pelada montaña separa su corriente de la del Genil en su origen, hasta que se juntan en la llanura de abajo. Después de salir de la garganta que ocupa la aldea, el Monachil toma una vuelta por un llano enfrente de la

⁹⁴ Dibujo original de Cook, *Sketches in Spain*, v. II, p. 320.

aldea de Azubia, la más hermosa de las que rodean la capital. Está situada en una colina que se extiende hermosamente a la manera de Frascati, con jardines y casas de campo, nobles cipreses y otros árboles, y es retiro favorito de los granadinos. Parte de los trabajos del sitio fueron dirigidos desde allí. Más allá, hacia el poniente, todo es un páramo árido y terrible.

En su siguiente viaje el autor visitó la costa de Murcia y particularmente Torrevieja, poco después del terrible terremoto de 1829 [en la imagen, grabado de la época]:



Torrevieja está, o más bien estaba, asentada en un banco bajo de roca (*a low table of rock*) entre el mar y una gran laguna salada. Entonces era un montón de ruinas, pues no quedaban en pie más edificios que los molinos de viento de las afueras, que por su figura redonda y poca elevación resistieron los destructores sacudimientos con que vinieron abajo todos los demás edificios. Ricos y pobres, grandes y pequeños cayeron envueltos en la común ruina y hubo gran dificultad en salir de las calles, que eran anchas y regulares. El temblor sobrevino a la oración sin el menor anuncio o alteración atmosférica con un movimiento oscilatorio desde poniente a oriente y todo el estrago fue obra de pocos minutos. Cerca de treinta personas perecieron, en especial de los que pasaban por las calles, con la caída de las casas de los lados. El cura, su anciana madre y una criada fueron de este número al salir de la suya. La población era de cosa de 2.500 almas, el lugar limpio y bien construido; los habitantes ahora estaban alojados alrededor en habitaciones provisionales.

Me salió al encuentro un hombre muy respetable que se ofreció a acompañarme alrededor del pueblo y me señalaba las localidades. Entre las demás, me mostró las ruinas de su propia casa sin quejarse ni hacer alusión alguna a su desgracia. Cuando acabó me llevó a su habitación que era una cabaña compuesta principalmente de ramas de palma y tan pequeña que no había que pensar en entrar en ella, pero me la ofreció junto con aguardiente y todo lo demás que tenía, con aquel noble, sencillo e inimitable desembarazo, peculiar a este pueblo. Las mujeres de mejor clase, algunas de ellas de mucho atractivo, estaban trabajando sin descanso en su bordado y en otras labores domésticas propias de la España mora, asomando sus cabezas por las estrechas ventanas, hasta que la ausencia de los últimos rayos de luz las obligaba a dejarlo.

Yo dormí en una cabaña en el sitio que representaba la posada, donde me pusieron una cama limpia tendida en el suelo. Las delgadas vigas estaban amarradas con cuerdas a las paredes para evitar accidentes, y la gente, cuyo cariño y atención nada podía sobrepujar, se aseguró que nada tenía que temer si algún sacudimiento ocurría durante la noche. Cuando me levanté al rayar el día, las mujeres estaban ejecutando con característica cordialidad los oficios que sus criados hubiesen hecho en su lugar en tiempos más felices, barriendo sus humildes *verandas*⁹⁵ y las delanteras de sus casas, de trapillo (*in loose attire*) como se habían levantado de sus camas, con su largo cabello (que si es la gloria de las mujeres, mucho más lo es de las españolas) suelto al viento y cayendo hasta más abajo de la cintura. Todo el paraje era una pintura de ingenua y alegre resignación. No se veía un mendigo, ni se oía entre ellos una queja, ni un murmullo.

También las pinturas del capitán Cook abundan, como ven nuestros lectores, en ingenuidad y gracia, y prueban la índole flexible y noble de su talento, pero hay otros pasajes en que con pocas pinceladas sabe

⁹⁵ Esta palabra que en letra cursiva y como española encontramos en el libro, no sabemos si es provincial o está equivocada pues no la trae el *Diccionario de la lengua*. [Nota de Gil]. El anglicismo de origen hindú que extraña a Gil entra en el *Diccionario* de Gaspar y Roig en 1855 y en el *Diccionario* de la RAE en 1927, con el significado de "galería o porche". En todo este artículo Gil, estudiante avanzado de inglés, prodiga citas en idioma original, con razón o sin ella.

trazar un paisaje vigorosamente y con soltura, a modo de los de Velázquez y Salvatore Rosa. He aquí el cuadro de Lanjarón:

Desde aquí, campo de Orgiva, una cuesta de una legua me condujo a una cumbre desde la cual se descubre la primera vista de Lanjarón, larga y desparramada aldea situada en una pendiente rápida que sube a Sierra Nevada, cuya eterna nieve se divisa a lo lejos por los descubiertos. La base en que descansa la aldea está cubierta de la vegetación más lozana y cercada de moreras, castaños, robles, olivos, limoneros, palmas y naranjos.

Las vides se enlazan con los árboles como en Italia. La cuesta termina repentinamente por la parte de abajo en un profundo barranco cuyo lado opuesto se alza como una colosal muralla, y un pico que sobresale está coronado con un arruinado castillo. En el fondo del valle hay molinos semejantes a los de Italia. Bastante lejos, al Mediodía, desde una cordillera llamada por excelencia la Sierra de los Moros, se ve el Mediterráneo. Al occidente caen empinadas montañas, que forman paisajes de forma la más clásica. Tal es la situación de este hermoso paraje, gloria de la Sierra Nevada, que puede competir en belleza pintoresca con otro cualquiera de Europa. En verano está muy concurrido a causa de las fuentes minerales, una de las cuales es un aperitivo salino muy fuerte y está reputada por de eficacia grandísima para debilidad e indigestiones. Con el abrigo de la montaña de la espalda, el clima es tan benigno que a pesar de su elevación los árboles salieron sin daño del tremendo invierno de 1829-30.

Al siguiente día partí para Granada, y cruzando una cordillera entré en el desfiladero abierto que separa la masa de Sierra Nevada de las tierras altas de Alhama y Sierra de Tejada, y forma la comunicación de la morisca capital con la costa. Imposible es aventajarle en galanura, porque es una alameda de olivos con palmas, naranjos y limoneros, jardines, frutales y edificios como los de los Poussins. Los trozos abiertos de este escenario muestran las magníficas lontananzas de las opuestas montañas y pertenecen al verdadero género de los grandes paisajes.

Durcal, llamado Urcal por estos semiárabes, porque nunca pronuncian la d, tiene abundantes manantiales de agua delicada que brotan de las rocas, y para variar estas interesantes perspectivas hay profundos barrancos. Este panorama termina en

Padul que era un llano pantanoso y ha sido saneado. Más arriba de él comienza el triste y descolorido páramo, desde cuya más alta eminencia lanzó Boabdil su último suspiro a las blancas y resplandecientes murallas de Granada.

De intento hemos extractado este trozo, aunque largo, no solo por su vivo colorido y grandes rasgos, sino por el contraste que forma con la opinión de una autoridad grande entre los ingleses, el célebre pintor David Wilkies, que nada halló de recomendable en este género en la variada y novelesca España, ni más ni menos que si el cruzarla en diligencia desde el Pirineo al Mediterráneo atravesando los yermos de las dos Castillas, fuese bastante para juzgar atinadamente del asunto⁹⁶.

II



A nuestro buen capitán [Cook] no le faltaron pruebas y molestias en sus correrías, si bien todas las sufrió con la igualdad de ánimo propia de un marino y de un hombre de mundo, a juzgar por el tono en que están contadas.

El deseo de conocer los montes de la sierra de Segura, de que hace excelente y exacta descripción, le puso en manos de un guía ignorante:

El tiempo, que había estado bueno, comenzó a revolverse, y levantándose un viento recio del Sur, las nubes principiaron a amontonarse, dando claras muestras de alteración. En lo alto del puerto encontramos un pastor a quien el guía habló aparte, pues

⁹⁶ Véase la vida de ese pintor, por Allan Cunningham. [Nota de Gil].

no quiso darme nunca a entender que su conocimiento del país no pasaba de allí. Cruzamos una loma y comenzamos a bajar. Se formó una espesa niebla y empezó a cerrar la noche, pero todavía seguíamos la rodada hasta que vi harto claramente que íbamos mal. Sin embargo, el hombre, con una perra terquedad, se empeñó en que iba acertado, hasta que al anochecer vinimos a parar a un aguadero o abrevadero para el ganado, en donde se acababa la huella. Todavía insistió en que íbamos bien, y esperanzado de encontrar el camino seguí su sugestión. Poco tardamos en vernos enmarañados entre rocas y precipicios, y arreciando la niebla y llovizna, no hubo más remedio que pararnos. Por desgracia nos encontrábamos a barlovento de la sierra, que por aquel lado estaba casi pelada.

Como quiera, yo escogí el mejor árbol y nos preparamos a acampar, encendiendo fuego con las ramas secas. En cuanto prendió, el guía, cuya ignorancia y testarudez tenían la culpa de vernos en semejante situación, se tendió a la larga, y en un minuto se quedó dormido, contentándose con decir al otro que lo sentía por el caballero.

Para ellos era cosa de todo punto indiferente, y se consolaron con la observación de que en una noche como aquella era imposible ver el camino ni aún en la carretera. Arrendamos los caballos cerca de la hoguera y aprestamos las armas, porque no dejaba yo de recelarme de los lobos que por allí abundan mucho y pudieran embestirnos. Teníamos copiosas provisiones, pero mi guía se había descuidado en llenar la bota en Pozo de Alcón, como le estaba prevenido, circunstancia de poca monta en esta gente, aunque su apetito es voraz. Después de una noche molesta, despuntó la mañana y al rayar del alba nos movimos y ganamos de nuevo el camino que habíamos dejado; pero al punto nos convencimos de que era meramente vereda para unos panes [sic.], y que íbamos metiéndonos por las gargantas más hondas del bosque. Entonces oímos la voz de un pastor, y llegándonos a él averiguamos que estábamos enteramente extraviados y nos habíamos apartado dos leguas del camino. Yo le reduje a que nos acompañara y deshiciémos esta distancia, viniendo al punto en donde, torciendo el camino, el hombre había dicho al guía que tomase a la derecha, en vez de lo cual habíamos echado a la izquierda.

Las dificultades de policía para la refrendación del pasaporte obligaron a nuestro capitán a recurrir a las autoridades del gobierno en aquella sierra, de donde se acostumbraban a sacar maderas para la construcción naval:

Había entre ellos dos oficiales de marina y caballeros, como lo eran todos los oficiales españoles de la Armada que encontré. Sus modales ofrecían un curioso contraste con los de la grosera gente que tenían alrededor. El más joven era hombre de inclinaciones literarias y grandes conocimientos. Había estado en Trafalgar, del cual hablaba con aquel sencillo y noble candor característico y probablemente peculiar a esta gente, sin ocultar su admiración hacia el talento y valor que puso fin a aquel combate, y con una sensación de orgullo bastante común entre ellos, de haber presenciado aquella terrible escena, después que las ideas de la derrota y desastre se habían desvanecido, y las pasiones del tiempo habían cedido el puesto a otros pensamientos.

El gato montés

La escena que el autor describe de la posada de Priego merece transcribirse aquí como una muestra más de la naturalidad y corrección de su dibujo, y de la sencillez y gracia de su colorido:

Al anochecer vino el alcalde de recrearse en la sierra con un enorme gato montés, que sus perros habían muerto con gran honra suya, porque era un animal formidable. En cuanto lo trajeron a la posada, todo el lugar vino a mirarlo; yo deseaba la piel, pero como no podía pedirla, dí órdenes secretas a mi mozo para que la comprase a cualquier precio, si podía ser. Por desgracia, algunos de la concurrencia lo vieron con otros ojos; sus estómagos comenzaron a afligirse, y se suscitó la cuestión de si podría o no podría comerse. La mayor parte opinaron por la afirmativa, algunos se callaron, solo el alcalde y yo convinimos en que no llegaríamos a él. Por último, un sujeto bien vestido se presentó con cierto aire de autoridad, y lo examinó en medio de un general silencio, después de lo cual dio decididamente su voto de que guisado con arroz estaría excelente. Varios españoles a quienes he contado este lance pronunciaron inmediatamente que era valenciano por su afición a semejante clase de aderezo.

Con esto no se habló más: su decisión fue recibida con grandes aclamaciones, y al punto comenzaron a prepararlo para la operación. Todas mis esperanzas de conseguir el pellejo en estado de conservarlo, se desvanecieron. En corto tiempo lo hicieron pedazos, y pasándolo de mano en mano se preguntó a los disputadores si había algo que decir, y si en la traza y el olor no parecía exactamente conejo, su bocado favorito. Ciertamente que lo parecía, y así se dispuso al instante la cena.

El alcalde, a fuer de español legítimo, cedió el derecho que pudiera tener sobre él, salvo algún pedazo para memoria de su presa. El refrigerio se efectuó en medio de la animación que distingue al pueblo en semejantes ocasiones y que tanto se diferencia de sus asentados modales ordinarios. El banquete se redujo a unos pocos escogidos, porque excluyeron a todos los que con maullidos y otros aspavientos se burlaron de la determinación. Después de hacerle durar mucho tiempo y de beber copiosos tragos de vino, salieron a concluir en la *aguardentería*. Allí fue tanto lo que alborotaron, que el alcalde, cuya liberalidad personal era causa de este tumulto, tuvo que tomar la mano de oficio, y mandó llevar toda la cuadrilla a la cárcel, donde todavía quedaban cuando salí del pueblo. Durante la gresca de esta escena, que es exactamente de aquellas que se presentan en las tablas y forman sus inimitables sainetes, no sucedió la menor falta de compostura ni de respeto a ellos mismos o a los demás; cosa bastante diferente de la costumbre de las clases semejantes en la mayor parte de Europa.

El posadero, debajo de cuyo techo pasaba esto, era un patán; su mujer, cabalmente el reverso de la medalla. Era una moza de dieciocho años, que se había casado muy temprano y tenía dos niños. Había en su forma tanta esbeltez y elegancia, que en cualquiera parte hubiera llamado la atención. Su cutis, excepto las manos, era blanco como la nieve; sus ojos y pelo negros; su boca hermosa y pequeña, y sus facciones semejantes al modelo griego, como se ven generalmente. Vestida con la mayor sencillez, presidía esta extraña escena, respondiendo a las voces de los huéspedes, atendiendo a los quehaceres de la cocina, amedrentando al chico que traía en brazos para sujetarle, que por cierto era de muy mal genio, y alimentándole después en medio de las más tiernas caricias con su propia boca como los pájaros, y

encontrando de cuando en cuando ocasión para un poco de conversación, cosa que hacía con la desembarazada e inimitable gracia del país. Era natural de un pueblo inmediato. No pude averiguar su origen; pero su traza era valenciana, y en todo diferente de las rústicas hermosuras del lugar de su residencia. Como su marido era de los delincuentes, estuvo levantada hasta muy tarde, esperando su vuelta con mucho desasosiego, sentada a un rincón de la lumbre, de espaldas a la pared, con los dos niños agrupados en sus brazos, como una imagen de la Caridad. Al otro día muy temprano ya andaba dando vueltas para aviarnos en nuestra salida.

Por este estilo están delineados y representados el país y sus habitantes. A veces, sin embargo, toma nuestro viajero un tono más alto y propio de la historia. Después de hablar de Toledo y de sus preciosidades artísticas y naturales, viene el hermoso siguiente párrafo:

En tiempos modernos se ha puesto una inscripción en el sitio de la casa de Padilla que fue demolida, como para perpetuar el nombre del Sidney español, mientras los necios inventores imaginaban que lo entregaban a la infamia. Bien pudiera añadirse: “*¡Si monumentum quaeris, circumspice!*”⁹⁷.

Las caducas ruinas de este antiguo emporio de la industria, sus artes, manufacturas y comercio apagados; las aldeas y villas, de las cuales se dice haber desaparecido cuarenta en épocas recientes, y convertídose su territorio en despoblados, son testigos silenciosos de la verdadera índole del triunfo sobre las libertades de Castilla.

La naturaleza de las provincias del Norte, tan diferente en su aspecto de las del Mediodía de España, hizo una impresión favorable en el capitán; pero, sin embargo, sus correrías, sobre todo por Asturias, parecen haber sido algo más presurosas. En cuanto a este país no lo extrañamos, porque realmente los caminos son muy malos, y las comodidades del viajero escasísimas, si se exceptúan algunos pueblos de la costa. Así y todo, no deja de hacer mención de lo más notable de aquella tierra, que compara al Devonshire, y en especial de las famosas

⁹⁷ “Si buscas un monumento, mira a tu alrededor”. Epitafio en la tumba de sir Christopher Wren (1632-1723), ilustre científico, arquitecto y gran maestro masón, que diseñó la catedral de San Pablo de Londres, donde está enterrado.

minas de carbón de piedra de Langreo. Todavía más escaso anda en noticias acerca de León y distritos occidentales de Castilla la Vieja, y aún las que da no son muy exactas, como tendremos ocasión de ver. En cuanto a Galicia, ya dejamos indicado el completo vacío que se encuentra en la obra. Como quiera, de buena gana le seguiríamos aun por aquí, pues su narrativa es siempre agradable, y sin cesar descubre un espíritu grande de bondad, pero se hace imposible compendiar un libro que ya de por sí es un compendio bastante diminuto, ni igualar un estilo en que descuellan la concisión y el vigor como primeras cualidades. Así pues, nos ceñiremos a apuntar brevemente algunos pormenores de la obra.

ض

La capital equivocada

Madrid encontró acogida poco agradable en el ánimo del autor:

Si el objeto hubiera sido una posición céntrica, Toledo, Talavera y aun Guadalajara lo eran tanto, y reunían ventajas de que carece absolutamente Madrid, cuya localidad es diametralmente opuesta a lo que debería de ser. Apenas tiene buena agua, navegación ninguna, clima malísimo y un árido desierto alrededor. Tal es el sitio elegido para capital de este magnífico país, que abunda en parajes hermosísimos, con espléndidas ciudades ya existentes, cuando se concibió el proyecto de convertir un monte de oso y puerco en metrópoli, cuya ejecución puede reputarse el triunfo de un poder despótico.

No son estos solos los inconvenientes que se han seguido al país de haber fijado la corte en Madrid, pues el lastimoso golpe que llevó la monarquía de Felipe II con la pérdida de Portugal, con razón puede achacarse en gran parte a esta desacertadísima medida, merced a la cual se entorpeció increíblemente la acción del gobierno español, y vino por último a quedar descubierto un flanco que mientras no se cubra, será un germen de debilidad en nuestro país por la ley inexorable de la política y de la geografía. El aspecto moral de Madrid no cautivó las simpatías del capitán [Cook] mucho más que el físico. Las clases elevadas le merecieron buen concepto, a pesar de los defectos que reconoce y atribuye en gran parte a la falsa política española, pero de las demás no formó la misma opinión:

Muchas causas se combinan al parecer para formar el peculiar carácter atribuido al pueblo de Madrid. La vida poltrona (*casaniere*) que hacen en una población donde apenas hay diversión ni distracción sino de la clase más ordinaria, y la ninguna mezcla de recreos campestres y otros, de que disfrutaban la mayor parte de las capitales de Europa, la falta de ocupación literaria y científica o de recursos de otra clase, a no ser en la frivolidad de la vida común desnuda de estos adornos, la absoluta nulidad de carácter, impuesta por el gobierno para secundar sus planes, que requerían el abatirlo todo hasta ponerlo a un mismo nivel, en que no hubiera ni un solo punto descollante, el curso habitual de la intriga y caza de empleos, que es la ocupación de una gran parte de las gentes; todos estos motivos, decimos, tienen que producir su natural efecto, y pueden explicar la poca afición que frecuentemente muestran a los madrileños los otros españoles.



Este es el centro de la corrupción de todas especies. Todos los abusos de la monarquía se juntan allí. No hay causa ni delito, por malos e indisciplinables que sean, que no encuentren alguno que tome a su cargo la defensa en esta confusión de caracteres, donde las mañas de la intriga, de la suplantación y la cábala, se mezclan en las relaciones sociales. De aquí la falta de sinceridad, donde continuamente están hablando a uno de franqueza; de aquí las vanas protestas, cuya solidez se descubre en cuanto se las pone a prueba; y de aquí la poca simpatía con lo demás de la nación, de la cual están separados, viviendo como los habitantes de un oasis africano, sin cuidarse de los torbellinos que hunden y destroran a sus puertas caravanas enteras.

Nuestra edad no nos permite juzgar por testimonio propio de la exactitud de este cuadro de Madrid en 1828 y 30, pero lo que hemos oído, y algún imperfecto y aislado recuerdo que guardamos de 1833⁹⁸, en que se conservaba con pocas alteraciones este orden de cosas, nos hacen creer que si el fondo es un poco negro, la copia no deja de ser natural. No faltan en el día espectáculos repugnantes a la moralidad y sentimientos nobles, pero los males que nos aquejan, no son por lo menos de aquellos que ahogan el desarrollo de los caracteres, matan el germen de la inteligencia y esterilizan el campo del porvenir.

El capitán Cook, que con tanta razón lamentaba la decadencia de los diversos ramos del saber, encontraría ahora de vuelta del destierro a sus más ilustres campeones, y a su lado gran parte de la nueva generación, que ha entrado con paso seguro en la arena de las artes, de las ciencias y la política. Por dolorosamente que trabaje nuestro ánimo la incertidumbre, y por mucho que entristezca nuestro corazón el desasosiego en que se han pasado los últimos años, fuerza es convenir en que del presente estado de cosas puede seguirse la esperanza y el progreso, y del otro solo el desaliento y la muerte.

*

A vuelta de estas severas censuras se encuentran también justas alabanzas. Después de hablar de los diversos establecimientos de Madrid, el autor añade:

La liberalidad con que todos ellos se abren a los extranjeros es sumamente laudable, y cualquiera que tenga ocasión de entenderse con las personas que los dirigen, encontrará cortesía y facilidad tan grandes como en cualquier parte de Europa. Cierto

⁹⁸ En 1830 Gil tenía quince años y en efecto era demasiado joven; pero este supuesto viaje a Madrid en 1833 no es seguro. Gullón afirma sin documentar que “estuvo en Madrid acaso aprovechando el paréntesis estival” (*Cisne sin lago*, p. 67), y Picoche (*o. c.*, pp. 27-28) dice: “En 1832 hace una excursión a Simancas, donde encuentra al gran archivero Tomás González, que muere poco después, y realiza un corto viaje a Madrid”. Y en nota al pie, cita precisamente esta frase, «algún imperfecto y aislado recuerdo que guardamos de 1833», como único apoyo documental, y es además, añade Gullón, “el único texto donde alude a este viaje” (p. 69). ¿Es creíble que joven tan inquieto hiciera una escapada casi iniciática a Madrid con 18 años y nunca más lo mencionara, salvo esta alusión «imperfecta y aislada»?

establecimiento (el de minas) como no estaba de manifiesto al público, juzgué necesario dar pasos en particular para alcanzar medios de visitarle. Habíame dirigido a varias personas, y recibido las protestas que son allí moneda corriente; pero no veía que resultase nada con qué hacerlas buenas. Por último, cansado de las mismas repeticiones, me fui sin papeleta ni cartas de recomendación alguna, y al punto conseguí cuantas noticias deseaba.

El autor consagra un capítulo especial a los toros; y a falta de otras pruebas, esta lo sería muy robusta de la exactitud de sus observaciones y del buen juicio que le distingue. No anda menos acertado en el que trata del gobierno, de los tribunales y de los caminos, a propósito de los cuales y de los medios de viajar señala algunas cosas que no deben pasarse en silencio:



99

El sistema adoptado en estas diligencias es diametralmente opuesto al de Francia. En este país, como ha observado hace mucho tiempo uno de sus mismos escritores, el viajero es un fardo de géneros, y la administración no se cuida más de él que de recibir su dinero y asegurarse de toda reclamación en cuanto a la pérdida del equipaje. Estas molestias, en vez de disminuirse, van en aumento todos los años, y las comunicaciones en los caminos transversales y aun en casi todos los otros son la mengua de un país civilizado.

⁹⁹ Diligencia hacia 1830, óleo de Bürkel.

En España la primera atención es procurar cuantas comodidades da de sí el país, antes de invitar a nadie a viajar en sus transportes; se atiende a todas las minuciosidades, y el resultado es un adelanto de todo punto increíble en poco tiempo, que está influyendo en todo el sistema de comunicaciones exteriores. [Aquí describe las comidas y descansos de las diligencias.] Donde quiera que para el coche, el mayoral abre la portezuela y pregunta si alguno quiere apearse. En estos transportes todo está arreglado al mismo sistema uniforme de atención cortés y respetuosa a la reunión y a cada uno. A los que han viajado en las diligencias francesas no necesito advertirles el contraste en general, y en especial en el mediodía. En uno de los últimos viajes que yo hice, el conductor de una diligencia de Burdeos impidió de hecho el desayuno de los viajeros, asegurándose su egoísta comida con parar el carruaje en el camino contra lo mandado.

El juicio que hace del clero secular y regular es por punto general tan favorable al primero como gravoso al último. Acabada ya esta institución, por tanto tiempo respetable, y cuyos miembros lo son todavía más ahora por su desgracia, no es menester que copiemos las palabras severas del capitán Cook, si bien no podemos ocultar que nos parecen justas. La opinión que forma del culto es lisonjera para nosotros; y en cuanto a lo demás, nos parece mejor escucharle a él mismo:

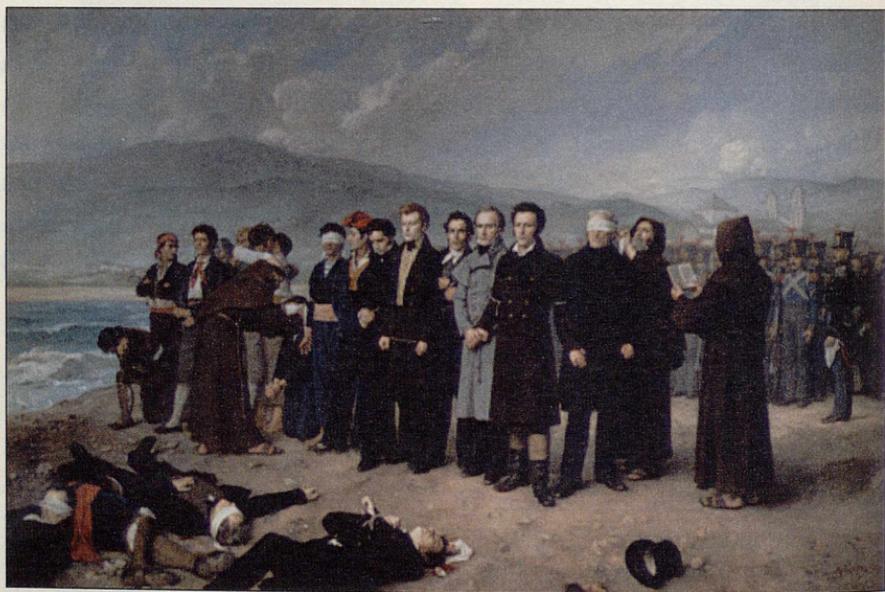
En las majestuosas catedrales de España cada cosa se conserva con el mayor cuidado. La liberalidad con que se enseña todo no es fácil de sobrepujar. Si un curioso manifiesta interés por las obras de arte, desde el deán hasta el último individuo trabajarán a porfía en facilitar sus deseos. Yo he hallado la mayor dificultad en conseguir que recibiesen el menor agasajo algunos dependientes que no se habían ahorrado tiempo ni molestia.

El contraste es muy chocante en Londres. A mi vuelta de España fui a asistir al servicio divino en Westminster Abbey, edificio con el cual nada puede competir en grandeza histórica y nacional en España o fuera de ella. Apuradamente se podía entrar, pero el corto espacio concedido al público y el modo miserable con que cada paso estaba cerrado y guardado por una cuadrilla de genteza y celadores, claramente daba a entender que



si pudiera ser, se cerraría. Este estado de cosas, que a los ojos de cualquier observador imparcial trae descrédito a la Iglesia y al país de que son pertenencia tales edificios, es de esperar que se remedie prontamente (como tendrá que suceder al cabo), y que estas magníficas fábricas se restituyan al público, a quien corresponden.

En el capítulo que trata del ejército y fuerza armada se descubre el mismo criterio recto y desapasionado, y se encuentra una mención honorífica de las armas facultativas, en especial de la artillería. Los realistas, como era de esperar de un hombre perteneciente a una nación adelantada y liberal, no son de su devoción. En lo relativo al cargo de capitán general está escrita la lamentable tragedia y alevosa muerte del caballeroso general Torrijos con rasgos tan sencillos como patéticos, lo mismo que la conducta generosa del malogrado Quesada cuando los sucesos de la isla en 1831.



100

Del capítulo que dedica el autor a nuestro trato y modales, quisiéramos dar razón circunstanciada porque es el verdadero campo de nuestro desagravio, pero tan fácil parece escoger entre sus preciosos

¹⁰⁰ *El fusilamiento de Torrijos*, óleo de Antonio Gisbert, 1888.

materiales, y tan largo va ya este trabajo, que nos habremos de contentar con citar casi a la ventura. Hablando de la acogida que suele hacerse en las casas españolas a los extranjeros, dice:

Es tal el atractivo del modo con que se cumple este deber de la hospitalidad, que muchas veces he aceptado invitaciones para visitar casas en que no había nada de curioso, solo por ver la inimitable gracia con que los huéspedes reciben sus visitas, aunque sean pasajeras. Los modales españoles más finos reúnen aquella mezcla de franqueza y reserva, de sinceridad y cautela, de seriedad y gravedad, junto con buen humor, que cuando estriban en la filantropía más perfecta y en el respeto a los demás como a sí propio, constituyen probablemente la perfección de los humanos modales.

A los hombres de ciencia siempre los encontré en las ocasiones que tuve que tratarlos, que fueron muchas, y en todos los casos que llegaron a mi noticia, dotados del mismo carácter, a saber: la sencillez más extremada, nada de presunción ni charlatanería, la mejor disposición a comunicar los conocimientos que poseían sin hacer misterio jamás ni encubrir nada, y sin embrollar en manera alguna su propio entendimiento ni el de los demás con teorías o sistemas extraviados. En los modales franceses e italianos se nota, aunque en grado muy inferior, la diferencia entre la atención y cortesía puramente mecánicas, y la que se funda en la verdadera galantería y respeto, universal en España. Las historias que se cuentan de las reliquias de un sentimiento caballeresco hacia el bello sexo, son de todo punto ciertas.

Los restos de las costumbres de aquella edad, de que moros y cristianos participaban igualmente, están fuertemente mezclados con los usos de todo el país. Nada se ve en Europa comparable al garbo de la manera con que los majos de Andalucía cortejan y enamoran a sus novias en sus fiestas. Las gentes de Italia y del mediodía de Francia que practican las mismas cosas son payasos y patanes cotejados con ellos. Encuéntranse a veces entre las clases elevadas, mujeres cuyo porte es cabalmente lo que nos figuramos de las damas de alta preza de la caballería, que si alguna vez existieron en otra parte, han desaparecido ya. Raras son aun en España, pero pueden hallarse en el mediodía. Está por demás decir que las mujeres que tienen semejantes derechos a la admiración, deben de ser virtuosas.

El capitán, como todos los extranjeros que poseen algún instinto artístico, se declara ardiente partidario del traje nacional en las mujeres, y sobre todo de la mantilla. La censura que hace de la manía de introducir modas extranjeras escogidas sin criterio ni analogía a nuestros gustos y carácter, y que privan a nuestras damas de su gracia proverbial y genial atractivo, no puede ser más justa, y nosotros le prestamos todo nuestro humilde apoyo.

En disposición y agudeza para la conversación —añade un poco más adelante—, así como en inclinación a ella, ningún pueblo aventaja a los españoles. Mme. Staël decía: "*Conversation comme talent, n'existe qu'en France*". No hubiera usado semejante expresión, si hubiese tenido ocasión de estudiar los españoles que poseen el verdadero talento en grado mucho más eminente que los descendientes de los galos u otros cualquiera de Europa. En cuanto a talento para los salones, sin duda que son acreedores los franceses a la reputación de que gozan; pero como don concedido a todas las clases, los españoles exceden a cualquiera nación moderna.

Alguna especie habrá tal vez que rectificar entre las lisonjas que llevamos apuntadas¹⁰¹, pero sin temor de que nos desmientan podemos asegurar que la mayor parte de estas desfavorables alteraciones no vienen de nuestras costumbres, y sí de elementos exóticos malamente introducidos en ellas. Por fortuna no han filtrado todavía hasta la masa general del pueblo, y con respecto a él son exactas y de cabal aplicación las observaciones del capitán Cook.

El capítulo último del tomo primero versa sobre nuestras relaciones con Francia, y da curiosos pormenores acerca de la invasión del año 1823. Como buen inglés, no deja de aprovecharse nuestro viajero de las graves faltas políticas de una nación que, debiendo ser nuestra más firme y natural aliada por la comunidad de intereses y por su posición geográfica, dos veces nos ha embestido en el presente siglo como

¹⁰¹ En el original, "Alguna especie habrá tal vez que rectificar entre lisonjeras las que llevamos apuntadas", que *Obras en prosa*, p. 223, y *O. C.*, p. 562, corrigen así: "Alguna especie habrá tal vez que rectificar entre las lisonjeras que llevamos apuntadas". Ambas lecturas son enrevesadas: más que "especies lisonjeras", quiere rectificar alguna de las lisonjas antes apuntadas.

arrebatada de un vértigo fatal: una para despojarnos de nuestra independencia y otra para arrancarnos nuestra libertad. Iniquidades grandes, en expiación de las cuales murió Napoleón en una roca del Océano, y Carlos X acabó sus días en el campo del destierro. Afortunadamente semejantes tiempos y peligros han pasado para no volver probablemente en muchos años, y el capitán Cook, con su acostumbrada imparcialidad y buena fe, es el primero en reconocer la distancia que separa entrambas situaciones. En otro artículo daremos cuenta del segundo tomo de la obra.

ش

III

A medida que se adelanta en la obra del capitán Cook se comprende más claramente la dificultad de extractarla sin copiarla casi por entero: tan condensados están los materiales y tan aprovechado el terreno. El segundo tomo trata en sus capítulos de los ladrones, del comercio y las rentas de la hacienda, de los mármoles y vinos, de los caballos, de las minas, de la pintura, escultura y arquitectura, de varios ramos de historia natural y por último de la geología. Y no se crea por eso que es una mera tabla razonada de semejantes materias, pues solo en pintores y escultores hace mención de 127, con noticias artísticas de todos ellos y juicios sólidos y detenidos de los principales. Las razones que nos asistían en el anterior artículo para preferir las palabras del capitán a las nuestras, tienen ahora mayor peso, pues las cualidades distintivas de su estilo son de más bulto en el segundo tomo. Por lo tanto le seguiremos principalmente en aquellos trozos de camino en que su compañía es más agradable.

Las noticias que da de los ladrones en el primer capítulo, prueban bien lo minucioso de sus indagaciones y lo claro de su juicio:

Los bandoleros de caminos en España —dice— pueden dividirse en tres clases. La primera *rateros* o *raterillos*¹⁰², término específico

¹⁰² Todas las palabras españolas subrayadas en el texto, están escritas del mismo modo. [Nota de Gil].

derivado de un sustantivo que significa robo pequeño y ruin. Suelen frecuentar varios distritos, especialmente en la Andalucía alta, donde rondan por las cercanías de las ciudades y pueblos para asaltar de noche al descuidado viajero, generalmente con gran superioridad numérica. Muchas veces son gitanos y otros vagabundos de la misma calaña, y sus villanas mañas nos excusan de describirlos más minuciosamente.

La segunda clase se compone de gavillas montadas a veces, pero más frecuentemente de a pie, a las cuales puede dárseles el nombre de *salteadores*. Unas veces andan de continuo en despoblado y otras salen de los pueblos a empresas combinadas de antemano, después de lo cual vuelven a sus acostumbradas ocupaciones.

Los de la tercera clase son la casta noble o real, que están equipados con regularidad y siempre en campaña, a caballo, bajo el mando de jefes conocidos, y en guerra abierta con las autoridades. Solo se encuentran ahora en la Andalucía baja.

Las cuadrillas bien ordenadas toman a veces a su cargo la reparación de los agravios e injusticias. Hace algunos años, y a lo que creo en La Mancha, existía una gavilla a cuyo capitán se vio entrar algunas veces de día en los pueblos avisando a las autoridades, y mandar abrir los almacenes para distribuir aumentos a los pobres. Acontece a menudo que semejantes gentes después de errar durante algún tiempo por los confines de la sociedad, unas veces por indulto o perdón expreso, otras por connivencia de los tribunales comprada a costa de una parte de sus ganancias, vuelven a entrar en la vida arreglada y llegan a ser pacíficos y honrados vecinos. En dos pueblos de Castilla la Vieja me aposenté yo en las dos principales posadas cuyos dueños eran ladrones retirados. Entrambos eran hombres superiores en estilo y en modales; el uno me acompañó fuera del pueblo en calidad de guía y su casa estaba manejada con mucho arreglo y tino.

En 1830 se anunció oficialmente en *La Gaceta* que las desparramadas cuadrillas de Sierra Morena, después de haber estado quietas durante algún tiempo, habían juntado sus reliquias bastante numerosas sin embargo, y atacado en Despeñaperros (paso famoso en el camino de Andalucía) una cuerda de presidiarios que iban a uno de los presidios del mediodía. La escolta que los conducía, sin embargo, tuvo mejor suerte que sus

predecesores en su encuentro con don Quijote en los mismos parajes, y rechazó a sus enemigos. Semejante expedición que requería vastas inteligencias y eficaz cooperación entre gentes diseminadas por un extenso territorio, y tenía por único y desinteresado objeto el librar de trabajos a algunos miserables compañeros, solo puede verse en España. Aunque en el objeto no cabe defensa, la determinación de unas gentes tan fieles y leales a una mala causa, les hace mucho honor, y se diferencia no poco de las que mueven en otros países a semejantes bandas.

Los ladrones de Andalucía se diferencian de los demás por sus modales y garbo, cosa muy común, especialmente con las mujeres, aunque no faltan excepciones. Una señora que yo conozco se libró de ser robada por su presencia de espíritu y tocando a esta gente singular en su punto de honor. Iba de viaje y se había parado a almorzar en un desfiladero, donde se abrigaba una cuadrilla que tardó poco en aparecer. Con admirable serenidad los convidó a que la acompañaran con la franca manera que se estila en el país, cosa que ellos aceptaron y la dejaron en paz. Esto solo en Andalucía podía acontecer. Más de un ejemplo¹⁰³ sucedió estando yo en España, de devolver las alhajas de las damas mientras se llevaban todo lo demás, pero no siempre se ve esta novelesca generosidad.

El resto del capítulo trae noticias no menos características y curiosas sobre la inexorable persecución de los ladrones de Andalucía por Castro, que pudiera dar asunto a un drama; y sobre José María, el hombre más notable entre ellos. Por lo copiado en nuestro artículo anterior y por esto, pueden venir nuestros lectores en conocimiento de que los estudios de nuestro apreciable viajero acerca de la sociedad española son completos.

Los capítulos que tratan de las contribuciones y rentas de la hacienda pública, de los mármoles, vinos y caballos, habremos de dejarlos en claro, porque en una reseña por necesidad rápida, no cabrían ciertas observaciones que los primeros nos sugieren; y en cuanto a los segundos, aunque los tengamos por de importancia grande, forzosamente habremos de trocarlos por otros de más valor sin duda en libros de esta clase.

¹⁰³ En el original, "ejemplar".

El estado de las Bellas Artes

Con esto queremos indicar los trabajos que el autor destina a la crítica y examen de las nobles artes en España, en los cuales descuella como en otras partes y aun algo más; aquella modestia, templanza y bondad que tan agradable hacen la lectura de su obra. Después de dar una noticia de los principales edificios de España, antes de entrar a juzgar las obras de escultura, dice:

En las observaciones acerca de estos estilos y maneras, las comparaciones se refieren a modelos reconocidos que han sido el texto de diversas edades, y no hay pretensiones de ciencia, ni maestría. Para estar en disposición de juzgar acerca de estos asuntos, así como de cualquier otro ramo de ciencia, se necesita práctica y costumbre, y para nada es menester aquí, ni se usará nunca el misterio o la charlatanería. La obra que sirve de guía en cuanto a fechas y lugares es la de Cea Bermúdez, que puede reputarse la mejor compilación moderna o catálogo razonado.

No necesitaba por cierto semejantes excusas y aclaraciones quien sabe profundizar ciertas cuestiones del arte y encadenar sus causas para presentar en su verdadero punto de vista la diferencia de sus efectos, como se ve por el siguiente párrafo:

El paisaje ha sido estudiado por todas las escuelas (españolas) con el más satisfactorio resultado, y de ellos los hay que no ha aventajado ninguno. El estilo se diferencia del de Italia a no ser donde se ha imitado expresamente. El clima no es favorable a aquellos grandes efectos atmosféricos, que son el alma del paisaje italiano y pueden trazarse desde la «alpina cresta del azul Friuli» de donde los padres del arte —Giorgione y Tiziano— sacaron sus inimitables vistas al través de los Apeninos centrales, donde se formaron los Carracci aplicando una observación más profunda sobre los efectos del aire, que trasladaron luego de las peculiaridades locales a la pintura histórica y de país por medio de distinciones más útiles que las anteriormente observadas. En la *campagna* de Roma y en los distritos montañosos confinantes, en Olevano y en Palestrina puede seguirse a Claudio [de Lorena] y a los Pousins dentro de sus talleres, y verse su maquinaria en medio de sus magníficos efectos de sol, o de sus cielos oscuros y tempestuosos.

Las playas de Salerno y de Amalfi suministraron otras vistas a Salvatore Rosa, el cual comenzó allí aquellos estudios que se acabaron en los desiertos de Volterra y de la Toscana inferior. Estas espléndidas escenas de una naturaleza siempre varia no fueron concedidas a los pintores españoles. A mi juicio, con la claridad, sequedad y rareza del aire se echan de menos en la Península aquellos mágicos efectos que despertaban los talentos de los grandes italianos, y el modo de ver la naturaleza es proporcionalmente distinto.



104

El cielo de invierno es de un azul particularmente frío, claro y transparente, mientras una atmósfera resplandeciente, brillante y sin nubes, poco acomodada por su misma excelencia a los usos del pintor, es la que se ve la mayor parte del año. Las tintas atmosféricas por todo el país son de un gris plateado, perfectamente estudiado en todas las escuelas, y que las caracteriza donde no han imitado y aun copiado, como varias veces sucede, la escuela veneciana y otras de Italia. Por desgracia nadie ha registrado la España en toda su extensión. Las costas de Valencia tienen peñascos parecidos a los de Amalfi y un cielo en cuyo cotejo el de Campania es oscuro y nebuloso, y Claudio

¹⁰⁴ *La campiña romana*, Claudio de Lorena, 1639.

hubiera encontrado tintas más blandas y claras si la fortuna le hubiese llevado a estas resplandecientes playas.

Las ásperas costas de Asturias y Galicia con su frondosísima vegetación ofrecen escenas que compiten con las mejores de Italia, Sierra Nevada hubiera podido rivalizar con la península oriental si hubiera sido estudiada. La cordillera central de Guadarrama proporcionó a Rubens algunos de los magníficos asuntos, que han sido preservados por Bolswert.

Quien de tal manera discurre, ya conocerán nuestros lectores cuán poco ha menester la indulgencia del público, cuán perdonables serían en él aun los fueros de hombre de voto. Los juicios que forma de varios pintores de las diversas escuelas españolas, y en especial de Zurbarán y de Murillo, dejan en buen lugar su criterio; pero del de Velázquez no podemos menos de transcribir algunos renglones:



Velázquez es menos conocido como pintor de país, aunque en sus mejores obras ha igualado a los más eminentes que han podido existir. En este punto es más variado que en ningún otro. Estudió detenidamente en Venecia, y yo he visto pinturas pequeñas copiadas de los dibujos o cuadros originales del Tiziano, de los cuales apenas se distinguían.

Él introdujo el paisaje en sus retratos, del mismo modo exactamente que aquel insigne maestro, acomodándolo al asunto y al tono de color del primer término. En el *Felipe III*, un azul

subido del fondo está contrastado con las suaves tintas del jinete y del caballo, y lo mismo sucede en otros varios. Algunos que no requerían el color fuerte empleado en esta pintura, tienen los tonos fríos y plateados que se ven en los días de otoño y de invierno desde el palacio de Madrid, al ponerse el sol detrás de la apartada cadena de montañas de Guadarrama, que para estos pintores era lo que el Friuli para los venecianos.

Muchos de sus países más pequeños son estudios familiares de las tierras de Aranjuez y otros sitios reales, con templos y ruinas.

Casi todos los de esta clase se encuentran en Madrid, donde no hay ni siquiera uno de sus verdaderos paisajes. Dos muestras existen en mi poder de paisaje arquitectónico, compuestas al parecer como reminiscencias de Venecia, pero muy superiores a la realidad. Estos son muy raros, pero él pintó en casi todos los estilos. Otras dos imitaciones de Claudio tengo yo, una de las cuales apenas podría distinguirse a primera vista de aquel maestro; pero la ejecución es diferente, pues un solo brochazo ha producido los mismos efectos que los prolijos toques del delineador de Italia. Algunas veces se encuentran muestras extraordinarias de su ingenio en este ramo. Una de estas representa un puerto o el paso de una montaña que domina un país distante iluminado por un poniente de sol brillante. La luz viene en disminución hasta el primer término, y está trabajada a la manera de la escuela veneciana, viniendo a perderse en medio de rocas y precipicios sumergidos en la oscuridad más profunda. Este cuadro, que en la actualidad para en Inglaterra, bien puede ponerse a la cabeza del arte de pintar países.

Otro, que también está en Inglaterra, ha sido ejecutado en imitación de Salvatore Rosa, a cuyas más excelentes obras en su particular y más grande estilo, iguala, si no excede. Pudiera suponerse que se había pintado en Amalfi, aunque el autor nunca estuvo allí, según lo bien que había comprendido el color y carácter del lugar. Hay muchas pruebas de la buena correspondencia artística y amigable rivalidad que existía entre él y Rubens, a quien se parecía en algunas cosas, siendo los dos no solo artistas de la más elevada esfera, sino cumplidos caballeros y hombres de sociedad. Con la misma verdad pintaba *bodegones* o asuntos comunes de la escuela holandesa. En realidad cualquiera cosa, desde la región más encumbrada de la historia hasta las más comunes y triviales, eran lo mismo para él. Yo he visto un corral de una granja donde se distinguen aves en todas sus ocupaciones habituales, que no le aventajaría ningún maestro holandés, y el bosquejo de un gran mastín royendo una cabeza de ternera, que difícilmente igualaría el mismo Snyders.

A él, como a otros, se le ha puesto la tacha de que sus figuras son comunes y ordinario su modo de ver la naturaleza; pero como no sabemos de qué originales se servía, tenemos por excusado sostener ninguna cuestión. Las cabezas de *La familia de*

Austria nada tienen de semejante a los modelos de Giorgione y de Tiziano, y no es él el responsable de la falta de carácter que en ellas se advierte. Muchos de sus mejores retratos están desfigurados con el arrebol, detestable moda que entonces se usaba, pero que nunca se ha extendido por España.

Debemos convenir en que sus obras son más exóticas y tienen menos carácter español que las de Murillo y algunos otros. Entre aquellas y las de nuestro último presidente¹⁰⁵ se puede señalar una viva semejanza en el modo de ver los asuntos y de manejarlos. No se puede formar juicio de su talento, mucho menos que del de Murillo, por lo que se ve fuera de España. Si se exceptúan unas pocas obras que ahora están en Inglaterra, apenas es genuina ninguna cosa de las que se encuentran allende el Pirineo. Después de examinar una gran porción de las pinturas de Europa, vine a deducir que hasta mi llegada a Madrid nunca había visto una pintura realmente suya.

Hemos transcrito este largo trozo, porque, como indica con mucha exactitud el capitán Cook, fuera de España no se comprende en toda su extensión el genio del príncipe de nuestros pintores, y entre los ingleses en especial no deja de ser común esta opinión.

پش

Geología y botánica

De los trabajos de historia natural con que el autor cierra su obra está excluida la botánica por motivos tan honrosos para nosotros, como los siguientes:

Otra razón es que la obra ha sido hecha ya por los naturales en gran parte de la Península, y que el gobierno posee los materiales de una *Flora Española* casi completa y hombres capaces de ordenarlos, lo cual es muy de desear que se ponga en planta antes que perezcan aquellos y tengan estos cerrada la puerta para sus trabajos, estando ya en el último tercio de la vida.

Cabanilles en su magnífica obra ha dado a conocer una gran porción de la botánica de Valencia. Rojas Clemente empleó muchos años en ardientes y activas investigaciones sobre la vegetación de la importante cordillera de Sierra Nevada, donde en

¹⁰⁵ El famoso pintor inglés Reynolds (N. del T.).

pocas horas se pasa de una región tropical a la de Siberia o Nueva Zembla; y particularmente en señalar límites o zonas de vegetación. El importante distrito de Murcia, y en especial la costa en la región de la Salsola o país de la Barrilla, ha sido examinado por el director de las alumbreras¹⁰⁶ de Almazarrón que ocupa su centro, el cual ha recogido un copioso herbario.

Los oficiales de Marina de Orcera, en la sierra de Segura, me informaron de que en un lugar siete leguas distante, de cuyo nombre me olvidé, pero que está en los bosques, había un buen botánico en un rincón sumamente interesante y del todo desconocido. El botánico más hábil y experimentado que ha estudiado en tiempo alguno los Pirineos es, según opinión general, el doctor Bolos, que reside en Olot (Cataluña la alta) y ha dedicado la mayor parte de su vida al estudio de la ciencia en un paraje muy a propósito para la investigación de la vertiente meridional de aquella cadena, de la cual se conoce muy poco comparativamente. Su herbario, según él dice, contiene nueve mil especies. La región central es muy conocida a Lagasca, el eminente profesor de Madrid, que habiéndose engolfado ardientemente por desgracia en el sistema constitucional y abandonado sus ocupaciones botánicas, es ahora del número de los desterrados.

Los distritos meridionales y del medio —añade poco después—, encierran la botánica más interesante de este vasto país, y realizan el dicho de un elocuente escritor moderno sobre la Italia, que le es muy inferior; «que su esterilidad es más que la fertilidad de otros países». Esto es literalmente cierto en España, donde en los sitios más incultos y silvestres se embalsama el aire con fragancias deliciosas: los hornos se encienden y los minerales se funden con plantas las más aromáticas, y en caso de epidemia podrían enviar en muchos sitios a las sierras por matorrales para quemar en las calles, seguros de que el aroma apartaría o desvanecería la pestilencia.

π

¹⁰⁶ Minas de donde se obtiene el alumbre.

El capítulo que dedica al importante ramo de bosques es sumamente interesante y merece muy especial atención y no son menos dignos de elogio sus apuntes sobre ornitología y sobre cuadrúpedos y reptiles de España. Las observaciones generales sobre la abandonada geología de este país con que el autor cierra su obra, nos moverían a dar cuenta de ellas, si no fuera por miedo de alargar aún mucho más este artículo. Tales son los *Sketches in Spain* del capitán Cook. Nótase en ellos de cuando en cuando alguna inexactitud y cortedad excesiva de noticias. Por ejemplo, de León solo apunta algo (y por cierto no de todo punto exacto) acerca de la catedral, y omite por entero los notables edificios de San Marcos y San Isidoro. En lo perteneciente a historia natural dice que es muy dudoso que se encuentren osos en alguna parte más que en el Pirineo, y que en Asturias le aseguraron las gentes que no se veían, cuando así en las montañas de este país como en las de León y Galicia son muy abundantes.

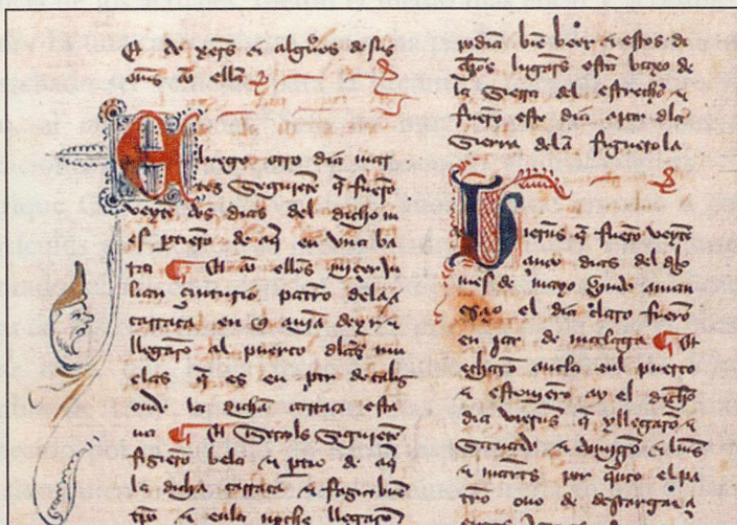
Como quiera, estos son tan pequeños lunares que a poca distancia ya no se advierten en la hermosa fisonomía de la obra. Si de los escritos puede deducirse no solo el talento del autor sino también su carácter, fuerza es convenir en que el de nuestro viajero tiene mucho de estimable y bondadoso, y que apenas hay página donde no se trasluzca una imparcialidad benévola y suave que cautiva al lector sin que de ello se aperciba. Por las muestras que hemos insertado se ve que sus estudios son severos y sus ideas exactas, pero aunque de semejantes dotes careciera, el espíritu que ella transpira le haría acreedor a la gratitud sincera del pueblo español. Por nuestra parte nos tenemos por dichosos en ser los primeros en manifestar unos sentimientos que no dudamos en atribuir a todos nuestros compatriotas. Si el capitán Cook contrajo en este país alguna deuda de gratitud, la ha pagado tan noble y caballerosamente que cuantos hayan tenido ocasión de complacerle se envanecerán de ello, y no desearán sino proporciones para obligarle de nuevo.

El Laberinto, tomo 1, núms. 10, 11 y 12,
16 de marzo, 1 y 16 de abril de 1844

1. Un día ido con mucho éxito

Los periódicos españoles del siglo diecinueve tenían el carácter informativo pero las alas literarias. Eran como un grifo mitológico, híbrido entre la necesidad de saber y el deseo de entretenimiento. Por eso no solo eran soporte para el desarrollo de la poesía sino que a

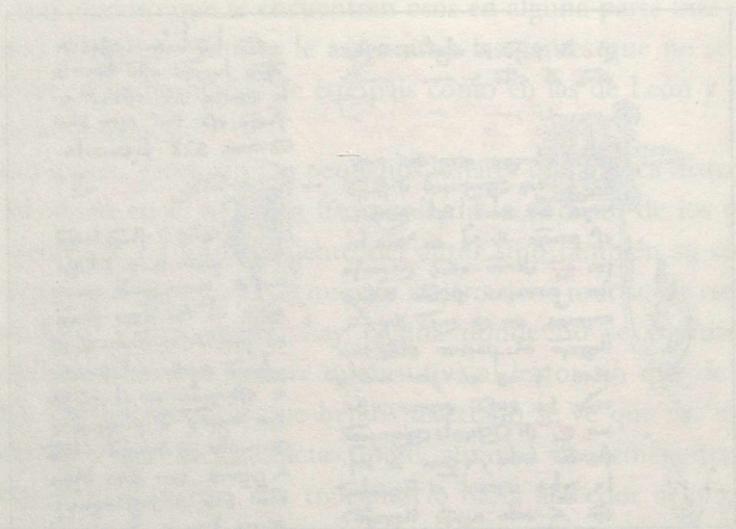
Lecturas



Cal había llegado a Madrid tan solo un año antes, a finales de 1836, y enseguida había conseguido buenas amistades. En Atenas y el Liceo: era concertista del Parnasio, en el Café del Príncipe, y muy pronto fue acogido por los autores que formaban el Romanticismo madrileño y cuyos aspiraciones e intereses también eran los suyos. De esta forma, en menos de tres años sería nombrado secretario de la sección de Literatura del Liceo. Aunque algunos estudiantes de su vida y obra hablan de una cierta timidez, como Jorge Camero en el prólogo a sus *Obras Completas* de 1934 (incluso aventura la posibilidad de algún defecto físico), parece que eso no le impedía moverse con agilidad y confianza en la escena literaria.

El apellidado dedica al importante ramo de bosques es sumamente
completa y merece muy especial atención y no son menos dignos de
elogio sus apuntes sobre ornitología y sobre cuadrúpedos y reptiles de
Nueva Zelanda. Sus observaciones generales sobre la abandonada geología de
este país del que si acaso cierra su obra, nos moverían a dar cuenta de
ello, a no ser por miedo de alargar aún mucho más este artículo.

Una vez los Jardines de Saco del capitán Cook. Nótese en ellas de
cierto en general alguna irracionalidad y cortedad excesiva de noticias.
Por ejemplo, de hiena solo apunta algo (y por cierto no de toda parte
donde se vea de la comarca, y omite por entero los notables edificios de
los hombres y hijos indios, perteneciente a historia natural que



Por nuestra parte nos tenemos por muy honra
de haber publicado en el anterior año sentimientos que no debieron de
ser de otra naturaleza imparcial. Si el capitán Cook, como se
dice por alguna de las de grande, la ha pagado un poco
de lo que debían haber tenido ocasión de recoger en el
descubrimiento de él, y no daban sino proporciones para

El Laberinto, tomo I, págs. 15 y 16
16 de marzo, 1 y 16 de mayo de 1800

1. Un tímido con mucho éxito

Los periódicos españoles del siglo diecinueve tenían el músculo informativo pero las alas literarias. Eran como un grifo mitológico, híbrido entre la necesidad de saber y el deseo de entretenerse. Por eso no solo eran soporte para el pragmatismo de la noticia sino que, a diferencia de los actuales, fueron el medio más eficaz y accesible para la creación. Es una característica que se ha perdido en la prensa actual, que ha desechado ser vehículo para la literatura, relegada al libro y, como mucho, al *blog* personal. Solo en muy contadas ocasiones algunas publicaciones le reservan, como por descuido, algunas páginas.

Enrique Gil tenía solo veintitrés años cuando empezó a colaborar con artículos y críticas en la prensa madrileña. Pocos meses antes había comenzado su relación con los periódicos gracias a la publicación de algunas de sus creaciones literarias. La primera había sido la poesía *Una gota de rocío*, que había recogido entre sus páginas *El Español* en diciembre de 1837, apenas quince días antes de finalizar un año aún estremecido por el suicidio de Larra. Espronceda, su amigo y mentor, había sido quien le había abierto el camino al leerla en una de las veladas del Liceo.

Gil había llegado a Madrid tan solo un año antes, a finales de 1836, y enseguida había conseguido buenas amistades. Acudía al Ateneo y al Liceo; era contertulio del Parnasillo, en el Café del Príncipe, y muy pronto fue acogido por los autores que formaban el Romanticismo madrileño y cuyas aspiraciones e intereses también eran los suyos. De esta forma, en menos de tres años sería nombrado secretario de la sección de Literatura del Liceo. Aunque algunos estudiosos de su vida y obra hablan de una cierta timidez, como Jorge Campos en el prólogo a sus *Obras Completas* de 1954 (incluso aventura la posibilidad de algún defecto físico), parece que eso no le impedía moverse con acierto y simpatía en la escena literaria.

Lo fuera o no, el caso es que aquel joven que acababa de dejar atrás la brumosa Ponferrada, pronto se codeó con los grandes. Y eso que había viajado a la capital deprimido, como recordaría después su hermano Eugenio: “Has llegado a Madrid, pero ¡cuán solo, cuán triste y desconocido!”, escribiría. Pronto encontraría amigos, como ya hemos dicho, y pocos meses después —en febrero de 1837— acudiría con ellos al entierro de Larra, el admirado *Fígaro*, que con su suicidio decidió escribir el epílogo más romántico posible para su propia vida. Entonces la amistad de Gil con Espronceda estaba ya tan afianzada que incluso le ayudaría a ocuparse del entierro, tal y como contaría Galdós en *La estafeta romántica*.

El sepelio de Larra, como es sabido, le daría oportunidad a José Zorrilla de *estrenarse* con éxito, al declamar una elegía que había compuesto para el escritor fallecido. Al vallisoletano, que llevaba ropa prestada al entierro y vivía con un cestero y su familia, el éxito de sus versos le abriría las puertas de los periódicos y, como en el caso de Gil, también el de las fondas de plato diario.

Larra tenía veintisiete, Gil veintidós, Zorrilla veinte. Eran todos unos veinteañeros sumidos en la melancolía y, en el caso de los dos últimos, con los bolsillos fuera. Menos mal que existían los periódicos.

Solo dos años después, Gil publicaría en *El Semanario Pintoresco Español* un amplio y elogioso análisis de todas las obras de Zorrilla —que entonces serían ya nada menos que cuatro tomos de poesías—, lo que serviría para asentar aún más la fama del joven poeta, aunque ya se consideraba, como escribe Gil, “un talento esclarecido a los ojos de todos”.

Aunque el villafranquino también había comenzado publicando poesías en los periódicos y revistas, finalmente destacará sobre todo por su actividad como crítico literario y teatral —especialmente por la segunda—. Dedicará a la actividad periodística, aunque con periodos de inactividad, únicamente seis años de su corta vida —de 1838 a 1844— y aun así sus dos primeros y fecundos años en esta labor serían suficientes para que enseguida fuera apreciado como uno de los mejores críticos teatrales de Madrid y también valorado como crítico literario.

De manera que la prensa será clave en la vida de Gil y en la difusión de su obra, tanto de la literaria como de la periodística, ya que el único

libro que vería publicado antes de morir en Berlín fue *El Señor de Bembibre*. El resto, desde sus poesías y crónicas de viajes hasta novelas cortas como *El Lago de Carucedo*, todo menos *Diario de viaje*, que quedó inédito en la capital alemana —entonces de Prusia—, se daría a conocer a través del crujiente papel de los periódicos.

Su último artículo lo firmará el 1 de abril de 1844, apenas un mes antes de su partida a la ciudad que acogería sus restos, y será una de las *Revistas de la quincena* para *El Laberinto*.

En ese momento solo hacía ocho años de su llegada a Madrid y, además de publicar en las principales cabeceras de la época y de relacionarse con los más reconocidos escritores, había acabado la carrera de Leyes y conseguido una plaza como ayudante del director de la Biblioteca Nacional; se había hecho amigo del presidente del Gobierno,



Luis González Bravo, y logrado que este le nombrara Secretario de Legación y le confiara la importante misión diplomática de recabar información y establecer lazos con los diferentes estados alemanes. En Berlín se relacionará con Alexander von Humboldt [en la imagen], será recibido por el emperador Federico Guillermo III de Prusia y su hijo, el príncipe Carlos, le concederá la Gran Medalla de Oro de las Artes y

las Letras. Nada mal para un tímido, entonces.

2. *Criticando* a los amigos

La tarea del escritor que además hace crítica literaria siempre ha sido peliaguda. A día de hoy todavía son muchos los autores que consideran que hay que estar a uno u otro lado de ese río, pero también son numerosos los que lo cruzan sin apenas dificultades. El escritor que es crítico literario sabe que es arte y parte, juez y juzgado, puesto que él también muestra sus propios textos para que sean valorados. Así, se expone a las iras ajenas, a “esas mezquinas rencillas literarias que bullen en un círculo más mezquino que ellas todavía”, como escribía el propio Gil, e incluso a la posible pérdida de un amigo, con lo que el equilibrio

entre la necesaria honestidad del crítico y el cariño se hace todavía más delicado.

Gil, como ya hemos apuntado, enseguida se hizo un nombre por su actividad como crítico, sobre todo teatral. Eso le permitía asistir a los estrenos de todas las obras en Madrid y le procuró un conocimiento de la actualidad literaria que iba más allá de las letras nacionales. A la vez publicaba sus propias creaciones en los periódicos y era parte de los círculos intelectuales de la capital con su participación en las charlas del Liceo y el Ateneo y en la tertulia del Parnasillo. De modo que era imposible que sus amigos, los principales escritores del momento, estuvieran fuera de su misión de catador literario.

Dentro de sus artículos de crítica encontramos a tres de sus contemporáneos: José Zorrilla; Ángel de Saavedra, duque de Rivas; y José de Espronceda, con el que mantenía una deuda impagable, ya que había sido su padrino literario.

¿Cómo criticar a un amigo? He aquí el dilema del crítico-escritor.

Pero no era nada torpe el autor berciano y supo hacerlo con elegancia, señalando los defectos que encontraba y a la vez sacando brillo a las virtudes. La adulación suele ser tan sospechosa como el ensañamiento (que puede confundirse con la envidia, y muchas veces lo es), por lo que Gil encontró un adecuado término medio entre la alabanza y el reproche. En jerga actual podríamos decir que no fue un crítico pelota, pero tampoco hacía sangre.

En los artículos de Gil se notan no solo sus muchas lecturas, sino la profundidad de estas. Pero en ningún momento trata de erigirse en encallecido estudioso, sino que lo importante es la inspiración, el arte. Es un escritor inteligente que sabe hallar lo valioso en cualquier texto, en cualquier opinión, sin posiciones dogmáticas ni absurdas. En unos años en los que el debate clásico/romántico daba sus últimos coletazos, Gil —plenamente romántico de pensamiento y obra— supo evaluar con justicia aquellos aciertos que habían tenido los autores de la Ilustración tanto como destacar la innovación que había traído a las letras el Romanticismo.

Son ideas que cristalizan en una especie de introducción en su crítica a las poesías de Zorrilla y que podrían resumirse con una cita que aparece en ella: “En nuestro entender solo hay *bueno* y *malo* en las bellas

artes". Gil manifiesta una opinión ponderada entre posibles extremos y valora el Clasicismo "como una idea poderosa de orden y de disciplina, única capaz de corregir la anarquía y confusión que se introdujo en la literatura hacia la postrera mitad del siglo XVII", a la vez que ensalza el Romanticismo "como único medio de emancipar el genio de las injustas cadenas de los reglistas".

2.1. Zorrilla

Gil hace esta exposición Clasicismo/Romanticismo, aunque era un debate que empezaba a agotarse, en su artículo sobre la poesía de José Zorrilla y le sirve para encuadrarle en el segundo, ya que "era la escuela que más campo ofrecía a su inspiración y más espacio a los vuelos de su alma". Tras este rodeo, comienza a evaluar toda la obra que hasta ese momento ha publicado el vallisoletano, cuatro libros de poesías como ya hemos dicho, para consolidar a un autor que a pesar de su juventud era reconocido entre los principales del momento.

Alaba la fantasía "poderosa, rica y ardiente" de Zorrilla, aunque reprocha en algunas de sus composiciones su falta de intimidad. Y en esto Gil no era de los que dicen una cosa y hacen otra, porque precisamente la intimidad y el sentimiento serían clave en su poesía. Alejado de la grandilocuencia de los versos de corte histórico o épico de Zorrilla, Gil iluminaba los suyos con la sencillez de la emoción, anticipándose así al más imitado de nuestros poetas de igual naturaleza: Gustavo Adolfo Bécquer.

El escritor villafranquino también resalta los defectos de Zorrilla, que de alguna manera minimiza al atribuirlos a "la fecundidad excesiva de su musa", como son la falta de corrección de varios poemas, las repeticiones, o algunas fallidas imitaciones de Calderón. Considera sin embargo que no carece su obra de brillantez e imaginación y celebra la armonía de la versificación, que califica de exquisita. Gil finaliza el artículo incluyendo parte de la composición *Al último rey moro de Granada, Boabdil el Chico*, por ser una de sus preferidas, ya que logra aglutinar "lo bello y lo verdadero".

2.2. Ángel de Saavedra, duque de Rivas

En 1841 Gil publica en *El Pensamiento* un amplio artículo sobre los *Romances históricos* de Ángel de Saavedra, duque de Rivas, que acababan

de ser publicados. Con el tiempo sería su obra poética más conocida y se trataba de un conjunto de diecisiete romances basados en episodios históricos o legendarios que abarcaban desde la Edad Media —siempre tan querida para los románticos— hasta principios del siglo diecinueve.

Con esta obra, el duque de Rivas se proponía una revalorización del romance, tal y como explicaba en su prólogo, y consideraba que debía ser ensalzado nuevamente tras caer en la pluma “de los meros versificadores y de los copleros vergonzantes”. Proponía que su vigor en la expresión los convertía en un metro perfecto para la narración y la descripción, así como para expresar los pensamientos filosóficos y el diálogo, por lo que defendía que el romance “debe sobre todo campea en la poesía histórica, en la relación de sucesos memorables”.

Gil aprovecha esta nueva publicación de Saavedra para ensalzarle como “primer adalid” de la regeneración poética que se produjo con el Romanticismo, al estimar que la publicación de *El moro expósito* —realizada siete años antes en París— había contribuido a oxigenar los aires poéticos españoles, enrarecidos por los rigores del siglo anterior, que habían despojado a la literatura nacional “de toda espontaneidad” y habían acabado “con su originalidad y carácter propio”. De esta manera, Gil volvía a fortalecer las bases de las inquietudes de la nueva generación poética y a asentar su importancia para revivir a sus famélicas musas.

La conciencia que los románticos tenían de sí mismos y de su búsqueda literaria los hacía alejarse necesariamente de los planteamientos de la generación precedente y encontrar su propio camino, aunque reconocían la ligazón de este con las características de España como territorio, con su tradición literaria y con su historia, asuntos todos que eran principales en los *Romances históricos* del duque de Rivas. La emulación de los modelos clásicos que preconizaban los ilustrados y los modelos importados de otros países, especialmente de Francia, fueron rechazados. Gil apuntala este criterio en su artículo sobre el duque de Rivas, ya que “si la literatura es el reflejo de la sociedad”, escribe, “sin duda se equivocaban los que sin tener en cuenta más que el espíritu de obediencia y de imitación, trasladaban a nuestro país las formas del sentimiento de otro”. De forma que, insiste, no se pueden vaciar los afectos del corazón y los vuelos de la fantasía en un “molde idéntico en todas las épocas”.

Debían volverse los ojos, entonces, a lo propio. A lo “indígena”, escribe Gil, para que la poesía regresara a su “espontaneidad y verdad”. Y en esta búsqueda los romances tradicionales encerraban mil tesoros, con sus damas y caballeros y sus trágicos relatos, como el de los siete infantes de Lara, esa sangrienta venganza familiar que había inspirado a Saavedra la escritura de *El moro expósito*. Gil muestra aquí de nuevo el rigor de su actividad crítica y equilibra defectos y virtudes al considerar que esta obra tiene una acción escasa y algo desleída, que los caracteres principales son monótonos y adolecen de individualidad y que el desenlace no está bien conseguido. A la vez aprecia la fuerza y agudeza de la obra y salva su valía concluyendo que es “una página histórica llena de elocuencia”.



Centrándose en los *Romances históricos*, objeto del artículo, Gil se detiene muy brevemente en respaldar la conveniencia e importancia del prólogo realizado por Saavedra sobre este tipo de composición, al coincidir con él en que es la rama principal del árbol de la literatura española. Sobre los *Romances* de Saavedra, el villafranquino se vuelca en elogios y tiene la intuición de manifestar que constituyen una obra importante, como así lo corroborarían los estudiosos de las décadas siguientes.

Gil aprecia justamente que no todos los romances se elevan a la misma altura, pero los ensalza tanto por su contenido: caracteres marcados y argumentos hábiles; como por su forma: con ricas descripciones y cuidada entonación poética. Esto hace, abunda el crítico, que se mantenga viva la atención y el interés del lector y, para no venderle al público el melón literario sin la prueba, decide finalizar el artículo reproduciendo algunos de ellos.

2.3. José de Espronceda

Espronceda había sido para Gil amigo, mentor y hasta procurador de *curro*, por lo que abordar de forma crítica su labor literaria era inexcusable y delicado a la vez. Lo hará en una de las principales publicaciones de la época: el *Semanario Pintoresco Español*, en 1840, con motivo de la reciente publicación de sus *Poesías*. La admiración y estima

hacia el autor son evidentes en la valoración de su obra, aunque Gil también resalta las fallas, cumpliendo así con “el peso más grave de la crítica, que es la necesidad de poner tachas y encontrar defectos”, según su definición, aunque sin dejar de traslucir la admiración por las composiciones de su amigo, a quien tanto debe.

Y utiliza incluso su artículo para reclamar, tanto a la sociedad como al gobierno, el apoyo a la cultura y a sus creadores, al considerar que ni la primera ni el segundo “dan a los talentos aquella clase de fomento real y positivo que tanto contribuye a fecundarlos y vivificarlos”. Suscribiendo así aquella frase de Larra que aseguraba que “escribir en Madrid es llorar” —que luego todos los literatos del país harían suya—, Gil afirma que “sonrojados y orgullosos a un tiempo, podemos decir que las artes en España viven de sí propias y de sus recuerdos”, para que nosotros —los lectores del presente— podamos fácilmente concluir que en todos los tiempos cuecen habas.

Espronceda era un autor ya conocido y uno de los principales agitadores culturales (como se dice ahora) de Madrid, debido a su actividad en el Liceo, en la tertulia del Parnasillo y en los periódicos. La edición de *Poesías* ese año mostraba nuevas composiciones del autor y recogía algunas de las ya conocidas, como *Pelayo* —inacabada— y *El estudiante de Salamanca*. Los fragmentos del primero de estos poemas que se publicarán en el volumen concitan las reprobaciones de Gil que, estimándolo una especie de pecadillo de juventud, rechaza en él la falta de temple y profundidad, aunque alaba su vigor literario. Es interesante destacar que el crítico berciano lo considera una de las últimas muestras de epopeya en la literatura española y señala, como ya era aceptado entonces, que este tipo de composiciones estaban desapareciendo para ser reemplazadas por la novela, pues así lo demostraban autores como Walter Scott y Alessandro Manzoni.

Gil también lamenta la inclusión en el libro de otra composición de juventud: *A la noche*, de la que subraya su “flojedad” en comparación con el resto de poemas que incluye la publicación. En los demás, como en la *Serenata*, la *Canción de la cautiva*, *Óscar y Malvina* y el *Himno al sol*, ve siempre más virtudes que defectos, aunque sin duda son las canciones de Espronceda las que mayores elogios concitan, una opinión en la que las generaciones futuras parece que han seguido coincidiendo.

Tanto es así, que es raro aquel ciudadano de nuestro país que no tenga un recuerdo más o menos vívido de cuándo escuchó por primera vez la *Canción del Pirata*, o cómo logró aprendérsela entera o cuál era el compañero de clase que mejor la recitaba (y volvía a dar la tabarra con ella en el recreo, una y otra vez, para lucirse).

Es uno de los poemas ligados a la infancia de varias generaciones de estudiantes españoles y a la vez uno de los más claros exponentes de las principales pasiones románticas: la libertad, lo exótico, la rebeldía; por lo que no es extraño que su llamada a una vida de aventuras sin fin se ligue siempre a las esperanzas de los más jóvenes. Gil considera que la *Canción del Pirata* coincide con el “carácter ardiente y aventurero” de nuestra nación, idea por otra parte puramente romántica y posiblemente muy alejada de lo que pensamos ahora de nosotros mismos, y también celebra sus innovaciones literarias, que cristalizan en sus “extrañas rimas” y “difíciles combinaciones métricas”. Gil elogia la inspiración de todas las canciones de Espronceda: *El canto del cosaco*, *El mendigo*, *El reo de muerte* y *El verdugo*, y liga las dos últimas a la “escuela amarga y desconsolada” de Byron, aplaudiendo además en ambas su carga ideológica contra la pena de muerte.

De las siguientes composiciones, que el propio Espronceda consideró *históricas*, también destaca Gil la base crítica y política, pero apoya que no descendan nunca “a las miserias de los partidos y a la ruindad de los intereses individuales”, aunque se refieran a ellas de algún modo. Del conjunto se apartan dos: *Despedida del patriota griego de la hija del apóstata* y *Elegía de la patria*, mientras que otras como el soneto a *Torrijos y compañeros*, el poema *Guerra* y la dedicada a la muerte de Joaquín de Pablo, conocido como Chapalangarra, sí se nutren de las “desdichas políticas” patrias, como destacaría Gil, por lo que revelan “la llama del rencor y del ardimiento que nuestras desastradas disensiones han encendido en tantos pechos”.

En ellas se ve el concepto de lucha por el cambio social que Espronceda llevó a su propia vida, tanto en sus primeras experiencias revolucionarias en el exilio como en su última y corta etapa como diputado a solo dos meses de su muerte. Estas cristalizarían tanto en su participación en las barricadas de París en 1830 como en la oposición al reinado en España del retrógrado Fernando VII. Contra este se unió a

los liberales de José María de Torrijos (a quien Gil dedica una elegía), que sería fusilado después en las costas de Málaga, tal y como recordaría en su poema, e incluso participaría en la expedición militar al mando del citado Chapalangarra, con la que conseguirían entrar en España por Pamplona, aunque después vendría la derrota y fusilamiento de Chapalangarra y la triste vuelta a Francia de Espronceda y el resto de supervivientes.

Gil finaliza la reseña de las obras de Espronceda alabando su poema final: *El estudiante de Salamanca*, la larga composición narrativa que cuenta cómo las donjuanadas de Félix de Montemar le llevan a la muerte, con toda la sucesión de lugares comunes del mito: la venganza, la contemplación del propio entierro y la mujer-espectro. Y, por último, desea a Espronceda que sus palabras le sirvan de estímulo para rematar *El Diablo Mundo*, aunque los deseos del escritor berciano no se verían cumplidos, ya que el poeta moriría apenas dos años después sin conseguir acabarlo.



3. Los exiliados y la *pandemia* romántica. Las traducciones

Pasar a la historia con el sobrenombre del *Rey Felón* no es nada de lo que presumir, ni tampoco haber sido el causante de uno de los mayores éxodos de intelectuales en nuestro país; aunque, por ver el vaso medio lleno, una de las consecuencias del retorno de la emigración provocada por la felonía de Fernando VII fue que muchos de aquellos escritores no solo importaron las nuevas corrientes literarias en sus obras, sino que, tras leerlos en el exilio, tradujeron los textos seminales que las habían originado. Ellos contagiaron a sus paisanos con el *bacilo romántico* y así la *pandemia* llegó, aunque tarde, a España, y su fiebre ardió en la frente de la siguiente generación, la de Gil.

Francia e Inglaterra fueron los principales destinos durante la *Década ominosa* y las estadísticas hablan de más de 20.000 exiliados por la represión política de Fernando VII. De esta forma llegaría a escribir Larra que “por poco liberal que uno sea, o está uno en la emigración, o de vuelta de ella, o disponiéndose para otra”. Hasta siete periódicos de

exiliados españoles se llegarían a publicar en la capital británica, donde se establecieron los que después serían los autores principales del movimiento romántico, como los citados Duque de Rivas y Espronceda, mientras que en Francia se asentarían otros como Francisco Martínez de la Rosa.

A través de ellos se difundirían en España Byron y Walter Scott, Chateaubriand y Victor Hugo, y además la labor periodística continuaría en nuestro país con la creación de varias publicaciones importantes. Muchos periódicos y revistas en las que años después escribiría Gil habían sido fundadas por emigrantes retornados o incluían entre sus colaboradores a buena parte de ellos. *El Español*, donde había publicado por primera vez, había sido creado por Andrés Borrego y era dirigido por José García de Villalta, que habían sufrido el exilio en Inglaterra y Francia; y compartió otras redacciones, como las de *El Laberinto* o el *Semanario Pintoresco*, con significados emigrados como Antonio Alcalá Galiano.

3.1. Gil *speaks English*, pero poco

Gil leía sin problemas en francés, pero no así en inglés; ya que, aunque tenía algunos conocimientos de esta lengua –posiblemente de forma autodidacta– él mismo reconoce en una crítica a la representación de *Macbeth* en Madrid “no conocer a fondo la lengua de Shakespeare”, según recuerda Valentín Carrera en su ensayo *El periodista Enrique Gil*¹⁰⁷. Y, si bien no conocía el inglés, mucho menos el alemán, que después estudiaría seis horas diarias con la vista puesta en su nuevo destino en Berlín. Por eso resulta interesante comprobar cómo su curiosidad le llevaba a lo que menos conocía, ya que sus dos únicos artículos de crítica literaria sobre prosa se dedican a una exploración de la obra de los escritores de la entonces joven nación estadounidense y de los cuentos del alemán Ernst Theodor Amadeus Hoffmann.

Esta misma curiosidad e interés divulgativo le hace comenzar su artículo sobre la literatura en los Estados Unidos con una amplia –y tal vez prolija en exceso– exposición de los logros de este país, augurando (certeramente) “su importancia probable en la marcha futura de la civilización”. Desde sus inicios como nación y su exponencial

¹⁰⁷ Véase *Ensayos sobre Enrique Gil*, volumen IX de la BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO.

crecimiento demográfico hasta el desarrollo de su industria y la pujanza de su periodismo —con más de un millar de periódicos—, Gil aporta datos sobre el imparable crecimiento de los Estados Unidos. Al margen de estas informaciones de fondo y de las referencias posteriores a algunos de los escritores del país americano, lo que realmente llama la atención de este artículo (al menos a la que esto escribe) es cuando plantea, aunque sea de pasada, una de las cuestiones principales en la literatura estadounidense y que aún sigue provocando grandes —y tal vez estériles— debates: el hallazgo de lo que se ha llamado ‘Gran Novela Americana’.

La búsqueda de una obra que acrisole las características de una nación tan diversa y compleja como la estadounidense es la alquimia literaria por excelencia, y antes incluso del surgimiento de autores canónicos como Melville, Twain o Faulkner, ya Gil tuvo el olfato de ver las dificultades de conseguir un modelo como el de nuestro *Quijote*. En sus propias palabras:

¿Es posible una literatura común, nacional e indígena en un pueblo en el que la más absoluta independencia individual precedió ya a la época de su existencia política, en la que la población se deriva de diferentes orígenes y abriga distintas creencias religiosas, en que los diversos intereses mercantiles están ya en una inmensa complicación, y que finalmente ni tiene pasado, ni las tradiciones que de él fluyen y manan? ¿Será posible, decimos, a la América del Norte, producir ni ahora, ni en mucho tiempo, una obra que sea la expresión concreta y cabal de sus deseos, tendencias, esperanzas y temores?.

Y se responde Gil, de nuevo tan acertado como una Casandra, puesto que semejante obra aún no ha sido publicada: “Creemos que no”.

El crítico berciano señala además el carácter práctico y pragmático de los estadounidenses y de su producción editorial. Esto lleva, asegura, a una cierta minusvaloración de la literatura “hija del sentimiento o de la imaginación”, que se ve superada en número de publicaciones por las orientadas a cuestiones más “útiles”. Y destaca sobre todo dos: las históricas y las obras de educación. En el caso de las primeras, Gil acentúa la solidez de los historiadores estadounidenses, con

representantes como John Adams y el hispanista William Prescott; y en los escritos sobre educación, valora el trabajo hecho en este campo por las mujeres y cita dos: Lydia Huntley Sigourney y Hannah Adams.

Gil considera, sin embargo, que la literatura de ficción no ha alcanzado la excelencia de la europea, aunque destaca como sobresalientes a Washington Irving y a James Fenimore Cooper, este como excelente representante de la literatura marítima. En el ámbito poético, aun teniendo representantes de mérito como Lidia Sigourney y Susana Rogers (Gil cita de nuevo a mujeres, prácticamente desaparecidas entre los románticos europeos), el villafranquino abunda en su honestidad crítica y aduce su desconocimiento del idioma para no emitir sobre la poesía estadounidense “ningún juicio razonado, porque no podemos analizar debidamente su forma”.

3.2. Los *fantásticos*, esos resistentes, y Hoffmann



108

¹⁰⁸ Ilustración de Roberto Innocenti para *El Cascanueces*, de Hoffmann [URL: <http://bit.ly/1z2FZL3>].

La literatura fantástica tiene en nuestro país más base y tradición de la que pueda parecer y a pesar de eso sus autores lamentan —con razón— los prejuicios que arrastra y la escasa atención que le prestan académicos y críticos en comparación con lo que un escritor principal de nuestro fantástico, José María Merino, ha llamado el *canon realista*.

Desde *Amadís de Gaula*, el 'bestseller' de este género en el siglo XVI, a escritores principales de nuestros días como el propio Merino y hasta la última hornada, con autores como Emilio Bueso e Ismael Martínez Biurrun, la literatura fantástica sigue resistiendo en nuestro país tanto la indiferencia de la crítica (cada vez menor) como el empeño de muchas editoriales en portadas horrosas y enfoques adolescentes que acaban ubicando esas novelas en la esquina con más telarañas de la librería (también una tendencia decreciente, por fortuna). Pero, a pesar de todo, y de todos, los fantásticos siempre han sido unos tipos resistentes y por eso podemos establecer un hilo de Ariadna desde el *Amadís* hasta las últimas tendencias en estos siglos XX y XXI, desde la ucronía a la distopía (palabra esta que entrará en el diccionario gracias a Merino) pasando por el terror y el *steampunk*.

El Romanticismo, con su exaltación de la imaginación y la libertad, fue un movimiento principal para el género en España, cuyo auge llegará hasta el posromántico Bécquer y sus *Leyendas* y decaerá por la llegada del Realismo. Con sus espectros y demonios, gnomos y maldiciones, los relatos de Bécquer son una de las cumbres de nuestro fantástico, pero conviene recordar que incluso nuestro principal representante del realismo decimonónico, Benito Pérez Galdós, se subió a este barco en más de una decena de relatos, como *Tropiquillos* y *¿Dónde está mi cabeza?*

Esa es la mejor muestra de que, incluso cuando las tendencias han ido por otro lado, el elemento fantástico ha seguido perviviendo, más o menos larvado, en la creación literaria española.

Antes incluso de la aclimatación en España del Romanticismo, la literatura fantástica había tenido entre sus principales defensores a José María Blanco White, que la ensalzó en un artículo titulado *Sobre el placer de las imaginaciones inverosímiles*, publicado en *Variedades*, una revista londinense, en 1824. En este artículo Blanco White parte de las teorías de Coleridge —fundador del Romanticismo inglés junto a

Wordsworth—, y defiende “la necesidad del uso de lo maravilloso en la ficción literaria”, según recoge la interesante tesis doctoral *La recepción de la literatura fantástica en la España del siglo XIX*, del profesor David Roas, que es actualmente uno de los principales escritores y críticos del género.

Dice Blanco White: “El placer de las ficciones que nos transportan a un mundo imaginario, poblado de seres superiores al hombre y sujeto a otras leyes que las inmutables de la naturaleza, es tan natural y tan inherente a nuestra constitución que no puede arrancarse del alma sino con violencia”. El escritor suscribe así esa resistencia del fantástico en la mente humana y en la literatura, a la vez que lamenta la poca aceptación que tiene en España: “Mi intento es solo protestar contra la sentencia de destierro que se ha fulminado sobre ellas [las creaciones fantásticas], especialmente en España”. Otros autores ya puramente románticos, como Salvador Bermúdez de Castro, coincidirían con esta opinión y asentarían la importancia y vigencia del género, que se adaptará a las características propias de la historia española. De esta forma Bermúdez de Castro destacaría en un artículo de 1839 en la revista *La Esperanza* el papel del folclore como inspiración para la literatura fantástica.

Entre los autores, el alemán Ernst Theodor Amadeus Hoffmann fue, durante los años cuarenta del Romanticismo español, uno de los más leídos y admirados. Aunque en los cincuenta su fama se verá un tanto eclipsada por las primeras publicaciones en España de otro autor genial, Edgar Allan Poe, Hoffmann será durante muchos años el escritor de referencia del género. Eugenio de Ochoa había hecho la primera traducción de un cuento de Hoffmann en 1837. Se trataba de *La lección de violín*, que apareció en una colección de novelas extranjeras titulada *Horas de invierno*, pero la primera antología de sus relatos fue la traducida y recopilada por Cayetano Cortés en 1839, con el título de *Cuentos fantásticos*. Cortés seguía la homónima traducción francesa publicada nueve años antes y que ya era conocida en España. También Poe llegaría después a nuestro país gracias a las traducciones francesas de Baudelaire de *Historias extraordinarias* y *Nuevas historias extraordinarias*.

Gil publicará una magnífica crítica de estos cuentos de Hoffmann traducidos por Cortés, el 16 de abril de 1839 en *El Correo Nacional*. Pero hay que decir que la primera la había hecho, justo un mes antes, el

17 de marzo de 1839, Bermúdez de Castro en la revista *El Piloto*, y que Gil, en el colmo de la elegancia, así lo cita en su artículo. Sin embargo la del villafranquino es considerada la mejor por muchos estudiosos, como Roas. El escritor y crítico barcelonés asegura en su tesis que “el análisis más lúcido de la obra de Hoffmann fue el realizado por Enrique Gil y Carrasco” y subraya que es curioso que este artículo no aparezca en un amplio estudio que el profesor Franz Schneider realizó sobre la recepción en España de la obra de Hoffmann ni en el que Jean Louis Picoche dedicó al escritor español. Roas asegura incluso que Gil aparece en esta crítica como una especie de “teórico de la recepción *avant la lettre*”, ya que explica cómo están acogiendo los lectores españoles la obra del cuentista alemán que, como ya hemos dicho, tuvo muchos admiradores.

Los cuentos traducidos por Cortés, publicados en dos tomos con el título de *Cuentos fantásticos*, eran cuatro: *Las aventuras de la noche de San Silvestre*, *Salvador Rosa*, *Maese Martín el tonelero y sus oficiales* y *Marino Faliero*, y Gil comienza su análisis ofreciendo lo que podría ser un contraanálisis de lo que había expuesto Walter Scott en un artículo titulado *Ensayo sobre el uso de lo maravilloso en el romance*.

Scott no era un gran *fan* de Hoffmann, más bien todo lo contrario, y a partir de las opiniones del escritor escocés muchos otros achacarían la singular imaginación del alemán a supuestas inclinaciones éticas. Incluso, según Roas, Scott había escrito su artículo, “con una clara voluntad desprestigiadora” y había convertido a Hoffmann “en una especie de ser extravagante y alcohólico dominado por el delirio y la alucinación”. “Gil y Carrasco, sabedor de la novedad que supone la obra de Hoffmann en nuestro país, pretende hacer un análisis profundo de esta, contrastando sus opiniones con las vertidas por Scott”, expone Roas, y pretende demostrar que sus obras no tienen los defectos que les achaca el escocés. Así, Gil defiende que los relatos de Hoffmann se basan en una reflexión profunda sobre la realidad y el ser humano y no son únicamente “el simple desvarío de la imaginación al que los reduce Scott”, según el escritor barcelonés.

Gil inicia su crítica en *El Correo Nacional* con un sugerente apunte biográfico de Hoffmann —aunque también algo fantasioso—, pero enseguida se dedica a poner los puntos sobre las *ies* en las opiniones de

Scott, mostrando así la rigurosidad con la que afronta su labor crítica, a pesar de que el escocés era uno de los autores señeros del momento. “Nuestro parecer es distinto del suyo en varios puntos, y no solo por respeto a nuestra conciencia, sino también por el interés de la verdad, no dejaremos de arriesgar nuestro oscuro parecer”, escribe Gil.

El villafranquino rechaza las sentencias de Scott sobre que muchos de las descripciones de Hoffmann eran “hijas legítimas de la taberna alemana”, en tanto que “bajas y prosaicas”, así como recargadas en su “desagradable desnudez y verdad”. Scott también había reprochado la falta de significación lógica en las obras de Hoffmann (¡quería lógica en lo fantástico, sí, que también existe pero con sus particularidades!) y la falta de armonía en las ideas.

Frente al seguidismo de otros críticos españoles, Gil no está de acuerdo con ninguna de las opiniones de Scott. Aunque el crítico berciano también se deja llevar por la extendida idea de que Hoffmann era un tipo alucinado y hasta supersticioso, “un ser excepcional presa de mil contrarias sensaciones”, escribe, esto no hace más que explicar su capacidad fabuladora, suma de su imaginación y de “las brumas del misticismo alemán”. De esta forma, según Gil, en Hoffmann están de acuerdo el pensamiento y la expresión, es decir, existe la consonancia de idea y forma necesaria en cualquier obra.

La popularidad de los cuentos de Hoffmann muestra además lo entretenidos que resultan a los lectores, aunque eso no quiere decir, enfatiza Gil, que tengan razón quienes reducen su valor “a tan mezquinos quilates”, sino que bajo sus ficciones hay intención e inteligencia, además de unos sólidos conocimientos. De esta forma, concluye Gil, sus relatos instruyen y deleitan. No se le puede pedir más a un escritor, o tal vez sí, pero no a Hoffmann.

4. El reportero *cultureta*

En jerga periodística, los redactores destinados a la sección de Cultura son, lógicamente, los *culturetas*. A ellos nada les está vedado: entran gratis a teatros y exposiciones, ven desaparecer sus mesas bajo decenas de libros enviados por editoriales y autores, y son invitados a cualquier

‘sarao’ cultural que haya: desde presentaciones en sótanos de librerías a *performances* de última ola en los lugares más insólitos. Nada se escapa al radar del reportero *cultureta*, si tiene las antenas bien sensibles para captar lo que le rodea. Es el invitado que todos quieren en su salón, siempre que después les deje bien en su crónica, claro.

Gil, como ya hemos dicho, publicó casi toda su obra en prensa, ya que únicamente *El Señor de Bembibre* llegó a editarse como libro. La labor periodística del villafranquino —excluyendo la creación literaria— se orientó, sobre todo, a dos tipos de artículos: los costumbristas y de viajes [vols. III y VI de la BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO], los de crítica teatral [vols. IV] y los de crítica literaria y ensayos, que se recogen en este volumen. En puridad, Gil solo ejerció de reportero *cultureta*, de periodista sobre el terreno de la actualidad, en las once crónicas que publicó entre 1843 y 1844 en el periódico *El Laberinto*, bajo el título de *Revistas de la quincena*. La última la publicará poco antes de su viaje hacia Berlín y en *El Laberinto* se podrán leer también sus últimos escritos antes de su temprana muerte: dos crónicas de viaje enviadas desde Francia.

El trabajo del periodista cultural no es el del crítico. El primero informa y el segundo analiza y, aunque ambos puedan hacer también parte de la labor del otro, los papeles están bien definidos. De esta forma, el periodista cultural presenta el objeto de interés de forma más superficial mientras que el crítico escarba. Si habláramos de gastronomía, el periodista cultural pondría el plato en el escaparate y el crítico haría la cata. En el caso de Gil, su dedicación a la crítica teatral le permitía estar al tanto de todas las novedades y asistir a todos los estrenos, y esta es una información que después aprovechará para sus artículos en *El Laberinto*. Por eso en ellos, aunque se trataba de hacer un *totum revolutum* de la actualidad cultural en Madrid cada dos semanas, los estrenos teatrales ocupan un espacio preeminente.

Estas once crónicas nos ofrecen unas vistas inmejorables de la actividad artística en la capital durante esos años cuarenta del siglo XIX. Entre el apetito cultural de Gil y la gran cantidad de estrenos que había cada semana, el berciano no debía de tener ni una noche libre. Por eso llama la atención que comience muchas de las crónicas quejándose de la escasez de sucesos literarios o artísticos ocurridos en esos quince días, y

después hable de hasta cuatro estrenos en el mismo teatro en ese periodo temporal. Una forma equivocada, por otra parte, de comenzar un artículo, ya que parece que este no va a contar nada de interés, ni siquiera para su propio autor (sobre todo cuando después no es así).

También resulta curioso —así como decepcionante— el *peloteo* que Gil se trae con la nueva reina Isabel II. La grandilocuencia y exceso de almíbar que derrocha con esa niña de trece años no entra dentro de su estilo habitual. Bien porque *El Laberinto* se alinee con la prensa oficialista, o porque el propio Gil tuviera esperanzas en el nuevo reinado de Isabel II, o ambas según parece, el berciano sin duda se dejó llevar por la efusión del momento, ya que había comenzado a publicar sus *Revistas de la quincena* a solo un mes y medio de que la reina fuera declarada mayor de edad, nada menos que tres años antes de lo que le correspondía y con la pretensión de evitar una tercera regencia después de las ejercidas por su madre, María Cristina de Borbón, y por el general Espartero.

La confianza en que la nueva soberana iniciara un reinado de paz y de respeto a las libertades públicas (después no fue oro todo lo que relucía) se deja ver desde la primera crónica de Gil en *El Laberinto*, que coincide con el comienzo de las obras para el nuevo Palacio de las Cortes, en el que actualmente se reúne el Congreso de los Diputados. Gil cuenta cómo Isabel II acudió a eso que se llama “primera piedra” de un edificio y dice: “La ceremonia fue digna de su objeto, digna del culto pueblo de la capital y digna, sobre todo, de la hija de cien reyes, cuya aurora ha lucido en el horizonte de España junto con la aurora de la libertad y de las ideas más generosas y progresivas de la época”. Ahí es nada. El berciano se habría llevado un buen disgusto de haber sabido cómo acabaría el reinado de Isabel II y hasta habría perdido la respiración al ver cómo la retrataron años después Gustavo Adolfo Bécquer y su hermano Valeriano en esa hilarante gamberrada que es *Los Borbones en pelota*. En su cuarta crónica, Gil narrará incluso las fiestas en Madrid por la mayoría de edad de Isabel II, con bailes y cucañas, fuegos artificiales y hasta una fuente de leche y vino, ¡qué cosas! Y en sucesivos artículos la reina Isabel II seguirá apareciendo aquí y allá, como insigne público de obras teatrales y espectáculos.

Aparte de estas referencias, pocas más hay a la situación social y política del momento, ya que obviamente no eran el objeto de estos artículos. Y así lo subraya Gil, que considera esta una tarea que “con gusto abandonamos a nuestros colegas diarios”. “Porque somos de la opinión que algo más engrandecen a las naciones sus glorias literarias que no sus agitaciones y pasiones políticas”, escribe. No por eso deja de citar algunas noticias relevantes, como el intento de asesinato contra el general Narváez ocurrido en noviembre de 1843 (al año siguiente sería nombrado presidente del Gobierno). Este famoso atentado en la calle del Desengaño tuvo una sola víctima: el comandante Baseti, y en él resultó “levemente herido sobre la sien derecha”, cuenta Gil, su colega escritor y crítico Salvador Bermúdez de Castro.

Pero, sobre todo, lo que encontramos en estos artículos quincenales es un breve resumen de estrenos de teatro, danza y ópera; algunas publicaciones de interés, y someras críticas de obras y del trabajo de los principales actores de la época. En ellos se ve el profundo conocimiento que Gil tenía de la escena teatral española y su relación con los más notorios autores e intérpretes, que ya ha sido estudiado en profundidad por Miguel A. Varela¹⁰⁹.

A través de las crónicas de Gil se comprueba la ingente actividad que entonces tenían teatros principales como el del Príncipe (actual Teatro Español); el de la Cruz (derribado algo más de una década después) o el del Circo (destruido por un incendio en 1876). Actores como Julián Romea, Bárbara Lamadrid y Carlos Latorre no solo tuvieron un enorme éxito de público en esos años, sino que contribuyeron decisivamente a que esa popularidad sirviera para cimentar las obras de los autores teatrales del Romanticismo como Zorrilla, Duque de Rivas, Tomás Rodríguez Rubí y Antonio Gil de Zárate, cuyos estrenos cita Gil en sus crónicas. Romea era también un habitual de la tertulia del Parnasillo y, como director del Teatro del Príncipe, fue promotor de buena parte de los estrenos de las obras teatrales de sus amigos románticos, como *Los amantes de Teruel*, de Hartzenbusch. Por su parte, Lamadrid y Latorre, pareja escénica en el Teatro de la Cruz, estrenaron muchas de las obras

¹⁰⁹ Varela, Miguel A., *Un hombre de teatro llamado Enrique Gil*, estudio preliminar, *Crítica teatral*, v. IV, BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, 2014.

más conocidas de Zorrilla, como *Don Juan Tenorio* o *Sancho García*, gracias a que el director del teatro, Juan Lombía, había contratado al vallisoletano como autor en exclusiva.

Algo que queda bastante claro al leer las crónicas de Gil era que el trabajo de los actores en aquella época era enorme, ya que cada teatro tenía su propia compañía dramática y eso obligaba a cambiar continuamente el cartel con los mismos intérpretes. Por eso cada pocas semanas estos tenían que aprenderse una nueva obra para renovar así la programación. Aunque, por este mismo motivo, tal vez su trabajo era más estable que el de los actores actuales, si exceptuamos los de algunas series de televisión que llevan varios años en antena.

Esto quiere decir que también la tarea de los autores teatrales era ingente y constante. Por ejemplo, durante los cinco años que Zorrilla estuvo contratado por Lombía para escribir para el Teatro de la Cruz, estrenó en sus tablas la nada despreciable cantidad de veintidós dramas. Estadísticamente, eso supone que el veinteañero Zorrilla escribía una obra cada tres meses.

La voracidad del público por nuevas historias queda claramente reflejada en estos artículos de Gil. Aunque en esos momentos este ritmo era el normal (como lo es ahora en el cine, con estrenos cada semana), hoy en día no deja de sorprendernos. En la octava crónica que publica Gil, por ejemplo, cuenta cómo en el Teatro de la Cruz ha asistido un par de noches a lo que llamaríamos una 'sesión doble', viendo en cada una de ellas dos obras. La primera noche *Probar fortuna o Beltrán el aventurero* y *Quiero ser cómica*, y la segunda a la representación de *El guante de Coradino* y *El que se casa por todo pasa*. Y dos artículos después, es decir, cuando ha pasado solo un mes, escribe que en este mismo teatro se han representado tres traducciones y una comedia original: *Juan de las Viñas*, de Hartzzenbusch.

Esta avidez de nuevas obras no solo se aplacaba con el trabajo de los autores nacionales, sino que Gil también da cuenta del gran número de obras de teatro traducidas que llegaban a nuestras tablas, especialmente francesas. Y da un buen consejo sobre estas traducciones: no trocar nombres ni lugares porque después se presentan como propios usos y costumbres ajenos a nuestro país. Sin duda los traductores actuales ya no hacen semejante estropicio, pero todos tenemos en casa libros de

algunas décadas atrás cuyas traducciones chirrían más que el portón de una verja.

Gil también reseña los espectáculos de danza y música que se programaban, sobre todo los del Teatro del Circo. Desde los realizados por la bailarina francesa Marie Guy Stephan, muy alabada por el crítico berciano, con espectáculos como *Gisela o las Willis* o *El lago de las hadas*; a óperas de Donizzeti o Rossini y hasta actuaciones de cantantes patrios con “piezas de música nacional” como Francisco Salas y Manuel Ojeda.

Nunca podremos saber si la labor periodística desarrollada por Gil, tanto en estos once artículos de *El Laberinto* como en los dedicados a la crítica y otros, reportó al villafranquino exiguos o generosos sueldos, de esos que sirven para engordar a la musa, pero sin duda le permitió conocer como pocos la situación cultural del país. Fueron únicamente seis intensos años, pero Gil asistirá en primera fila —de presentaciones y teatros— al apogeo de la creatividad de los principales nombres del Romanticismo español.



Ideas estético-filosóficas en la obra periodística de Enrique Gil y Carrasco

JOSÉ LUIS SUÁREZ ROCA¹¹⁰

1. Una tarea pendiente

La conmemoración del bicentenario del nacimiento de Enrique Gil y Carrasco es una excelente oportunidad para llamar la atención sobre una parte grande y notable de su obra que, todavía hoy, nos parece, no es muy conocida entre nosotros. Nos referimos al conjunto de más de cincuenta artículos periodísticos, de varia extensión y temática, que Gil y Carrasco redactó entre 1837 y 1844¹¹¹. Desde distintas perspectivas, ya se han juzgado algunos artículos suyos y se han hecho comentarios más o menos elogiosos sobre su actividad crítica e ideas literarias. A Víctor Balaguer le parecía que «*El Señor de Bembibre* y *El Lago de Carucedo* son obras pasajeras y mortales al lado de los artículos». A juicio de don Narciso Alonso Cortés, «los artículos de crítica de Enrique Gil son de lo más sólido y consistente que se escribió en su época»¹¹².

En la biografía de nuestro escritor, Ricardo Gullón ponderaba su prosa fácil y correcta y la solidez de sus opiniones, así como su mesurado criterio y el rigor lógico de sus reseñas sobre los dramas que por entonces se representaban en Madrid:

Sus artículos están limpios de adherencias petulantes, de cualquier desagradable ligereza; no son escritos de aficionado ni de ganapán de la pluma, sino de hombre vocado a una tarea. Algún convencionalismo de expresión y el tono oratorio de determinados pasajes quitan vitalidad a sus críticas, pero el

¹¹⁰ Publicado en *Estudios bercianos*, núm. 22, Ponferrada, febrero 1996, pp. 51-66, revisado por el autor para esta edición.

¹¹¹ Salvo indicación expresa, todas las citas de textos de E. Gil corresponden a la edición de esta BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO.

¹¹² Prólogo de J. Campos, *O. C.*, p. xxv.

interés está asegurado, preferentemente, por la claridad de visión y por el aplomo con que diferencia y ordena las obras estudiadas¹¹³.

En su estudio sobre la personalidad y la obra de E. Gil, Picoche presentaba un núcleo importante de sus ideas literarias, al mismo tiempo que destacaba no pocas de sus cualidades como autor de artículos de costumbres y viajes; y aunque detectaba en los escritos de Gil ciertos defectos de forma, consideraba Picoche su crítica dramática como «una verdadera teoría del Romanticismo español», llegando incluso a calificarle como «el teorizante principal del Romanticismo en España»¹¹⁴.

Son afirmaciones estas que deberían haber suscitado un examen más detenido de los artículos de Gil y Carrasco. Porque una valoración justa de su mérito como escritor romántico exige sin duda una investigación sistemática y crítica de su producción periodística, un estudio de conjunto que permita comprenderla y situarla en el panorama «estético» español del siglo XIX. No vamos a abordar aquí tal empresa, por razones obvias. Incitados por los recientes trabajos que se han publicado sobre el romanticismo español, y en concreto por el de D. Flitter, quien ha analizado seriamente los postulados de la crítica literaria española en el periodo en que ejercita la suya Gil y Carrasco¹¹⁵, nos centraremos en el análisis de ciertas ideas y principios que, aunque formulados de forma dispersa y muchas veces asistemática, vertebran el conjunto de sus artículos periodísticos y constituyen lo que podría denominarse su «doctrina estético-filosófica», su pensamiento crítico romántico. Con ello pretendemos contribuir a rellenar una parte, aunque sea mínima, de esa laguna en la historiografía literaria española.

7

¹¹³ Gullón, *Cisne sin lago. Vida y obra de Enrique Gil y Carrasco*, Madrid, 1951, reeditado por la Diputación Provincial de León, 1989, p. 82.

¹¹⁴ Picoche, *Un romántico español*, p. 275.

¹¹⁵ Véase su *Teoría y crítica del Romanticismo español*, Cambridge University Press, 1992, traducción española, Cambridge University Press, 1995.

2. Reconstrucción de la doctrina estética de Gil

Conviene en primer lugar recordar la trayectoria periodística de Gil, apuntando algunos títulos y los campos temáticos abarcados por su pluma. En 1838, tras haber tenido destacadas intervenciones poéticas en el Liceo madrileño, y ver publicadas algunas de sus composiciones líricas en *El Español* y *El Correo Nacional*, este mismo periódico insertaba el cuatro de octubre el que probablemente sea el primer artículo de crítica dramática de Gil, la reseña del estreno de *Amor venga sus agravios*, drama de Espronceda y Moreno López.

Su carrera como crítico dramático sería bastante fecunda, puesto que casi la mitad de sus artículos pertenecen a este campo. Durante casi un año se dedicaría principalmente a criticar la mayor parte de las novedades teatrales: dramas de Bretón de los Herreros (*Flaquezas ministeriales*, *Un día de campo o el tutor y el amante*, *No ganamos para sustos*; etc.), de José García de Villalta (*El astrólogo de Valladolid*), de M. Agustín Príncipe (*El conde don Julián*), de J. Zorrilla y A. García Gutiérrez (*Juan Dándolo*), que no eran, si se exceptúan el *Don Álvaro*, el *Doña Mencía* de Hartzenbusch, y una adaptación de *Macbeth*, los más célebres, en efecto, como ya apuntó Picoche. Otras, en fin, eran críticas de piezas dramáticas francesas traducidas y adaptadas por dramaturgos españoles.

Por lo general, en cada artículo analiza Gil la estructura, trama y contenido de la obra, sus cualidades y defectos, el trabajo de los actores, y emite a veces juicios sobre el autor o sobre la reacción del público. Pero, aparte del valor que tienen por representar el testimonio de un contemporáneo, revelan ya estos artículos un interés de Gil y Carrasco muy grande por contribuir a la causa del arte «romántico», tal y como él lo concebía; su periodismo teatral, al igual que el de Larra¹¹⁶, se convierte en una evaluación totalizadora de las cuestiones culturales más candentes del momento; leyendo sus artículos, el público de ayer, y también el de hoy, se ve arrastrado a meditar sobre hondos problemas

¹¹⁶ Cfr. el estudio introductorio de J. Cano Ballesta a la edición de *Artículos sociales, políticos y de crítica literaria* de M. José de Larra, Madrid, Alhambra, 1982, pp. 89-90.

estéticos, históricos, políticos y filosóficos. Y ese creo que era el objetivo principal de Gil al incluir en sus reseñas «fragmentos» de su doctrina estética.

En 1839, veía Gil publicados en la mejor revista literaria de Madrid, el *Semanario Pintoresco Español*, fundado y dirigido por Ramón de Mesonero Romanos, varios trabajos suyos. Importantísimo es el que reseña las *Poesías* de Zorrilla, que, en opinión de D. G. Samuels, es el más atinado que se escribió en su tiempo sobre el autor de *Don Juan Tenorio*, si bien su valor radica sobre todo en las ideas de conjunto que ofrece sobre el romanticismo¹¹⁷. No menos valiosos son sus cuatro artículos etnográfico-costumbristas: *Los maragatos*, *Los montañeses de León*, *Los asturianos* y *Los pasiegos*¹¹⁸. Aceptando que, frente al resto de los articulistas que colaboran en el citado semanario, fue Gil aquí original al consagrar un espacio a los grupos más humildes del «pueblo» (artesanos, obreros y campesinos), hemos de añadir que también la elaboración de estos artículos respondía en él a una concepción romántica de la Historia y de la cultura «popular»¹¹⁹, y por lo mismo algunos de sus comentarios permiten ilustrarnos sobre su ideario estético-filosófico.

Igualmente importantes son en este sentido los artículos en los que describe algunos monumentos nacionales de singular valor y en los que evoca el «espíritu» y «genio» de los personajes y época que los engendraron (*San Marcos de León*, *El Castillo de Simancas* y *descripción del Archivo general del Reino*), artículos impregnados de reflexiones agudas sobre la historia de España y en los que se expresan interesantes ideas de la filosofía del arte que abraza Gil. A ellos hay que sumar el titulado *Una visita al Escorial*, que sería publicado en 1841 en la revista *El Pensamiento*.

¹¹⁷ J. L. Alborg, *Historia de la Literatura española*, Madrid, Gredos, 1982, t. IV, p. 678. Cfr. también R. Navas Ruiz, *La poesía de José Zorrilla*, Madrid, Gredos, 1995, p. 11.

¹¹⁸ BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, v. VI, *Viajes y costumbres*.

¹¹⁹ De «ejercicio muy etnográfico, de reflexión crítica» ha calificado L. Díez Viana su artículo *Los Maragatos*. Ver su «Antropología y literatura: diversas formas de escritura etnográfica sobre España», en M. Cátedra, *Los españoles vistos por los antropólogos*, Gijón, Júcar, 1991, p. 150.

Sus gustos y críticas sobre la literatura extranjera, y en particular sobre la romántica alemana, se dejan oír ese mismo año en las páginas de *El Correo Nacional* al reseñar los *Cuentos de E. T. A. Hoffmann* (vertidos al castellano por don Cayetano Cortés), donde expresa de forma original y valiente algunas de sus ideas estéticas más firmes, y que en parte le sirven, como ya señalara J. L. Varela, para absolver al famoso escritor alemán de las críticas vertidas contra él por Walter Scott, y aun glorificarle en nombre de una absoluta libertad e impunidad del artista romántico¹²⁰.

De especial relevancia para nosotros es, por una parte, el artículo titulado *Cátedra de literatura moderna*¹²¹, del doce de abril de 1839, en el que Gil y Carrasco, saliendo al paso de una crítica anónima sobre una conferencia de Espronceda en el Liceo, resume parte de la doctrina estético-filosófica expuesta por su amigo, la cual debió de ser por entonces aceptada por muchos de los escritores románticos. Por otra parte, el artículo titulado *Revista teatral*, que publica en dos entregas en octubre-noviembre de 1839 en el *Semanario Pintoresco Español*, y en el que Gil, abordando la cuestión del problema literario que se planteaba en aquellos momentos, expone de forma clara y precisa las orientaciones estéticas que separaban a la escuela «clasicista» de la «romántica», y, a su vez, las que permitían distinguir a los románticos «exaltados» de los que podrían calificarse como románticos «moderados».

Tras haber pasado una temporada en El Bierzo por problemas de salud, vuelve a Madrid en el verano de 1840 con su crítica de las poesías de Espronceda (publicada en el citado *Semanario*), cuya edición se había debido a la iniciativa del propio Gil, considerado ya entonces como el mejor crítico literario de la capital¹²². De gran importancia es este artículo por muchos motivos, pero principalmente porque en él se evidencia, como veremos, una de las contradicciones más agudas que inquietaban a los críticos y escritores románticos, el debate, al fin y al cabo angustioso, entre lo que «es» y lo que «debe ser» el arte, o, en la

¹²⁰ J. L. Varela, «Semblanza isabelina de E. Gil», en *Cuadernos de Literatura*, VI, julio-diciembre, 1949, 105-146.

¹²¹ Véase p. 35 y ss. En *O. C.*, figura como *Revista de cursos literarios y científicos*.

¹²² Cfr. Picoche, *o. c.*, pp. 43-44.

terminología empleada por H. Taine, entre una estética «histórica» y una estética «dogmática»¹²³.

Al año siguiente aparecen publicados en la revista *El Pensamiento* varios artículos suyos que denotan, como ha señalado Picoche, un cambio notable de la orientación de Enrique Gil, que en vez de criticar sistemáticamente cada novedad teatral, elige sus temas de modo ecléctico, según sus gustos y lecturas¹²⁴. Más hemos de decir que tanto su crítica de los *Romances históricos* del Duque de Rivas, o las que hace *De la literatura y de los literatos de los Estados Unidos de América*, por Eugenio A. Vail, de la obra de Navarrete *Colección de los viajes y descubrimientos de los españoles por Ultramar*, del ensayo sobre *Las Comunidades de Castilla*, o de los *Trabajos históricos de la Sociedad de anticuarios del Norte, en Copenhague*, como la que escribe sobre una de las figuras señeras del pensamiento español, *Luis Vives*, apuntan sobre todo hacia un interés cada vez mayor en Gil por dar a conocer el pasado histórico nacional, por estimular los estudios de historiografía española y difundir el valor que puede tener el conocimiento del «espíritu» de las distintas etapas de la historia como fuente de inspiración artística y «regeneración» moral. Son, en efecto, estos artículos de crítica histórica y literaria de los más amplios y consistentes que redactó Gil, que por entonces ya se había embarcado en la composición de *El Señor de Bembibre*; en todos ellos, en fin, se observa su preocupación por determinar las condiciones de existencia y los contenidos de lo que debería ser una literatura «indígena», una estética «nacional».

Reemprenderá Gil su actividad periodística en 1843, año en que aparecerá publicado en la revista *El Sol* su conocido *Bosquejo de un viaje a una provincia del interior*. En noviembre de ese mismo año comenzará a desempeñar el cargo de redactor de la *Revista de la Quincena* en *El Laberinto*, en cuyas crónicas, al tratar de las manifestaciones artísticas y culturales del momento, al reseñar las novedades teatrales de la temporada, prosigue defendiendo la creación de una literatura nacional, la necesidad de que el arte, la literatura, si ha de cumplir con su misión moral, ha de tomar en cuenta la «verdad» histórica y las «esencias» o

¹²³ H. Taine, *Filosofía del Arte*, Madrid, Espasa-Calpe, 1968, p. 22.

¹²⁴ Picoche, p. 46.

caracteres tradicionales. Colabora además en el libro *Los españoles pintados por sí mismos* con tres artículos costumbristas (*El segador, El maragato y El pastor trashumante*). Es también en *El Laberinto* donde se editan, ya en 1844, sus últimos artículos de viajes (*Viaje a Francia, Rouen*) y su crítica de los *Bosquejos de España*, modelo de libro, a juicio de Gil, por el cuadro nada deformante y muy imparcial que presenta de España un viajero extranjero, frente a los extraños juicios que fuera de nuestra nación se forman siempre que se trata de sus usos y costumbres, de su cultura y sus artes, y sobre todo de la índole de sus habitantes. En todos ellos se advierte de nuevo la intención de Gil de trazar un cuadro etnográfico e histórico de los caracteres nacionales, de revitalizar y cultivar el legado social, artístico y moral del país.

Fue, pues, E. Gil un periodista capaz de tocar y penetrar hondamente muchos de los temas que preocupaban en la España del romanticismo, de tomar el pulso a la época que vivía y dar testimonio, con sus análisis y críticas, de los conflictos y cambios que estaba experimentando. La misión del crítico era de todo punto fundamental, tanto desde la perspectiva puramente estética como desde la social y moral. Y, en concreto, el oficio de crítico dramático, en virtud del carácter de la moderna civilización, del nuevo ritmo de la vida social, tenía, como él mismo afirma, «más importancia, porvenir e influjo que otro alguno»; mas muchas veces decidirá no tomar la pluma por no aparecer severo en sus juicios, porque si «la tarea de alabar es blanda y llevadera a todas luces», es triste y desabrida a más no poder «la de menoscabar quizá reputaciones ya consolidadas, y disminuir el valor de esfuerzos muchas veces laudables y llenos de conciencia»¹²⁵. Y si alguna vez —así se excusa— su inexperto pincel se ve obligado a «menoscabar una creación tan cumplida y preciosa», lo hará solo por el interés del arte y el del artista¹²⁶. No es un oficio grato; los límites que impone la prensa periódica constriñen el desarrollo amplio y profundo de los temas tratados, de lo cual se queja Gil en varias ocasiones. Como casi todos los poetas de las varias generaciones románticas, cultivará Gil la crítica periodística con el ánimo de ejercitar una influencia literaria tanto en los

¹²⁵ BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, v. IV, *Crítica teatral*, p. 235.

¹²⁶ *Crítica teatral, Doña Mencía*, p. 94.

propios escritores como en el público, así como de mantener esa comunicación, tensa pero indispensable, entre la obra de arte, el artista y el anónimo receptor. Él mismo se siente, al hacer el comentario laudatorio de los cuentos de Hoffmann, en la necesidad de exponer el que concibe como postulado básico de la crítica:

La base y fundamento de la crítica es, como todo el mundo sabe, la lógica; y la lógica en todas las obras de imaginación consiste, respecto del público, en la armonía de su propio sentimiento con el sentimiento y expresión del artista. Las reglas no son otra cosa que los datos y condiciones más generales de aquella especie de simpatía que lo bello debe ejercer, así en su fondo como en sus formas¹²⁷.

Pero no siempre es fácil conciliar los gustos, sentimientos e inclinaciones del público con los del artista, y sobre todo cuando ambos se contradicen en la conciencia del crítico. Su «norma», no obstante, descansará en un sabio principio: «Si la situación es difícil, no por eso es menos clara para un hombre de fe, resuelto a sacrificar su propia reputación, si preciso fuere, a la opinión que le parezca más luminosa y más justa. Esta será siempre la norma de nuestros juicios, porque no somos en verdad de los que sacrifican la convicción propia al número ni al estrépito, al paso que la razón, por mezquino que sea su conducto, siempre nos encontrará dóciles y obedientes»¹²⁸.

9

3. Coordinadas estéticas en el periodismo de Gil

La actividad periodística de Gil, las ideas y principios que asume y divulga, se inscriben dentro de unas coordenadas estético-filosóficas que definen tanto la actitud y la creación artística como la teoría y la crítica de los románticos europeos y españoles del primer tercio del siglo XIX. Numerosos son aún los problemas que plantean el origen, cauces de penetración, desarrollo, peculiaridad, límites y alcance del romanticismo

¹²⁷ Véase en este volumen, *Cuentos de Hoffmann*, p. 26.

¹²⁸ *Crítica teatral, Macbeth*, p. 115.

en España¹²⁹. Mas se puede afirmar que el romanticismo español, como una «especie» más del europeo, no se caracterizó únicamente por ser una «revolución cultural» de la que surgió una nueva sensibilidad, una nueva concepción de las relaciones intersubjetivas, es decir, un nuevo modo de sentir y, al mismo tiempo, una serie de poéticas literarias y artísticas diferentes y alternativas a las del período neoclásico; el romanticismo se presentó también, y no marginalmente, como un conjunto diversificado de teorías y de concepciones filosóficas. Fue asimismo un movimiento social, es decir, se proyectó como un movimiento para la restauración de la cultura nacional¹³⁰. Y fueron la filosofía y la poesía del Idealismo alemán las progenitoras del movimiento romántico, al asumir el proyecto político-cultural inacabado de la Revolución francesa a través de lo que se llamó una *revolución estética* pacífica. La impotencia de la Razón universal, el fracaso de la revolución política, abren paso, a principios del siglo XIX, al llamado giro alemán hacia la estética: el Arte se constituye en la instancia más elevada del conocimiento para el filósofo, y la Estética, que, en cuanto reflexión sobre la experiencia artística, ocupaba ya un lugar preferente en la *Crítica del juicio* kantiana, recibe además el papel de la Filosofía de la Historia, y por ello se le exigirá, en cuanto verdadera Filosofía del Arte, la ardua tarea de completar la Historia¹³¹.

Se explica así la relevancia que adquirió para los románticos idealistas la corriente estético-filosófica del *historicismo*¹³², entendido desde este punto de vista como el giro que experimenta la concepción del arte en el paso del neoclasicismo al romanticismo y que reside en el descubrimiento de la radical «historicidad» de aquel como

¹²⁹ Cfr. L. Romero Tobar, *Panorama crítico del Romanticismo español*, Madrid, Castalia, 1994, pp. 73-112.

¹³⁰ Cfr. A. de Paz, *La revolución romántica. Poéticas, estéticas, ideologías*, trad. de M. García Lozano, Madrid, Tecnos, 1986, pp. 100 y 186.

¹³¹ Cfr. H. R. Jauss, *Las transformaciones de lo moderno. Estudios sobre las etapas de la modernidad estética*, Madrid, Visor, 1995, pp. 105-134. Una exposición sucinta sobre la concepción de la «Estética» y la «Filosofía del Arte» en este periodo puede verse en el *Diccionario de Filosofía contemporánea*, dirigido por M. A. Quintanilla, Salamanca, Ed. Sígueme, 1976, pp. 34-46.

¹³² Sobre los planteamientos de esta posición filosófica trata H. Schnädelbach en su *Filosofía en Alemania, 1831-1933*, Madrid, Cátedra, 1991, pp. 49-67.

acontecimiento y como producto; la explicación de las obras de arte a partir de las circunstancias en que se producen sería el postulado básico de los teóricos de la modernidad romántica. Y, sin perjuicio de que el libro *De l'Allemagne* de Mme. de Staël haya sido uno de los vehículos difusores del romanticismo germano en la vida cultural española del primer tercio del siglo; de que, como ha probado H. Juretschke, la recepción de las corrientes estético-filosóficas alemanas en nuestro país suelen provenir de versiones intermedias francesas, lo cierto es que fueron precisamente los principios del historicismo europeo, derivados del trabajo de J. G. Herder y expuestos con referencia a la historia literaria por los hermanos Schlegel, los que dominaron la teoría y crítica literaria española durante el periodo que abarca desde 1814 hasta 1854¹³³. En efecto, el marcado sentido histórico y nacionalista que caracterizará, por una parte, a nuestros críticos románticos se remite en último término a tres principios derivados del programa historicista: a) la creencia idealista en unos supuestos rasgos caracterizadores del espíritu de cada nación; b) la aceptación del concepto orgánico de historia, según el cual cada etapa del acontecer humano tiene importancia sustantiva dentro del desarrollo general de la Humanidad, lo que determina la recuperación de la literatura de la Edad Media, como etapa en la que se produjo la expresión primitiva y genuina del carácter de las naciones europeas; c) la visión de una correspondencia dialéctica entre literatura y sociedad¹³⁴. Por otra parte, y así lo ha hecho ver Flitter, el carácter espiritual, profundamente cristiano y tradicionalista del romanticismo que predicaban muchos de los críticos españoles tendría igualmente sus raíces más firmes en los principios del romanticismo historicista difundido por los hermanos Schlegel, que fueron por primera vez expuestos de forma sistemática en España por N. Böhl de Faber, en 1814, y que darían lugar a la famosa «querrela calderoniana»¹³⁵. Unas y otras ideas, incorporadas a ritmos discontinuos, son adaptadas a la realidad cultural y literaria españolas por críticos

¹³³ Esta es, en síntesis, la tesis que defiende y argumenta sobradamente D. Flitter en su trabajo ya citado.

¹³⁴ L. Romero, obra citada, p. 352.

¹³⁵ V. Lloréns, *El Romanticismo español*, Madrid, Castalia, 1989 (2ª ed.), pp. 11-28.

como Alberto Lista, Agustín Durán, López Soler, Larra, Martínez de la Rosa, etc., por los llamados por D. L. Shaw críticos «fernandinos», aquellos que serían directamente responsables del carácter conservador y nacional, predominantemente histórico, que adopta el romanticismo en España¹³⁶, y cuyos planteamientos serán reconsiderados por los críticos de la generación isabelina, a la que pertenece precisamente Gil y Carrasco.

π

4. El humanista Enrique Gil ante el Arte y la Historia

El cuadro de las ideas más importantes que vertebran la totalidad de los artículos periodísticos de Gil puede ser así analizado y reexpuesto atendiendo a dos planos o ejes de coordenadas que constituyen una parte del armazón de la Estética romántica: el plano específico y autónomo del *Arte*, y el de la *Historia*, planos ambos entrecruzados y que a su vez aparecen traspasados por ideas que más tarde pasarían a ser categorizadas en el ámbito de las llamadas «ciencias humanas», de disciplinas tan diversas como la Psicología, la Ética, la Sociología, la Etnología, etc.

4.1. El arte y la misión del poeta

Lo «bello artístico», la belleza nacida del espíritu, y no lo «bello natural» o la belleza reproducida del exterior, había de ser el contenido de las obras de arte. Esta idea central en la estética romántica, extendida por los idealistas alemanes, es adoptada por Gil al dignificar, por ejemplo, los cuentos de Hoffmann: en ellos, nos dice, se expresa la pasión del artista «que ama lo bello, no como existente en la naturaleza, sino como un tipo que guarda su imaginación cual si fuera un sello de la divinidad»¹³⁷. El arte romántico no pretende presentar el ideal de forma acabada en un modelo inmediato de humanidad perfecta, aunque siempre habrá de tender hacia ese ideal, entendido como la perfección

¹³⁶ J. L. Alborg, ob. cit., pp. 56-57.

¹³⁷ Véase en este volumen, *Cuentos de Hoffmann*, p. 30.

que se esconde tras la materia de las obras de arte. Es la concepción que parece abrazar Gil cuando afirma: «Donde quiera que veamos una cosa que se aproxime a aquel tipo eterno de perfección y hermosura, que más o menos distinto encuentra en el fondo de su alma cualquier persona bien organizada, allí está para nosotros el *arte*»¹³⁸.

El Liceo de Madrid, escenario imprescindible, junto con los Ateneos, para las manifestaciones de la vitalidad cultural española, había ofrecido la expresión de las bellas artes, había reflejado con exactitud la fisonomía actual del arte, pero no había preparado ni enseñado, a juicio de Gil, su porvenir, «tan rico de progreso y de esperanza». Pero cuando esto escribe, en 1839, es el Liceo para Gil «la expresión completa del arte, así en la actualidad como en lo futuro»: la poesía, la música, la pintura, la danza, «las artes de imaginación», se hallan allí, en el Liceo, dominando el presente y señalando el porvenir, revelando la condición esencial del arte moderno: «Lo bello es el camino de lo grande y lo sublime, y el carácter espiritual y pensativo de las artes modernas las obliga a lanzarse desde el *non plus ultra* de los griegos en busca de mundos y de sensaciones desconocidas»¹³⁹.

La expresión del nuevo ideal estético, aquel al que el poeta, el artista, debe consagrar su vida, dispuesto incluso a sacrificarse en su nombre, en una actitud heroica que le hace condenar el éxito en cuanto tal como vulgar e inmoral, en una actitud de pureza y rebeldía contra el cálculo y la trivialidad, la hallamos formulada ya en la primera crítica dramática que escribe Gil; los afectos que excitan en el público los individuos de las órdenes religiosas que salen a escena en *Amor venga sus agravios* son opuestos y extremados, y se podrá decir que entonces «el naufragio del poeta es casi forzoso»; pero, en su opinión, el arte, más allá de las reacciones morales que suscite, «no se ha de resentir de nuestras irritadas pasiones, teniendo un paradero fijo e invariable [...]; el arte debe ser una religión, y los mártires no hacen sino engrandecerla»¹⁴⁰.

¹³⁸ *Crítica teatral, Revista de la quincena*, p. 256.

¹³⁹ En este volumen, *Cátedra de literatura moderna*, p. 37.

¹⁴⁰ *Crítica teatral, Amor venga sus agravios*, p. 83. Como ha señalado I. Berlin en *El fuste torcido de la Humanidad. Capítulos de Historia de las ideas*, Barcelona, Península, 1995 (2ª ed.), p. 182, se trataría de una actitud idealista completamente moderna y que va unida al gran valor que se asigna a los mártires y a las minorías como tales, una

Se hallan en sus artículos «fragmentos» de una teoría poética, de una concepción sobre la creación artística, que, heredera de la poética sensualista, organizada en torno a conceptos como *genio*, *gusto*, *imaginación*, *sentimiento*, *pasión*, es tan romántica como la que defendían un Larra o un Zorrilla¹⁴¹. Influida tal vez por poetas franceses como Lamartine y V. Hugo, que sin duda se habían inspirado en las concepciones de F. Schlegel sobre la misión excepcional, educadora, del genio, Gil considera al poeta como vidente y guía de los pueblos que va abriendo caminos a la Humanidad: «el talento, cualquiera que sea la bandera en que se aliste, tiene siempre una misión privilegiada y bienhechora en la marcha general de la humanidad»¹⁴². El águila del genio, dirá, debe remontarse al cielo, antes que despunte el día, «para ver primero que el mundo asomarse el sol por entre las tinieblas de la noche; y uno de los más bellos privilegios de los grandes poetas ha sido, en todas ocasiones, el abrir y allanar el camino a épocas más cultas y más gloriosas».

Tal y como había expuesto Espronceda en el Liceo, el poeta, pues, y la poesía, dueños del mismo elemento que el guerrero maneja, marcan, lo mismo que él, sus épocas en la Historia, aunque el poeta no tiene necesidad de más ejércitos ni compañeros que su *inspiración* para cumplir su misión sobre la tierra. Es, por tanto, deber del crítico, y de todo el que para el público escribe, «señalar al genio las armas encantadas que puede y debe empuñar para ejercer la supremacía moral a que está llamado. El sentimiento es lo único que hay de común entre los hombres: las teorías que a él no se refieren, y los intereses, jamás podrán ofrecer en medio de su choque y perpetua movilidad un sólido cimiento a la reconciliación y fraternidad universal; así que a apoderarse de este lazo común y anudarlo estrechamente deben enderezarse todos

actitud que puede ser descrita como una especie de cristianismo secularizado, una traducción del punto de vista cristiano a términos individualistas, morales o estéticos.

¹⁴¹ Sobre la teoría poética de Zorrilla véase R. Navas Ruiz, obra citada, pp. 25-38. Sobre la de Larra puede verse S. Kirkpatrick, *Larra: el laberinto inextricable de un romántico liberal*, Madrid, Gredos, 1977, pp. 186-205; y el estudio ya citado de J. Cano Ballesta, pp. 41-53.

¹⁴² *Miscelánea, Poesías de José Zorrilla*, p. 15.

los esfuerzos del genio»¹⁴³. La poesía —sostiene Gil— era hasta entonces patrimonio de las clases privilegiadas, pero ahora «ha bajado a la oscura vivienda del pobre, labrándose un porvenir de gloria, y su influjo nunca dejará de guiar a la humanidad a manera de estrella benéfica»¹⁴⁴.

Es el genio como una «emanación de la divinidad», y en cualquier tiempo y lugar un «delegado de Dios en la tierra» que recibe el mandato de cantar y la inspiración, que le impulsa a crear. Refiriéndose a la condición socioeconómica del artista romántico, en concreto a los poetas y dramaturgos en un momento en que parece que Gil (1843) advierte una renovación esperanzadora de la escena española, afirma:

El genio ha sabido remontarse a su propia esfera y vivir con su propia vida, sin tener que mendigar el patrocinio de un magnate, y cuando ha recibido fomento y protección, el poder, lejos de abatirle, se ha convertido en noble órgano de la estimación pública¹⁴⁵.

Pero sujetar el genio «a una determinada medida y acompasado movimiento» es lo mismo que «señalar al Océano los días de tempestad y de calma». Se puede hacer una obra hermosa y de ningún modo chocante sin ceñirse estrictamente a ningún estilo determinado, «siguiendo solo la inspiración del genio arreglado a los sentimientos del buen gusto»¹⁴⁶. Sin embargo, considera Gil que ha sido el romanticismo el que ha venido a emancipar al genio de las injustas cadenas de los «reglistas». Por eso reprochará a la «escuela de las formas» (clasicista) el haber constreñido la libertad del genio, pues «las reglas que no tienen por base el orden eterno e incontrastable de las cosas, lejos de servir al genio de estímulo y ayuda, le traban y embarazan con notable perjuicio de los adelantos generales»¹⁴⁷.

Ahora bien, el vuelo del genio tiene sus límites; se acepta toda clase de inspiración, pero, precisamente por la posición privilegiada que ocupa el artista, este debe sentirse obligado a llevar a cabo una misión constructiva. Ha de tener en cuenta las aspiraciones del resto de los

¹⁴³ *Crítica teatral, Doña Mencía*, p. 93.

¹⁴⁴ *Miscelánea, Poesías de José Espronceda*, p. 49.

¹⁴⁵ *Crítica teatral, Revista de la quincena*, p. 263.

¹⁴⁶ *Crítica teatral, Indulgencia para todos*, p. 209.

¹⁴⁷ *Crítica teatral, Revista teatral*, p. 263.

hombres: «La inspiración más sublime y levantada del genio forzosamente ha de corresponder, para ser sentida y comprendida, al orden de nuestras ideas y sentimientos»¹⁴⁸. Si, por una parte, la primera cualidad que se exige a las obras de imaginación es la verdad, el acuerdo entre pensamiento y expresión, por otra parte, la idea o sentimiento que encierra la obra y la forma en que lo desarrolla el artista «han de estar en armonía con el sentimiento del público». Frente a los ceñudos moralistas que aún atacaban las inclinaciones sensualistas, Gil sale en defensa del que considera ha de ser contenido esencial de toda obra de arte, el «sentimiento» o las «pasiones»:

No son las pasiones, a nuestros ojos, otras tantas aberraciones de la humana naturaleza, sino los impulsos, los movimientos que Dios mismo ha depositado en nuestras almas [...] El sentimiento, o lo que es lo mismo, las pasiones, son la fuerza, la vida del mundo moral: diríjasele y subordínesela hasta hacerla converger a un mismo punto, y entonces, a semejanza de esas potencias físicas que el hombre regulariza y aprovecha, veránse resultados incalculables¹⁴⁹.

El sentimiento es, pues, entendido como capacidad espiritual, lo único que alcanzará a cambiar «la dirección interesada y egoísta del siglo». Si los sentimientos han cambiado, entonces el arte, la literatura, que han de cumplir una misión social y moral, forzosamente han de expresarlos, aunque para ello habrán de elegir nuevas formas.

4.2. El arte y la sociedad

Se ha señalado que en los artículos de la época era unánime aplicar el enfoque historicista a la hora de ocuparse de las características que debía reunir una obra literaria¹⁵⁰. La visión histórico-social de la literatura, sostenida ya por algunos ilustrados dieciochescos, y trasladada al siglo XIX por Mme. de Staël, fue en efecto motivo de amplia discusión tanto en los Ateneos como en las páginas de los periódicos españoles¹⁵¹. El mismo Larra, por ejemplo, aplicaba esta perspectiva sociológica al

¹⁴⁸ *Miscelánea, Poesías de José Zorrilla*, p. 13.

¹⁴⁹ *Crítica teatral, Doña Mencía*, p. 93.

¹⁵⁰ D. Flitter, obra citada, p. 154.

¹⁵¹ Cfr. L. Romero, obra citada, p. 341.

afirmar que la literatura es la expresión, el termómetro verdadero del estado de la civilización de un pueblo; si la literatura ha de ser verdadera, debe reflejar el movimiento de la historia, ser adecuada a la sociedad de la que es espejo¹⁵². El mismo enfoque adopta Gil cuando sostiene en una de sus críticas teatrales: «La literatura, entendida como la manifestación genérica del sentimiento, no es otra cosa que el reflejo de la sociedad, y esta verdad, que todos reconocen por proverbial, es la única que nos servirá de guía»¹⁵³. O de otro modo: «La literatura en general y en abstracto es la expresión de la sociedad y de la época»¹⁵⁴. En su comentario sobre las poesías de Zorrilla insiste de nuevo en la idea de que el arte, como cualquier otro fenómeno cultural, es histórico, y debe desarrollarse de la misma manera que lo hacen las creencias, las instituciones y las formas de vida:

Quando las creencias religiosas o sociales se alteran es imposible que la expresión de estas creencias no mude al mismo tiempo de forma; es imposible que las nuevas ideas no revistan formas nuevas también... Y estos hechos suceden necesariamente, tienen su explicación en las leyes de nuestra naturaleza y en las condiciones de nuestro modo de ser, y son, por último, irrefragable testimonio de la unidad de la especie humana¹⁵⁵.

La idea de que las nuevas formas artísticas son históricamente necesarias, de que los diversos periodos históricos determinan diferentes géneros literarios o estilos, que expresan así el «espíritu» de las distintas etapas que ha recorrido la sociedad, se convierte en una idea clave y fecunda en la crítica de Gil. Se convierte ante todo en un método potente que utilizará para analizar la historia literaria española más reciente y explicar en suma la inevitabilidad del *romanticismo*, así como las direcciones equivocadas o acertadas que, a su juicio, este había ido tomando en la sociedad española; un método que le servirá en concreto para analizar la trayectoria histórica del teatro español y rebatir las orientaciones estéticas y morales de muchos dramas franceses o

¹⁵² M. J. de Larra, «Literatura», en *Artículos...*, obra ya citada, p. 428; cfr. también S. Kirkpatrick, obra citada, pp. 187-197.

¹⁵³ *Crítica teatral*, *El conde don Julián*, p. 177.

¹⁵⁴ *Miscelánea*, *Cuentos de E. T. A. Hoffmann*, p. 26.

¹⁵⁵ *Miscelánea*, *Poesías de José Zorrilla*, p. 14.

«afrancesados» que se representaban entonces; un método, en fin, que le permitirá proyectar su «ideología» al campo de las diversas manifestaciones artísticas y culturales del pasado y, en último término, descubrir las que concibe como características «esenciales» del espíritu de la nación.

El mismo punto de vista adopta al considerar que el drama es la expresión literaria más completa de los tiempos modernos. La visión de que las formas literarias han cambiado con la evolución de la civilización occidental había sido expuesta por V. Hugo en el prólogo a *Cromwell*¹⁵⁶. A esta visión organicista se remite Gil y Carrasco para reexponer la evolución de la sociedad en tres épocas y concluir, como ya lo había hecho Larra, que el drama es la fórmula sustitutiva de la tragedia clásica, el género literario destinado a ejercer mayor influjo en la sociedad contemporánea:

Cuando los pueblos llegan a la edad viril, algo más han menester que el himno que celebra en boca del hombre nuevo las maravillas de un mundo nuevo también; algo más han menester que el arpa del bardo que canta los combates y las hazañas de los héroes, que ennoblecen y encaminan la juventud de las naciones. Cuando el hombre ha cantado su admiración, cuando ha ejercitado y esclarecido su fuerza física, llega la época en que las facultades de su alma se repliegan sobre sí propias, y en que el examen de su poderío moral y de los misterios de su espíritu ocupan toda la actividad de su ser [...] La oda en su significación verdadera y filosófica ha pasado con la infancia de los pueblos; la epopeya, aceptada en igual sentido, pasó asimismo con la adolescencia de las naciones; el drama queda como fiel expresión de su virilidad y madurez. Por otra parte, una vez alistado y formado el género humano bajo las banderas del Evangelio, de

¹⁵⁶ En el «Prólogo a Cromwell», V. Hugo había sostenido que el drama es el carácter propio de la tercera época de la poesía, de la literatura actual. «La poesía tiene tres edades, cada una de las cuales corresponde a una época de la sociedad: la oda, la epopeya, el drama. Los tiempos primitivos son líricos, los tiempos antiguos son épicos, los tiempos modernos son dramáticos. La oda canta la eternidad, la epopeya solemniza la Historia, el drama pinta la vida. El carácter de la primera poesía es la ingenuidad, el carácter de la segunda es la simplicidad, el carácter de la tercera la verdad», *Manifiesto romántico*, Barcelona, Península, 1971, p. 41.

una religión esencialmente espiritual y progresiva, ¿qué otra expresión pudiera elegir el hombre más adecuada a semejante impulso y dirección? La meditación y el recogimiento que el cristianismo inspira de suyo, forzosamente habían de levantar el vuelo del corazón, forzosamente habían de imprimir al drama poderoso desarrollo¹⁵⁷.

Gil, advirtiendo la creciente especialización de la vida social, que «las necesidades, las ideas, las artes, las ciencias, los oficios caminan con progreso indefinido y rápido», concluye que la fórmula poética capaz de abrazar y clasificar tan inmenso conjunto no puede ser otra que la del drama. Dada la importancia de la instrucción moral, el mejor medio para dirigir y moralizar las masas no eran ya ni los discursos parlamentarios, ni la prensa periódica, ni la enseñanza en las escuelas y colegios, ni tampoco la Iglesia, sino el drama:

La discusión parlamentaria versa en general sobre los intereses más que sobre ideas, aun prescindiendo de los mezquinos pasos que repetidas veces conducen a los hombres constituidos en semejante posición a un término más mezquino todavía. La prensa periódica, perdida entre los debates y enconos de los partidos, si bien contribuye indudablemente a la marcha de la civilización, y desprende siempre de la colisión de las doctrinas un fondo de verdad conocida, no inculca el germen del sentimiento en el corazón del pueblo. Las escuelas y colegios tampoco aciertan a formar otra cosa que la cabeza, desacordando de este modo las facultades de nuestro ser. El púlpito, merced al estremecimiento que ha dejado en el edificio religioso la violenta sacudida del siglo pasado, y a la errada dirección de no pequeña parte del sacerdocio, tampoco ejerce la saludable influencia que con tanta justicia le mereció en otro tiempo la iniciativa social; de modo que el teatro, como único medio que nos resta de comunicación directa con las masas, es el que queda en posesión de tan preciosa prerrogativa¹⁵⁸.

Continuaba Gil lamentándose de los excesos y extravíos, de los errores de óptica o de corazón que todavía se observaban en el teatro, y

¹⁵⁷ *Crítica teatral, Doña Mencía*, p. 92. E. Gil hace suya literalmente la teoría de las tres edades de V. Hugo en *Doña Mencía* y sobre todo en *El conde don Julián*. [N. del ed.].

¹⁵⁸ *Crítica teatral, Doña Mencía*, p. 93.

advertía a los «genios», dada su posición privilegiada, del papel que los sentimientos debían jugar en sus obras. Porque si el drama, en cuanto órgano o expresión de las ideas, se destina o debe destinarse a la enseñanza y no al entretenimiento del pueblo, debe tratar de aleccionar a este por medio del sentimiento, ya que la presente organización social solo permite a las clases acomodadas el completo desarrollo de sus facultades morales por medio del estudio y de la ciencia. Al pueblo se le debe ofrecer una lección inteligible y clara, y ha de ser por tanto el elemento de la «pasión», que ha venido por fin a ocupar el lugar que le corresponde en el progreso general de la Humanidad, su órbita y su esfera¹⁵⁹.

El lenguaje del corazón, había afirmado Larra, es el mismo en todas las clases, y «las pasiones igualan a los hombres que su posición aparta y diversifica». Gil argumentará que si bien el germen de las pasiones es igual en todas partes, si bien hay pasiones y afectos comunes a todas las sociedades, no es menos cierto que las edades y las revoluciones modifican de tal suerte ese fondo común que su fisonomía llega a cambiar enteramente; reciben tales modificaciones de la sociedad y de las creencias entre las que crecen que muchas veces un pueblo no comprende la expresión o la fisonomía del sentimiento de otro pueblo: «Es imposible que dos sociedades separadas por el abismo de los tiempos y por la contraria índole de sus religiones encuentren una misma expresión, en que quepan sus sentimientos y creencias tan diversas»¹⁶⁰. No son, pues, las fronteras de clase las que más separan a unos hombres de otros, sino las fronteras históricas y nacionales. De manera que la literatura, y el arte en general, se conciben en último término como la expresión histórica de una sociedad «nacional». De este modo se explica, por ejemplo, la impotencia social del teatro que se funda en mitologías contrarias a las creencias de nuestra sociedad, o la necesaria evolución del neoclasicismo al romanticismo.

En efecto, desde esta perspectiva historicista, sociológica, considera Gil que la «escuela de las formas» (neoclasicismo), si bien en la etapa anterior había devuelto a la razón su autoridad e introducido las

¹⁵⁹ *Crítica teatral, El paria*, p. 152.

¹⁶⁰ *Crítica teatral, Revista teatral*, p. 238.

maravillas del orden y las bellezas de la armonía, las ventajas de un método analítico capaz de corregir la anarquía y confusión reinantes¹⁶¹, sin embargo no había evolucionado lo suficiente como para reflejar el nuevo estado moral de la sociedad, interpretar «la religión, las preocupaciones y principios de los pueblos modernos». Estancada en su principio de imitación, la escuela de Moratín se había quedado atrás en el movimiento maravilloso que habían sufrido las ideas, había dejado de ser la expresión moral de la sociedad. En otras palabras, y refiriéndose al estado de la escena española, dirá que «la cuestión de las formas triunfó completamente [sobre la cuestión] de la nacionalidad y, por lo mismo, [sobre] la filosofía de nuestro teatro»¹⁶². De modo que, según Gil, se había despojado a la literatura española de toda espontaneidad y se había acabado con su originalidad y carácter propio, se había alterado y viciado el temperamento poético de nuestra nación; se habían trasladado a nuestro país las formas del sentimiento de otro, poco análogas con las nuestras; y desentendiéndose de las tradiciones históricas y desechando los atavíos nacionales, mal podía semejante literatura conquistar la popularidad, «fianza la más sólida de la verdadera belleza poética»; la literatura, en definitiva, había renunciado a su más noble y hermoso papel, «el de representante de nuestra nacionalidad»¹⁶³.

Por el contrario, la nueva escuela, la romántica, sí expresaba las nuevas ideas y sentimientos del siglo; significó «una revolución literaria que ha venido en pos de la política como un preciso y lógico corolario». No obstante, observa Gil que en un principio, con sus extravíos e impulsos desmesurados, tomó un cariz «reaccionario», al convertir en licencia «la racional libertad por legítimos medios conquistada». La sociedad moderna, «pensativa y seria», quiso hallar en el fondo de las nuevas obras pensamientos y hechos morales dignos de su tendencia «espiritualista y analítica», pero los poetas, exaltados, habían caminado a tientas por la senda literaria. Y aunque, a su juicio, ya habían depuesto

¹⁶¹ *Crítica teatral, Revista teatral*, p. 238 y en *Poesías de don José Zorrilla*.

¹⁶² *Crítica teatral, Revista teatral*, p. 235.

¹⁶³ *Miscelánea, Romances históricos*, p. 86.

toda tendencia reaccionaria, todavía expresaban en sus ideas «ese espíritu de escepticismo y discusión que parece ser el carácter más marcado del siglo presente», por más que fueran acercándose a una «templada y consoladora filosofía»¹⁶⁴. Aceptaba Gil «todo el vuelo de la inspiración, toda la llama y el calor de las pasiones» que habían traído esos románticos, incluso sus excesos, pues era el único medio de «emancipar al genio de las cadenas de los reglistas», pero siempre que la obra al fin fuera moralmente instructiva, siempre que en ella hubiera consuelo espiritual y propósito social bien intencionado y acorde con el sentir del pueblo. Por lo mismo, no aprobará las visiones inquietantes, escépticas, desconsoladoras y pesimistas de la filosofía moral y social de muchos dramas, ya fueran franceses o españoles, pues eran ajenas al carácter esencial español, poco propicias para promover el progreso social de la nación, incapaces de «restituir la nacionalidad que debe tener según las condiciones del estado actual de la civilización», creaciones que eran «símbolo de un orden de cosas o de ideas casi siempre incomprensibles para nuestro pueblo»¹⁶⁵. Tal era, por ejemplo, el caso del *Don Álvaro*, que, aun siendo para Gil uno de los mejores dramas de la moderna escuela, difunde un pensamiento «que nos parece hijo de una filosofía desconsoladora y escéptica y de consiguiente poco social y progresiva». O el de *Amor venga sus agravios*, cuyo pensamiento filosófico, en el sentir de Gil, es «melancólico y de desaliento, y en este sentido no lo aprobamos como tendencia social [...]; la fatalidad no puede producir sino escepticismo y dudas, y esto, aunque sea, por desdicha, un reflejo exacto de nuestra época, no nos parece fecundo ni progresivo»¹⁶⁶. Se le planteaba a Gil un problema que tiene que ver con el debate romántico entre la consideración del arte como un fenómeno histórico, que para ser verdadero ha de expresar las creencias y costumbres de la sociedad del momento, y aquella otra, idealista – emparentada, por lo demás, con la concepción neoclásica–, que entiende que el arte, la literatura, no solo ha de divulgar la verdad sino también debe prescribirla.

¹⁶⁴ *Crítica teatral, Revista teatral*, p. 239.

¹⁶⁵ *Crítica teatral, Revista teatral*, p. 241.

¹⁶⁶ *Crítica teatral, Amor venga sus agravios*, p. 84.

En su crítica de las poesías de Espronceda, Gil se enfrenta a esta cuestión. Como reacción a las tendencias materialistas y destructivas del siglo anterior, los hombres del XIX, animados de tendencias espiritualistas, habían tropezado con el escepticismo desconsolado, con la duda, desconfianza y angustia, de donde procedía el carácter vago, indeciso y hasta cierto punto contradictorio que habían tomado las artes de imaginación. Eran grandes las dificultades para «reconstituir» los sentimientos y valores tradicionales en medio de un clima de tensiones y agitaciones políticas y sociales. Mas, si la literatura ha de ser el reflejo y expresión de su siglo, forzoso es, admite Gil, «que la nuestra retrate las penas, los temores, las esperanzas y disgustos que sin cesar nos trabajan».

El poema de Espronceda *A Jarifa* era una muestra fiel de «de esa poesía escéptica, tenebrosa, falta de fe, desnuda de esperanza y rica de desengaño y de dolores, que más bien desgarrar el corazón que lo conmueve». Es, por tanto, atendiendo a la condición de la época, una poesía «llena de verdad, y necesario es aceptarla». Pero Gil es partidario de otro tipo de literatura más constructiva, de aquella que no cierre al hombre las puertas de la esperanza; poemas como aquél falsean, a su entender, la índole humana y contrarían sus más naturales impulsos: «Semejante filosofía ni perfecciona, ni enseña a la humanidad: hija del orgullo y del desengaño... solo conduce al individualismo y a la anarquía en moral»¹⁶⁷. El siglo, de suyo egoísta y frío, necesitaba consuelo y no sarcasmos; esperanzas y no desencantos es lo que se debe ofrecer, pues el corazón humano —en esta «verdad» general se apoyaba Gil— está necesitado de consuelo y de luz.

4.3. La literatura y la historia

Uno de los caminos moralmente constructivos que podían seguir los escritores españoles era el del drama histórico-nacional. Censura Gil las extravagancias literarias de los dramas traducidos del francés o compuestos al estilo francés, sobre todo porque en sus ideas no se halla consonancia con el carácter de nuestro pueblo, en el que se conservaba aún vivo y poderoso el «espíritu galante, noble y caballeresco de nuestro

¹⁶⁷ *Miscelánea, Poesías de José de Espronceda*, p. 54.

antiguo teatro»¹⁶⁸. Aunque las obras maestras de todos los países deberían traducirse en todas las lenguas, «porque los genios son hermanos en cualquier extremidad del globo en que se encuentren», advertía a los dramaturgos españoles que tenían una mina inagotable en nuestro teatro antiguo. Si la literatura debía ser espejo de la sociedad, de la nación española, era preciso conocer en profundidad los valores esenciales de esta, sus caracteres tradicionales y distintivos, todavía vivos en el periodo actual, de modo que había que representar fielmente «la verdad histórica», capturar el espíritu de las épocas pasadas.

En medio de un clima de fervor y entusiasmo por los temas histórico-nacionales, también Gil salía en defensa de una revalorización de nuestro teatro del Siglo de Oro. Suscribe por una parte la idea de que el drama barroco representaba en su época el espíritu nacional, se identificaba con la sociedad española, y ensalzará por ello a nuestro «gran Calderón», a Tirso de Molina, Lope de Vega. Por otra parte, asume la idea de que es posible una regeneración dramática en ese momento merced a la adaptación, y no copia, de los dramas de nuestro antiguo teatro, para satisfacer así las necesidades contemporáneas, mostrar al pueblo, palpitante y vivo, su verdadero carácter:

La escuela dramática verdadera y filosófica de nuestro país consiste en no imitar servilmente a nuestros artistas de los siglos XVI y XVII, sino en continuarlos y acomodarlos al estado de las ideas, necesidades y adelantos propios de la edad presente¹⁶⁹.

El arte dramático nacional se cifra, pues, en la copia natural y vigorosa de nuestras costumbres y fisonomías, de nuestros pensamientos y pasiones, «conforme en un todo al tipo que los anteriores tiempos nos han legado, y que el actual estado de la civilización ha ido modificando, aunque sin mudar ni trastocar su esencia». Su estudio y conocimiento del pasado le han llevado al convencimiento de que existen unos rasgos típicos que por encima de las distintas etapas históricas definen el carácter español. Gil parece haber alcanzado esa vista de filósofo que,

¹⁶⁸ Larra, que había atacado el *Anthony* de Dumas por su posición extremadamente antisocial, también lo hacía porque lo consideraba inadecuado para el público de España: la literatura francesa no expresaba las actuales creencias y costumbres de los españoles. Cfr. S. Kirkpatrick, obra citada, pp. 183-184 y 191.

¹⁶⁹ *Crítica teatral, No ganamos para sustos*, p. 168.

según él, era necesaria para «reconocer las facciones de la infancia de un pueblo en los rasgos desenvueltos y pronunciados de su edad viril». Lo que distingue a la nación española de otras es la «conservación» de un fondo, de una identidad, de una «esencia» psicológica y moral. Ha habido agitaciones que han sacudido nuestro suelo,

pero apenas se cuenta una que haya tenido por blanco de su mira una reforma fundamental en las ideas o en las creencias religiosas, ni menos una revolución política de los estados y derechos de las personas. Las vicisitudes morales y sociales que han trocado la faz de otras naciones y alterado su carácter primitivo no han removido el *fondo homogéneo vigoroso y compacto de la nación española*, que tal vez por lo mismo está destinada a influir tan poderosamente, como en días más venturosos, en el porvenir de la Humanidad, si para dicha suya aparece en su seno un genio que sepa combinar y dirigir tantos gérmenes de robustez y de vida como encierra su corazón¹⁷⁰.

No se trataba, en suma, de rescatar para imponer los antiguos valores de forma indiscriminada o imitarlos servilmente —«harto sabemos que la sociedad camina y que lo pasado para no volver suele pasar»¹⁷¹—, sino de ofrecer aquellos sentimientos y costumbres que se consideraban específicamente nacionales, con el fin de revitalizar la «llama de la nacionalidad», «prenda de gran valía que quisiéramos ver intacta y limpia a toda costa, condición de vida y de dignidad en todo pueblo».

Un acusado sentido patriótico, nacionalista, y un tono marcadamente moralista se percibe, en efecto, en los artículos de crítica durante este periodo. De acuerdo con Flitter, no se trataría de una reacción antirromántica, sino de una renovada asociación de romanticismo con cristianismo y un nuevo ataque contra el materialismo y el escepticismo religioso inherentes al espíritu filosófico francés de la Ilustración. El plan de mejoramiento moral se basaba en la comunicación de verdades religiosas, y era deber del teatro satisfacer esta necesidad¹⁷². Como dictaminaba el propio Gil, «el teatro está destinado

¹⁷⁰ *Crítica teatral*, *No ganamos para sustos*, p. 169. La cursiva es nuestra.

¹⁷¹ *Crítica teatral*, *Dos padres para una hija*, p. 197.

¹⁷² D. Flitter, obra citada, pp. 184 y 233. Según este autor, Enrique Gil, junto con otros críticos, se centra en la idea de una cruzada moral como empresa de un grupo

a llevar a su término una no pequeña parte de la generación social, a la cual los pueblos, con distintos rumbos y diverso impulso, se encaminan; ha de encerrar siempre en sus ficciones enseñanzas para el porvenir»¹⁷³.

El interés por el pasado literario nacional había llevado también a muchos críticos a exaltar las cualidades de nuestro romancero. El romance fue considerado como la cristalización del «espíritu nacional», afirmación que respondía a la teoría herderiana que identifica la colectividad del pueblo con el espíritu de la nación y el núcleo original de la poesía¹⁷⁴. Gil consideraba igualmente que los romances constituían una de las más ricas minas de la literatura española. Respecto a los poemas que había sacado a la luz Zorrilla, la mayoría de cuyos temas pertenecían a la historia y tradición nacionales, aplaudía Gil la tendencia filosófica que en ellos se percibía, la cual se resumía en el propósito de «levantar y rejuvenecer nuestra nacionalidad poética, de sacar del polvo nuestras tradiciones, y de restituírnos en lo posible ese espíritu caballeresco y elevado, que hemos perdido con las glorias pasadas que nos le aseguraron, pero cuyo germen todavía descansa en nuestro corazón»; no obstante, advertía Gil al trovador nacional por excelencia: «tampoco quisiéramos que perdiese de vista el porvenir»¹⁷⁵, e incluso le reprochaba que algunas veces incluyera en sus versos imitaciones de Calderón, «sin considerar que los conceptos pasaron con la época de sutilezas teológicas que los engendrara». Al comentar los *Romances históricos* del Duque de Rivas, volverá Gil a conceptualizar los romances como «la cuna de nuestra verdadera poesía nacional», que por su giro sencillo, rudo y lleno de nervio tan bien se acomodaban en la época

selecto de intelectuales dotados de sensibilidad, y entiende la literatura como una guía moral efectiva con la fe religiosa. Consciente del ambiente de destrucción y de deficiencias de la sociedad contemporánea, no muestra duda alguna acerca de cómo mejorarla: ello sólo podría ser conseguido a través de una extensa divulgación de «la buena fe y la verdad». Al tiempo que se describían en términos febriles el colapso de los sistemas de valores previos, y se deploraba el espíritu materialista dominante en su época, se detectaba un elevado sentido de idealismo y espiritualidad entre los escritores. Es esto lo que inclinaba a Gil y a otros críticos a ver con cierto optimismo los prospectos para la literatura española en años venideros (pp. 232 y ss.)

¹⁷³ *Crítica teatral*, Juan Dandolo, p. 212.

¹⁷⁴ Cfr. L. Romero, obra citada, pp. 198-203.

¹⁷⁵ *Miscelánea*, *Poemas de José Zorrilla*, p. 19.

medieval a la capacidad de un pueblo «que por entonces recorría el círculo de su juventud»; su noble origen, el manantial de alta poesía histórica que encerraban los convertía en «la principal rama del árbol de nuestra literatura». Ante el juicio condenatorio que había emitido sobre esta forma poética el preceptista Gómez Hermosilla en su *Arte de hablar en prosa y en verso*, se sumaba Gil al argumento contra su rechazo que había esgrimido el Duque de Rivas en el prólogo de sus *Romances históricos*, en el que valoraba la capacidad expresiva del romance para las modernas composiciones legendarias y narrativas. En los romances de Rivas, señalaba Gil, hay «tantas cosas que lisonjean nuestro orgullo, que halagan nuestra memoria y que despiertan nuestra nacionalidad, que su impresión no puede dejar de ser altamente noble y patriótica». Por ello termina manifestando que el Duque de Rivas había coronado una de las más importantes empresas literarias que se habían acometido en España desde hacía mucho tiempo; con la publicación de los *Romances históricos* había anudado «el hilo de oro de nuestra literatura nacional».

Aunque no dedicó Gil y Carrasco ningún artículo al comentario sobre obras pertenecientes al género de la novela, sí apuntó de pasada algunas notas sobre su concepción y sobre el interés que podía tener en concreto la modalidad de la «novela histórica»¹⁷⁶. La crítica de los años treinta se sentía seducida aún por el modelo que suponían los poemas épicos, y algunos, como Alberto Lista, concebían la novela como una «epopeya escrita en prosa». En opinión de Gil, considerando el estado presente de las ideas y de la sociedad, «la epopeya es género de difícil cultivo y poco acomodado a la filosofía del sentimiento»; la única epopeya compatible con el individualismo de las naciones modernas es, a su juicio, «la novela, tal como la han entendido Walter Scott, Manzoni y algún otro»¹⁷⁷. El mismo Walter Scott había introducido como principio constructivo en las novelas históricas el imperativo de

¹⁷⁶ Sobre la novela romántica y su modalidad «histórica» pueden verse, entre otros, los trabajos de Picoche, o. c., pp. 332-356; R. Navas Ruiz, *El Romanticismo español*, Madrid, Cátedra, 1982 (3ª ed.), pp. 137-143; J. Juaristi, *El legado de Aitor. La invención de la tradición vasca*, Madrid, Taurus, 1987, pp. 60-75; L. Romero Tobar, obra citada, pp. 359-397; J. I. Ferreras, *El triunfo del liberalismo y de la novela histórica (1830-1870)*, Madrid, Taurus, 1976; V. Lloréns, obra citada, pp. 295-324.

¹⁷⁷ *Miscelánea, Poemas de José de Espronceda*, p. 46.

fidelidad a las fuentes, al espíritu y a las formas del pasado. Pero a la «novela histórica», que había conocido un vigor inusitado desde 1834, se le reprochaba el faltar a la verdad; frente a la desfiguración de la historia que aducía Mesonero Romanos, otros escritores, como Martínez de la Rosa, argumentaban que era necesario escribir novelas históricas por lo que suponían de enriquecimiento para la nación.

En su reseña sobre la *Colección de los viajes y descubrimientos de los españoles* de Fernández de Navarrete, Gil, desde una óptica idealista, defendía la composición de este tipo de novelas por su contribución eficaz al conocimiento de la propia historia:

El señor Navarrete muestra temores infundados, en verdad, de que la novela histórica desfigure, como ya lo ha hecho en otros países, la tendencia de las épocas y el carácter de los sucesos; pero por nuestra parte creemos que a no desentenderse de la conciencia y severidad que reclama este género de literatura, la historia recibe con él esplendor y relieve, sin decaer un punto de su dignidad y nobleza. Las creaciones de Walter Scott son buena prueba de esta opinión, y de que la imparcialidad, la buena fe y la elevación de los principios abonan y engrandecen las obras de imaginación tanto como el espíritu de sistema y la frivolidad las humillan y degradan.

Por lo demás, los asuntos y la época preferidos por los novelistas eran los medievales, dentro de los cuales revistieron un carácter especial los del mundo árabe, a los que habría que sumar los conflictos de la monarquía española en la época de los Reyes Católicos y de los Austrias. En 1839 escribía Gil y Carrasco: «No se encontrará en la moderna historia ningún asunto más digno de la trompa épica, que la invasión y conquista de España por los árabes». Y si apenas atrajo a nuestros novelistas románticos la historia hispanoamericana, digna de mención es por ello la advertencia que les hacía Gil, en 1841, sobre la ventaja que podía resultar del conocimiento de los viajes españoles por Ultramar, que no era otra que «la de abrir fuentes cristalinas a nuestra literatura nacional; pues ningunas proezas halagan la imaginación, y la inflaman con tanta fuerza, como las de nuestros padres en el Nuevo Mundo».

4.4. La Historia y las reliquias

Con el romanticismo, y sobre todo por influencia del pensamiento de Herder, surgía un nuevo sentido de la Historia; frente al concepto propio de la Ilustración, en el que dominaba un tratamiento globalizador y pragmático del pasado, cuyo objeto esencial era el progreso de la humanidad hasta el alto nivel alcanzado, se trata ahora de hallar el carácter individual de los pueblos, culturas y épocas, así como de sus grandes personalidades; se consideran además esas «constelaciones» como «organismos» singulares en su eterno fluir, al modo como los organismos naturales tienen su proceso vital de nacimiento, juventud, madurez y muerte. El interés se centrará fundamentalmente en los documentos y textos literarios de cada nación, en su origen y peculiaridad, y aunque la descripción se ceñirá a pueblos y estados como unidades herméticas de la vida histórica, no se perderá de vista la mutua relación entre los individuos y entre las naciones, así como el nexo de las ideas que unos y otros representan con la idea de la humanidad como meta suprema. Pues se entiende que las diversas culturas y «pueblos» tienden indefectiblemente a un fin superior, de fraternidad y universal concordia, que en algunos se pensará como determinado por la Providencia¹⁷⁸.

Ya se habrá observado que Gil y Carrasco hace un uso constante del léxico organicista propio de esta concepción de la historia: expresiones como «germen, núcleo, semilla, crecimiento, edad viril, juventud de un pueblo, vida de la nación» saltan a cada paso en sus artículos al considerar el progreso de las artes y la «marcha» de las naciones. La Historia es concebida como un proceso continuo de cambios, que implican no solo adelantos sino también retrocesos, pero dirigidos siempre hacia un fin moralmente superior, hacia etapas de mayor perfección y progreso espiritual: «La humanidad está destinada tal vez a perfeccionarse tanto por sus adelantos como por sus retrocesos, así por sus esperanzas como por sus desengaños»¹⁷⁹, idea que remite a la concepción de la historia de G. Vico, cuya influencia en algunos

¹⁷⁸ Cfr. J. Vogt, *El concepto de la Historia de Ranke a Toynbee*, Madrid, Guadarrama, 1974, pp. 19-72.

¹⁷⁹ *Miscelánea*, Luis Vives, p. 59.

pensadores españoles de este periodo es patente¹⁸⁰. No debió de ser ajeno a esa influencia E. Gil si nos atenemos al hecho de que, ya en los artículos posteriores a 1840, acuda al concepto de «Providencia» como «inteligencia suprema» que permite explicar en último término la dirección que toman las acciones humanas. Esta idea antigua y retomada por la filosofía de la Historia romántica había sido secularizada por Vico en su *Scienza nuova*, concebida por él no ya como la intervención trascendental y milagrosa, arbitraria, que era para san Agustín y el pensamiento católico, sino como una mente legisladora, una fuerza que mueve al mundo histórico, algo así como la «astucia de la razón» hegeliana, en todo caso no una fuerza personal que pueda afectar los acontecimientos castigando o premiando a la humanidad¹⁸¹. La *Histoire de France* de J. Michelet¹⁸², que, como ha señalado I. Berlin, se consideraba a sí mismo discípulo del filósofo italiano, así como la lectura de los artículos sobre el cristianismo que Donoso Cortés había publicado en 1838, bien pudieron reforzar su concepción providencialista de la historia¹⁸³. Al comentar las gestas españolas del descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo, y en particular el desarrollo científico y social que había provocado la empresa de las Cruzadas, afirma:

En nuestra opinión, para entender la historia forzoso es acudir a la idea de la Providencia, pues solo así acertamos a explicar los caminos extraños por donde aquellas expediciones tan grandes en sus intentos como en sus desastres habían de venir a ser una de las crisis más notables de la historia de la humanidad, y a abrir las puertas a toda clase de desarrollo y de emancipación así material como moral. Voltaire, que no sabía o no quería elevarse al principio de una inteligencia suprema, y que para calificar las

¹⁸⁰ Cfr. D. Flitter, obra citada, pp. 186-187.

¹⁸¹ Véase R. Arrillaga Torrens, *Introducción a los problemas de la Historia*, Madrid, Alianza, 1982, pp. 30-31. Una exposición clara y sucinta sobre la filosofía de Vico puede verse también en la obra ya citada de I. Berlin, *El fuste torcido de la humanidad...* pp. 65-101.

¹⁸² Picoche constata que Gil leyó esta obra, *o. c.*, pp. 95-96.

¹⁸³ Cfr. D. Flitter, obra citada, pp. 198-200, y el estudio introductorio de J. Vila Selma al *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo* de Donoso Cortés, Madrid, Editora Nacional, 1978, pp. 46-56.

Cruzadas contaba los hombres que en ella se perdían y los dineros que se gastaban, ni conoció su índole ni pudo apreciar sus consecuencias¹⁸⁴.

Si por un lado se percibe en el pensamiento de Gil una ardiente conciencia patriótica, nacionalista, por otro se advierte que de ningún modo considera al organismo de la nación española como aislado, sino dentro del conjunto de una unidad superior, la europea, y de una última e ideal, la de la Humanidad. Defiende, es cierto, que la nación española posee «vivos y fuertes matices en que se reparte y degrada su nacionalidad»: de las grandes comunidades europeas —declara Gil— tal vez sea la nuestra la única que presenta el ejemplo de un conjunto formado sin la fusión de las revoluciones o de las conquistas; de ahí que sean tan notables y profundas las diferencias entre sus provincias, que tan doloroso síntoma de indisciplina e individualismo ofrecen en una época de concentración moral y material. Pero las diferencias de carácter entre las naciones no son obstáculo para alcanzar la unidad universal. La llama de la nacionalidad, por paradójico que resulte, es para Gil «la base, por fin, en que se ha de asentar algún día (si tan fausto presentimiento se verifica) la unión y la fraternidad de las naciones».

A mantener viva esa llama contribuyen la literatura y el arte románticos, que no por su fuerte impronta nacionalista olvidan su

¹⁸⁴ Sirvan las siguientes citas para hacerse una idea del significado que aplica al concepto de «providencia»: «La América se compone de naciones nuevas que de consiguiente pertenecen por entero a lo futuro: imposible es saber la misión que les reserva la Providencia, pero a juzgar por la sucesión constante de las leyes que rigen la humanidad, su obra debe ser de libertad y justicia» (*Trabajos históricos de la Sociedad de Anticuarios*). Al dar noticia del intento de asesinato de Narváez, declara: «La Providencia ha querido sacar a este militar valiente, sano y salvo de tamaño peligro... al joven Salvador Bermúdez de Castro... Ojalá que el invisible escudo que los ha resguardado...» (*Crítica teatral. Revista teatral*). De la reina dirá: «La augusta joven llamada por la Providencia a empuñar el cetro de esta nación...»; «Su Majestad... dejó admirada a la inmensa concurrencia de la facilidad, decoro y nobleza de su porte y modales, en un todo conformes a la elevación del puesto que la Providencia le ha destinado...» (*idem*). A propósito de la revolución fallida de los comuneros, dice: «Como quiera que el triunfo de los fueros de Castilla no estuviese escrito en el libro de la providencia...» (*El movimiento de España*). Al evocar los hechos tan grandiosos que se produjeron en el siglo XVI, escribe «Siglo... cuyo estandarte inmortal confió la Providencia a las robustas manos de España» (*idem*).

proyección universalista, pues expresan «el espíritu universal, aquel impulso humanitario que se encamina a franquear las barreras que todavía separan por donde quiera a la Humanidad, haciéndole palpable su origen común y la igualdad de sus derechos por medio de la identidad de sus afectos y pasiones y de la analogía de sus necesidades morales»¹⁸⁵. La literatura tenía, en su opinión, un importantísimo papel que cumplir en el desarrollo de la historia universal; dado que las revoluciones modernas han puesto en ella «un sello de una especie hasta el día desconocido, noble y generoso como su destino, inmenso y fecundo en resultados como el pensamiento de donde naciera», la literatura se erige por tal motivo en una vía ideal para estrechar los lazos entre las naciones:

El lazo más firme, más duradero y más social de los pueblos entre sí es el conocimiento universal de las obras maestras que esclarecen su literatura respectiva. Cuando los pueblos pueden comparar la expresión recíproca de sus sentimientos; cuando pueden ver la analogía cada más pronunciada de su fisonomía moral; cuando alcanzan a divisar la dirección convergente de los caminos por donde peregrinan sus grandes hombres, que reconcentran y reflejan su civilización y sus costumbres, grandes son ya los pasos que han dado por la senda de la perfectibilidad y del progreso. solo de este modo se pueden ir modificando los gérmenes de individualismo y de aislamiento que separan todavía a las naciones; solo de este modo podrá acercarse más cada día el linaje humano al término de descanso, de paz y de unión que le aguarda al fin de su trabajada y dolorosa carrera¹⁸⁶.

Incluso los libros de viajes, si están escritos con «la imparcialidad del filósofo y la benevolencia que por lo común suele servir de fondo a la verdadera ilustración», servirán de forma eficaz a la tarea de la reconciliación universal. A la unidad de las naciones y de los pueblos de Europa por el camino del arte, de la cultura, podríamos parafrasear así su ideal.

Pero este ideal de progreso histórico, esta meta entrevista con optimismo, se positiviza en Gil, se determina en forma de una sociedad

¹⁸⁵ *Crítica teatral, El abuelo*, p. 221.

¹⁸⁶ *Crítica teatral, Macbeth*, p. 125.

iluminada fundamentalmente por un orden de valores superiores, espirituales, aquellos que se hallan desplegados en la religión cristiana, considerada como «progresiva» frente al carácter reaccionario del materialismo y escepticismo religioso que había emanado de la filosofía de la Ilustración. «Solo el espiritualismo de la religión cristiana y el sentimiento de lo infinito que tan poderosamente se desarrolla en las naciones y en los individuos —afirmaba Gil— pueden estimular de una manera permanente a buscar una perfectibilidad cada vez mayor, y a mostrar nuevos campos en qué ejercitarse a la necesidad de acción exterior que tan de bulto se manifiesta en el seno de las modernas sociedades»¹⁸⁷. «El porvenir más dulce —declara en otro lugar— es el porvenir de la religión, y el género humano está destinado a caminar hacia la perfección rompiendo poco a poco sus cadenas y abrazando la idea de una emancipación progresiva, fecunda y evangélica». Pero poco antes de emprender el viaje hacia Europa, en uno de sus últimos artículos escribía: «Una de las esperanzas más firmes que puede abrigar nuestro corazón es la de que la comunicación continua entre las diversa familias del linaje humano acabará por establecer, si no las relaciones de amor del Evangelio, por lo menos aquella tolerancia y benevolencia que tanto adelantan la causa de la civilización universal»¹⁸⁸, pasaje que revela, a nuestro juicio, si no un cambio brusco sí una variación importante a la hora de determinar los contenidos morales de esa nueva sociedad, y que debería tenerse en cuenta antes de calificar a Gil, en este sentido, como un católico reaccionario al modo como lo han sido un Jaime Balmes o un Donoso Cortés¹⁸⁹.

Pero no solo el arte contribuye al progreso y unidad de las naciones; también la investigación científica y el conocimiento cada vez más profundo de las ciencias, pues estas —sostiene Gil—, al influir de manera tan eficaz en la rápida comunicación de las ideas, «hacen que los pueblos, estrechando cada día los lazos que los unen, se acerquen más y más a una época de fraternidad y de concordia, que si en el día es el

¹⁸⁷ *Miscelánea, Colección de Viajes*, p. 120.

¹⁸⁸ *Miscelánea, Bosquejos de España*, p. 176.

¹⁸⁹ Sobre la dimensión religiosa y el componente espiritual del romanticismo véase A. de Paz, obra citada, pp. 72-78.

sueño de los corazones nobles, tal vez está menos lejos de lo que juzgan las almas egoístas y frías». Sin embargo, el campo de la historiografía española apenas estaba cultivado. Al principio de su artículo sobre *Las Comunidades de Castilla* (1841) afirma:

Si algún estudio anda en España abatido y menospreciado, es, sin duda, el de la historia patria, que por un raro contraste con los innumerables incentivos que ofrecen su pasmosa variedad, sus extraños episodios y su índole, en fin, tan diversa de la de las demás naciones europeas, solo de tarde en tarde muestra algún hombre capaz de cultivarla con fruto y de desenterrar sus tesoros¹⁹⁰.

No solo la Inquisición —descrito por él como un «poder inquieto y receloso»— sino también las vicisitudes políticas y la inestabilidad social han frenado el gran desarrollo que el espíritu de análisis y la libertad de pensamiento han dado en otras partes a los trabajos históricos. Y el cultivo de la historia se hace necesario por motivos políticos y morales:

Pues si para ilustrar las cuestiones de gobierno y comprender las necesidades del país se han de tener en cuenta sus usos, leyes, inclinaciones y costumbres, pocas indagaciones estarán tan íntimamente ligadas con la prosperidad común como las históricas. Si algún sentido hay en la palabra nacionalidad, si algo significa el imperio de los hechos, la sucesión de los tiempos y las lecciones de la experiencia, fuerza es confesar que un pueblo, en que el estudio de sus males no merece un lugar muy preferente, dista mucho del camino de la perfección, que en esto, como en moral, se cifra muy especialmente en el conocimiento de sí propio¹⁹¹.

Porque la Historia es un espejo moral del presente es preciso conocer los personajes del pasado y las grandes ideas y valores que han encarnado, para suscitar al menos sentimientos nacionales en el pueblo. La «novela histórica» respondía a la necesidad de historia del público de entonces, pero era insuficiente para alcanzar el fin deseado. Y había que conocer el pasado para saber determinar la senda del porvenir, «para comprender la marcha de las ideas y de la Humanidad». La Historia,

¹⁹⁰ *Miscelánea, El movimiento de España*, p. 150.

¹⁹¹ *Miscelánea, El movimiento de España*, p. 150.

entiende Gil, ha de ser el fondo donde el hombre moderno ha de encontrar «la verdad», para que el porvenir sea de felicidad y progreso. De ahí la necesidad de rescatar todo tipo de archivos y documentos, para esclarecer así la verdad de los hechos y poder mostrar el camino material y espiritual que ha seguido la nación: «Para levantar sobre una base segura el edificio de su historia, casi todas las naciones europeas tienen que subir a un manantial primitivo de donde naturalmente deriven cuantos cambios y diferencias se noten en la marcha progresiva de su civilización y cultura». Con razón se les podía reprochar a los españoles el abandono en que yacían los estudios de historiografía nacional, cuando en toda Europa, constata Gil:

...se desentierran con ansia los escombros de la más remota antigüedad para reconstruir la verdadera historia y deshacer las nieblas que cubren su infancia. Ningún esfuerzo que tienda a poner de manifiesto entre las naciones antiguos vínculos de amistad o de común origen debe tenerse por perdido en una época en que la natural dirección de las ideas acerca a los pueblos unos a otros¹⁹².

No se apartaba E. Gil de la corriente historiográfica de la época al identificar los orígenes de la nacionalidad española en el periodo visigodo. La historiografía académica romántica, en efecto, se interesó más por la Edad Media que por la Moderna, al mismo tiempo que convertía a los Reyes Católicos en símbolo de la españolidad. Pero ante el desafío de construir una historia nacional, la respuesta de los historiadores fue doble: los más progresistas consideraban en general la España de los Austrias como la época de la decadencia española, personificada sobre todo en Felipe II; la reacción nacionalista a esta condena suscitó, como era de esperar, comentarios positivos, principalmente en torno a la figura de este monarca¹⁹³.

En sus artículos dedicados a la crítica histórica se ocupó Gil de glosar y ensalzar hechos y personajes de nuestro siglo XVI, siglo que le parecía

¹⁹² *Miscelánea, Trabajos históricos de la Sociedad de Anticuarios*, p. 167.

¹⁹³ Sobre la historiografía española del siglo XIX, M. Moreno Alonso, *Historiografía romántica española*, Sevilla, 1979; R. García Cárcel, *La leyenda negra. Historia y opinión*, Madrid, Alianza, 1992, pp. 163-197. Cfr. también J. M. Jover, *La civilización española a mediados del siglo XIX*, Madrid, Espasa-Calpe, 1991, pp. 156-160.

extraordinario, de gigantes, escenario «de maravillosos y extraordinarios sucesos, y testigo de una de las mayores crisis que ha experimentado la humanidad en su larga y trabajosa carrera»: la Reforma protestante, la revuelta de las Comunidades y germanías en España, la conquista del Nuevo Mundo, la consolidación del poder monárquico, eran algunas de las «semillas de engrandecimiento y adelanto» que se habían plantado. Con emoción exclamaba: «¡Siglo en verdad maravilloso, cuyo estandarte inmortal confió la Providencia a las robustas manos de España!». Se quejaba de que época tan ilustre no fuese muy conocida en sus días, cuando sus acontecimientos bien podían tomarse como ejemplo moral. Tanto enseñaba al pueblo la historia trágica de los Comuneros como la voz poderosa y obra gigantesca de Luis Vives, hombre que «emancipándose de lo pasado y lanzándose con ánimo resuelto al porvenir», había abarcado «el conjunto de su siglo» y fijado «la época de una transición completa en las ideas».

La figura de Felipe II será evocada con admiración por Gil en *Una visita al Escorial*, obra «la más nacional quizá de España», que encierra, nos dice, «más elementos de civilización y de adelanto que muchas teorías y sistemas»; obra que ha de servir de estímulo a la regeneración moral, que está ligada con «la honra de la nación», por lo cual merece la afición de todos los españoles. Su actitud no difiere de la de aquellos historiadores románticos que llamaban la atención sobre el uso del pasado a los efectos de la educación ciudadana y, en especial, del fomento del patriotismo. Este es muy acusado sobre todo en su largo artículo de 1841 sobre la *Colección de viajes y descubrimientos* de Fernández de Navarrete, publicada en Madrid entre 1825 y 1837. En él se queja Gil de que la obra de este notable historiador sea más conocida y aplaudida en el extranjero que en España, cuando bien podía excitar el entusiasmo nacional. Habiendo sido atacadas las gestas ultramarinas españolas «por la filosofía ciega y sistemática, extraña al conocimiento del espíritu de la historia y a la índole de la naturaleza humana», esta obra ha restaurado el brillo y dignidad de la causa nacional.

El entusiasmo religioso que inspiró y acompañó nuestras conquistas, además de los celos y rivalidad de las potencias extranjeras, había provocado, en opinión de Gil, los ataques inmerecidos de sus escritores, especialmente los de los filósofos del siglo XVIII, que se habían

complacido en convertir el imperio español en una dominación sangrienta y feroz. No había tenido poca culpa de ello el «exagerado» padre Las Casas, que reunía una «exaltación inoportuna y excesiva». Pero a la vista de los documentos que aportaba Navarrete, en los que se observa el espíritu suave y paternal, de amor acendrado a la verdad, de los monarcas españoles, así como la sabia y benéfica legislación de Indias, poca consistencia tenían las acusaciones e invectivas de los historiadores extranjeros, «cuya filosofía se desentiende de la historia y prescinde de los buenos procederes de los individuos». Por lo demás, no eran muchos los ejemplos de mansedumbre y moderación que debía la humanidad a los demás pueblos europeos en su trato con «las naciones de salvajes».

En fin, no solo resaltaba Gil el espíritu científico que animaba la obra de Navarrete, el valor que esta poseía como muestra de la aportación española a la ciencia europea, sino que también advertía de su dimensión política, pocos años después de que se hubiera iniciado, en 1836, el proceso de reconocimiento de la independencia de los países hispanoamericanos¹⁹⁴: la aclaración de estos sucesos históricos no podrá menos de influir eficazmente en nuestras relaciones con los españoles de Ultramar, y «no porque piense nadie en España que la publicación de estos documentos pueda anular o servir de protesta siquiera a unos hechos consumados y que la razón y la política se han apresurado a sancionar, sino porque la identidad del origen y de los recuerdos y la mancomunidad de intereses estrecharán unos lazos que nunca debieron verse rotos»¹⁹⁵. Aunque E. Gil, al final del artículo, evocaba con nostalgia los tiempos de España como potencia colonialista, admitía sin reparos que la independencia de las naciones hispanoamericanas era irreversible.

El «espíritu» de las distintas etapas de la historia nacional no solo se revelaba en los documentos escritos; se manifestaba también con fuerza en las obras de arte, en las reliquias artísticas. Consideradas en la estética

¹⁹⁴ Acerca de la imagen de América en la España del XIX y la actitud de los historiadores y literatos españoles románticos trató C. Rama en su *Historia de las relaciones culturales entre España y la América Latina*. Siglo XIX, México, F.C.E., 1982.

¹⁹⁵ *Miscelánea, Colección de Viajes*, p. 129.

romántica como la expresión de los valores de una nación y una civilización, eran, pues, una excelente vía para conocer la «filosofía de la Historia» de las naciones¹⁹⁶. En su artículo sobre san Marcos de León sostiene E. Gil: «La historia viva, simbólica y palpitante de nuestros siete siglos de combates contra los sarracenos, en ninguna parte está delineada con tanto vigor y elocuencia, como en los aportillados paredones de las encomiendas, fortalezas y conventos de las órdenes militares españolas»¹⁹⁷.

La misma idea expone al final de su descripción del Castillo de Simancas:

Otras razones hay más poderosas si cabe en el orden moral para el mantenimiento y conservación de este depósito venerando de nuestras glorias y grandezas, pues, aunque reducidas a tan breve espacio y compendio, sobrado alta y clara es la voz en que hablan a cualquier corazón generoso y verdaderamente español [...] Nunca estará de sobra en verdad el cuidado y la diligencia, cuando se trata de conservar estos monumentos famosos, páginas las más elocuentes de la historia de los pueblos¹⁹⁸.

Cuando Gil va a visitar El Escorial, espera encontrar «la expresión viva y animada de nuestra nacionalidad a fines del siglo XVI y algún reflejo del sol de la monarquía que entonces brillaba en mitad del cielo y que tan rápidamente se avecinaba el ocaso». Si son «testigos elocuentes de los valores del pasado», es imperiosa la necesidad de conservar las reliquias arquitectónicas. El propio Gil amonestaba, al final del *Bosquejo de un viaje*, «a esos que no entienden muy bien para qué sirven semejantes paramentos»: habría que explicarles —dice— la influencia de la civilización en las artes y la necesidad, sobre todo, de conservar las reliquias arquitectónicas, que por su índole son imposible de resucitar

¹⁹⁶ Ilustrativo de esta orientación romántico-historicista es el siguiente pasaje de *El Criterio* (1846) de Balmes: «Preciso es leer las historias, y, a falta de otras, debe uno atenerse a las que existe; sin embargo, yo me inclino a que este estudio no basta para aprender la filosofía de la Historia. Hay otro más a propósito y que, hecho con discernimiento, es de un efecto seguro: el estudio inmediato de los monumentos de la época. Digo inmediato, esto es, que conviene no atenerse a los que nos dice de ellos el historiador, sino verlos con los propios ojos», *El Criterio*, Madrid, 1987, p. 165.

¹⁹⁷ BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, v. VI, *Viajes y costumbres*, p. 147.

¹⁹⁸ *Viajes y costumbres*, p. 164.

una vez que desaparecen. Y con rabia protestaba contra el vandalismo demoleedor y las violaciones que sufrían los bellos restos de su región y del país entero. Contra las dos formas de vandalismo que se podía cometer: la de los «remiendos» y la de la «destrucción»¹⁹⁹. Empezar una reconstrucción parcial de una obra sin respetar el «estilo», el «espíritu» que animaba esa obra, era un «sacrilegio artístico» para Gil y para todos los románticos. Ese «espíritu» es lo que debía guardar el espíritu receptor, pues eran vestigios «sagrados» de la acción pretérita de la libertad²⁰⁰.

Y como reliquias sociales, expresivas de las cualidades más positivas de la «cultura tradicional y popular»²⁰¹, eran concebidos asimismo los diversos grupos y tipos nacionales que aún sobrevivían frente a los cambios modernos. Los *maragatos* —dice Gil— son una reliquia de otros tiempos, que se conservan sin lesión notable, a pesar de los embates del tiempo y del progreso²⁰². Este «pueblo», que ha podido sustraerse absolutamente al movimiento de la civilización y conservar íntegro el legado de los hábitos, creencias y organización social de sus antepasados; que por lo mismo trae a la imaginación del poeta «la cabaña del salvaje americano», expresaba para Gil y Carrasco el espíritu social compacto y uniforme que debió de unir un día a casi todos los pueblos europeos. El *pastor trashumante* es uno de los destellos más vivos de originalidad que brotan de este suelo poético y pintoresco; sus hábitos y costumbres «le convierten en un ser apartado dotado de aquella buena fe y bondad de sentimientos que desde tiempos muy antiguos se atribuye a la gente campesina»; es «un tipo de los más antiguos que puede ofrecer la Península y aun quizá la Europa, porque su vida y ocupaciones se ligan con las primeras edades del mundo». Pero Gil presiente que esta «reliquia de las edades pasadas» no tardará en extinguirse. Aun así, unas

¹⁹⁹ Con respecto a este tema y una posible influencia de V. Hugo en Gil y Carrasco, cfr. Picoche, *o. c.*, pp. 147-148.

²⁰⁰ Véase J. Hernández Pacheco, *La conciencia romántica*, Madrid, Tecnos, 1995, pp. 129-130.

²⁰¹ Sobre este concepto, sus formas y el interés que suscitaron en el periodo romántico véase P. Burke, *La cultura popular en la Europa Moderna*, Madrid, Alianza, 1991.

²⁰² *Los españoles pintados por sí mismos*, edición facsimilar de la publicada en Madrid en 1843, Madrid, 1992, t. II, p. 229.

y otras reliquias conservaban todavía un espíritu social y moral tan distinto del de las sociedades urbanas y modernas, un fondo tradicional y folklórico de tal belleza y «primitivismo», que el romántico no podía por menos de lamentar su posible desaparición; rescatarlas del olvido en las páginas de una revista era misión tan alta como conservar las reliquias arquitectónicas. Al fin y al cabo, eran restos indicativos del carácter genuino y diferencial de los pueblos hispánicos. La diversidad de las especies, tanto sociales como artísticas, y su «originalidad», tenían un valor como materiales y ejercicios preparatorios para perseguir aquella «universalidad» que, como había anunciado F. Schlegel, había de estar basada en la integración de todas las «formas» diversas posibles²⁰³.

Ω

LOVER, J. M., *La civilización española y sus monumentos*, Madrid, Espasa Calpe, 1991, pp. 156-160.

RUARISTI, J., *El legado de Aitor. La herencia de la tradición vasca*, Madrid, Taurus, 1987, pp. 60-75.

LORENS, V., *El Romanticismo español*, Madrid, Castalia, 1983 (2ª ed.), pp. 11-28.

MORENO ALONSO, M., *Historiografía romántica española*, Sevilla, 1979.

NAVAS RUIZ, R., *El Romanticismo español*, Madrid, Castalia, 1982 (3ª ed.), pp. 137-143.

NAVAS RUIZ, R., *La poesía de José Zorrilla*, Madrid, Castalia, 1995, p. 11.

²⁰³ A. O. Lovejoy, *La gran cadena del ser*, Barcelona, Icaria, 1983, pp. 398-399.

5. Un autor para la modernidad

Lo expuesto aquí no agota ni mucho menos la teoría «estética» de Enrique Gil. Bastantes aspectos quedan aún por evaluar, en particular los que toman en su obra una dimensión política y moral más concreta, así como aquellos otros que se consideran más ligados a la práctica específica de la creación literaria que a su concepción teórica. Gil y Carrasco, frente al poeta melancólico que se nos ha dibujado en las historias de la literatura, se nos revela ante todo como un crítico lúcido y exigente, dotado de un alto nivel de penetración artística y de capacidad de análisis, sereno y riguroso. Asombra el perfecto dominio que tuvo de las grandes ideas filosóficas y estéticas que se extendían por la España y la Europa de su tiempo, y cómo fue aplicándolas coherentemente en sus artículos periodísticos. Siguiendo la senda del «grande hombre» romántico, «aquel que para no perderse en su individualismo tiene que abarcar y comprender la idea general, y para no confundirse entre la muchedumbre le es forzoso abrigar una idea exclusivamente suya», supo advertir la significación y trascendencia que había alcanzado el arte en su época, así como la misión especial que le estaba reservada al artista moderno; consciente de su dimensión moral y política, trató siempre de conjugar la proyección nacionalista del arte con el sentido universalista que estaba tomando en la construcción de la historia cultural contemporánea. Gil y Carrasco, en definitiva, estaba contribuyendo de forma clara y brillante a abrir las puertas de la «modernidad» en nuestro país.



Bibliografía esencial del volumen V. *Miscelánea*:

- ALBORG, J. L., *Historia de la Literatura española*, Madrid, Gredos, 1982, t. IV, p. 678.
- BURKE, P., *La cultura popular en la Europa Moderna*, Madrid, Alianza, 1991
- CANO BALLESTA, J., estudio introductorio a la edición de *Artículos sociales, políticos y de crítica literaria* de M. José de Larra, Madrid, Alhambra, 1982, pp. 89-90.
- DÍEZ VIANA, L., «Antropología y literatura: diversas formas de escritura etnográfica sobre España», en M. Cátedra, *Los españoles vistos por los antropólogos*, Gijón, Júcar, 1991, p. 150.
- FERRERAS, J. I., *El triunfo del liberalismo y de la novela histórica (1830-1870)*, Madrid, Taurus, 1976.
- FLITTER, *Teoría y crítica del Romanticismo español*, Cambridge University Press, 1992, traducción española, Cambridge University Press, 1995.
- GARCÍA CÁRCCEL, R., *La leyenda negra. Historia y opinión*, Madrid, Alianza, 1992, pp. 163-197.
- GULLÓN, R., *Cisne sin lago. Vida y obra de Enrique Gil y Carrasco*, Madrid, 1951, reed. Diputación Provincial de León, 1989, p. 82.
- HERNÁNDEZ PACHECO, J., *La conciencia romántica*, Madrid, Tecnos, 1995, pp. 129-130.
- JAUSS, H. R., *Las transformaciones de lo moderno. Estudios sobre las etapas de la modernidad estética*, Madrid, Visor, 1995, pp. 105-134.
- JOVER, J. M., *La civilización española a mediados del siglo XIX*, Madrid, Espasa-Calpe, 1991, pp. 156-160.
- JUARISTI, J., *El legado de Aitor. La invención de la tradición vasca*, Madrid, Taurus, 1987, pp. 60-75;
- LORÉNS, V., *El Romanticismo español*, Madrid, Castalia, 1989 (2ª ed.), pp. 11-28.
- MORENO ALONSO, M., *Historiografía romántica española*, Sevilla, 1979.
- NAVAS RUIZ, R., *El Romanticismo español*, Madrid, Cátedra, 1982 (3ª ed.), pp. 137-143;
- NAVAS RUIZ, R., *La poesía de José Zorrilla*, Madrid, Gredos, 1995, p. 11.

- PAZ, A., *La revolución romántica. Poéticas, estéticas, ideologías*, trad. de M. García Lozano, Madrid, Tecnos, 1986, pp. 100 y 186.
- PICOCHÉ, JEAN-LOUIS, *Un romántico español: Enrique Gil y Carrasco (1815-1846)*, Biblioteca Románica Hispánica, Editorial Gredos, Madrid, 1978.
- , *Un romántique espagnol: Enrique Gil y Carrasco (1815-1846)*, tesis doctoral, Universidad de La Sorbona, París, 1972.
- ROAS, DAVID, *La recepción de la literatura fantástica en la España del siglo XIX*, tesis doctoral, Universitat Autònoma de Barcelona, 29 de septiembre de 2000; dirigida por Sergio Beser. Resumen en: BVC, URL: <http://bit.ly/1zqPABc>.
- ROMERO TOBAR, L., *Panorama crítico del Romanticismo español*, Madrid, Castalia, 1994, pp. 73-112.
- , *Sobre la acogida del relato fantástico en la España romántica*, Biblioteca Virtual Cervantes, 2012. URL: <http://bit.ly/10mjRhJ>].
- RUBIO CREMADES, E., *Los relatos fantásticos de Juan Valera*, URL: <http://bit.ly/1JV0PRy>].
- SUÁREZ ROCA, JOSÉ LUIS, *Estudios bercianos*, núm. 22, febrero 1996, pp. 51-66.
- VARELA, J. L., «Semblanza isabelina de E. Gil», en *Cuadernos de Literatura*, VI, julio-diciembre, 1949, 105-146.
- VARELA, MIGUEL A., *Un hombre de teatro llamado Enrique Gil*, en BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, v. IV, *Crítica teatral*, 2014.
- VILA SELMA, J., introducción a *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo de Donoso Cortés*, Madrid, Editora Nacional, 1978, pp. 46-56.

Ω

Índice

Nota del editor.....	7
<i>Miscelánea</i> , Enrique Gil	11
1. <i>Poesías</i> , de José Zorrilla [1839]	13
2. <i>Cuentos</i> , de E. T. A. Hoffmann [1839].....	23
3. <i>Cátedra de Literatura Moderna</i> , por Espronceda [1839]	35
4. <i>Poesías</i> , de José de Espronceda [1840].....	43
5. <i>Luis Vives</i> [1841].....	57
6. <i>Romances históricos</i> , del Duque de Rivas [1841]	83
7. <i>De la literatura y de los literatos en EE UU</i> , de Vail [1841].....	99
8. <i>Colección de Viajes</i> , de Fernández de Navarrete [1841].....	113
9. <i>El movimiento de España [De motu Hispaniae]</i>	147
10. <i>Trabajos históricos de la Sociedad de Anticuarios</i> [1841].....	161
11. <i>Bosquejos de España</i> , de S. E. Cook [1844].....	173
Lecturas	209
<i>Invitación a la lectura</i> , César Gavela, p. 10, 57, 113, 148, 162 y 173.	
<i>Cómo trabajar en prensa y alimentar a la musa</i> , Noemí G. Sabugal	211
1. Un tímido con mucho éxito	211
2. <i>Criticando</i> a los amigos	213
3. Los exiliados y la <i>pandemia</i> romántica. Las traducciones	220
4. El reportero <i>cultureta</i>	227
<i>Ideas estético-filosóficas en la obra periodística de Enrique Gil</i> , José Luis Suárez Roca	233
1. Una tarea pendiente	233
2. Reconstrucción de la doctrina estética de Gil	235
3. Coordenadas estéticas en el periodismo de Gil	240
4. El humanista Enrique Gil ante el Arte y la Historia.....	243
5. Un autor para la modernidad.....	272
Bibliografía esencial del volumen V. <i>Miscelánea</i> :	273





BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO
EDICIÓN DEL II CENTENARIO 1815-2015

La BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO asume el reto de divulgar la obra completa de Enrique Gil en diez tomos —editados en papel por *Paradiso_Gutenberg* y en epub por *eBooksBierzo*—, que no puede faltar en ninguna biblioteca leonesa.

Un valioso esfuerzo editorial, dirigido por Valentín Carrera, para poner al alcance de todos los públicos la obra completa de Gil en una cuidada edición popular, atractiva y moderna, con documentos e imágenes, prólogos de destacados autores bercianos y artículos de los principales especialistas internacionales.

Estudiantes y profesores encontrarán en www.bibliotecagilycarrasco.com una *Guía de lectura* con actividades didácticas para el estudio del poeta villafranquino, y del Romanticismo, en todos los institutos y colegios, especialmente en los de León y El Bierzo.

- I. Poesía
- II. El Lago de Carucedo
- III. Viaje a una provincia del interior
- IV. Crítica teatral
- V. Miscelánea
- VI. Viajes y costumbres
- VII. Último viaje: Diario París-Berlín
- VIII. El Señor de Bembibre
- IX. Ensayos literarios sobre Gil y Carrasco
- X. Enrique Gil y El Bierzo

LA VERDADERA PASIÓN DE GIL POR LA LITERATURA

Esta *Miscelánea* trata de libros que eran novedosos para el público español en 1840 y siguen siéndolo hoy. Enrique Gil y Carrasco, atento a la vanguardia europea, asume una tarea didáctica: tan pronto divulga los entresijos de las sagas vikingas como avanza las últimas tendencias de la literatura americana.

Miscelánea reúne once ensayos de Gil, publicados en prensa entre 1839 y 1844, de muy variada índole: las poesías de Espronceda, los cuentos fantásticos, el romance histórico, la filosofía de Luis Vives, Erasmo, el Descubrimiento de América y la epopeya de Cristóbal Colón, los Comuneros de Castilla, las sagas de la mitología escandinava o los viajeros ilustrados. Y en cuanto a autores: Zorrilla, Hoffmann, Espronceda, Duque de Rivas, Vail, Navarrete, Irving, Rafn, Cook, Borrow... he ahí el por qué de esta *Miscelánea*, cuyo hilo común es la verdadera pasión de Gil por la literatura.

BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO presenta esta edición, al cuidado de Valentín Carrera, ilustrada con un centenar de imágenes de época, con los textos cotejados con la primera edición, documentando obras o lugares mencionados, o pasajes que Gil cita de memoria, prodigiosa memoria.

Tres *Lecturas* guían al lector deseoso de profundizar en la obra del *cisne sin lago*. La novelista Noemí G. Sabugal analiza las claves de Gil como reportero *cultureta*, desentraña los resortes del oficio en Gil, sus tribulaciones y rigor cuando tiene que criticar a los amigos, o su entrega a la causa literaria de Hoffmann *versus* Walter Scott. El profesor José Luis Suárez Roca, que lleva décadas estudiando al romántico leonés, aporta una panorámica global de las *Ideas estético-filosóficas en la obra periodística de Enrique Gil* y nos descubre un Gil analítico, pensador, filósofo, historiador del arte. Por último, el novelista César Gavela introduce con precisión los artículos más complejos de esta *Miscelánea*, cuyas claves no son fáciles al lector contemporáneo, y nos invita a leer a Enrique Gil en el siglo XXI con perspectiva de rabiosa actualidad, sin perder su dimensión histórica. O viceversa.

BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO II CENTENARIO 1815-2015

www.bibliotecagilycarrasco.com

Paradiso Gutenberg



9 788494 176241

G 57939

MISCELÁNEA

GIL Y CARRASCO